

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XXVII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA.

HISTORIA DE ESPAÑA

por D. Alberto Lista.

TOMO XXVII.

MADRID: 1836.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA,
calle de Preciados.

HISTORIA DE ESPAÑA.

CAPÍTULO XXX.

Alonso VIII el de las Navas. Fernando II.

Alonso VIII el de las Navas, rey de Castilla. Batalla del Portillo de la Figuera. Principios del órden de Santiago: señorío de Albarracin. Conquista de Beja. Don Alonso II, rey de Aragon. Batallas de Valmuza y de Huete. Conquista de Alcántara, Yelves y Evora. Conquista de Badajoz y de Caspe. Conquista de Teruel. Batalla de Ciudad Rodrigo. Expedicion de los portugueses á Andalucía: batallas de Villarasa y de Beja. Conquista de Cuenca. Guerra entre Leon, Castilla y Portugal: batalla de Argañal. Sitio y batalla de Santaren. Don Sancho I, rey de Portugal.

Alonso VIII *el de las Navas, rey de Castilla* (1158). El rey Don Alonso VIII de Castilla

sucedió á su padre en la tierna edad de tres años bajo un tutor no pariente suyo, pero elegido por el último rey en su testamento. Este tutor y regente del reino era Don Gutierre Fernandez de Castro, caballero de la principal nobleza, que habia sido ayo del difunto rey, y de edad provecta y libre ya de las pasiones juveniles; pero de una parcialidad contraria á la de los Laras en las antiguas guerras civiles que éstos sostuvieron en la juventud de Alonso VII: y aunque Don Gutierre, hombre cuerdo y amante de la patria, se alejaba de las discusiones y procuraba sosegarlas, no sucedia lo mismo con sus cuatro hijos, todos jóvenes, altivos y briosos. Era gefe del partido contrario Don Manrique de Lara, uno de los capitanes mas afamados de su tiempo, y tan ilustre por su sangre como por sus hazañas.

Habia mandado en su testamento el rey Don Sancho que los señores y ricos hombres de Castilla conservasen las tenencias y feudos que tenian del rey hasta la mayor edad de su hijo, y que no pudiesen ser removidos de ellas sin justa causa: porque estaba en la potestad del nuevo monarca, como ya vimos en el advenimiento de Fernando II de Leon, retirar los beneficios concedidos por su antecesor. Don Gutierre observó con suma escrupulosidad este artículo del testamento: y la confianza noble de Don Sancho, y la exactitud del regente dejó armados á los señores amigos de turbulencias y alborotos. Los Laras, hallándose con fuerzas, y llevando muy á

mal que toda la autoridad pública estuviese en manos de los Castros, empezaron á juntar partidarios y á sembrar los gérmenes de la guerra civil.

Don Gutierre, amigo de la paz, creyó sosegar á los Laras confiando la educacion del niño rey á Don García de Aza, hermano de madre de Don Manrique: pero éste y sus partidarios, viendo entre sus manos la ocasion que deseaban, persuadieron á Don García, hombre mas honrado que político, que les entregase el niño: prenda con la cual creian gobernar el reino á su placer.

A principios del año siguiente de 1159 falleció Don Gutierre en medio de las altercaciones con los Laras, y se halló el reino en un caso no previsto por las leyes, y que no tenia precedentes. Don Manrique, teniendo en su poder al niño, se proclamó de hecho gobernador del reino: pero Don Fernando de Leon, tio del rey, ambicioso y al mismo tiempo incitado por los Castros, entró en Castilla con un egército poderoso para señorearse de la regencia, alegando los derechos del parentesco. Manrique de Lara tuvo hasta cierto punto la culpa de esta calamidad, porque contra el tenor del testamento de Don Sancho, apenas se vió dueño del gobierno, despojó á los Castros sus enemigos de las tenencias que poseian, y los obligó con esta injusticia á implorar el auxilio del rey de Leon.

Pero la invasion de los leoneses hizo popular en Castilla el partido de los Laras: tanto por-

que se llevó muy á mal que los Castros hubiesen recurrido á fuerzas estrangeras para sostenerse, como porque no se fiaban del rey de Leon, que aunque tio del rey, era ambicioso, y tenia grande interés en reunir la Castilla ó parte de ella á su señorío. Sin embargo habia fuerzas bastantes para resistirles, y entró sin dificultad en Toledo, que le reconoció como á tutor, y dió su alcaidía á Don Fernando Ruiz de Castro. Despues entró en los estados de los Laras, que se retiraron á Soria con el niño rey, y obligados por la superioridad de los leoneses, ofrecieron poner á Don Alonso en manos de su tio con tal que se capitulasen antes de la entrega varias seguridades de que en siendo el rey mayor se habia de entregar Don Fernando de todos los estados de Castilla.

Don Fernando lo concedió: pero en el momento de hacer la entrega, Don Pedro Nuñez de Fuente Almegir, caballero de la parcialidad de los Laras, por consejo de éstos, huyó con el niño secretamente, y le llevó á San Esteban de Gormaz. Don Fernando, irritado del engaño, partió en su seguimiento: pero antes de que hubiese cercado la fortaleza, pasaron al rey á Atienza, y de allí á Avila. El rey de Leon, temiendo que si manifestaba grande empeño en haber su sobrino á las manos se atribuyese á siniestras intenciones, dejó su educacion á cargo de los Laras; mas conservó en su poder, con el título de tutor, la mayor parte de las ciudades del reino. Situacion calamitosa en que la autori-

dad legítima y querida del pueblo estaba en una parte, y en otra el poder efectivo manejado por un príncipe estrangero.

Batalla del Portillo de la Figuera (1160). La guerra civil continuaba. Los Laras buscaron todos los medios posibles de desposeer al rey de Leon de las fortalezas que estaban por él; estimulábalos á ello el odio á los Castros y á la dominacion estrangera. El conde Don Nuño de Lara, hermano de Don Manrique, juntó un cuerpo de tropas, y entró en tierra de Campos: pero el rey de Leon le salió al encuentro, y le derrotó completamente, dejándole tan escarmentado que en mucho tiempo no se atrevieron los Laras á moverle guerra.

A esta calamidad se agregaron la invasion de los navarros y la entrada de los musulmanes. Don Sancho, rey de Navarra, viendo la situacion infeliz de Castilla, despedazada por discordias civiles, creyó oportuna la ocasion para recobrar las tierras que en otro tiempo habian pertenecido á su reino en la ribera derecha del Ebro, y pasó este rio con poderoso egército. Rindió á Logroño, Entrena, Cerezo, Grañon y Briviesca.

Los moros, animados por el mismo motivo, hicieron entrada en la frontera de la Mancha, y en un pueblo llamado Portillo de la Figuera derrotaron el egército de los cristianos que mandado por los capitanes fronterizos salió á su opósito. No hubo calamidad que no affigiese entonces al reino de Castilla.

Principios de la órden de Santiago: señorío de Albarracin (1161). El conde Don Manrique acudiendo al enemigo mas próximo, juntó un cuerpo de tropas, penetró en Rioja, y echó de esta provincia á los navarros, aunque no pudo recobrar todas las fortalezas. Don Sancho de Navarra no pudo hacerle resistencia, porque habia enviado mucha parte de su egército á las órdenes de Don Pedro Ruiz de Azagra, uno de los caudillos mas esforzados de su siglo, en socorro de Aben Sad, rey de Valencia, que con el auxilio de los príncipes cristianos sostenia este reino y el de Murcia contra los almohades. El valor y pericia de Azagra le fué tan útil en esta campaña, que vencidos los almohades en un combate, pusó sitio á Granada, y la rindió. En recompensa dió al caudillo navarro la ciudad de Albarracin. Don Pedro Ruiz la pobló de cristianos, fundó en ella ó mejoró una Iglesia á nuestra señora, tomó el título de *vasallo de santa María, y señor de Albarracin*, y fortificó y defendió tan bien su señorio que no pudieron quitárselo los poderosos reyes de Castilla y de Aragon que lo ambicionaban.

Don Ramon, príncipe de Aragon, pasó este año á Provenza, donde los baucios habian vuelto á sublevarse. Quitóles muchos castillos, demolió las fortificaciones de Arlés, y sitió la fortaleza de Trinquetaille, que esta vez no resistió á sus ataques, y fué arrasada. Pasó despues á verse con el emperador Federico, que dió á Don Ramon Berenguel, sobrino del príncipe, la in-

vestidura de aquel estado: lo que hizo caducar las pretensiones de los demas señores que alegaban derechos á él. ...

Algunos señores del reino de Leon, que con las revueltas de los tiempos habian tenido una conducta relajada viviendo casi como vandoleros, arrenpentidos de sus culpas, y deseosos de consagrar á la religion y á la patria el resto de una vida perversa, siguiendo el egemplo de los caballeros de Alcantara y de Calatrava, resolvieron formar una congregacion destinada á pelear contra los musulmanes. Fué autor del proyecto, y primer maestre de la nueva órden, que se llamó de Santiago, un caballero de Fuente Encalada, lugar del obispado de Astorga: su nombre era don Pedro Fernandez. El rey de Leon les dió á Valduerna, despues á Distriana y otros castillos y posesiones. En pocos años se hizo célebre esta órden por sus victorias contra los enemigos de la cristiandad.

En este mismo año hicieron entrada los moros por la parte de Extremadura; y ganaron una batalla campal á los cristianos junto á una fortaleza, de que se apoderaron, y que los historiadores árabes llaman Atarniques. Animábalos la venida á España de Abdelmumen, rey de Marruecos, que quiso ver el estado de las fortificaciones que habia mandado hacer en Gibraltar.

Conquista de Beja (1162). El valiente Don Alonso Enriquez, rey de Portugal, mientras reinos mas poderosos que el suyo, como los de

Leon y Castilla, se hallaban espuestos á las invasiones de los moros, defendia su pequeño estado y lo aumentaba, siendo en esta época el verdadero héroe de los cristianos. Despues de la conquista de Alcazar do Sal, codiciaba la de Beja; pero no tenia medios para apoderarse de esta ciudad populosa y muy fuerte. Recurrió pues al arbitrio que tanto le valió en la conquista de Santaren, y envió su gente al mando de un valeroso caudillo Francisco Gonzalez, que caminando de noche y emboscándose de dia, tuvo la fortuna de llegar á la plaza sin ser descubierto, y hallándose cerca esperó á la obscuridad para acometerla: los moros sorprendidos apenas pudierou hacer resistencia. Casi todos perecieron, y la ciudad quedó en poder de los portugueses, que la fortificaron con gran cuidado, porque era la principal plaza fronteriza contra los infieles. Al mismo tiempo fundó el rey don Alonso de Portugal una órden militar á imitacion de las de Leon y Castilla. Llamóse primero de Evora, y despues de Avís.

Este año falleció el príncipe Don Ramon de Aragon en Turin, á donde habia ido á verse con el emperador. Por su testamento dejó á su hijo mayor Don Ramon el reino de Aragon y el Condado de Barcelona, y al menor Don Pedro el condado de Cerdania, con advertencia de que sucediese en el reino á su hermano en caso de que éste muriese sin hijos legítimos. Este testamento fué aprobado en las córtes de Huesca, que reunió la reina Doña Petronila, con la clau-

sula singular de que Don Ramon habia de mudar su nombre en el de Alonso cuando subiese al trono. De Doña Dulce, hija del difunto príncipe y de Doña Petronila, no se hizo mencion alguna ni en el testamento ni en las córtes que lo confirmaron.

Don Alonso II, rey de Aragon (1163). Doña Petronila concluyó su reinado, resignando el poder soberano en su hijo Don Alonso, que fué reconocido y jurado con toda solemnidad en Barcelona y en Zaragoza. Fué príncipe prudente y valeroso, y conservó y aumentó el reino de sus antepasados, arrojando enteramente de Aragon y Cataluña á los mahometanos.

El aumento de poder de los almohades, y una victoria que consiguieron en Jaen peleando contra Aben Sad, rey de Valencia, obligó al conde Don Manrique, que gobernaba á Castilla, y al rey de Leon, á adoptar sentimientos mas pacíficos, por no hallarse desunidos y destrozados cuando tuviesen que medir sus armas, como preveian, contra el nuevo imperio de Marruecos. Asi celebraron una conferencia en Soria, y estipularon amistad y concordia entre los dos reinos. Convinieron ademas en dar á los templarios la fortaleza de Uclés, para que defendiesen contra los moros aquella parte de la frontera, así como los caballeros de Calatrava defendian la del Guadiana. Sus temores se calmaron algun tiempo por la muerte de Abdelmumen, fundador de la dinastía de los almohades, que falleció en Salé cuando se preparaba á invadir el norte de la

península con todas sus fuerzas. Sucedióle su hijo Jucef, pospuesto Muhamad, que era el mayor y ya jurado príncipe, porque habia vehementes indicios de que quiso revelarse contra su padre.

Batallas de Valmuza y de Huete (1164). El rey Don Fernando de Leon, amenazado como toda la cristiandad de España por las armas de los almohades, tuvo la prevision de poblar y fortificar muchas villas y ciudades de sus fronteras, entre ellas la antigua Mirobruga, que estaba por tierra, á la cual dió el nombre de Ciudad Rodrigo, y á Ledesma. Los habitantes de Salamanca, á costa de cuyo territorio se habia de dar jurisdiccion á las nuevas poblaciones, se sublevaron, y llamando en su auxilio á los de Avila, juntaron un egército para oponerse á la construccion de aquellas ciudades. El rey juntó con celeridad sus tropas y las de los concejos de Leon, Astorga y Zamora, y acudió á reprimir aquel movimiento. Encontró á los rebeldes junto á Valmuza, los derrotó completamente, entró en Salamanca, y castigó con severidad á los autores de la sedicion.

Mientras esta pequeña guerra civil ocupaba al rey de Leon, Manrique de Lara suscitó otra en Castilla, que le costó la vida, y aun amancilló su gloria. Empeñado siempre en quitar á los Castros las tenencias que disfrutaban en el reino, cuando vió al rey Fernando II, protector de aquella familia, embarazado en la guerra de Salamanca, juntó las tropas de sus parciales, y marchó á Huete, sabiendo que en sus cercanías

se hallaba con su egército Don Fernando Ruiz de Castro. Dejó al rey Don Alonso, que llevaba consigo, en Garcinarro escoltado por un cuerpo suficiente de tropas, y acometió al enemigo.

Castro entró en la batalla con armas no conocidas, dando las suyas á otro caballero, que pagó caro aquel honor, muriendo de una lanzada que le dió Don Manrique, creyendo que era su enemigo. Don Manrique gritó: "Lara, Lara, á éllos: Fernan de Castro es muerto." Pero Don Fernando Ruiz atravesó por entre las tropas gritando. "Mentira es, yo soy Fernan de Castro." En aquel choque cayó muerto Don Maurique, y los suyos desalentados abandonaron el campo de batalla y se retiraron con el rey. Este fin trágico y merecido tuvo aquel héroe, arrastrado de dos pasiones tan funestas como la ambicion y el odio. Con mas moderacion era seguro su triunfo: porque los castellanos adoraban al rey, que á pesar de su corta edad daba ya muestras de lo que habia de ser, y su causa, tarde ó temprano, debia triunfar de la de los leoneses y de los Castros, como triunfó en efecto.

Muerto Don Manrique, su hermano Don Nuño, aunque sin nombre de gobernador ó tutor, tuvo el supremo manejo de los negocios en Castilla, como el ricohombre que era mas poderoso. Don Manrique tuvo el título de gobernador: mas ya hemos visto que no lo adquirió de una manera legal: pues ni el testamento del rey Don Sancho, ni las córtes, que no se reunieron

en la minoridad de Alonso VIII, se lo concedieron.

La victoria de Huete fué tan poco ventajosa á los Castros que al año siguiente de 1165 perdieron su principal alcaidía, que era la de Toledo. Estevan Illan, caballero de esta ciudad, estando el rey Don Alonso y el conde Don Nuño en Maqueda, salió á buscarlos, los introdujo de noche en la torre de San Roman, que ocupaba con sus parientes y amigos, proclamó al rey, y fijó su bandera en lo alto de la torre; y Don Fernando de Castro sorprendido por el repentino clamor, huyó de Toledo, y se retiró con su gente á Zurita, fortaleza entonces de mucha importancia.

Al mismo tiempo acometió y rindió Don Alonso Enriquez de Portugal las plazas de Coimbra y Palmela, y derrotó al valí de Badajoz que con un cuerpo numeroso vino en socorro de la frontera. En este año penetraron los almohades en Murcia, y dieron una terrible rota á las tropas de Aben Sad, rey de Valencia, mandadas por el célebre Aben Mardenis.

Conquista de Alcántara, Yelves y Evora (1166). El rey Don Fernando de Leon no teniendo grandes esperanzas de adelantar en Castilla, donde casi todas las plazas habian ya reconocido al jóven rey Don Alonso despues de la toma de Toledo, resolvió satisfacer su ambicion de una manera mas noble, y acometiendo las fronteras de los mahometanos, les quitó las plazas de Alcántara, Alburquerque y Yelves

De los pormenores de esta campaña nada se sabe, sino que un caballero leonés, llamado don Pedro Perez, hizo grandes servicios en esta conquista; y que el rey premió por ellos á su hija, sin duda á causa de morir el padre poco despues.

Este año cayó Evora en poder de los portugueses del modo siguiente. Un vandolero llamado Giraldo, caudillo de una tropa de ladrones, deseando salir de aquella mala vida, y merecer el perdon de sus delitos por algun servicio señalado, hallándose cerca de Evora, reconoció el descuido de los moros en guardarla, y formó el proyecto de sorprenderla.

A este fin se apoderó con sus compañeros de una atalaya que tenian los moros fuera de la plaza, é hizo desde ella señales de haber aparecido en el campo tropas portuguesas. Los habitantes de Evora salieron á buscarlas y perseguirlas. La cuadrilla de Giraldo, aprovechando la ocasion de quedar casi indefensa la ciudad, se apoderaron fácilmente de ella, y la defendieron con valor contra los moros que volvieron cansados de sus inútiles escursiones. Giraldo entregó la plaza al rey, que perdonó y premió á él y á sus compañeros. Don Alonso Enriquez pasó con sus tropas á tomar posesion de aquella importante ciudad, y conquistó en la misma campaña á Moura, Serpa, Alconchel y Coluche; de modo que todo el Alentejo y parte del Algarbe actual (pues el antiguo se extendia hasta Extremadura) estaba ya en poder de los cristianos.

Pero al año siguiente, no escarmentado de sus expediciones á Galicia, y empeñado en hacer valederas sus pretensiones sobre una parte de aquel reino, entró en el territorio del Limia, y se apoderó de él. Al mismo tiempo peleaban los castellanos con los navarros por la posesion de la Rioja, pero muy tibiamente, y en este mismo tiempo hicieron treguas por diez años. Don Alonso II de Aragon hizo expedicion á Provenza, y peleó con el conde de Tolosa, que renovó sus antiguas pretensiones á aquel estado. Ignórase el éxito de la batalla: solo se sabe que la Provenza quedó por el rey de Aragon.

Conquista de Badajoz y de Caspe (1168). Don Alonso de Portugal, contento del buen éxito de su expedicion á Galicia, se puso en esta campaña sobre la plaza de Badajoz y la rindió al tiempo que llegaba á ella con ejército superior el rey don Fernando de Leon resuelto á vengar dos ofensas, la ocupacion del Limia y el sitio de Badajoz que caia en los términos de su conquista. El de Portugal, no creyéndose seguro dentro de la plaza, y temiendo ser sitiado en ella por los leoneses, salió fuera: pero tuvo que abrirse paso por medio de las tropas de don Fernando, y en el choque se tronchó una pierna, de que estuvo enfermo el resto de su vida, y cayó prisionero.

Don Fernando le trató con mucho agasajo: mas no le dió libertad hasta que se firmó un tratado entre Leon y Portugal, cuyas principales condiciones fueron que los portugueses eva-

cuasen el territorio del Limia, y que Badajoz quedase por don Fernando. No teniendo éstos fuerzas para guarnecerla á tanta distancia del centro de su reino la dió como feudo, bajo condicion de vasallage, al valí mahometano que antes la tenia.

Alonso de Aragon fue mas feliz que el de Portugal en las empresas que este año formó contra los moros, dueños todavía de algunas fortalezas en el bajo Ebro y en sus afluentes. Tomó á Favara, Maella, Monroy, Peña Rubia; entregósele Caspe, se apoderó de Alcañiz, que fortificó muy bien para que fuese plaza fronteriza por aquella parte, y confió su defensa á los caballeros del Temple y de Calatrava.

Don Alonso de Castilla, apenas salido de la niñez, tenia que reconquistar las fortalezas de su propio reino. Deseaba quitar á los Castros la plaza de Zurita, cuyo alcaide Lope de Arenas, caballero de la parcialidad de don Fernando Ruiz de Castro, habia atraido á ella á los condes don Nuño de Lara y don Ponce de Minerva, socolor de tratar de la entrega, y faltando al seguro de la guerra, los retuvo alevosamente prisioneros. El rey cercó el castillo, resuelto á no levantar el sitio hasta ser dueño de la plaza.

Un criado de don Lope de Arenas, llamado Dominguejo, que servia en los oficios mas ínfimos de su casa, se presentó un dia en la tienda de don Alonso y le dijo: "dadme un hombre señalado de vuestra casa, que reciba de mi mano un fuerte golpe de maza, aunque

no mortal, donde mi amo lo vea. Con esto me tendrá por criado leal y valiente, y su confianza me proporcionará los medios de entregar la plaza."

Un toledano, llamado Pedro Diaz, se ofreció á recibir el golpe, y un dia que Arenas estaba en la ventana de su habitacion que daba al campo, vió á Dominguejo herir con la maza y derribar á un caballero enemigo, y huir á la fortaleza de los del rey que le perseguian. Tuvole desde alli en mucho, y le hizo guarda mayor de sus centinelas, con lo cual tenia Dominguejo proporcion de entrar y salir con armas ó sin ellas en el cuarto del gobernador; y un dia que le cogió descuidado le atravesó con un venablo. don Lope antes de morir encargó á un sobrino suyo que entregase la plaza al rey, y asi se hizo. Dominguejo se presentó á pedir mercedes y se le dieron algunos maravedises de renta, pero el rey mandó cortarle los pies y manos en castigo de su alevosía; justicia bárbara, aunque merecida.

Al año siguiente de 1169 se apoderó el rey de Aragon de Montalban, y para asegurarla la entregó á los caballeros de Santiago, órden que se habia distinguido mucho en la guerra y conquista de Alcántara, Alburquerque y Yelves. En 1170 se levantaron los moros de las montañas de Prades, confiados en la aspereza de sus riscos. Alonso de Aragon marchó contra éllos, los acorraló hasta sus últimas guaridas, y obligó á los que quedaron vivos de los combates á sa-

lir de Cataluña, y refugiarse en los dominios mahometanos.

En el mismo año casó Alonso de Castilla con Leonor hija de Enrique II, rey de Inglaterra. Ya habia tomado las riendas del gobierno con mano firme, y sostuvo la monarquía contra el inmenso poder de los almohades que se preparaban á acometer la cristiandad de España. En esta campaña solo se peleó en Portugal. Gonzalo Mendez, general del rey don Alonso Enriquez, consiguió una señalada victoria de los moros de Algarbe; pero murió de las heridas que recibió en la batalla. Su sucesor Egas Gomez derrotó segunda vez á los moros que se atrevieron á entrar en el territorio portugues para vengar el anterior desastre.

Conquista de Teruel (1171). En fin los almohades tan temidos se presentaron en las fronteras de los cristianos. Jucef, rey de Marruecos, pasó con numeroso egército á la península, lo dividió en dos partes, y marchando al frente de la principal contra el reino de Toledo, encargó la otra á sus lugartenientes para que entrasen por el Algarbe en los dominios de Portugal.

Jucef no hizo mas que talar la frontera, y llevarse ganados y cautivos. El otro egército sitió á Santaren; mas don Alonso Enriquez salió á la defensa de la plaza, desalojó al enemigo de sus cuarteles, y le obligó á retirarse. Casi al mismo tiempo llegaba con lucido ejército don Fernando de Leon, lo que no dejó de dar cuidado á don Alonso, recordando el suceso de Ba-

dajoz; pero el leonés le envió un oficial suyo para avisarle que solo habia acudido á socorrer la plaza, como lo haria siempre que tuviese necesidad de su auxilio: y hecho esto, se volvió otra vez á Leon.

Don Alonso de Aragon sitió y rindió la ciudad de Teruel, única plaza que quedaba ya á los moros en el territorio que hoy se llama reino de Aragon, y la hizo fortaleza fronteriza arrojando de ella á los moros y poblándola de cristianos. Asi que los musulmanes no poseian ya en la España oriental mas que la valía de Cuenca y los reinos de Valencia y Murcia.

En el año de 1172 falleció Aben Sad, rey de Valencia, á quien los cristianos llamaban Aben Lop, ó el rey Lobo. Sucedióle Aben Mardenis, valí de Murcia, que falleció dentro de poco. Sus hijos viéndose indefensos pusieron sus estados bajo la proteccion de Jucef rey de Marruecos, y los conservaron por el casamiento de una hermana muy hermosa que tenian, con aquel monarca.

Los almohades hicieron nueva invasion este año en el reino de Toledo, y vencieron y dieron muerte al caudillo castellano, llamado Sancho por los escritores musulmanes con el sobrenombre de *Abulbarda* porque solia usar de una preciosa alabarda, adornada de telas de seda y pedrería. En los historiadores cristianos no se halla mencion de semejante guerrero.

Despues pusieron sitio los moros á Huete, y aunque la plaza se defendió heróicamente, la

redujeron al extremo de rendirse, porque le cortaron las aguas: pero cuando ya iba á capitular cayó una lluvia muy abundante, que se tuvo por milagrosa por ser á mediados de julio. Abastecidos de agua los cristianos para mucho tiempo, hubo lugar para que llegase el ejército mandado por el rey de Castilla, y los moros se retiraron. Alonso los persiguió hasta las tierras de Murcia, en las cuales hizo grande estrago, asi como Alonso de Àragon en el reino de Valencia, en donde hizo entrada apenas supo la muerte de Aben Sad, su aliado y vasallo.

Pero don Sancho, rey de Navarra, que no tenia moros con quienes combatir, se acordó entonces de su antigua enemistad con Aragon, hizo entrada por la frontera de este reino, y se apoderó de Trasmoz. Don Alonso II volvió inmediatamente á sus estados: pero antes se vió con Alonso VIII en la frontera de Castilla, é hizo con el alianza ofensiva contra don Sancho. movido el aragones de la reciente injuria, y el castellano del deseo de recobrar las plazas de Rioja, que en su menor edad le habia usurpado don Sancho. En el otoño de 1172 entraron en Navarra los dos Alonsos, uno por Rioja y otro por Tudela: el de Castilla se contentó con talar el pais: el de Aragon se apoderó de la plaza de Arguedas. Asi la ambicion inquieta del rey de Navarra produjo contra su reino una guerra desoladora, y apartó á los dos monarcas sus vecinos de la guerra contra los moros.

Batalla de Ciudad Rodrigo (1173). Jacob,

hijo de Jucef rey de los almohades, á cuyo cargo estaba el gobierno de Andalucía, hizo entrada en Portugal con numeroso ejército, y tomó á Torres Novas. Don Alonso Enriquez le salió al opósito con los suyos, y se situó ventajosamente para defender sus estados. El almohade no atreviéndose á darle batalla, continuó su algara hácia el norte, entró en la Estremadura de Leon, taló todo el pais, y se puso en marcha contra Ciudad Rodrigo, fortaleza recien construida y poblada.

El rey don Fernando II, resuelto á defenderla como baluarte que era de sus dominios, se encerró en ella con poca, pero muy escogida gente. Jacob llegó á vista de los muros resuelto á poner sitio á Ciudad Rodrigo. Don Fernando á pesar de su inferioridad numérica, alentado con la vision de un canónigo de San Isidro de Leon, á quien el santo prometió en un sueño la victoria, salió con su gente de la plaza; acometió el campo enemigo, y lo derrotó completamente haciendo en los moros gran mortandad.

Entretanto los reyes de Castilla y de Aragon continuaban la ingloriosa guerra de Navarra. El primero asaltó á Grañon, plaza de la Rioja y una de las que el rey don Sancho habia ocupado en la menor edad de Alonso VIII, mas fue rechazado y se redujo á estrecharla por hambre, y al fin la tomó. El de Aragon rindió á Milagro; y el rey de Navarra, que habia hecho una entrada en aquel reino para obligar á

Alonso II á evacuar el suyo, sitió y tomó á Cajuelos, no socorrida por su rey que se ostinó en la espugnacion de Milagro.

Don Fernando Ruiz de Castro se habia desnaturalizado de Castilla cuando Alonso VIII tomó en sus manos las riendas del gobierno, y pasado á Andalucía á servir al rey de los almohades, y acompañó á Jacob en la espedicion de Ciudad Rodrigo. Fernando II se aprovechó de esta ocasion para ganar al vencedor de Huete, y le ofreció estados correspondientes á su sangre y la mano de su hermana natural Doña Estefanía si se pasaba á su servicio. Castro aceptó la propuesta, casó con la princesa y se estableció en Leon.

Pero no olvidado del antiguo ódio contra los Laras, á pesar del interés que ambos reyes de Leon y Castilla tenian en vivir entre sí bien unidos para defenderse de los almohades, hizo con sus valedores y amigos una entrada en tierra de Campos, y taló los dominios que en ella tenian los Laras. Estos salieron al encuentro con sus vasallos, y se dió un combate en que la victoria se declaró por Fernando Ruiz, y quedaron muertos los condes don Alvaro de Lara, y don Osorio, suegro del Castro; pero irritado contra él porque habia repudiado á su hija y casádose con otra segun la costumbre bárbara de los magnates de aquellos siglos, aunque reprimida ya en gran parte por la autoridad pontificia. Los condes don Nuño y don Rodrigo de Lara quedaron prisioneros en este

combate, verdaderamente feudal, en el cual no es posible á los corazones rectos tomar interes ni por una ni por otra parte. Este suceso pertenece al año de 1174.

No era mas agradable á la cristiandad de España la guerra de Aragon y de Castilla contra Navarra que continuaba aun sin acontecimientos mas importantes que la toma por los castellanos de algunos fuertes de Rioja, cuyos nombres constan, no de nuestras memorias é historiadores, sino de Hoveden, escritor inglés. Tal era el tedío con que nuestros cronistas, la mayor parte eclesiásticos, miraban la guerra entre los principales cristianos.

Expedicion de los portugueses á Andalucía: batallas de Villarasa y de Beja (1175). Don Alonso Enriquez era ya anciano, y despues de la fractura de la pierna que le impedia montar á caballo, poco á propósito para la guerra: pero su hijo mayor don Sancho, ya jóven, y que casó este año con Doña Dulce, hermana de Alonso II rey de Aragon, habia heredado las cualidades militares de su padre. Apenas celebró sus bodas, se puso al frente de un lucido egército, y atravesando el Guadiana asoló toda la parte del reino de Sevilla comprehendida desde aquel rio hasta el Tinto.

Al pasarle con intencion de marchar á Sevilla, encontró en las llanuras de Villarasa el numeroso ejército de los moros dispuesto á impedirle el paso. El infante le acometió con bravura, eligiendo por sitio suyo para pelear el

escuadron de vanguardia. La accion se hizo general y se peleó todo el dia con igual encarnizamiento de ambas partes. Lo mas recio de la contienda fue alrededor de los estandartes reales de ambos egércitos, hasta que decidió la victoria el ataque de Mem Moniz, uno de los caballeros mas esforzados de aquel siglo, y discípulo de la grande escuela de Alonso Enriquez. Este héroe mató al alferez de los musulmanes, le quitó la bandera y la arrojó al suelo.

Los moros huyeron, y los portugueses siguieron el alcance hasta Triana, arrabal de Sevilla, que entraron y saquearon. La consternacion fue tan grande en aquella capital que se cortó el puente de barcas con que se comunicaban las dos orillas del Guadalquivir. Don Sancho se volvió saqueando todo el pais, y puso sitio á Niebla, plaza entonces muy fuerte: pero hubo de levantarle para socorrer el Alentejo donde le esperaban nuevos laureles.

Un egército musulman mandado por dos alcaides, llamados Alboacen y Alí, pasaron el Guadiana y pusieron sitio á la plaza de Beja. Don Sancho marchó en su socorro abandonada la empresa de Niebla. Los moros salieron de sus cuarteles para rechazarle, y se dió una batalla en que la victoria quedó por los portugueses. Los dos alcaides perecieron en el combate. Así se terminó la campaña en Portugal. La de los castellanos y aragoneses contra Navarra no produjo suceso alguno de importancia si se ha de juzgar por el silencio de los historiadores.

Al año siguiente de 1176 reunieron sus ejércitos los dos Alonsos de Castilla y Aragon, pasaron el Ebro, llegaron al castillo de Leguin, situado á tres leguas de Pamplona, y lo rindieron. Pero los prelados y señores de las tres naciones estaban ya cansados de una guerra que la prudencia y valor de don Sancho de Navarra hacia larga y dificil. Por otra parte Alonso de Aragon habiéndose de partir á Provenza para oponerse á las pretensiones del conde de Tolosa sobre aquel estado, queria dejar su reino sin enemigos durante su ausencia; y el de Castilla que ansiaba por hacer guerra á los musulmanes, y que habia conseguido ya recobrar la Rioja, objeto de sus hostilidades, queria tambien la paz.

Con estas disposiciones no fue dificil asentar treguas ni entrar en negociacion. La querella entre Aragon y Navarra se terminó fácilmente restituyendo las plazas conquistadas de una y otra parte. La de Castilla era mas importante porque se trataba de una provincia rica y muy poblada como la Rioja. Doliale mucho á don Sancho de Navarra perder un territorio que hasta Sancho de Peñalen, y durante el reinado de Alonso el Batallador, habia sido patrimonio de su corona. El de Castilla alegaba que desde Alonso VI y en tiempos muy antiguos pertenecia aquella ribera del Ebro á los reinos de sus antepasados. Conviniéronse finalmente en elegir por juez árbitro á Enrique II, rey de Inglaterra; y enviaron sus embajadores á Londres para esponer contradictoriamente su derecho. Alonso

de Aragon pasó á Francia, y ajustó amigablemente sus diferencias con el conde de Tolosa.

Conquista de Cuenca (1177). Al año siguiente dió el juez compromisario la sentencia, mandando al de Castilla restituir las plazas de Leguin, Portilla y Godin que habia tomado en Navarra, y al navarro devolver á Alonso VIII las que poseyese todavía en Rioja. Los dos reyes se conformaron con esta sentencia, si bien en la ejecucion ocurrieron algunas dificultades y dilaciones; que no llegaron sin embargo á rompimiento.

Alonso VIII libre ya de la guerra de Navarra, emprendió su larga y terrible lucha contra los moros, comenzada con felicidad, continuada con suerte adversa, y terminada por la victoria mas ilustre de nuestra historia. Su primer proyecto fue la conquista de la plaza de Cuenca, fuerte por la naturaleza y por el arte; y ya desde el año anterior tenia preparados los ingenios y máquinas para batirla. Púsose sobre ella en el mes de enero y duró el sitio hasta de el setiembre que se rindió. Los moros se defendieron con tanto valor que Alonso VIII desconfió de rendirla con solas sus fuerzas, mucho mas cuando ya escaseaban los víveres y el dinero en su ejército, y pidió socorro á su cuñado y aliado el rey de aragon, que acudió inmediatamente con su ejército, y entonces se estrechó mas el sitio.

Los moros de Cuenca pidieron socorro á los almohades de Andalucía, que enviaron en efecto un egército numeroso para levantar el

cerco: pero ya entonces habia llegado Alonso II de Aragon, y no se atrevieron á atacar los cuarteles. Hicieron, pues, algaras en el reino de Toledo, por si esta diversion obligaba á Alonso VIII á levantar el sitio de Cuenca: pero el rey permaneció firme en su propósito. Los alcaides de Toledo salieron con la gente de guerra contra los moros y los acometieron. Pelcóse con sumo ardor, los dos alcaides murieron como buenos en el combate, y los cristianos llevaron lo peor: pero la pérdida de los moros fue tan grande que hubieron de retirarse á Andalucía con el botin que habian hecho. Cuenca abandonada á sí misma, se rindió salvas las vidas y la libertad. Alonso VIII rindió despues á Alarcon y á Iniesta. Agradecido al socorro del rey de Aragon, le dió por libre del vasallage que antes reconocia á Castilla desde los tiempos de Ramiro II. Alonso II antes de volver á Zaragoza hizo entrada en los reinos de Valencia y Murcia, donde no solo adquirió grandes despojos, sino obligó á declararse vasallos de Aragon á muchos señores de pueblos, que aunque sometidos al rey de Marruecos nominalmente, ejercian en la realidad una autoridad soberana por la distancia á que se hallaban de la córte de los almohades. Tales eran los señores de Játiva, Denia, Murcia, Alicante y Lorca.

Nada muestra con mas claridad el mal caracter de Fernando II de Leon, que haber acometido á Castilla sin razon ni motivo alguno, y apoderádose de Castrogeriz y Dueñas mien-

tras Alonso VIII se hallaba ocupado en el sitio de Cuenca, empresa útil para todos los reyes cristianos de España, pues que disminuia las fuerzas del enemigo comun. Este ataque inesperado é injusto irritó sobremanera al castellano, y se preparó á la venganza.

Guerra entre Leon, Castilla y Portugal: batalla de Argañal (1178). Alonso de Castilla se coligó con los portugueses, y mientras él entró talando el reino de Leon por la parte de Palencia, el infante Don Sancho de Portugal se puso con su egército sobre Ciudad Rodrigo. Fernando II acudió con el suyo en defensa de la plaza, el portugués salió de sus cuarteles á encontrarlo, y junto á Argañal se dió una batalla, en que la victoria quedó por los leoneses. El infante don Sancho se volvió á Portugal, y en el mismo año hizo entrada en Andalucía, logrando en esta guerra mas justa grandes despojos de los moros.

Alonso de Aragon hizo tambien entrada en el reino de Valencia, y puso sitio á Murviedro, pero habiendo fallecido sin hijos Gerardo, conde de Rosellon, partió á aquel estado feudatario suyo para incorporarlo en el condado de Barcelona. Despues fue mediador para las paces entre Castilla y Leon, y al mismo tiempo ajustó con el rey Alonso VIII un tratado de repartimiento de las conquistas que se hiciesen de los moros, asignándose á Aragon el reino de Valencia, y á Castilla el de Murcia y la Andalucía.

Al año siguiente hizo Jacob, gobernador de Andalucía é hijo del rey de Marruecos, una entrada con egército numeroso en el Alentejo, rindió á Coruche, y sitió á Abrantes: pero el infante Don Sancho acudió con su egército en defensa de la plaza, y el musulman se retiró, quedando solo Gamir, valí de Mérida, con las tropas de su provincia, que cercó á Porto de Mos. El sitio duró hasta entrado el año de 1180.

Don Fuas Roupinho, alcaide de aquella fortaleza, y caballero de los mas esforzados de Portugal, dejó en ella una parte escogida de la guarnicion, salió con los demas, recorrió las plazas vecinas, pidió socorro á sus gobernadores, y volvió á Porto de Mos, enboscándose en la sierra vecina, desde la cual observó el asalto que los moros daban al castillo. Su gente queria arremeter porque no lo tomasen á su vista: pero Roupinho los contuvo diciendo: "conozco los soldados que dejé allí; á vosotros os reservo para mejor ocasion."

En efecto, la guarnicion se defendió valerosamente hasta que la obscuridad obligó al enemigo á volver á sus cuarteles, y á entregarse al descanso y al sueño. Entonces don Fuas descendió del monte sin ser sentido; y cayendo sobre los reales de los moros hizo en éllos terrible mortandad, de que muy pocos escaparon. El valí de Mérida y su hermano cayeron prisioneros.

En el mismo año se presentó en las aguas

de Lisboa una armada del rey de Marruecos que infestó las costas cercanas, é hizo en ellas mucho botin. El rey don Alonso encargó á Roupinho el mando de las galeras que habia en Lisboa. Salió don Fuas en demanda del enemigo, y le encontró junto al cabo Espichel. Acometió denodadamente á la capitana de los moros y la rindió; con cuyo ejemplo las demas galeras portuguesas hicieron lo mismo con las que les tocaban. Despues de haber dejado las presas en Lisboa, y reforzado sú escuadra, volvió Roupinho al mar, dobló el cabo de San Vicente, pasó el Estrecho, se puso á vista de Ceuta, entró en el mismo puerto, y sacó de él muchas embarcaciones de comercio ricamente cargadas; con cuyá presa se volvió á Lisboa. Esta fue la primer espedicion marítima de aquella nacion á quien la providencia reservaba en el mismo elemento un imperio tan dilatado.

Dos años despues pereció este primer almirante de los portugueses en una batalla que sostuvo en el Estrecho, á donde la tempestad le habia arrojado, contra una escuadra de 54 galeras almohades, teniendo él solamente 21. El combate fue encarnizado y terrible: pero al fin triunfó la superioridad del número. El valiente Roupinho murió peleando, y de sus galeras solo se salvaron 10. Las demas fueron apresadas ó echadas á pique.

En estos años se gozó de paz y tranquilidad en los reinos cristianos de España. Alonso de

Aragon pasó á Provenza, cuyo conde habia perecido á manos de unos asesinos, y agregó aquel señorío á su corona. El de Castilla continuaba con bastante felicidad sus expediciones contra los mahometanos. En 1182 entró por la frontera de Calatrava en los dominios del contrario, tomó el castillo de Sietfila, saqueó las comarcas de Montiel y Alcaráz, y se volvió á Toledo cargado de botin.

Su tio don Fernando II de Leon, que quiso imitar su egemplo, entró el año siguiente en la Estremadura de los moros, y rindió despues de alguna resistencia la importante villa de Cáceres. Parecióle aquel puesto sitio muy á propósito para hacerle plaza fronteriza y avanzada de la línea del Tajo contra los gobiernos musulmanes de Badajoz y Mérida: y así la fortificó cuidadosamente y puso en ella muy buena guarnicion.

Sitio y batalla de Santaren (1184). Jucef, rey de los almohades, habiendo dado cabo á algunas guerras que habia tenido en África, pasó á la península con ejército poderoso, y resolvió acometer primero el reino de Portugal, mas vecino y que mas terrible guerra habia hecho á los moros en las campañas anteriores. Desde Sevilla dirigió su marcha contra Santaren, y apenas llegó á ella empezó á batirla con suma furia. El infante don Sancho de Portugal se encerró en la plaza para defenderla, y su padre don Alonso Enriquez se puso al frente del ejército que se juntaba en su socorro, compuesto, ade-

mas de los portugueses, de la gente de Galicia, mandada por el arzobispo de Santiago, y de la de Leon, á cuya frente venia el mismo rey don Fernando, que llegó poco despues, y cuyo auxilio habia implorado el rey de Portugal.

Jucef dió órden á su hijo Abu Isaac, valí de Sevilla, que saliese á hacer correría hácia la comarca de Lisboa. Esta órden, mal entendida, se empezó á ejecutar de noche; el ejército la creyó general para ponerse en marcha, y las divisiones unas detras de otras empezaron á caminar de modo que al amanecer del dia siguiente se halló Jucef, que nada sabia, con sola su guardia y algunos escuadrones que aun no habian salido de los cuarteles. Inmediatamente dió órden de que volviesen las tropas.

Pero entretanto los cristianos, que observaban cuidadosamente los movimientos del enemigo, viendo que la mayor parte del ejército musulman habia partido, cayeron sobre los cuarteles, degollaron la guardia de Jucef, que defendió intrépidamente á su rey, y dieron á este muchas cuchilladas de que despues murió, y saquearon su tienda. Ya en esto volvian los escuadrones musulmanes, conocido el yerro, y sabiendo el peligro en que se hallaba su monarca, y la batalla se renovó con increible furia. Los cristianos peleaban por no perder la victoria: los moros por vengar las heridas de su rey. Al fin fueron desbaratados y deshechos, y retirando á Jucef mal herido, huyeron hácia Sevilla. A Jucef, que falleció al pasar el Tajo, sucedió su hi-

jo Jacob en el imperio de los almohades. Esta victoria alentó mucho á los portugueses, que temian el peligro de la plaza de Santaren, baluarte entónces de su pequeña monarquía.

Don Sancho I, rey de Portugal (1185). El heróico don Alonso Enriquez, fundador del reino de Portugal, y que estendió sus fronteras desde el Mondego al Guadiana, falleció pocos meses despues de la victoria de Santaren; y le sucedió su hijo mayor el infante don Sancho, que tuvo la gloria de conservar y aumentar el imperio fundado por su padre.

Alonso VIII de Castilla hizo entrada este año en la Estremadura mahometana por la parte oriental, y se apoderó de Trujillo y de Medellin. Los moros de Andalucía salieron á su encuentro, y junto á Sotillo le dieron una batalla, en que fue vencido; pero conservó por lo menos á Trujillo; pues al año siguiente confirmó la donacion que habia hecho á la órden de Santiago de la mitad de los diezmos de aquel territorio.

En los dos años siguientes hizo entradas por la parte de Murcia: en 1187 ganó la plaza de Reina. En el año anterior fundó sobre las ruinas de Ambroz en Estremadura una ciudad, á la cual dió el nombre de Plasencia, justificado por la belleza de sus campos. La hizo plaza de guerra fronteriza contra los musulmanes de Estremadura.

CAPÍTULO XXXI.

Alonso VIII el de las Navas. Alonso IX.

Alonso IX, rey de Leon. Conquista de Silves. Sancho VIII el Fuerte, rey de Navarra. Batalla de Alarcos. Don Pedro II, rey de Aragon. Guerra contra Navarra: sitio de Vitoria: agregacion de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya á la corona de Castilla. Espedicion de Alonso VIII á Francia. Guerra feudal en Provenza. Conquista de Mallorca por los almohades. Alonso II el Gordo, rey de Portugal. Batalla de las Navas. Conquista de Alcaráz y de Alcántara: batalla de Muret: Jaime I el conquistador, rey de Aragon.

ALONSO IX, *rey de Leon* (1188). A principios de enero falleció don Fernando II, rey de Leon, á los 51 años de edad y 31 de reinado. Fue capitan valeroso y buen político; temido de los moros, de los cuales triunfó muchas veces y aun de los príncipes cristianos de España, por su áspera condicion. La historia reprende con razon la codicia mal disimulada que tuvo siempre de los estados de Castilla: causa de per-

pétuas disensiones entre dos reinos, cuya union era necesaria para acabar con el mahometismo en la península.

Don Fernando fue sepultado en la catedral de Santiago. De su primera muger doña Urraca, hija de Alonso Enriquez, rey de Portugal, tuvo al príncipe don Alonso, su hijo primogénito, que le sucedió en el trono de Leon con el título de Alonso IX. El rey hubo de separarse de doña Urraca, por ser primos terceros, como biznietos que eran de Alonso VI, y la reina entró religiosa en el hospital de San Juan: pero volvió á la córte en el reinado de su hijo Alonso IX.

El rey pasó á segundas nupcias con doña Teresa de Lara, hija del conde don Nuño de Lara, de la cual no consta que tuviese sucesion, y que falleció en 1180 despues de cinco años de matrimonio. En terceras nupcias casó Fernando II con doña Urraca de Haro, hija del conde don Lope Diaz, señor de Vizcaya, Nájera y Haro: y de élla tuvo dos hijos llamados Sancho y García. La reina hizo grandes esfuerzos para que don Sancho reinase en perjuicio del primogénito don Alonso: mas nada pudo conseguir ni de su marido, ni de su hermano don Lope de Haro, cuyo influjo y poderío deseaba emplear en el logro de su ambicioso proyecto. Muerto su marido, fundó un monasterio en Vilaña y acabó sus dias religiosa en él. Sus hijos murieron sin sucesion y don Sancho despedazado en la caza por un oso. Otro hijo,

llamado tambien Sancho, tuvo Fernando II: pero fue ilegítimo, aunque no consta el nombre de su madre.

Alonso IX en los principios de su reinado hizo alianza con el rey de Castilla, su primo, contra los musulmanes, y fue armado caballero por él en unas vistas que tuvieron en Carrion. Estaba entónces muy brillante la córte de Alonso VIII con la venida del príncipe Conrado, hijo del emperador Federico Barbaroja, prometido esposo de Berenguela, hija mayor del rey, y su heredera presuntiva: pero este casamiento no tuvo efecto, ya porque la princesa tenia repugnancia á salir de España, ya porque Conrado se disgustó de este enlace, que no satisfacia su ambicion, habiéndole nacido en aquella época á Alonso VIII un hijo varon, que quitó al aleman la esperanza de reinar en Castilla.

Conquista de Silves (1189). Este año convocó Jacob, rey de Marruecos, sus tropas para hacer gazía contra Portugal, y taló las comarcas de Santaren y Lisboa: despues de lo cual se volvió al África con el botin adquirido. Poco despues arribó á Lisboa una escuadra inglesa que pasaba á la guerra de Tierra santa. Sancho, rey de Portugal, viendo tan oportuna ocasion, les rogó que le ayudasen á tomar á Silves, plaza fuerte del Algarbe, prometiéndoles todo el despojo. Los ingleses aceptaron, y sitiaron la plaza por mar mientras los portugueses la acometian por la parte de tierra. La guarnicion resistió poco, y capituló rendirse salvas las vidas.

Otra escuadra de cruzados, en que iban á Palestina diez mil hombres alemanes, holandeses y frisios, habiendo hecho arribada á Galicia, fueron á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Esparcióse la voz de que venian á llevarse la cabeza del santo: lo que causó tan gran conmocion en la ciudad que todos los habitantes tomaron las armas, y acudieron á las puertas á impedir la entrada de los estrangeros. Hubo algunos reencuentros y muertes, hasta que los magistrados y ciudadanos principales persuadieron á los alemanes que renunciasen por entonces á una devocion que tan mal interpretada habia sido.

Los dos Alonsos de Castilla y Leon entraron este año en los dominios de los moros por Estremadura, tomaron á Magacela, Baños y otros muchos castillos, pasaron la Sierra Morena, talaron la comarca de Sevilla, llegaron hasta el mar, y volviéndose por tierra de Granada y Murcia, rindieron la fortaleza de Calasparra; de donde se volvieron con grandes despojos á sus estados.

Los años siguientes fueron muy desgraciados para la cristiandad de España. Los moros, reunidas grandes fuerzas, penetraron en Portugal, llegaron hasta Santaren, y la hubieran tomado á no ser por el socorro de algunos buques de cruzados que una tempestad hizo entrar en la ria de Lisboa. Pero este auxilio se convirtió despues en daño: porque se levantaron frecuentes reyertas entre los estrangeros y los

portugueses, y el rey don Sancho tuvo que valerse de toda su cordura y firmeza para sosegarlos y despedir á los cruzados. Los moros ocuparon á Silves, Alcazar do Sal, Palmela y otras plazas del Alentejo.

Movióse de nuevo guerra entre los reinos de Castilla y Leon, sin que se sepa la causa de ella. Alonso II de Aragon se declaró contra Castilla, como aliado del rey de Leon, y hubo algunas hostilidades insignificantes de una parte á otra: pero en breve se terminaron por las paces que se hicieron á solicitud del sumo Pontífice. Mas terror causaba el entredicho puesto en el reino de Leon por la sede apostólica para obligar á Alonso IX á separarse de su prima hermana doña Teresa, hija de don Sancho de Portugal, con la cual estaba casado, y á quien amaba no solo por su hermosura, virtud y fecundidad, sino tambien porque servia de vínculo de alianza con Portugal, de cuyos auxilios necesitaba contra el poder de Castilla. Al fin hubo de separarse de élla por las amonestaciones de los prelados y señores de su reino.

Sancho VIII el Fuerte, rey de Navarra (1194). Falleció don Sancho VII el Sabio, rey de Navarra. Fue príncipe esclarecido por su sagacidad y denuedo: y uno y otro hubo bien menester para conservar su pequeño reino contra dos potencias respectivamente tan poderosas como Aragon y Castilla. Mereció el renombre de *Sabio* por las reformas útiles que hizo en la legislacion de su pais. Abolió la bárbara costum-

bre de heredar el fisco los muebles de los villanos ó pecheros que morian sin hijos: los monasterios siguieron el ejemplo generoso del monarca; mas no fue tan fácil recabar esto de los señores seculares. Quiso abolir la ley que autorizaba el divorcio: los magnates hicieron grande oposicion á ello, pero al fin consiguió que los casamientos que se hiciesen oyendo misa ó recibiendo sortija por mano de sacerdote tuviesen la estabilidad que le dan las leyes eclesiásticas. Consiguió tambien que se disminuyesen los desafíos, mandando que no pudiesen verificarse sino diez dias despues de haberse proclamado en el mercado, y á presencia del rey y de cinco caballeros, ó del juez y de seis caballeros, y en el mercado mismo. Tan lentos eran los progresos de la civilizacion en Europa. En fin, don Sancho VII tuvo siempre gran cuidado de la obediencia á las leyes y de la recta administracion de justicia: sucedióle su hijo mayor don Sancho VIII el Fuerte, denominado así por su valor personal.

Este año hizo entrada en las tierras de los mahometanos don Martin de Pisuerga, arzobispo de Toledo, á quien Alonso VIII habia dado el mando de su ejército. Penetró hasta Andalucía, llevándolo todo á fuego y sangre, abrasando los pueblos indefensos, destruyendo las mieses, viñas y olivares, y haciendo grandes presas de ganados y cautivos. El rey de Marruecos, que deseaba continuar la guerra contra don Sancho de Portugal, enemigo mas próximo

á sus estados de Africa, escribió al rey de Castilla una carta quejándose del agravio, y en medio de sus amenazas se conocia el deseo de asentar paces ó treguas con don Alonso. Este le respondió con jactancia: y Jacob irritado determinó hacerle guerra con todas sus fuerzas.

Batalla de Alarcos (1195). Jacob Aben Jucef, rey de los almohades, pasó el Estrecho con innumerable muchedumbre de bárbaros. En Córdoba se le reunieron las tropas de Andalucía, á cuyos gefes, como mas prácticos en la manera de pelear de los cristianos, consultó el rey sobre el modo de hacer la guerra y disponer el ejército. Por consejo de Aben Senanid, como de los capitanes andaluces mas diestros y esforzados, se colocaron en la vanguardia las tropas mejores de los almohades, á las órdenes de Abu Yahía, y las de Andalucía, mandadas por el mismo Aben Senanid: en el centro las tribus africanas, y en la retaguardia el resto del ejército con la guardia del rey á las órdenes inmediatas de Jaçob. Este mismo órden de marcha se observó tambien en la batalla. Los moros pasaron la Sierra Morena, y hallaron á los cristianos acampados sobre una colina cercana á Alarcos.

Alonso VIII, sabedor de la tempestad que amenazaba á su reino, habia pedido auxilio á los reyes de Leon y Navarra, que efectivamente se pusieron en marcha para socorrerle: pero arrebatado por su valor, no quiso esperarlos, á pesar de los consejos de sus capitanes. Descubrió al enemigo en las cercanías de Calatrava y

Álarcos, plazas que estaban muy bien guarnecidas, se acampó en la altura que hemos dicho, y resolvió dar la batalla en aquel campo.

La accion comenzó por un cuerpo de 8000 ginetes cristianos que acometió denodadamente la vanguardia enemiga con tal ímpetu que sus caballos llegaron á espetarse en las lanzas de los musulmanes, que los esperaban á pie firme, alentados por sus gefes. Los cristianos repitieron esta acometida hasta tres veces, pero siempre fueron rechazados. Pero á la cuarta lograron romper el centro de la vanguardia, en cuyo choque pereció el valiente Abu Yahía que mandaba los almohades. Entretanto Aben Senanid acometió la colina donde estaba el rey don Alonso, y desbarató la infantería cristiana. La batalla se hizo general y con vario suceso en diferentes partes.

Pero la superioridad numérica de los moros, que era inmensa, decidió la victoria. Sola su vanguardia entró en accion. La caballería cristiana, no pudiendo resistir á los contínuos refuerzos que recibia el centro enemigo, retrocedió hasta el collado donde estaba el rey, acosado por las tropas de Aben Senanid; allí se sostuvo el combate algun tiempo; pero íbanse ya acercando con horroroso estruendo las tropas de la segunda y tercera línea de los almohades. El magnánimo Alonso gritó à los suyos: *esta es la ocasion de morir*; pero los castellanos no le permitieron semejante temeridad, y el ejército se retiró con bastante des-

órden hácia Toledo, dejando en el campo de batalla 20000 combatientes, la flor del valor castellano. Los bagages todos quedaron en poder del enemigo.

Esta fue la célebre jornada de Alarcos, que puso en gran riesgo los estados cristianos de España: pues acometidos en su centro, que era Castilla, presentaban entonces una presa fácil á los almohades si hubiesen seguido el curso de sus victorias. Pero Jacob, contento con rendir la plaza de Alarcos, y con saquear el reino de Toledo, se volvió á Sevilla con riquísimo botin, y entró triunfante en ella.

Cuando Alonso VIII llegó á Toledo entraba en esta ciudad el rey de Leon con su ejército: sabida la rota, reprendió al castellano por no haber aguardado las tropas auxiliares de Leon y Navarra. El de Castilla, mal dispuesto por el infortunio á sufrir aquellas reconvenciones, aunque justas, respondió con desabrimiento injurioso para ambos reyes sus aliados. Los dos retiraron sus tropas de Castilla: pero volvieron á entrar en ella como enemigos haciendo talas y estragos: y Alonso VIII, dejando bien guarnecida á Toledo, pasó á Burgos á impedir ó rechazar las hostilidades de los leoneses y navarros.

Don Pedro II, rey de Aragon (1196). La guerra de pasion que el enojo imprudente de Alonso VIII habia suscitado, puso á España en el borde del abismo. No pudiendo hacer frente con solas sus fuerzas á tres enemigos,

hizo las paces con don Sancho el Fuerte, rey de Navarra, mediando el de Aragon, y reunió gente para defenderse al mismo tiempo del rey de Marruecos victorioso, y acometer al de Leon.

El espíritu de demencia se habia apoderado de los españoles. El mundo vió con escándalo que al mismo tiempo que Jacob Aben Jucef entraba en los dominios de Castilla, rendia á Montanches, Trujillo y Calatrava, pasaba el Tajo, sitiaba á Plasencia, tomaba y destruía las fortalezas de Santa Olalla, Escalona, Talamanca y Maqueda; y, si se ha de creer á los autores musulmanes, las de Guadajalara y Madrid, y despues de una tentativa infructuosa contra Toledo, se volvia á Sevilla con los despojos de todos estos paises que dejaba asolados; al mismo tiempo, repetimos, entrase Alonso VIII en los estados del rey de Leon, su primo y poco antes su aliado, rindiese al Carpio, á Bolaños, á Paradinas, á Castroverde; á Valencia de Don Juan, á Mayorga, sitiase aunque inútilmente á Leon y á Astorga; y se volviese á Castilla vengando con el botin hecho en otro pais cristiano los estragos que habian sufrido sus señoríos.

Pero Jacob pasó á Marruecos, donde le detuvieron los negocios de aquel pais, ó los placeres de su córte, y cuatro años despues murió: sucediόle su hijo Muhamad. Varias guerras le detuvieron algunos años en África, y el cristianismo respiró. Las pasiones de los

príncipes se calmaron, sus fuerzas se reunieron, y los españoles fueron invencibles. La campaña de 1197 fue la última en que los moros forzaron la barrera del Tajo.

Sancho el Fuerte, rey de Navarra, habia entablado negociaciones con Jacob, rey de Marruecos, ofreciéndole éste en matrimonio una de sus hijas, y por dote gran parte de Andalucía. Se ignora hasta qué punto llegó este desatinado proyecto, que nunca se verificó, y cuya proposicion han negado algunos historiadores. Pero los hechos posteriores la confirman; y la hacen probable la ambicion de don Sancho, la pequeñez de su reino, y el deseo de aumentarlo por aquel casamiento, ya que no podia con las armas por ser demasiado fuertes los dos reinos fronterizos de Aragon y Castilla.

Este año falleció Alonso II de Aragon: ilustre por haber purgado de mahometanos todo el territorio de su reino y de Cataluña. En su testamento, confirmado en las córtes de Daroca, llamó á sus hijas á la sucesion de la corona en caso de fallecer sin hijos Pedro, su primogénito, que le sucedió en los estados de España, y Alonso á quien dejó el condado de Provenza. Su tercer hijo Fernando fue religioso y abad de Montaragon.

En 1197 se volvió á repetir la misma escena del año anterior. Los moros hicieron entrada en el reino de Toledo, sitiaron sin efecto á Talavera, á su capital y á Alcalá,

y se volvieron á Andalucía con los despojos del pais; y Alonso VIII hizo lo mismo en el reino de Leon, se apoderó de Alva de Liste y de Castro Gonzalo. Alonso IX le salió al encuentro con grande ejército, que ya habia juntado, y sin duda las pasiones frenéticas de estos dos príncipes hubieran consumado la ruina de la España cristiana, á no haberse interpuesto la autoridad de los prelados y señores de ambos reinos, llevando la voz don Pedro Fernandez de Castro, hijo del rival y vencedor de los Laras, y de doña Estefanía, hija del emperador Alonso VII, y por tanto primo hermano de los dos reyes.

Hízose la proposicion de cimentar la paz mediante el casamiento de Alonso IX de Leon con doña Berenguela, hija del rey de Castilla. El de Leon aceptó con facilidad: pero costó mucho vencer el enojo de Alonso VIII, y fue menester para doblegarle que su muger doña Leonor de Inglaterra, á quien amó siempre con grande ternura, y que llevaba muy á mal la guerra entre príncipes cristianos y parientes, usase de toda la influencia que tenia sobre él. El matrimonio se efectuó en Valladolid con grande aplauso de entrambos reinos, que veian en él la prenda de la paz actual y la esperanza de su futura union.

Don Alonso de Castilla, viendo descaecidas las fuerzas de su reino con las guerras pasadas y con la funesta jornada de Alarcos, y recelando ademas de los tratos ocultos del rey de

Navarra con el de Marruecos, creyó conveniente hacer treguas con los moros por algunos años. Al mismo tiempo una escuadra holandesa, que pasaba á la Tierra Santa, se apoderó de Silves, que estaba aún en poder de los mahometanos desde la campaña de Santaren. Pero no pudiendo guarnecerla ni conservarla los holandeses, la desmantelaron y saquearon; y alegres con sus despojos continuaron su viaje á Palestina.

La alegría de los castellanos y leoneses por la union de sus príncipes fue de corta duracion; porque el papa Inocencio III mandó á don Alonso de Leon separarse de su esposa doña Berenguela, declarando nulo su matrimonio por causa del parentesco, aunque no muy inmediato, pues el marido era tio segundo de la muger.

Esta determinacion del sumo pontífice se llevó muy á mal en España; porque destruia las esperanzas que ya se habian concebido de la union de los reinos, pues Berenguela era la hija mayor de Alonso de Castilla; y aunque éste habia tenido sucesion varonil, una funesta esperiencia mostraba que todos sus hijos varones fallecian de corta edad. Por otra parte Alonso de Leon estaba enamorado de su muger por sus virtudes, prudencia y dulzura de carácter; y ademas le era muy duro deshacerse de las villas en que la habia dotado. Asi que se respondió á Ranerio, legado del papa, que se consultaria á Roma sobre todas estas dificultades;

y aun se le hizo una indicacion, muy atrevida para aquel siglo, cual era la de que la autoridad real podia establecer impedimentos dirimentes del matrimonio y dispensar en ellos.

Inocencio III, mas celoso que otro algun pontífice de los derechos de la silla romana, no escuchó razon alguna; y empleó aquella autoridad que se le habia dado para consagrar la santidad del matrimonio y libertar este primero de los vínculos sociales de los ataques de la veleidad de los poderosos, en destruir un enlace al cual estaban ligados tantos y tan legítimos intereses; pudiendo con facilidad conciliar todos los inconvenientes dispensando él mismo el impedimento del parentesco. El rey de Leon usó de todos los medios posibles para retardar la decision de este negocio, y entretanto tuvo feliz sucesion de Berenguela: siendo el primero de sus hijos FERNANDO, el mas grande de nuestros reyes, el mas valiente de nuestros héroes, el mas justo de nuestros ciudadanos. Nació en Leon el año de 1200.

Guerra contra Navarra: sitio de Vitoria: agregacion de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya á la corona de Castilla (1200). El rey don Sancho el Fuerte de Navarra pasó á Marruecos engañado por las ilusorias esperanzas de su enlace con la hija de Jacob Aben Jucef en 1199; pero cuando llegó habia ya muerto este príncipe, y su hijo y sucesor Muhamad le desengañó enteramente. Queriendo volverse á su reino, se le detuvo con cierta violencia honrosa,

ya con el pretesto de festejarle, ya empleándole en la guerra contra algunas provincias africanas que se habian sublevado; y en efecto hizo grandes hazañas en aquellas lides.

Mientras peleaba en beneficio del rey de Marruecos, don Alonso de Castilla y don Pedro de Aragon trataron de repartir entre los dos su reino con el pretesto de que era aliado del enemigo comun de la cristiandad. Los aragoneses no hicieron grandes progresos; pero el de Castilla puso sitio á Vitoria, plaza que los navarros habian fortificado muy bien por ser fronteriza contra los castellanos, y la tomó por hambre, durando el cerco gran parte del año de 1199 y otra casi igual del de 1200. Desde entonces las tres provincias vascongadas se unieron á Castilla, pero viviendo con sus fueros particulares y obedeciendo á los magistrados que ellas mismas elegian. Asi la ambicion de Sancho el Fuerte disminuyó el territorio de su pequeña soberanía.

Volvió, en fin, de Africa á fines de este año y principios de 1201, y halló al rey de Castilla desavenido con su vasallo don Diego Lopez de Haro. El motivo fue que Alonso VIII no quiso interponer su mediacion con su yerno Alonso IX para que se restituyesen á doña Urraca, hermana de don Diego y viuda de Fernando II de Leon, ciertos castillos que su hijastro le habia quitado.

Ofendido el de Haro de esta parcialidad del rey de Castilla á favor de su yerno, se desna-

turalizó de Castilla, y se pasó á servir al rey de Navarra, que, alegre con un aliado tan poderoso, renovó la guerra contra Alonso VIII. Pero éste, reunido con Alonso de Leon, persiguió á don Diego de Haro, que hallándose inferior en fuerzas, se encerró con su gente en Estella. Sitiáronla los dos reyes, y aunque le dieron muchos y terribles asaltos, no pudieron tomarla. Asi que, talada la ribera navarra del Ebro, se volvieron á Castilla. El papa Inocencio III intervino en esta guerra como mediador, y se terminó con una tregua de tres años. El de Haro volvió á la gracia del rey de Castilla. En el mismo año de 1201 recobró don Sancho de Portugal la fortaleza de Torres novas que ocupaban todavía los moros.

Al siguiente, no habiendo obedecido los reyes de Leon á la decision del pontífice que les mandaba separarse, fueron escomulgados, y se puso entredicho en el reino; unos prelados lo cumplieron; y el de Oviedo, perseguido á causa del celo que manifestó en observar el entredicho, se vió obligado á expatriarse. Otros no lo observaron, y todo era confusion y escándalo. En Castilla no hubo entredicho, porque Alonso VIII declaró que recibiria á su hija doña Berenguela en caso de que se separase de su marido.

Espedicion de Alonso VIII á Francia (1203). Movióse guerra cruel entre Juan sin Tierra, rey de Inglaterra y duque de Normandía, Bretaña y Guiena, y Felipe Augusto, rey de Francia y

consuegro del de Castilla, por haber casado Luis, su primogénito y sucesor, con Blanca, hija de Alonso. Este vínculo de la sangre y la circunstancia de poseer el de Castilla algunos territorios en Gascuña como dote de su muger doña Leonor de Inglaterra, dieron motivo á una alianza entre Alonso y Felipe; y el castellano pasó á Aquitania, donde recorrió á su placer todo el pais talándolo y sometiéndolo, escepto las plazas fortificadas de Burdeos, la Reole y Bayona. De esta invasion, mas semejante á una correría que á una guerra, no se halla memoria en los historiadores franceses.

Entretanto don Alonso de Leon, aterrado de los males que producia en su reino el entredicho, resolvió separarse de su esposa; pero antes consultó al papa sobre dos artículos muy importantes que aún lo detenian: la suerte de cinco hijos que habia tenido de Berenguela en un matrimonio, aunque inválido, contraido de buena fé, y la restitucion de las villas que poseia su muger como dote. El pontífice respondió negando la dispensa del parentesco, legitimando la prole, y declarando que la dote dada en razon del matrimonio debia restituirse al rey, pues siendo nulo el casamiento no podia conservar la esposa ni el dote ni las arras.

Don Alonso y doña Berenguela se separaron y fueron absueltos de las censuras. Levantóse el entredicho. Juróse á don Fernando, hijo mayor de los dos reyes, príncipe heredero de la corona de Leon, y Berenguela partió á Cas-

tilla dejando sus hijos en poder de Alonso IX. Alonso VIII recibió á su hija con el cariño de padre y con el aprecio que merecian sus virtudes y sus infortunios.

Este año se estableció en Navarra la primera hermandad contra malhechores que hubo en España. De las guerras pasadas quedaron muchos hombres que no teniendo ya en qué emplearse hecha la paz, infestaron con latrocinios desde la Várdena, pais no muy poblado que era su guarida, los caminos del reino de Aragon con grave detrimento del comercio y de los lugares vecinos. La hermandad, creada por don Sancho el Fuerte para perseguirlos, acabó en pocos meses con éllos.

Guerra feudal en Provenza (1205). Alonso IX de Leon se habia puesto en paz con la córte de Roma; pero de su obediencia le resultó una nueva guerra con Castilla. Los caballeros castellanos que tenian como alcaides las villas que debia restituir doña Berenguela á su marido, no quisieron obedecer. El rey de Castilla los protegió; el de Leon sostuvo sus derechos, y de una y otra parte hubo hostilidades que pagaron los pueblos de las fronteras durante cuatro años.

Don Pedro II, rey de Aragon, habia mantenido desde su advenimiento al trono en paz y justicia á sus vasallos, sin haberse perturbado la tranquilidad pública sino por las guerras que querian hacerse entre sí los condes de Urgel y de Foix; pero siempre los contuvo el rey

promulgando edictos de tregua que eran sostenidos con firmeza.

Este año tuvo que pasar con su ejército á Provenza en defensa del conde don Alonso su hermano, á quien Guillermo, conde de Forcalquier su vasallo, habia hecho prisionero y encerrádole en un castillo con el pretesto de que le entregase algunas plazas que pretendia. El rey de Aragon se presentó en campaña; el conde rebelde no se atrevió á esperarle. Los aragoneses pusieron sitio al castillo en que estaba preso don Alonso, lo rindieron, y el conde de Provenza recobró su libertad. Despues pasaron al territorio de Forcalquier, hicieron en él gravísimos daños, y obligaron al rebelde á someterse á su príncipe y á recibir las condiciones de paz.

Conquista de Mallorca por los almohades (1208). Las treguas que tenia el rey de Castilla con el de Marruecos iban á espirar: por otra parte el sumo pontífice y los prelados y señores de España no cesaban de instar á los reyes de Castilla y Leon que sobreseyesen en sus guerras, y que se reuniesen todas las fuerzas de los príncipes cristianos contra el poder de los almohades, que estaba entonces en su mayor auge. No fue, pues, dificultoso establecer la paz. El de Leon cedió á Berenguela lás rentas de Villalpando, Rueda, Arboleo, Gordon y Luna; y los castellanos, en rehenes del tratado, conservaron los castillos que tenian, aunque sus rentas las percibia el rey de Leon.

Este mismo año fundó el rey de Castilla en Palencia la primer universidad que hubo en España, trayendo de Italia y Francia los profesores, y dotándolos muy bien. Esta fue la semilla mas antigua de civilizacion literaria; porque los estudios monásticos, reducidos por su naturaleza á los individuos del clero regular, no bastaban para estender las luces, por otra parte muy cortas, de aquel siglo. Don Rodrigo Jimenez de Rada, navarro de nacion y obispo de Sigüenza, subió este año á la silla metropolitana de Toledo. Fue buen prelado, hombre de estado no despreciable para su tiempo, y el mejor de nuestros historiadores hasta que escribió Mariana.

Las reliquias miserables del vasto imperio de los almoravides se conservaban en las islas Baleares donde reinaba Abdalá, uno de sus mas célebres caudillos, que habia llevado la guerra al Africa y peleado en ella con vario suceso contra Muhamad, rey de Marruecos, hasta que al fin vencido en una batalla por el número superior de los enemigos, hubo de volverse á sus islas.

Muhamad envió contra él una armada poderosa con un ejército que sitió y rindió á Mallorca, aunque defendida valerosamente por los almoravides. Abdalá cayó prisionero y fue degollado, y enviada su cabeza á Marruecos como trofeo de la victoria. Las islas de Menorca é Ibiza se entregaron por capitulacion.

Estas noticias causaron sumo terror en Es-

paña, en Italia, y en los estados litorales del Languedoc. Toda la cristiandad estaba asustada de ver tan cerca á enemigos tan poderosos y feroces. Los reyes de Castilla, Aragon y Navarra tuvieron una entrevista en Mallen, y ajustaron un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Confirmáronse de nuevo las treguas entre Castilla y Leon. Portugal era tambien favorable á Alonso VIII por el casamiento celebrado en 1208 de Alonso, primogénito de don Sancho de Portugal, con Urraca, hija menor del castellano. Asi que, asegurado de todos los príncipes cristianos de España, se preparó á la terrible lid que amenazaba con la constancia é intrepidez que le era característica, y con mas prudencia que en la jornada de Alarcos.

A principios de 1209, aun no concluido el tiempo de la tregua con los moros, mandó poblar de nuevo á Mora y fortificarla cuidadosamente para defender las avenidas de Toledo. Esta operacion causó grande recelo en los enemigos, que sospechaban ya las intenciones del rey; pero las conocieron evidentemente cuando vieron que apenas espiró la tregua, don Rodrigo Diaz, maestre de Calatrava, á quien estaba confiada la frontera de la Mancha, hizo entrada en los dominios de los moros, rindió á Montoro, Fesira, Ribafuente y Viltez, fortificó esta última plaza, desmanteló las otras que no podia conservar, y se volvió á la frontera con los despojos del pais que habia recorrido.

Muhamad, rey de los almohades, pacifica-

da ya el Africa, resolvió reunir contra Castilla todas las fuerzas de la morisma. Convocó á Argel las tropas de Africa; y embarcándose en una armada poderosa, tomó tierra en Tarifa, donde salieron á recibirle los valíes y alcaides de Andalucía. De alli pasó á Sevilla, en cuyas llanuras ordenó su innumerable gente en cinco ejércitos ó batallas: la primera se componia de las tribus del desierto; la segunda de los pueblos del Almagreb ó reino de Marruecos; la tercera de los voluntarios, cuyo número ascendia á 160000 entre ginetes y peones; la cuarta de los andaluces, y la quinta de los almohades. Jamas un ejército mas numeroso y aguerrido amenazó la cristiandad.

Don Alonso II el Gordo, rey de Portugal (1211). En la primavera de este año entró Alonso VIII en la parte oriental de Andalucía, é hizo grandes destrozos en los territorios de Murcia, Jaen, Baeza y Andujar. Con esta noticia salió Muhamad de Sevilla con su numeroso ejército, y el castellano se retiró á Toledo. Habíale acompañado en esta espedicion su hijo don Fernando, ya jóven, y que hizo en esta campaña sus primeras armas; pero por una fatalidad comun á todos los hijos varones de Alonso VIII, que ninguno llegó á lograrse, enfermó de las fatigas y del escesivo calor, y falleció en Madrid el 14 de octubre.

El sentimiento por la pérdida de un hijo, que daba ya las mejores esperanzas, no impidió al magnánimo corazon de don Alonso prepa-

rarse para la lid terrible que iba á emprender. Pidió socorros no solo á los reyes de Aragon, Navarra, Leon y Portugal, que todos se los ofrecieron, señaladamente los dos primeros en una entrevista que tuvieron con él en Cuenca; sino tambien á Francia, Italia y al sumo Pontífice, que promulgó una cruzada para esta guerra, y concurrieron á ella muchos caballeros estrangeros de Francia y de Italia.

Entretanto avanzaba Muhamad hácia Sierra Morena, y puso sitio á Salvatierra, fortaleza colocada encima de un monte elevado, sin mas camino para llegar á ella que unas quebradas muy ásperas. En breve fueron destruidas las fortificaciones esteriores; pero no se adelantó cosa de importancia contra el cuerpo principal. Podia muy bien Muhamad pasar adelante é invadir á Castilla sin curarse de Salvatierra; pero por consejo ó necio ó mal intencionado de su visir Abu Said, tachado de poco afecto á la dinastía de los almohades, se ostinó en tomar la plaza, y el cerco se prolongó con sumo disgusto de las tropas sarracenas que llevaban muy á mal ver consumirse su valor ante una peña inútil, y que ademas sufria mucho por la intemperie del otoño y por la falta de víveres.

En este tiempo falleció don Sancho II rey de Portugal, ilustre por sus hazañas y por el valor y prudencia con que supo conservar y aun aumentar el reino fundado por su padre don Alonso Enriquez. En los últimos años de su vida se dedicó á poblar y fortificar varias

ciudades y villas del oriente y de mediodia de Portugal, para defenderlo contra las invasiones siempre temidas de los almohades. Sucedióle su hijo mayor don Alonso II, por sobrenombre el Gordo, llamado asi por su escesiva obesidad.

Batalla de las Navas (1212). Mientras Muhamad consumia un tiempo precioso delante de los muros de Salvatierra, Alonso VIII reunia en Toledo todo el ejército cristiano despues de haber hecho en esta ciudad grandes acopios de municiones, víveres y dinero. Por el mes de febrero empezaron á concurrir las mesnadas de los concejos, las milicias de las órdenes militares, y los auxiliares de Francia. El dia de Pascua de Espíritu Santo entró el rey don Pedro de Aragon con todo su ejército. Llegaron al mismo tiempo muchos caballeros particulares de Leon, Galicia y Portugal.

El 20 de junio se puso el ejército en campaña. Componíase de 30000 ginetes y copioso número de infantería. Iba en la vanguardia don Diego Lopez de Haro con las tropas francesas, cuyos gefes eran los arzobispos de Burdeos y de Narbona, el obispo de Nantes, el conde de Benevento, los vizcondes de Turena y de Estarat, y otros muchos caballeros de gran cuenta. Siguiéronlos en dos batallas separadas para no embarazarse los reyes de Aragon y Castilla. Al primero acompañaban los Obispos de Tarazona y Barcelona, los condes de Rosellon y de Ampurias, y la primera nobleza de Aragon y Cataluña: al segundo el arzobispo de Toledo, los

obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Avila, don Gomez Ramirez, gran prior del Temple, don Gutierre Hermildez, gran prior de san Juan, los maestres de Santiago y Alcántara, don Sancho Fernandez, hermano del rey de Leon, y las ilustres familias de los Laras, Haros, Diaz de los Cameros, Girones, Mendozas y Ordoñez. Con estas tropas iban los pendones de los concejos. El entusiasmo era general, el valor indomable. La resistencia del pueblo cristiano era proporcionada al ataque de los moros.

El primer pueblo enemigo que encontró la vanguardia fue Malagon. Los franceses le entraron y pasaron á cuchillo toda la poblacion mahometana. De alli se dirigió todo el ejército contra Calatrava: los moros habian sembrado el camino de abrojos de hierro encubiertos; mas apenas se conoció el daño que hacian, se desembarazó de ellos el tránsito, y se puso sitio á Calatrava. Defendíala Aben Cadis, guerrero de fama, con pequeña guarnicion, pero que resistió con valor. El alcaide envió á pedir socorros á Muhamad; pero su visir no le enseñaba estas cartas por no apartarle de la funesta empresa de Salvatierra, cuyo cerco duraba todavía.

Aben Cadis, perdida gran parte de su gente, abandonó la ciudad y se retiró al castillo. Viendo que no le llegaba socorro, propuso capitulacion salvas las personas. Los franceses no querian admitirla; pero los reyes, que juzgaban á propósito ganar tiempo, y deseaban que la fortaleza cayese entera en poder de los cris-

tianos, admitieron la condicion; y don Diego Lopez de Haro escoltó al alcaide y á la guarnicion hasta ponerlos en salvo. Halláronse en Calatrava grandes acopios de víveres y armas. La plaza se entregó á los caballeros de la órden del mismo nombre.

Los franceses, enojados porque se hubiese concedido capitulacion á Calatrava, y molestados por el escesivo calor de la estacion, á que no estaban acostumbrados, determinaron volverse á su pais, sin que valiesen con éllos ruegos, reconvenciones ni promesas del rey de Castilla. Solo quedaron fieles á las banderas de la cruz el arzobispo de Narbona y un caballero llamado Teodoro Blascon con sus compañías.

Entretanto marchaba tristemente hácia el campamento del rey de los almohades Aben Cadis, alcaide de Calatrava. A la salida de esta plaza le acompañó su suegro, moro muy esforzado y que habia mostrado grande valor en la defensa. Aben Cadis le dijo: "Mejor quedarás en Calatrava, porque yo voy á morir", no ignorando que él y Calatrava habian sido víctimas de los amaños del visir. El suegro no quiso abandonarle.

Cuando llegaron al campo, que estaba todavía sobre Salvatierra, salieron á recibirlos los valíes de Andalucía, que se informaron con indignacion del desamparo en que se habia dejado una plaza tan importante como Calatrava. El visir dió órden á los negros de la guardia que prendiesen y maniatasen á aquellos dos hé-

roes. Despues entró á ver al sultan, que habia recibido con gran sentimiento la noticia de la pérdida de aquel castillo, y estaba indignado contra su alcaide por las sugestiones del visir. Sabiendo la llegada de Aben Cadis y viendo entrar en su tienda al visir, le preguntó: "¿cómo no viene contigo Aben Cadis?" "Señor, le respondió el visir, los traidores no se presentan al Amir de los Fieles", y preparando el ánimo de Muhamad salió de la tienda real, maltrató á los presos de palabra, y sin oirlos los mandó alancear. Esta es la lógica y la justicia del despotismo.

Todo el ejército se horrorizó de esta maldad, y los caudillos andaluces que conocian y estimaban á Aben Cadis, se quejaron altamente de ella; por lo cual el visir, en presencia del sultan, les dijo: "vosotros no sois almohades, debeis acamparos en cuarteles diferentes." Asi añadió el enojo del deshonor al de la injusticia.

Entretanto el ejército cristiano, entristecido por la desercion de los escuadrones franceses, que eran gente muy valerosa y principal, se pusieron sobre Alarcos y la rindieron, como tambien á otros castillos vecinos. Entonces llegó un grande refuerzo de gente de Aragon y Cataluña, y el ejército navarro mandado por su esforzado rey don Sancho, que valia él solo por muchos. Desechada la tristeza anterior y alentados los ánimos, marcharon la vuelta de Sierra Morena.

Muhamad, viendo que se acercaba el ene-

migo, estrechó tanto el sitio de Salvatierra qu
la rindió por capitulacion, y se preparó á reci-
bir las fuerzas cristianas que no tardaron e
llegar. Eligió por campo de batalla las Navas
llanuras llamadas de Tolosa, situadas á las fal-
das del puerto de Muradal, por el cual habia
de pasar los cristianos, y envió para disputarl
un cuerpo numeroso.

Las tropas cristianas llegaron al pie de
por la parte de la Mancha el 12 de julio. En
cargóse á don Diego Lopez de Haro, á su hi
don Lope Diaz, á don Sancho Fernandez, y
don Martin Nuñez de Hinojosa, que subiese
con gente escogida á la altura, y desalojasen d
ella á los moros. Pusiéronse en marcha, y cer
ca de Castro Ferral cayeron sobre éllos de im
proviso los moros; mas, no aterrados por
sorpresa, pelearon valientemente, desbarataro
al enemigo, le obligaron á replegarse sobre s
grueso principal, y ocuparon las alturas d
puerto.

Los mahometanos acometieron al dia si
guiente 13 de julio á recobrar la cumbre; pe
rechazados por los españoles desistieron de aqu
lla empresa, y se limitaron á defender el pa
del desfiladero por la parte de Andalucía, ta
estrecho y escabroso que muy poca gente se
bastante para impedirlo á un ejército num
roso. Halláronse los cristianos en grande apu
veian desde lo alto del Muradal las llanuras
la Bética y el campamento enemigo, y no p
dian descender á ellas sin manifiesto peligro

perderse; porque no sabian otro camino que el desfiladero ocupado por los moros. Muchos eran de opinion volver á las llanuras de la Mancha, y buscar otra entrada menos difícil ó menos defendida para penetrar en Andalucía, y á la verdad este era el único dictámen saludable en aquellas circunstancias. Contúvolos el temor de que se creyese que habian vuelto las espaldas al enemigo.

Pero al fin se hubieran visto obligados á volver atras, á no haberse presentado un pastor, que enterado de la perplegidad de los caudillos cristianos y de su motivo, dijo que él les enseñaria un camino seguro desconocido de los enemigos, por el cual podrian pasar sin ser vistos de los moros y con suma facilidad; que él lo conocia porque durante muchos años habia pastado su ganado en aquellas sierras, y penetrado cazando en los parages mas ocultos. Aunque no se daba mucho crédito á un hombre rústico y desconocido, como el descubrimiento siendo verdadero era tan importante, don Diego Lopez de Haro y don García Romero siguieron con algunos batallones al pastor, y éste los guió por caminos ásperos, pero encubiertos entre montañas y seguros del enemigo, á lo alto de lo que despues se llamó Puerto del Rey. Haro avisó á don Alonso del buen éxito de su espedicion; y el dia 14 estaba acampado todo el egército en una mesa espaciosa de aquella montaña, desde la cual se podia descender fácilmente á la llanura. Esta posicion estaba mas

cercana que la de Muradal al campo del enemigo, y solo aquejaba á los cristianos la escasez del agua, que se remedió desalojando á los moros del puesto que ocupaban junto á un arroyo.

Los moros, burlados en la esperanza de detener á los cristianos en el desfiladero, presentaron sin embargo la batalla apenas los vieron acampados, y hubo algunas escaramuzas: pero el rey no quiso admitirla aquel dia porque la gente descansase de una marcha tan fatigosa, ni al siguiente 15 de julio, porque lo emplearon todo en reconocer la disposicion y las fuerzas del enemigo.

El dia 16 por la mañana al amanecer empezaron á formarse las tropas para dar la batalla mas célebre de nuestros anales. El rey don Alonso de Castilla mandaba el centro, dividido en cuatro cuerpos, cuyos gefes eran el de Haro, don Gonzalo Nuñez de Lara, don Rodrigo Diaz de los Cameros y el mismo Alonso VIII. El rey de Navarra mandaba el ala derecha con la gente de su pais, los franceses que habian quedado, los caballeros gallegos y portugueses y los pendones de Soria, Segovia y Avila. Don Pedro de Aragon estaba en el ala izquierda con solos los aragoneses y catalanes.

La disposicion de los moros era esta. En el centro estaba Muhamad, sentado sobre su adarga y el caballo junto en un pabellon ceñido de su numerosa guardia, delante de la cual estaba formado en línea su inumerable egército. Comenzó la batalla el de Haro, y fue recibido con de-

nuedo por los voluntarios que serian como 170000 al mismo tiempo que los navarros y aragoneses acometieron por las alas. El cuerpo de don Diego de Haro, habiéndolas con enemigos tan numerosos, valientes y empeñados, empezó á cejar; el intrépido don Alonso queria arrojarse á lo mas recio de la batalla: contuviéronle el arzobispo don Rodrigo y don Fernando García, guerrero de mucha esperiencia que estaba á su lado. Este aconsejó que se enviasen refuerzos, pero dejando reserva para la mayor necesidad. Hízose así, y don Diego volvió á empeñar el combate con tanta furia que, segun los historiadores mahometanos, no quedó uno solo vivo de los voluntarios.

Acometieron despues los castellanos al cuerpo de los almohades y berberiscos, que era el mas fuerte del egército moro; pero ya desalentado con los ataques de los reyes de Aragon y Navarra, que victoriosos en las alas llegaron entonces al centro del campo de batalla. En lo mas recio de la pelea huyeron del campo los caudillos andaluces con sus escuadrones, vengando de una manera infame la injuria que habian recibido del visir. Los almohades y berberiscos, viendo aquella defeccion y la ruina de los voluntarios, y siendo atacados en el centro y en su derecha por los reyes de Castilla y Aragon, no esperaron al ataque del de Navarra, que ya venia sobre éllos, y se desordenaron y pusieron en fuga.

Solo restaba ya que desbaratar la guardia

del sultan, mas numerosa ella sòla que todò el egército cristiano, y compuesta de las mejores tropas. Los caballos de los españoles temiendo las lanzas del enemigo se volvian y eran atravesados. Asi se sostuvo la pelea por algun tiempo, hasta que los navarros llevando al frente á su valeroso rey don Sancho, rompieron las cadenas que rodeaban el circo, y entraron en él haciendo terrible estrago en los defensores.

Muhamad, que estaba atónito viendo la ruina de los suyos, se salvó en una yegua que le dió un berberisco. Los cristianos siguieron el alcance, matando mucha mas gente en la persecucion que la que habia perecido en la batalla. El ejército cristiano ocupó aquella noche el campamento de los moros, donde hallaron inmenso botin, y víveres y municiones en abundancia. Los despojos se repartieron entre navarros y aragoneses: Alonso VIII no quiso para los suyos mas que la gloria de la victoria; á él le quedó el título inmortal de Alonso *el de las Navas*. El número de enemigos muertos ascendió á 200000 por testimonio de los cristianos, número pequeño, si es cierto lo que escriben los historiadores musulmanes que en la batalla perecieron 170000 voluntarios, y que en el alcance pereció mas gente que en la accion. El número de cristianos muertos en la batalla fué 25, cosa tan admirable como cierta: pues consta de la relacion que envió al sumo Pontífice el mismo Alonso VIII; y todos los historiadores cristianos convienen en este número, cuya pe-

queñez no basta á esplicar la diferencia de las armas defensivas mas completas y seguras en los cristianos que en los moros.

Esta fue la ilustre victoria de las Navas, tan famosa como la de Tours en Francia, ganada por Carlos Martel y de iguales resultados: porque desde entonces empezaron á decaer las cosas de los musulmanes en España. Como en ella pereció la flor de la milicia africana, que era en aquellos tiempos la principal fuerza de los egércitos moros, el poder de los almohades se debilitó de manera que dió en breve lugar al levantamiento de una nueva dinastía. Muhamad, despues de su derrota, se encerró en Marruecos y trató de olvidar su ignominia entre los placeres del Harem.

Los frutos de la victoria de las Navas no se cogieron inmediatamente, porque Alonso VIII no sobrevivió á ella mas que tres años. Pero su nieto Fernando III, que reunió las coronas de Castilla y Leon, separadas con mal consejo por Alonso VII, Jaime I de Aragon y los reyes de Portugal no hallaron la resistencia que sus antecesores para sus conquistas en los mahometanos de Andalucía, y éstos no volvieron á pisar las llanuras del Guadiana ni del Tajo.

Despues de la batalla descansó tres dias el egército cristiano, y al cuarto se puso en movimiento. Rindiéronsele los castillos de Bilches, Baños y Tolosa que eran los mas cercanos: despues pasó á Baeza que hallaron casi destruida los cristianos. Pusieron sitio á Ubeda, ciudad muy

fuerte y opulenta á la sazon, donde se habian acogido los moros fugitivos de las Navas: de modo que estaba guarnecida por un egército.

Pero nada podia resistir á las tropas victoriosas. Diéronla los cristianos varios asaltos, la tomaron con pérdida de mas de 60000 moros entre muertos y cautivos, y la asolaron enteramente, no teniendo esperanza de poblarla, estando tan apartada de la frontera: pues en esta época toda la Mancha, teatro contínuo de las guerras, estaba convertida en desierto á excepcion de los puntos fortificados. Poco despues empezaron á picar enfermedades en el egército, y los tres reyes de Castilla, Aragon y Navarra resolvieron terminar la campaña, volviéndose ricos y victoriosos á sus estados. En memoria de la victoria de las Navas se estableció para el 16 de julio la fiesta eclesiástica del Triunfo de la Cruz. Diósele este nombre, porque atravesando el arzobispo de Toledo al lado del rey por lo mas recio del combate, la cruz que llevaba ante sí no recibió lesion alguna de inumerables saetas que le tiraron los enemigos.

Mientras Alonso VIII se coronaba de eterna gloria peleando contra los enemigos de la España cristiana, su primo Alonso IX de Leon aprovechó la oportunidad de su ausencia y puso sitio á muchas fortalezas de su reino, que en las guerras anteriores habian quedado por el rey de Castilla. Apoderóse de Rueda, Ardon, Castro Tierra, Villalon, Castro Gonzalo, Alba de Liste, Luna, Gordon y Arboléa.

Despues movió sus armas contra Alonso II de Portugal por el motivo siguiente: Sancho I habia dejado por su testamento á sus dos hijas Doña Teresa y Doña Sancha algunas villas, entre ellas las de Monte-mayor y de Alenquer. Don Alonso II deseaba poseerlas, mas no pudiendo recabar de sus hermanas que se las cediesen, las acometió y rindió á la fuerza. Este príncipe era mal hermano, y obligó á los infantes don Pedro y don Fernando á desnaturalizarse de Portugal. El primero pasó á la corte de Marruecos, y el segundo á la de Castilla.

El rey de Leon no olvidado de su amor á doña Teresa, que habia sido su primera muger, aunque el matrimonio se declaró nulo, entró con su egército en Portugal por la parte de Ciudad Rodrigo, tomó y arrasó á Balsamon y Ulgoso, rindió á Freijo, é hizo notables daños en toda aquella comarca: pero como el rey de Portugal no cediese de su intento de despojar á los infantes, hizo en la campaña de otoño otra entrada por la frontera del Miño, rindió á Lindoso, á Melgazo y á Contrasta (llamada hoy Valencia del Miño), arrasó esta última plaza, dió la tala á los campos, y venció junto á Portela de Valdevez al rey de Portugal que habia acudido con sus tropas á defender aquella frontera.

Conquista de Alcaraz y de Alcántara, batalla de Muret: Jayme I el Conquistador rey de Aragon (1213). La victoria de las Navas hizo en el magnánimo corazon de Alonso VIII

una impresion tan profunda, que resolvió no volver á emplear sus fuerzas ni su valor en guerra contra los cristianos. Y asi aunque resentido de su primo el rey de Leon, que habia invadido sus castillos mientras él hacia la campaña de las Navas, entró en negociaciones con él por quedar libre para hacer otra espedicion á Andalucía.

En efecto á principios de febrero se puso en marcha, y pasando por Calatrava, donde se le reunieron las tropas de esta órden, atravesó la Sierra Morena, se apoderó del castillo de Dueñas, situado en el mismo puerto de Muradal, de Eznavejore, que dió á los caballeros de Santiago, y marchando despues sobre su izquierda puso sitio á Alcaraz, villa entonces muy fuerte, y cuyo sitio duró largo tiempo, pero al cabo se rindió á los cristianos. Con esta conquista no quedó á los moros ninguna posesion en el pais conocido hoy con el nombre de Castilla la Nueva sino los pueblos del campo de Montiel.

Lograda esta importante empresa, dió cuarteles de verano á su gente y pasó á Toledo, donde no solo hizo paces con el de Leon, cediéndole los castillos de Carpio y de Monreal, sino que medió para que las hiciese con Alonso II de Portugal, incitando á uno y otro á que volviesen sus armas contra los moros, y aun para hacerlo dió á su primo un cuerpo de 600 caballos auxiliares. Alonso IX salió á campaña, se puso sobre Alcántara y la rindió, cerrando por aquella parte la línea del Tajo, tantas veces y

en tantos combates disputada por los moros y cristianos.

Alonso VIII volvió á ponerse en campaña entrado el otoño. Esta vez penetró en el reino de Jáen, y ganó á Bailen, Cuevas y Alcalá la Real, y puso sitio á Baeza, que ya los moros habian poblado y fortificado. Mas no pudo tomarla, porque este año hubo en toda España una escasez general de trigo y de ganados, que impidió adquirir los víveres necesarios para el egército, por lo cual el rey levantó el sitio, y se volvió á Toledo á consolar sus vasallos afligidos por el hambre, distribuyendo en todas partes copiosas limosnas.

En esta campaña asistieron al rey los concejos de Toledo, Maqueda y Escalona: pero mandó á los de Talavera que se quedasen á defender las fronteras de Estremadura. Los talaveranos, impacientados de la guerra defensiva, tuvieron la temeridad de penetrar en el reino de Sevilla por la sierra de Estremadura, y de hacer talas y correrías como en la frontera. Aben Said, hermano de Muhamad y valí de aquel pais, reunió toda su gente, salió contra éllos, y los derrotó de manera que fueron muy pocos los que escaparon: quedando muertos en el campo de batalla 400 infantes y setenta caballos. Un número tan corto de hombres y tan separados de su frontera se atrevieron á insultar la capital de la España musulmana, pero pagaron muy cara su osadía.

Aben Said, no contento con esta victoria, en-

vió á su hijo con un cuerpo de tropas á hacer entrada en Castilla. El jóven caudillo hizo los daños acostumbrados y grandes presas de cautivos y ganados, pero los capitanes cristianos de la frontera marcharon con tanta diligencia que los alcanzaron en Fegab Razin, los derrotaron con gran mortandad, y recogieron los ganados, mas no los cautivos, porque los moros, antes de entrar en batalla, los degollaron á todos.

El rey don Pedro II de Aragon, que tanta gloria habia adquirido en la jornada de las Navas, pereció este año peleando tambien pero por una causa muy diferente. Desde algunos años antes se habia levantado en Francia la heregía de los albigenses, contraria á la potestad eclesiástica, que en aquellos siglos alcanzaba tambien á lo temporal. Los pontífices la anatematizaron, y sus legados publicaron contra la nueva secta, favorecida por el conde de Tolosa y otros señores del Languedoc, una cruzada, cuyo general fue Simon, conde de Monfort, que encubria sus miras ambiciosas con la capa de piedad, pero hombre de mucha prudencia y muy hábil guerrero.

Don Pedro de Aragon tenia casada una hermana con el conde de Tolosa: el príncipe de Bearne y el conde de Fox perseguidos por albigenses estaban ligados con él por vínculos de familia, el segundo era ademas su vasallo. Don Pedro que desde el nacimiento de la secta habia prohibido á sus partidarios la entrada en Cataluña y Aragon con graves penas, llevaba

sin embargo muy á mal la preponderancia de Simon de Monforte en aquellos paises tan cercanos á sus estados: y pasó á Francia con muy buen egército, seguro de dar la victoria al partido á que se arrimase, y resuelto á no consentir la ruina de sus allegados.

Apenas llegó á Francia interpuso su mediacion. Los Condes de Tolosa y de Fox y el príncipe de Bearne prometieron someterse á la Iglesia con tal que se les dejasen sus estados. Pero Simon de Monforte y el legado del papa alegaron que la sumision era fingida, que ya otra vez la habian hecho y falseado (y asi era verdad): pero lo que hacia imposible la reconciliacion era el deseo de los capitanes del egército católico de apoderarse de los estados de sus enemigos. Don Pedro escribió á Roma. El papa que le estimaba mucho pareció no estar muy lejos de condescender con sus miras: pero informado por el legado y por los señores de la Liga, cometió la decision del negocio á una junta de prelados del Languedoc, que informaron mal, como era de esperar, de los protegidos del rey de Aragon.

El papa escribió pues á don Pedro que sobreseyese en el asunto, si no seria declarado enemigo de la Iglesia. Don Pedro declaró que no abandonaria á sus amigos y parientes, y comenzó las hostilidades poniendo sitio á Muret, fortaleza de los católicos.

Simon de Monforte acudió en defensa de la plaza, y se entró en ella atravesando las trin-

cheras de los aragones con su intrepidez ordinaria. Pocos dias despues hizo una salida, puso su gente en batalla, acometió al egército enemigo, rompió su vanguardia, mandada por el conde de Fox, llegó peleando hasta donde estaba el estandarte real de Aragon. Don Pedro, que no cedia en valor á ningun caballero del mundo, le salió al encuentro y se trabó uno de los mas terribles combates que refiere la historia: pero el rey de Aragon cayó muerto peleando con la mayor intrepidez, su egército desmayó, y los condes de Tolosa y Fox huyeron, dejando á la Liga católica una victoria completa que decidió de la suerte de los albigenses.

Simon de Monforte permitió á los aragoneses y catalanes que recogiesen el cadáver de su rey, y se volviesen con él á su pais: y dió órdenes para que don Jaime, hijo y sucesor de Pedro II, niño á la sazon de muy corta edad, se custodiase con gran cuidado en Monpeller donde residia. Su madre estaba entonces en Roma.

Apenas se supo en Aragon la noticia de la muerte del rey, don Sancho conde de Rosellon, y don Fernando abad de Montaragon y hermano de don Pedro, comenzaron á formar partidos para lograr su tutoría: pero don Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, y el caballero mas estimado del reino, aconsejó á los demas señores que lo primero debia ser tener rey: y asi de comun consentimiento escribieron á Simon de Monforte que les entregase á don

Jaime; y habiéndolo rehusado recurrieron á la autoridad del pontífice, que mandó entregar el niño rey á sus vasallos. Tal era la triste situacion de aquel reino despues de la batalla de Muret.

A principios de 1214 un cuerpo de 4000 musulmanes de infantería y 500 de caballería hicieron entrada en la Mancha, y acometieron á Milagro, (hoy Almagro) fortaleza construida por el arzobispo de Toledo para impedir las invasiones de los enemigos. El ataque fue terrible y la resistencia valerosa. Los mahometanos, perdida la esperanza de tomarla, se volvieron con mucha pérdida, pero no fue menor la que sufrieron los cristianos. Muy pocos quedaron de la guarnicion, y fue necesario renovarla.

Alonso VIII deseoso siempre de armar toda la España cristiana contra los moros, aplazó vistas con el rey de Portugal en la ciudad de Plasencia para hacer con él alianza ofensiva y defensiva, pero al llegar á Gutierre Muñoz, aldea del territorio de Arévalo, le acometió una fiebre maligna de que murió á los 58 años de edad y 56 de reinado. Fué sepultado en el monasterio de las Huelgas de Burgos, que él mismo habia fundado.

Alonso VIII tuvo de su única muger Doña Leonor de Inglaterra los hijos siguientes: 1.° doña Berenguela, que fue jurada poco despues de nacer heredera del reino de Castilla en el caso de faltar hijos varones, casó despues con su tio Alonso IX rey de Leon, de quien hubo de separarse

declarado nulo el matrimonio á causa del parentesco; fue gobernadora de Castilla en la menor edad de su hermano Enrique I, y por su muerte reina propietaria: 2.º el infante Don Fernando que murió niño: 3.º el infante Don Sancho que tuvo la misma suerte: 4.º el infante don Enrique que tambien falleció de corta edad, 5.º otro infante del nombre de Fernando que murió niño como sus hermanos: 6.º doña Urraca que casó con Alonso II rey de Portugal: 7.º doña Blanca, muger de Luis VIII rey de Francia, y madre de san Luis: 8.º otro tercer infante del nombre de Fernando, que falleció ya mancebo el año antes de la batalla de las Navas: 9.º doña Constanza que fue religiosa en el monasterio de las Huelgas: 10.º doña Leonor que casó con Jaime el Conquistador rey de Aragon: 11.º don Enrique que sobrevivió á su padre, y fue su sucesor en el reino.

No se refieren ningunas mancebías en este escelente príncipe, ni hijos que tuviese fuera de matrimonio: y la fábula de la célebre Raquel, judía de Toledo, que le tuvo dicen como hechizado cerca de siete años, se halla desmentida por el contesto mismo de la historia y por todos los escritores de seso. Alonso VIII se distinguió siempre por el constante amor á su muger, por su piedad religiosa, por su caridad con los pobres, por su intrepidez en los combates, por su paciencia en los reveses, señaladamente en el de la funesta jornada de Alarcos, que puso á Castilla en la márgen del precipicio. Sus

contemporáneos le honraron con los sobrenombres de *noble* y de *bueno*, y entrambos los mereció. Es mas conocido por el título de Alonso *el de las Navas*, por el grande influjo que tuvo esta batalla en la suerte futura de la nacion.

Educado en la escuela de la adversidad, prófugo en su niñez dentro de su mismo reino, adquirió desde niño las virtudes propias de un corazon verdaderamente real. La historia no encuentra nada que reprehender en él sino las frecuentes guerras, y no siempre justas, que hizo á sus vecinos los reyes de Leon y de Navarra.

Su reinado fue una lucha perpétua contra el imperio de los almohades, que habiendo adquirido grande preponderancia en la batalla de Alarcos, la perdieron para siempre en la de las Navas. En aquellos campos se sembraron, por decirlo asi, los gérmenes de los triunfos que consiguió despues Fernando III, nieto de Alonso VIII, en Andalucía.

Fue padre felicísimo en sus hijas, de las cuales cuatro fueron reinas; todas se distinguieron por sus virtudes, y dos de éllas por el valor y prudencia política. Berenguela y Blanca fueron madres de dos reyes eminentes en virtudes religiosas y políticas, Fernando de Castilla y Luis de Francia, á quienes la Iglesia ha erigido altares, y que en aquellos siglos bárbaros aparecieron como modelos de todas las virtudes y contribuyeron á la civilizacion moral é intelectual de Europa.

El reinado de Alonso VIII, que duró mas

de medio siglo, dió un golpe fatal al poder mahometano en España. Alonso Enriquez y Sancho I reyes de Portugal, quitaron á los moros la mayor parte del Algarbe. Fernando II y Alonso IX de Leon se estendieron hasta el Guadiana de Estremadura. Alonso II de Aragon los acabó de arrojar de Cataluña y de las orillas del Ebro, poniendo su frontera en Teruel. En fin Alonso VIII, atacado en el mismo Toledo despues de la derrota de Alarcos, conquistando á Cuenca y á Alcaraz y ganando la batalla de las Navas estableció definitivamente la frontera de Castilla en Sierra Morena, y aun adquirió algunas plazas dentro de Andalucía. Todo anunciaba ya la decadencia de la media luna en España.

CAPÍTULO XXXII.

Enrique I. Alonso IX.

Enrique I, rey de Castilla.

Enrique I, *rey de Castilla* (1214). Apenas se hicieron los funerales del rey difunto, fue coronado en Burgos Enrique I, único de sus hijos varones que le sobrevivió en la menor edad de once años no cumplidos, bajo la tutela de su madre la reina doña Leonor: pero esta princesa falleció poco despues, y dejó con su muerte en segunda horfandad á Castilla y al rey.

Doña Leonor encargó el gobierno del reino durante la menor edad de su hijo á Berenguela, hermana mayor del rey y heredera presuntiva de la corona: caso nuevo en nuestras leyes fundamentales, de un tutor difunto que por testamento subrogaba otro en su lugar, sin aprobacion de las córtes, es decir, de los señores y prelados del reino, que eran los únicos que entónces las componian. El amor que todos profesaban á Berenguela y sus grandes virtudes hicieron que no se reparase en esta irregularidad, y se encargó del gobierno del reino con sumo consentimiento y alegría de todos.

El reino de Aragon se hallaba tambien despues de la muerte de Pedro II con rey en menor edad, y ademas ausente en Mompeller y en manos del vencedor de su padre Simon de Monforte. La reina viuda doña María se hallaba entónces en Roma pleiteando el estado de Mompeller contra su hermano bastardo don Guillen, que alegaba haber nacido de legítimo matrimonio: pero Inocencio III declaró adulterina la union de sus padres, y aquel condado quedó anejo á la corona de Aragon.

Los caballeros y ricos hombres de Aragon y Cataluña, que habian acompañado al rey don Pedro en la infausta espedicion de Muret, se retiraron á Narbona, y enviaron embajadores al sumo pontífice reclamando la persona del niño rey. El papa cometió este negocio al cardenal Pedro Benaventano, su legado, que á la sazon presidia en Mompeller un concilio provincial. El

legado mandó á Simon que entregase á don Jayme á los señores aragoneses, á los cuales se les exigió juramento de que guardarian su persona y estado. La entrega se hizo en Narbona, adonde vinieron á recibirle todos los nobles de la inmediata Cataluña, y los síndicos de las villas y ciudades. El legado vino con él, y trajo consigo á don Ramon, conde de Provenza, su primo, que tambien era de corta edad.

Cuando llegó la comitiva á Cataluña dispuso el legado, de acuerdo con los señores y prelados del reino así aragoneses como catalanes, que se juntasen córtes en Lérida. A ellas concurrieron todos los prelados, ricos hombres, varones y caballeros, y diez personas de cada una de las principales ciudades, villas y lugares. El conde don Sancho de Rosellon, y el infante don Fernando, tios del rey, no quisieron concurrir á las córtes, sino hacian asonadas con sus partidarios por las campiñas y pueblos indefensos, confiando en las discordias que suponian entre los ricos hombres para aumentar su poder, y quizá atreverse á la corona.

El legado del papa persuadió á los individuos de las córtes que jurasen al nuevo rey, cosa no usada ántes en los estados de Aragon. Para esta ceremonia, tuvo al niño en los brazos don Aspargo de la Barca, arzobispo de Tarragona. Procedióse despues á nombrar ayo y guarda del rey durante su menor edad á don Guillen de Monredon, gran prior del Temple en Aragon y Cataluña, el cual le llevó al cas-

tillo de Monzon, perteneciente á su órden y muy fuerte. Allí le educó tan cuidadosamente como manifestaron despues las heróicas cualidades de don Jayme.

Nombráronse tambien un gobernador general de Cataluña, y dos para Aragon. Don Pedro Ahones tuvo á su cargo todo el pais comprendido entre el Ebro y los Pirinéos, y don Pedro Fernandez de Azagra desde este rio hasta las fronteras de Castilla y Valencia. Nombróse procurador general del reino, con suprema inspeccion sobre los tres gobernadores, al conde don Sancho, tio del rey, con el fin de neutralizarle atrayéndole con esta dignidad, que le obligaba á cuidar de la herencia de su sobrino. Así quedaron dispuestas las cosas de Aragon lo menos mal que podia esperarse despues de la catástrofe de Muret.

Este año cesaron las desavenencias entre el rey don Alonso II de Portugal y sus hermanas. Habia tomado en ellas parte el sumo pontífice Inocencio III, que escomulgó al rey como usurpador de los bienes de las huérfanas. La discusion se redujo á pleito, el rey se obligó á estar á la decision de los jueces, y se le absolvió de la censura en la catedral de Coimbra.

Entretanto la monarquía de los almohades descaecia. El rey Muhamad falleció de un veneno que le dieron en 1213, y le sucedió su hijo Jucef II, muy jóven todavía, y sin el vigor de alma necesario para domar y contener pueblos bárbaros y belicosos. Los valíes comen-

zaron, segun la costumbre de las monarquías musulmanas bajo reyes débiles, á afectar soberanía independiente. Abu Muhamad, tio del rey, fue nombrado gobernador de Valencia, donde ya tenia por suyas las ciudades de Játiva, Denia y Murcia, agregada entónces á aquella valía. En Bética mandaba como absoluto soberano Abu Abdalá. En las provincias orientales de África mandaba otro tio del rey, llamado Abdalá el viejo. Estos gobernadores corrompidos vendieron la justicia, esquilmaron las provincias, y produjeron descontento general, indicio casi infalible de la caida de las dinastías en los pueblos sometidos á la religion de Mahoma.

En Castilla no tardó en perturbarse la tranquilidad pública por la ambicion de los Laras y de otros señores de su parcialidad, atentos á aprovecharse de la debilidad del gobierno en una minoría para acrecentar sus riquezas y poderío. Señaladamente los señores de aquella casa nobilísima y poderosa no podian olvidar el grande influjo que tuvieron sus padres en los negocios públicos durante la menor edad de Alonso VIII. Eran tres los condes de Lara, don Álvaro, don Fernando y don Gonzalo: jóvenes ambiciosos, valientes y unidos por parentesco ó amistad con las mejores casas de Castilla. Estos solicitaban apoderarse del gobierno y de la persona del rey ó por grado ó por fuerza. Decian que un rey de Castilla debia ser un soldado, y que mal podria aprender el ejercicio

de las armas bajo la tutela de una muger, que por otra parte se habia encargado de la regencia no por voluntad del rey difunto ni de las córtes, sino por subrogacion de la primer gobernadora. Sin embargo, doña Berenguela cumplia exactísimamente, y muy á gusto de los que no eran ambiciosos, el deber de su dignidad: daba favor á los virtuosos é instruidos: mostraba grande celo por la justicia, y hacia que se diese á su hermano la educacion correspondiente á un monarca. Tenia ademas grande poder en el reino, pues eran suyas, por donacion de su padre, Valladolid, Muñon, Curiel y San Esteban de Gormaz.

Los señores afectos á esta princesa le avisaron de los dichos y de las intenciones de los Laras: lo que produjo en su ánimo grande perplejidad: porque aunque desease apartar de sus hombros las obligaciones del gobierno, cuyo peso no es sentido sino de los que las cumplen como deben, temia mucho la rapacidad, ambicion é injusticia de aquella familia, y que puesta al frente de la administracion arruinase la monarquía. Los Laras, por su parte, aunque esforzados y atrevidos, no se resolvian á hacer armas contra la gobernadora, bien vista generalmente del pueblo y de la nobleza, y ademas poderosa por las ciudades y villas que poseia.

Resolvieron, pues, valerse de la astucia; y sabiendo que doña Berenguela se inclinaba mas á la quietud del retiro que á los afanes del po-

der, sobornaron á un hombre particular natural de Palencia, llamado García Lorenzo, que tenia mucha entrada en palacio, y le prometieron darle la villa de Tablada, que él codiciaba, para que inclinase el ánimo de la princesa á renunciar la gobernacion del reino. García Lorenzo, hallada ocasion, ponderó á Berenguela lo pesado del gobierno, y mas en muger, y los peligros que amenazaban por las parcialidades de los señores: despues habló del poder de los Laras como del único capaz de reprimir á los mal intencionados. La gobernadora, amante de su quietud, y por otra parte temiendo males muy graves si llegase á estallar la guerra civil, privada ademas del consejo de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que habia ido á Roma á asistir al concilio de Letran, resolvió abandonar y ceder el gobierno.

A este fin reunió en Burgos córtes, los prelados y señores, y tambien *ciudadanos*, siendo esta la primera vez que consta en la historia de Castilla y Leon la asistencia á los congresos nacionales de personas que tomasen la voz del pueblo. Ya lo hemos visto practicado en Aragon en las córtes de Lérida del año anterior para la jura de Jayme I. El arzobispo don Rodrigo llegó entónces de Roma, pero ya estaba sobradamente adelantado el negocio de la renuncia para volverse atrás.

Berenguela, con el consentimiento de la mayor parte de los votos, que eran del partido de los Laras, renunció la tutoría, y nom-

bró por tutor del rey y gobernador del reino al conde don Alvaro Nuñez de Lara. Todo lo que pudo hacer el arzobispo fue persuadir á las córtes que tomasen juramento al nuevo regente de que miraria por el bien comun, y que no daria ni quitaria tenencias de pueblos ó castillos sin consulta y voluntad de doña Berenguela: que no haria guerra á los comarcanos, ni derramaria pecho sobre los vasallos: finalmente, que á la infanta tendria el respeto debido á la hermana, hija y muger de reyes. Tal fue el resultado de las córtes de Burgos de 1215.

No tardó la ambicion en burlarse de las precauciones de la prudencia. Apenas don Álvaro se apoderó del poder, empezó á desterrar del reino algunos señores que no le eran afectos, alegando motivos pocas veces verdaderos. Apoderóse de los bienes públicos y particulares, sin perdonar á las rentas de la Iglesia, tan respetadas en aquel siglo, con el pretesto de defender contra los mahometanos la frontera de la Mancha, en la cual mandó entónces construir la fortaleza de Alhambra: privó á los patrones legos de sus derechos de presentacion para los beneficios y de cuidar del culto divino con grave menoscabo de el. En todo esto procedia sin atencion á ley ni á costumbre, sino por fuerza y arbitrariamente.

El dean de Toledo y vicario del arzobispado lanzó escomunion contra él fundada en la subversion de los derechos eclesiásticos: y aterrádo con este castigo hizo restituciones, y dió

satisfaccion por los daños pasados. Para tener un título mas valedero que el de gobernador, juntó nuevas córtes en Valladolid, á las cuales convocó principalmente sus parciales, que condescendieron fácilmente en sus miras; y con la voz del reino quedó autorizado para cometer todo género de tiranías.

Quejábase de estos desórdenes gran parte de la nobleza, entre éllos don Lope de Haro, hijo de don Diego Lopez de Haro, y don Gonzalo Ruiz Giron, mayordomo de la casa real. Recurrieron á doña Berenguela, se quejaron de su renuncia, y le manifestaron la necesidad de separar al de Lara de la gobernacion. La princesa no se atrevió á dar un paso capaz de sumergir el reino en el abismo de la guerra civil: y se contentó con escribir al conde don Álvaro que cumpliese mejor el juramento que hizo al encargarse de la regencia. Esta carta desazonó mucho al gobernador, y en vez de corregirse, quitó á Giron la mayordomía de palacio, y la dió á su hermano Fernando de Lara: ademas tuvo la osadía de intimar á la princesa órden para salir del reino.

Berenguela se retiró con su hermana doña Leonor al castillo de Autillo, cerca de Palencia, que era muy fuerte. El desacato de don Alvaro obligó á muchos ricos hombres á ponerse de parte de la hermana de su rey, y no volvieron á reconocer mas al de Lara. La guerra civil amenazaba, y el mismo don Enrique, aunque de poca edad, estaba descon-

tento del gobernador, y deseaba volver á vivir con su hermana. Don Alvaro, para evitar la fuga del rey, que hubiera sido la ruina de su poder, puso á su rededor guardias que tomasen todos los pasos; y para ganar su afecto, trató de casarle: plática siempre agradable en la salida de la niñez. Propúsole por esposa á doña Mafalda, hermana de Don Alonso II, rey de Portugal, y partió á Coimbra para activar por sí mismo la negociacion, dejando al rey en poder de sus hermanos.

Doña Berenguela escribió en secreto al papa Inocencio III del grado de parentesco que habia entre los novios: pues la infanta Mafalda era biznieta de don Ramon, conde de Barcelona, por doña Dulce, nieta de éste y muger de don Sancho I de Portugal, padre de la novia, y don Enrique era rebiznieto del mismo don Ramon por su hija Berenguela, esposa de don Alonso el emperador. Así era sobrino de Mafalda en grado prohibido.

Tal era el estado peligroso é infeliz del reino de Castilla. No iban mejor las cosas de Aragon. Don Sáncho, conde del Rosellon y tio del rey, manifestó su ambicion apenas se instaló en el destino de procurador general del reino, tomando el título de conde de Provenza en perjuicio del jóven don Ramon Berenguer, que se criaba con don Jaime en el castillo de Monzon.

Al mismo tiempo se dividió el reino en bandos, favoreciendo unos al conde don Sancho, y otros á don Fernando, abad de Montaragon:

Los dos aspiraban conocidamente al poder cuando no al despojo de su sobrino. Otra de las causas que produjeron estos bandos fue los cortísimos recursos de la corona: porque el rey don Pedro II habia empeñado á moriscos y judíos, que poseian entónces por la industria y el comercio todo el dinero del pais, la mayor parte de los feudos con que en otros tiempos podia el gobierno juntar un gran número de clientes. Estos feudos, que se llamaban *caballerías*, se hallaban reducidos á 130 de 900 que habian sido en el reinado anterior. Muchos de los ricos hombres adictos á la causa del rey hubieron de unirse al partido de uno de los dos para contrarestar el que les parecia mas peligroso: y así se vió á don Pedro Ahones seguir la bandera del conde de Rosellon, y al señor de Albarracin unido con el infante don Fernando. Pero don Jimeno Cornel, caballero anciano y muy estimado en el reino por su prudencia y virtud, siguió siempre la causa del rey, y se mantuvo neutral entre los otros dos partidos.

Hallándose la tierra estragada con los bandos y desavenencias, muchos caballeros de una y otra parcialidad venian á Monzon, donde se criaba el rey, como para hacerle córte, pero en la realidad á persuadirle que saliese de su encierro y ganarle á su partido. El rey, á la sazon de 9 años y de altos pensamientos, deseaba tambien verse libre; y su ayo el maestre del Temple se convenció que saliendo el monarca á ver sus dominios y tratar con sus vasallos se

remediarian en gran parte las calamidades del reino.

En este mismo tiempo don Ramon Berenguer, conde de Provenza, niño tambien y que se educaba al lado del rey don Jayme en el castillo de Monzon, fue sacado de él por industria de su ayo Pedro Auger, que le llevó disfrazado hasta el puerto de Salon. Allí lo esperaba un barco provenzal, que le condujo á sus estados. Los provenzales temian que el conde de Rosellon no quisiese apoderarse de su persona teniéndole en Aragon para asegurar así sus pretensiones sobre Provenza.

La fuga de don Ramon hizo temer al maestre del Temple que tarde ó temprano haria lo mismo el rey don Jayme: y así convocó á Monzon á don Jimeno Cornel, al señor de Albarracin y á los prelados y ricos hombres que mas bien intencionados parecian, juntamente con la faccion del infante don Fernando, que no pudiendo contrarestar la del conde don Sancho, mas fuerte y numerosa, se agregó al partido del rey. Juramentáronse todos en proteger la persona de don Jayme y sus derechos: en no permitir que sin la voluntad y consentimiento de todos fuese sacado del poder de su ayo, y en dejar la administracion del reino á don Sancho mientras gobernase justa y debidamente.

Entretanto el conde don Alvaro de Lara pasaba de Portugal á Castilla con la infanta doña Mafalda, hermana de Alonso II de Portugal, y prometida esposa del rey don Enrique de Cas-

tilla: pero cuando llegó, ya tenian comision los obispos de Burgos y de Palencia para oponerse á la celebracion de aquel casamiento, que hubiera sido nulo por causa del parentesco, y la infanta se volvió á la córte de su hermano.

Las quejas contra don Alvaro de Lara y sus adherentes eran generales por el ningun respeto que tenian á la propiedad civil ni eclesiástica. Para satisfacer tantos agravios, se juntaron córtes en Valladolid, adonde concurrieron los Laras con el rey don Enrique, doña Berenguela, y los demas señores y prelados del reino. Tratóse de la restitucion de los honores y señoríos quitados por el gobernador del reino, pugnando éste por justificar sus usurpaciones, y la infanta y los de su partido alegando de sinrazon y despojo.

Los ánimos llegaron á un punto tan grande de efervescencia, que doña Berenguela, temiendo que se viniese á las manos, se retiró de las córtes á la fortaleza de Autillo. Siguiéronla un gran número de señores que se confederaron entre sí y con la infanta para defenderse contra las violencias de don Alvaro. Y así se disolvieron aquellas córtes sin haberse tomado resolucion alguna.

Don Alvaro de Lara, temeroso de que el rey don Enrique que amaba mucho á su hermana, tuviese correspondencia con ella estando tan cercanos, pasó con su pupilo á tierra de Ávila y Segovia, y de allí á la de Toledo. Eligió para residencia de la córte á Maqueda, donde per-

manció el resto del año 1216 y parte del siguiente.

La enemistad entre los Laras y la infanta doña Berenguela llegó á tal punto, que habiendo enviado esta princesa un mensagero á Maqueda para saber de la salud de su hermano, el conde don Alvaro le mandó ahorcar, y echó la voz de que aquel hombre traia comision de doña Berenguela para dar veneno al rey. Pero no halló en toda España á nadie que diese crédito á esta falsedad: y mucho menos en el arzobispado de Toledo, donde los pueblos estaban ya cansados de sus tiranías y vejaciones, y trataban de sublevarse contra él; por lo cual transfirió á Huete la residencia de la córte. Otro mensagero de doña Berenguela, llamado Ruy Gonzalez de Valverde, fue preso por los Laras en esta ciudad: porque no querian que el rey tuviese la menor correspondencia con su hermana, ni aun la de cariño, tan natural entre hijos de un mismo padre.

A principios de cuaresma de 1217 levantó el conde don Alvaro de Lara el estandarte de la guerra civil, resuelto á apoderarse de los castillos que poseian los ricos hombres y caballeros adictos á la infanta, y pasó á Valladolid con el rey y con un cuerpo numeroso de tropas. La infanta y los de su partido alistaron gente, pusieron en estado de defensa sus fortalezas, y pidieron socorros al rey de Leon: mas no se atrevieron á formar hueste en el campo ni á pelear contra el ejército donde estaba su rey: tanto era

el respeto que se tenia á este nombre en aquella época. Hicieron, pues, la guerra con grande desventaja suya, manteniéndose á la defensiva.

El conde de Lara, para neutralizar las fuerzas de don Alonso de Leon, trató de casar al rey de Castilla con una hija de este príncipe, cediendo á Alonso IX el castillo de Santibañez. Al mismo tiempo se puso en marcha con el rey don Enrique á la tierra de Campos, resuelto á apoderarse de las fortalezas que estaban por los partidarios de doña Berenguela. Estragó todos los pueblos abiertos y las posesiones que les pertenecian, y puso sitio á Montealegre, castillo de don Suero Tellez, que lo defendió muy bien: pero que al fin hubo de entregarlo, porque los demas enemigos de los Laras no se atrevieron á darle socorro por respeto al rey que estaba en el campo de los sitiadores.

Don Alvaro, alegre con estos principios, acometió á Villalba de Alcor, que era de don Alonso Tellez, logrando sorprender fuera de la fortaleza á este caballero con pocos de los suyos: pero Tellez, peleando valerosamente, logró escapar, aunque herido de manos de los enemigos, se entró en la plaza, y la defendió con tal ardimiento que don Alvaro hubo de levantar el sitio y retirarse con el rey á Palencia.

Hospedóse don Enrique en el palacio del obispo; y estando con sus donceles jugando en el patio, uno de éllos tirando hácia arriba una piedra, hizo caer del tejado de un torreon una teja que hirió al rey en la cabeza, de cuyo gol-

pe murió poco despues á los 13 años de edad y dos de reinado: libertando á Castilla de la terrible guerra civil que habia encendido la ambicion de los Laras.

Las cosas de Aragon tomaban en esta época mejor aspecto por la determinacion heróica de un rey de 10 años, que se atrevió á salir del castillo de Monzon y á ponerse al frente de los suyos. Su tio el conde don Sancho se habia dejado decir que "cubriria de escarlata todo el pais que el rey y los suyos pisasen en Aragon." Pero esta amenaza no tuvo efecto. Don Jayme llegó á Berbegal, marchando siempre al frente de su hueste, y el conde que estaba en Selgua, no hizo movimiento. De allí pasó el rey á Huesca y despues á Zaragoza, donde fue recibido con grandes aclamaciones de júbilo.

Estando Castilla y Aragon llenos de turbulencias y alborotos, la guerra con los moros no podia tener resultados importantes. En 1216 tomaron los castellanos á Domas é Iznabejor y la fortaleza de Alcaráz, que habia vuelto á poder de los moros. Al año siguiente penetraron los cristianos en Andalucía y pusieron sitio á Baeza: pero Cid Muhamad, valí de Córdoba, se encerró en la plaza y la defendió tan valerosamente que obligó al enemigo á volverse á la Mancha.

Mas cruda guerra hacia á los musulmanes el rey Alonso II de Portugal. Habíanse apoderado de Alcazar do Sal, y fortificádola con sumo esmero: de modo que añadiendo las obras del arte á la fortaleza natural del sitio, la convirtie-

ron en una plaza casi inespugnable; cuya guarnicion hacia frecuentes incursiones en Alentejo y amenazaba la Estremadura.

Sucedió que arribó al puerto de Lisboa una escuadra numerosa destinada á la guerra de Palestina, en la cual venian muchos cruzados de Alemania, Frisia y Holanda. El rey don Alonso les pidió que sitiasen por mar la plaza, mientras las tropas portuguesas la asediaban por tierra. Los frisones no quisieron detenerse, salieron del puerto, pasaron el Estrecho, y se dirigieron á la Tierra Santa, donde no pudieron llegar aquel año, porque las tempestades los obligaron á guarecerse en los puertos de Italia. Pero Guillermo, conde de Holanda, que mandaba la escuadra de su nacion, compuesta de 100 buques, accedió á la propuesta del rey, y se puso sitio á la plaza, apoderándose de las obras esteriores, que los moros defendieron con el mayor denuedo.

Cuando mas empeñados estaban los portugueses en los afanes del sitio, supieron que en defensa de la plaza se acercaba un ejército de 15000 caballos y 80000 infantes, mandados por los valíes de Córdoba, Jaen, Sevilla y Badajoz. Los cristianos, aunque muy inferiores en número, no dudaron en salir de sus cuarteles para oponerse al enemigo, creyendo que si destruian el socorro, la plaza de Alcazar no tardaria en rendirse.

Al dia siguiente se trabó la accion, que fue larga y sangrienta. Los nuestros hubieron de

refugiarse á las trincheras, donde los enemigos no se atreviéron á acometerlos. Mas los cruzados, atemorizados por este reves, no querian volver á salir al campo, ni tentar de nuevo la suerte de los combates. Felizmente aquella misma noche llegó á los reales de los sitiadores un cuerpo de caballería portuguesa que animó aun á los mas irresolutos: y apenas rayó el dia salió el ejército de sus cuarteles, acometió á los moros, consiguió de éllos una completa victoria con muerte de 30000 entre la batalla y el alcance, entre éllos dos valíes, y obligó al resto de aquellas fuerzas formidables á volverse á Andalucía. Aumentó el júbilo del triunfo la ruina de 30 galeras enemigas surtas en la costa de Alcazar, que fueron sumergidas por una tempestad.

Los sitiados, aunque carecian ya de toda esperanza de socorro por mar y tierra, se defendieron todavía con valor durante algun tiempo, y fue necesario continuar las operaciones del sitio. Al fin se rindieron á discrecion. Concedióse el saco de la ciudad á los cruzados en premio del importante auxilio que dieron á las armas portuguesas, y confióse la defensa de la plaza en lo sucesivo á los caballeros de Santiago.

CAPÍTULO XXXIII.

Doña Berenguela. Alonso IX.

Doña Berenguela, reina de Castilla.

Doña Berenguela, *reina de Castilla* (1217). Muerto el rey don Enrique I recaia la corona en la infanta doña Berenguela, dos veces jurada princesa heredera del reino en vida de su padre á falta de hijos varones. Esta muger prudente y magnánima supo con mucha prontitud la muerte de su hermano, aunque el de Lara la procuró ocultar trasladando el cadáver á Tariego; y sin pérdida de tiempo, antes que fuese conocido el suceso en la córte de Leon, envió á don Lope de Haro y á don Gonzalo Ruiz de Giron al rey don Alonso IX, pidiéndole que le enviase con éllos á su hijo el infante don Fernando, pretestando sus ardientes deseos de verlo.

Hallábase entonces en Toro el rey don Alonso, y tenia al infante consigo. No tuvo dificultad en encomendarle á unos caballeros tan calificados, mucho mas con la promesa de que en viéndole su madre, le sería restituido. Cuando Fernando llegó á Autillo, donde estaba la reina, ya se habian reunido á élla todos los grandes de su parcialidad con sus mesnadas.

La reina pasó á Palencia, donde fue recibida del obispo, clero, nobles y ciudadanos con grandes muestras de amor y veneracion. De alli se dirigió á Valladolid; pero la ciudad de Dueñas que estaba en el camino le cerró las puertas, y fue preciso asaltarla y rendirla igualmente que el castillo.

En este tiempo, por mediacion de algunos caballeros y prelados, se movieron pláticas de avenencia con los Laras; pero el conde don Alvaro exigia como condicion indispensable que se le entregase la persona del infante don Fernando como se le habia entregado la del rey don Enrique. Aquel ricohombre ambicioso, confiado en su influjo y poderío, no conoció la diferencia de los casos, y que ya no era dueño de la autoridad legal, que tanto le habia servido en el corto reinado de su pupilo. Las negociaciones se rompieron, y solo se pensó en terminar la querella en el tribunal de las armas.

La reina llegó con su hijo á Valladolid, donde fue tan bien recibida como en Palencia. Bien quisiera pasar á Segovia y Avila, porque en aquellos puntos estaba mas arraigada la faccion de don Alvaro; pero al llegar á Coca, que le cerró sus puertas, supo que don Alonso de Leon, irritado por el engaño con que se separó á su hijo de su lado, preparaba una espedicion contra Castilla á las órdenes de su hermano Sancho Fernandez.

Doña Berenguela, obligada á volverse á Valladolid para observar mas de cerca los movi–

mientos de los leoneses, conoció la necesidad de apelar á la lealtad castellana en tan críticas circunstancias que amenazaban á la patria la guerra civil y la estrangera. Su esperanza no fue engañada. Apenas se recibieron en las ciudades de Castilla y Estremadura las cartas convocatorias que despachó la reina, abandonaron el partido de don Alvaro de Lara, y concurrieron á Valladolid los grandes, señores, prelados y las diputaciones de las ciudades y villas.

El concurso fue tan grande que hubo de celebrarse la reunion en un teatro construido para el intento junto á la puerta que entonces era del campo. Doña Berenguela fue aclamada reina de Castilla; pero en el mismo acto renunció la corona, con aprobacion y consentimiento de todos los concurrentes, en su hijo don Fernando, jóven á la sazon de 18 años: accion de la mas profunda política, en que manifestó que cuanto habia hecho hasta entonces no fue inspirado por proyectos ambiciosos, sino por conservar el cetro á su familia segun las leyes, y libertar la patria de gobernadores tiranos.

CAPÍTULO XXXIV.

Don Fernando III el Santo. Alonso IX.

Don Fernando III, rey de Castilla. Sitio de Requena. Combate de Canabat. Sitio de Cáceres. Don Sancho II Capelo, rey de Portugal. Conquista de Baeza y Andujar. Conquista de Capilla: sitio de Baeza. Guerra y conquista de Mallorca: batalla de Portopí: reconquista de Cáceres. Conquista de Mérida y Badajoz: batalla de Mérida.

Don Fernando III, *rey de Castilla.* Llegamos ya al reinado mas glorioso que tuvo España en la edad media, y al monarca mas grande que ha empuñado el cetro español. Recibió Fernando III el de Castilla amenazado de una guerra injusta y sacrílega de parte de su padre, y de otra civil atizada por vasallos poderosos. Su prudencia, su valor, su afabilidad, su virtud triunfaron de tantos obstáculos. Restituyó la paz no solo á su nacion, sino tambien á toda la España cristiana, uniendo para siempre el reino de Leon al de Castilla, y quebrantando la potencia de los mahometanos con la conquista de casi toda la Andalucía.

Este escelente príncipe, en quien brillaron todas las virtudes de cristiano, de rey y de ciudadano, recibió su educacion en la córte de su padre Alonso IX de Leon, y en ella aprendió los ejercicios propios del caballero y del militar; pero los grandes principios de religion y de justicia, que tan célebre hicieron su reinado, los debió á su madre doña Berenguela. Tanto esta princesa como su hermana doña Blanca, madre de san Luis, rey de Francia, habian recibido aquellos principios en la córte virtuosa de sus padres Alonso VIII y Leonor de Inglaterra, y tuvieron la felicidad de inspirárselos á sus hijos.

Don Alvaro de Lara no dejó piedra por mover para sostenerse en el poderío usurpado. Instigó al rey de Francia á que sostuviese los derechos de doña Blanca, que suponia mas fundados que los de doña Berenguela; y aun quizá de esta intriga nació la conseja vulgar, acreditada en Francia algunos siglos despues, de que la madre de san Luis era hermana mayor de la de san Fernando; pero entonces ni aun se hizo caso en París de las insinuaciones del de Lara.

Mayor efecto produjeron sus persuasiones en el ánimo del rey de Leon, irritado porque le habian quitado á su hijo para hacerle rey sin participacion suya. Don Alvaro le pintó como empresa muy facil la conquista de Castilla para unirla al reino de Leon; y Alonso, seducido por esta esperanza, entró con ejército en Castilla, desatendió las súplicas de los obispos de Burgos

y Palencia que Berenguela le envió para que se abstuviese de hacer hostilidades en el reino de su hijo, estragó las tierras de los adictos á Fernando III, y llegó hasta cerca de Burgos con esperanza de apoderarse de esta ciudad; pero ya habian concurrido á ella don Lope de Haro con gente muy escogida; y el rey de Leon hubo de volverse á sus estados maldiciendo de los que le habian aconsejado que se espusiese á aquel desaire.

El año terminó con las exequias del malogrado rey don Enrique. La reina doña Berenguela pidió al conde de Lara el cuerpo de su hermano que aún se conservaba en Tariego, y el de Lara no se atrevió á negarlo. Dióselé sepultura en el monasterio de las Huelgas de Burgos, y asistieron al funeral el rey y todos los grandes y señores de Castilla que estaban á su obediencia.

El rey don Fernando á principios de marzo del año siguiente de 1218 se puso en campaña al frente de un lucido ejército, resuelto á someter á los Laras. Quitóles las dos plazas mas fuertes que tenian en Castilla la Vieja, que eran Lerma y Lara. Pasó despues á la Rioja, donde tenian ocupados muchos lugares. No habiendo dinero para esta espedicion, doña Berenguela vendió sus joyas, y entregó á su hijo una suma bastante considerable que produjo la venta.

El rey entró en aquella provincia, y tomó á Velorado, Nájera, Navarrete y otros castillos; mas no pudo desalojar á don Gonzalo Nuñez de

Lara de las fortalezas considerables que ocupaba en las orillas del Ebro, y hubo de volverse á Burgos sin acabar la guerra. Con la retirada del rey se puso don Alvaro en campaña, y penetró en tierra de Burgos, llevándolo todo á sangre y fuego.

El rey don Fernando le salió al encuentro, y al llegar á Herrera, que estaba á devocion de don Alvaro, hizo alto y tomó posicion, mandando á don Alonso y don Suero Tellez que observasen la plaza. El conde don Alvaro, que estaba en ella, salió con algunos caballos á reconocer el campo enemigo. Los Tellez y don Alvaro Ruiz, que se hallaban cercanos, cayeron sobre él con su gente, y lograron hacerle prisionero.

Este suceso puso fin á la guerra. Por mediacion de los señores, amigos y parientes de los Laras, aunque fieles al rey, consiguió don Alvaro su libertad, cediendo las plazas que ocupaba, entre las cuales se contaban algunas muy fuertes, como eran Cañete, Alarcon, Tariego, Villafranca, Montes de Oca y Pancorbo. Su hermano el conde don Fernando de Lara se hizo fuerte en Castrogeriz; pero sitiado por el rey hubo de hacer la paz, ofreciendo ceder las fortalezas que posеia á condicion que se le concediese la tenencia de ellas.

Las cosas de Aragon empezaron tambien á sosegarse por la avenencia del conde don Sancho con su sobrino el rey don Jaime. Este, despues de haber celebrado en Tarragona córtes

de los catalanes, pasó á Lérida á celebrar otras generales de Cataluña y de Aragon. Concurrieron á ellas los tios del rey: y viendo don Sancho el unánime consentimiento de los grandes y de los pueblos á favor de don Jaime, renunció á sus pretensiones sobre el condado de Provenza y la procuracion del reino, recibiendo en recompensa grandes sueldos y honores.

El rey don Alonso de Leon hizo este año una tentativa infructuosa sobre Cáceres, plaza de que se habian apoderado los moros. Mas feliz fue contra éstos Alonso II de Portugal; pues los obligó á levantar con gran pérdida el sitio que tenian puesto á Yelves, despues el de Serpa y el de Moura, y penetró despues en la parte occidental de Andalucía, haciendo graves daños en los pueblos y presas considerables.

Sitio de Requena: combate de Canabat (1219). El conde don Alvaro de Lara, recobrada su libertad, pero desposeido de la mayor parte de sus bienes, se retiró á Valdepero, aldea cercana á Palencia. Fastidiado de vivir como un particular pobre el que habia sido dueño, por mas de tres años, del reino de Castilla, maquinó nuevas alteraciones para recobrar el antiguo poderío. Convocó á sus hermanos y parciales, levantó de nuevo el estandarte de la rebelion, y renovó la guerra civil haciendo grandes daños y talas en los pueblos del obispado de Palencia.

El rey don Fernando acudió con prontitud, y terminó en breve esta guerra de latrocinio.

Los Laras no se atrevieron á esperarle, y se retiraron á Valdenebro. Las tropas del rey los persiguieron en este último asilo, y don Álvaro, mal seguro en él, se refugió á la córte de Leon. Su presencia renovó el enojo en el corazon de Alonso IX. Despertóse de nuevo su ambicion, y juntó un lucido ejército para invadir á Castilla.

Llegó hasta Castejon, aldea de Medina del Campo, pero fortificada. Las tropas castellanas se retiraron á la fortaleza, á la cual pusieron sitio los leoneses. Preparábanse ya para el asalto cuando don Alvaro de Lara, que acompañaba al rey de Leon y era el alma de los movimientos militares, cayó enfermo de gravedad. Suspendiéronse las hostilidades, con tanta mas razon cuanto el rey de Castilla, aunque al frente de fuerzas muy considerables, observaba la reverencia de un hijo á su padre, y no hacia mas que defenderse.

Aprovecháronse de esta ocasion los hombres prudentes y patriotas; se entablaron pláticas de paz, y se hizo un convenio que se ratificó en una entrevista que tuvieron los dos reyes. Don Alvaro falleció en Toro tan pobre, que la reina doña Berenguela, á pesar de ser su enemigo, envió la suma necesaria para trasladar el cadaver á Uclés, donde quiso ser sepultado, y costear los funerales.

Restaba aún someter á don Fernando de Lara, hermano del difunto. El rey de Castilla rindió sucesivamente las fortalezas de Castro-

geriz, Monzon y Becerril, que estaban por el rebelde, y le sitió en Arcejon, castillo muy fuerte, pero que hubo de capitular tambien. Concedióse á don Fernando la libertad á condicion que saliese desterrado de Castilla y Leon. El conde se retiró á Marruecos, donde falleció algunos años despues.

Asi se terminaron las calamidades producidas por la ambicion de aquella familia poderosa. En la historia de España se observa que si algunas veces los grandes y señores aspiraban en tiempos peligrosos á apoderarse del poder y establecer el sistema feudal, eran fácilmente reprimidos por la autoridad de la corona cuando la ceñian monarcas como Alonso VII, Alonso VIII y Fernando III. El feudalismo, tan audaz, tan dominante en Francia y Alemania, tuvo en España un poderío muy limitado, y siempre dependiente del cetro.

Restablecido el sosiego en Castilla, don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que habia alcanzado del sumo pontífice la indulgencia de la santa Cruzada para todos los que concurriesen á la guerra contra los moros de España, satisfaciendo en ella el voto de pasar á la Tierra Santa, hizo publicar la bula en todos los reinos de la península. Concurrió gran número de cruzados á Toledo. Púsose don Rodrigo al frente de éllos, y salió por el camino de Cuenca contra los musulmanes de los confines de Valencia y Murcia. Rindió los castillos de Sierra, Risuela y Mira, y puso sitio á Requena, que los moros tenian

muy bien fortificada, y que defendieron valerosamente rechazando con mucha pérdida los ataques de los cristianos.

La estacion estaba muy adelantada, y los víveres empezaron á faltar en el campo de los sitiadores, por lo cual hubieron de volverse abandonando el cerco. Los historiadores árabes dicen que habiéndoles salido al paso los moros fronterizos de Valencia, les dieron una rota considerable junto á Canabat. Los cristianos no mencionan esta accion: solo confiesan que en el cerco de Requena perdieron los sitiadores 2000 hombres.

El año siguiente de 1220 se empleó tanto en Castilla como en Aragon en reprimir el orgullo de los señores y ricos hombres. Don Rodrigo Diaz de los Cameros, que tenia por el rey muchas alcaidías en la Rioja, hacia notables y arbitrarias estorsiones á los vasallos de la corona que estaban bajo su jurisdiccion. El rey don Fernando, cuya virtud mas amada era la justicia, le mandó comparecer en Valladolid, donde entonces estaba la córte, á responder á las quejas que de él se habian dado.

El señor de los Cameros obedeció y llegó á Valladolid; pero viendo que ni su nobleza ni su poder eran títulos suficientes para defenderle de la justicia, huyó de la córte y volvió á la Rioja á prevenir medios de resistencia contra el rey. Don Fernando no tardó en seguirle; mas por mediacion de su madre doña Berenguela, á quien don Rodrigo habia hecho grandes servi-

cios en el tiempo de su adversidad, se ajustó un convenio por el cual resignó el de los Cameros todas las fortalezas que tenia del rey, y se le dió en indemnizacion una suma de dinero. En esta misma espedicion se apoderó don Fernando de las plazas que tenia en aquella provincia don Gonzalo Nuñez de Lara, hermano de don Alvaro. Don Gonzalo se refugió á la córte de Marruecos, asilo entonces de todos los descontentos de España.

A ella fingió que pasaba don Sancho Fernandez, hermano del rey de Leon, con quien estaba disgustado, y habiendo reunido mucha gente con la promesa de que el rey de Marruecos les daria plaza en sus ejércitos, entró en Sierra Morena, fortificó el castillo de Cañamero, que estaba abandonado, desde el cual hacia frecuentes entradas asi en las tierras de los moros como en las de los cristianos. Poco despues fue despedazado por un oso en una cacería; y los moros, sabida su muerte, acometieron el castillo, le tomaron y degollaron á todos los que en él habia.

En Aragon don Rodrigo de Lizana, enemigo personal de Lope de Alvero, caballero principal, se apoderó de su persona, y le encerró en el castillo de Lizana. El rey don Jaime mandó poner en libertad al cautivo: Lizana no obedeció: el rey puso sitio á la fortaleza, la rindió, dió libertad á Alvero, y persiguió á don Rodrigo que se habia refugiado á Albarracin, é implorado la proteccion de don Pedro Fernan-

dez de Azagra, enemistado entonces con el rey. Don Jaime puso sitio á la plaza de Albarracin; pero era demasiado fuerte y estaba muy bien defendida; por lo cual hubo de abandonar el cerco, aunque con mengua de su autoridad.

La guerra civil retoñó en Castilla en 1221. Don Gonzalo Perez de Lara, señor de Molina, pariente de los condes desterrados del mismo apellido, cometió hostilidades en las tierras inmediatas del rey: reprendido por éste, no se sosegó, antes bien se reunió con don Gonzalo Nuñez de Lara, el hermano de don Alvaro, que á esta sazon volvió de Marruecos. Don Fernando puso sitio al castillo de Zafra, que estaba por el de Molina, y se le hizo ostinada resistencia. Durante el cerco se trataron paces por mediacion de la reina doña Berenguela; siendo la condicion principal que don Alonso, hermano de san Fernando, casase con doña Sancha, hija y presunta heredera del conde. Don Gonzalo Nuñez solicitó volver á la gracia del rey, pero en vano; y asi pasó á Andalucía, donde falleció poco despues.

Sitio de Cáceres (1222). No estaba mas sosegado el reino de Leon, pues Alonso IX admitió un cuerpo auxiliar que su hijo Fernando le ofreció para reprimir á algunos caballeros de Galicia que alborotaban el pais. Restablecida fácilmente la paz en aquellas provincias, juntó don Alonso su ejército con el cuerpo auxiliar de castellanos y con los de las órdenes militares, y se puso sobre Cáceres, plaza ocupada en-

tonces por los moros, y que era el padrastro de la Estremadura leonesa.

Defendiéronse los sitiados con valor; pero los cristianos abrieron brecha en los muros, y se preparaban á dar el asalto cuando llegó un embajador del rey de Marruecos que ofreció á Alonso una gran suma de dinero porque dejase libre la plaza. El rey de Leon admitió el convenio por hallarse muy falto de moneda. Esta debilidad ha merecido la censura de los historiadores. Ni en aquella edad ni en las siguientes inmediatas se creia justo ni conveniente convertir en tráfico una guerra de religion.

Don Jaime de Aragon manifestaba cada dia mas vigor y firmeza de ánimo contra la osadía turbulenta de sus ricos hombres. Solo con prepararse para castigarlos sosegó los bandos producidos por la enemistad de don Nuño Sanchez, primo del rey, con don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne. El rey de Aragon se ligó este año con el de Castilla casando con la infanta doña Leonor, tia de Fernando III, é hija de Alonso VIII.

Don Sancho II Capelo, rey de Portugal (1223). Don Alonso II de Portugal falleció este año, y le sucedió su hijo Sancho II, por sobrenombre *Capelo ó Capilla*, porque segun la costumbre de aquel siglo, que se ha perpetuado hasta nuestros dias, vistió, cuando era niño, el hábito de religioso. Este príncipe terminó dos graves desavenencias en el primer año de su reinado. La primera era relativa á las

reclamaciones de los clérigos, á quienes los señores de los pueblos querian obligar al ejercicio de las armas, causándoles por esta razon grandes estorsiones. Don Sancho mandó que á los ministros del altar se les conservasen sus inmunidades, y no se les obligase á la profesion de la guerra, tan contraria á su ministerio.

La segunda era la solicitud, nunca satisfecha, de las infantas doña Teresa y doña Sancha, hermanas de Alonso II, sobre la posesion de Montemayor y de Alenquer que Sancho I les habia dejado. Viendo que el rey estaba decidido á conservar á la corona aquellas dos importantes fortalezas, recurrieron al rey don Alonso de Leon, con quien doña Teresa habia estado casada, para que les ayudase en su pretension.

El de Leon entró con ejército en Portugal, y se apoderó del castillo de san Esteban de Cabias. El de Portugal nombró jueces árbitros que dirimiesen la discordia; y se hizo un convenio por el cual las infantas debian gozar las rentas de los pueblos que les dejó su padre; y los jueces que éllas nombrasen hacer pleito homenage al rey. Dichas rentas volverian á la corona despues que falleciesen las infantas.

Don Alonso de Leon, libre de este empeño, entregó el castillo que habia tomado, y encargó á su alferez mayor don Martin Sanchez que hiciese entrada en la Estremadura de los moros. Los cristianos, despues de haber dado la tala á los campos y saqueado los pueblos, vencieron

en campal batalla junto á Tejada á los mahometanos que les salieron al encuentro, y se volvieron á la frontera de Leon cargados de despojos.

En Aragon proseguian los bandos entre don Nuño Sanchez y el vizconde de Bearne, atizados por el infante don Fernando que seguia el partido de don Guillen. Socolor de componer las desavenencias vinieron el infante, el de Bearne, y otros caballeros de su parcialidad, á Alagon, donde entonces tenia el rey su córte. Por descuido de los que guardaban al rey entraron en la villa hasta 200 gendarmas de la parcialidad del infante, fuerza muy superior á las que guardaban á don Jaime. Ocuparon el palacio, guarnecieron la fortaleza, y el infante, aunque con palabras muy comedidas y respetuosas, obligó al rey á seguirle á Zaragoza, donde se alojó en el palacio de la Azuda guarnecido por las tropas de su tio. Tenia don Jaime á la sazon 15 años, y sintió sobremanera la ofensa de tenerle como prisionero en su misma capital.

Este año falleció Jucef, rey de los almohades, hijo de Muhamad, el que fue vencido en la batalla de las Navas. Como no dejó sucesion se disputaron la corona en largas y sangrientas guerras, que acabaron con la dinastía de los almohades, su tio Abdel Wahid Abdalá, tambien de la familia real, que tomó en Murcia el título de rey, Almemun, valí de Sevilla, y otros varios caudillos que, haciéndose independientes

de Marruecos, ocuparon efimeramente el trono de Abdelmumen.

La campaña siguiente fue la primera que Fernando III de Castilla hizo contra los moros de Andalucía, y como el anuncio de las grandes y señaladas victorias que habia de conseguir contra éllos. Los concejos de Cuenca Huete, Velez, y Alarcon se dirigieron hacia las fronteras de Valencia, donde hicieron grandes presas de esclavos y rebaños. Siguió á esta vanguardia el grueso principal del egército, mandado por el rey en persona; y Abuzeit, rey de Valencia, temeroso de que aquel aparato formidable de guerra fuese contra sus estados, vino de paz á hablar con el rey, y se reconoció por vasallo suyo: lo que disgustó mucho á la córte de Aragon á cuya conquista pertenecia Valencia, mas hubo de sufrirlo por el estado de desunion y guerra civil en que se hallaba.

El egército castellano se dirigió á Andalucía, pasó la Sierra Morena por el puerto de Muradal, taló los territorios de Ubeda y Baeza, se apoderó de Quesada y de otros seis castillos que dejaron desmantelados por estar mas tierra adentro y no ser conveniente guarnecerlos, derrotaron un cuerpo mahometano con pérdida de 1500 hombres, y se volvieron á Castilla con inmenso botin. Solo la mesnada de Segovia, que se dirigió á la frontera de Murcia, fue desgraciada. Habiéndole salido al encuentro Abdalá, valí de aquella provincia, la derrotó completamente, y muy pocos cristianos escaparon del combate.

En Aragon continuaban las mismas parcialidades y furores. El infante don Fernando, dueño de la persona del rey, mandaba á su arbitrio todo el reino. Don Jaime hizo una tentativa para escaparse, pero fue descubierta, y solo consiguió que se diese alguna mas libertad tanto á él como á su esposa doña Leonor, colmando de honores y mercedes al vizconde de Bearne y demas partidarios del infante; esto es, á sus carceleros. En octubre del mismo año se trató de paz entre las dos facciones enemigas: y en efecto se convinieron en repartir entre los principales de ambas todos los honores del reino. El rey disimulaba, no hallándose con fuerzas para resistir á la prepotencia de los ricos hombres.

Conquista de Baeza y Andújar (1225). Fernando III volvió con tropas mas numerosas á Andalucía, y Abdalá, valí de Murcia, nombrado ya rey por los almohades, conociendo que no tenia fuerzas para resistir al poder de Castilla, hizo convenio con Fernando de ofrecerle en vasallage la cuarta parte de las rentas de sus estados, y le dió en rehenes á uno de sus hijos y las fortalezas de Martos, Andújar y Baeza.

Teniendo los castellanos seguras las espaldas, acometió el rey la valía de Sevilla, cuyo gefe Almemun se habia hecho independiente de Abdalá, y tomado el título de rey: taló las campiñas, saqueó los pueblos indefensos, y se volvió con grandes despojos. Alonso de Leon y Sancho de Portugal hicieron tambien entrada

en el Algarbe, y el de Leon consiguió una victoria señalada, aunque costosa, del rey de Sevilla que salió á oponérsele en Estremadura.

El rey de Aragon, siempre vigilado y oprimido por los magnates de su reino, tuvo medios de escaparse de la córte, que á la sazon estaba en Tortosa, y pasó á Teruel, dónde hizo inmediatamente convocacion de todos los ricos hombres y caballeros que tenian honores de la corona, para hacer guerra á los moros de Valencia. El fin de don Jaime era entretener la turbulencia y ambicion de los grandes con una guerra nacional: pero solo acudieron al llamamiento los mas leales ó los mas pundonorosos.

El rey, á pesar de la cortedad de sus fuerzas, se puso con ellas sobre Peñíscola, plaza muy fuerte para poderla tomar con tan póca gente: pero mayor era la debilidad de Abuzeit, que se vió precisado á hacer treguas con los aragoneses, cediendo á don Jaime la quinta parte de las rentas de su reino.

Volvíase el rey de Aragon con su pequeño egército, levantado el sitio de Peñíscola, cuando encontró en la aldea de Calamocha á don Pedro Ahones con 60 hombres de á caballo dispuesto á hacer entrada en tierra de moros. Este caballero al principio muy adicto al rey, se habia ladeado en las turbulencias pasadas al partido del infante don Fernando, por lo cual don Jaime estaba muy enojado contra él.

Don Jaime le advirtió el tratado que acaba-

ba de celebrar con Abuzeit, y le mandó que volviese con él y le acompañase hasta Burbaguena. Hízolo así Ahones, pero insistiendo en que no abandonaría la empresa contra los moros para resarcirse del costo que le tenia la formacion de su mesnada. El rey insistió en que no permitiria el quebrantamiento de la tregua. El altivo caballero echó mano á la espada, pero el rey le asió de una y otra tan fuertemente, que hasta que llegaron sus escuderos y lo separaron de don Jaime no pudo verse libre Ahones.

Salió con los suyos de Burbaguena perseguido del rey y de su gente. Los fugitivos se hicieron fuertes en un recuesto: los perseguidores los rodearon por dos partes, y uno de éllos, llamado Sancho Martinez de Luna, atravesó á Ahones de una lanzada por el costado derecho. En esto llegó el rey, recibió en sus brazos al moribundo y no permitió que le acabasen: pero Abones falleció antes de llegar á Burbaguena, donde le llevaron.

Este suceso volvió á recrudecer la guerra civil en Aragon. Los pueblos de Sobrarbe y Ribagorza y todas las ciudades del reino, escepto Calataque, se pusieron en armas para vengar la muerte de un caballero tan generalmente estimado como era don Pedro Ahones. El rey ocupó á Almudevar, Pertusa y Alagon para observar á Zaragoza, cuyo obispo, hermano del difunto, habia apellidado contra don Jaime la gente de aquella ciudad.

Reuniéronse con el rey un gran número de

señores aragoneses y la mayor parte de los de Cataluña. Los de Zaragoza se presentaron en campaña con grande osadía: pero fueron vencidos por el egército real con pérdida de 300 entre muertos y prisioneros. Don Jaime, teniendo la campaña por suya, sitió y rindió á Cellas, pueblo entonces muy fuerte, y fue recibido en Huesca: pero la misma noche se amotinó la plebe, y el rey tuvo que salir de la plaza algunos dias despues. Tal era la situacion del reino en los primeros meses de 1226.

Pero la mayor parte de los ricos hombres y caballeros llevaban muy á mal las alteraciones del reino: y don Aspargo, arzobispo de Tarragona, hombre de mucha virtud é influencia, predicó en todas partes la concordia, y subiendo hasta la raiz del mal consiguió reconciliar al vizconde de Bearne con don Guillen de Moncada, caudillos de los bandos de Cataluña, y al infante don Fernando con don Nuño Sanchez, que eran gefes de los de Aragon. Unos y otros volvieron al servicio y obediencia del rey, como tambien todas la ciudades escepto Zaragoza, Huesca y Jaca, que se confederaron con pacto estrecho entre sí para defenderse mútuamente, *salva siempre*, decian, la *fidelidad debida al rey y á la reina.*

Entretanto el rey Fernando de Castilla que en la campaña anterior habia hecho frontera en el Guadalquivir superior con las plazas de Andújar y Baeza, trató de asegurarla en la campaña de 1226, desalojando á los mahometanos de los

puestos fortificados que aún poseian desde el puerto de Muradal hasta aquel rio. Apoderóse pues del Castellar, de san Esteban del Puerto, de Iznatorafe, de Chiclana y de los demas pueblos de la parte septentrional del reino de Jaen. Pasó despues el rio, y recogido gran despojo de los paises sometidos á los mahometanos, se volvió con él á Castilla.

Don Sancho de Portugal recobró este mismo año las plazas de Yelves, Jurumeña y otras que los moros habian vuelto á ocupar, dando muestras del valor hereditario en su familia, y que la capilla de religioso que le dió apellido, le servia de yelmo. Asi no debe darse crédito á los historiadores que le pintan como cobarde é incapaz de hacer la guerra. Su desgracia fue haber concitado contra sí el enojo del clero, tan poderoso en aquellos tiempos, apoderándose de los bienes de los eclesiásticos difuntos, diciendo que le pertenecia como á patrono de las iglesias del reino. Este fué el principio de la revolucion que le arrojó del trono.

Conquista de Capilla: sitio de Baeza (1227). Fernando de Castilla volvió á Andalucía, y exigió á Abdalá, rey de los almohades, que habia hecho alianza con él, que le entregase las plazas de Burgalimar, Salvatierra y Capilla, que le faltaban para fortificar su línea por la parte de Sierra Morena. Abdalá dió sus órdenes en consecuencia, que fueron obedecidas por los gobernadores de las dos primeras: pero el de Capilla, hallándose al frente de una guarnicion es-

cogida con numerosos bastimentos y en una fortaleza protegida por la naturaleza y por el arte, resolvió defenderla, y el rey de Castilla tuvo que ponerle sitio con todas sus fuerzas.

El poder de Abdalá (llamado por otros Mahomad) era tan limitado por la preponencia de los valíes de las provincias, que nuestros historiadores solo le nombran rey de Córdoba y Baeza. Los valíes estaban mal con él por sus relaciones con el rey de Castilla, y él con los valíes porque no podia someterlos á que le obedeciesen.

Almemun, valí de Sevilla, era uno de los capitanes mas esforzados y hábiles de la morisma, y la fama de su nombre corria por toda España. Los cordobeses que veian acercarse cada dia mas á sus muros las armas castellanas, indignados contra Abdalá, á cuya omision y cobardía atribuyeron tantas calamidades y los triunfos del rey don Fernando, se sublevaron contra él, le dieron muerte cuando iba á escaparse de la ciudad, y se entregaron á Almemun que fue reconocido en todo el imperio. Pero los jeques de Africa, que gobernaban arbitrariamente sin sugecion ninguna á sus reyes mas que de nombre, no acostumbrados á la obediencia que se les exigia, eligieron por monarca á uno de ellos, que era Yahia.

Este pasó á España con egército numeroso, pero Almemun salió á recibirle, y le derrotó en los campos de Medina Sidonia. En esta batalla se distinguió particularmente un cuerpo de

cristianos naturales de la valía de Sevilla, que militaban bajo las banderas de Almemun. La derrota de los africanos fue tan completa que el vencedor descuidó perseguir las reliquias del egército fugitivo por acudir á salir al encuentro del egército cristiano que sitiaba á Capilla, y cuyas mesnadas discurrian libremente haciendo estragos desde las orillas del Guadalquivir hasta las del Genil, habian entrado en Loja, é insultaban á Granada y Jaen. Junto á esta última ciudad encontró un cuerpo de castellanos bastante numeroso, y los derrotó completamente quitándolos el botin que habian cogido.

Entretanto el rey de Castilla permaneció firme en el sitio de Capilla, al mismo tiempo que los mahometanos de Baeza y de los pueblos vecinos, incitados por su nuevo rey Alememun, sitiaron en el castillo de esta ciudad á don Gonzalo maestre de Calatrava, á quien Fernando habia encomendado su defensa. Bien quisiera Almemun continuar la guerra contra los cristianos, y dar calor á las operaciones de aquel sitio: pero sus fuerzas eran inferiores á las de los castellanos, y por otra parte le era forzoso pasar á Marruecos á destruir el poder de los jeques que tiranizaban el Africa. Contento pues con haber triunfado junto á Jaen, y dejando guarnicion en esta plaza, en Córdoba y en Loja, pasó el Estrecho, donde su valor y celeridad triunfó de sus enemigos, y aseguró en sus sienes, á lo menos por entonces, la corona de los almohades.

El sitio de Baeza proseguia con teson, y lo

que mas afligia á los cercados era la falta de bastimentos. Remedióla el maestre de Calatrava de una manera que pareció milagrosa. Habiendo avisado á los comandantes de las plazas vecinas que le tuviesen un convoy de víveres en un parage que señaló, en una noche muy oscura y tenebrosa salió con lo mejor de su gente por la puerta falsa del castillo, llegó al parage designado, recibió el convoy, y lo introdujo antes de amanecer en la fortaleza sin que los moros hubiesen tenido la menor noticia ni sospecha de estos movimientos. Cuando supieron lo que habia pasado, asaltaron el castillo con nuevo furor y repetidas veces, pero siempre fueron rechazados.

En fin don Fernando III recibió el premio de su perseverancia entrando por asalto en Capilla despues de un porfiado cerco, que duró cuatro meses: y pudo enviar en socorro de Baeza un cuerpo de tropas escogidas al mando de don Lope de Haro. Este caudillo combinó su movimiento con una salida que hizo el maestre al frente de su guarnicion, y asaltando uno y otro de improviso la ciudad, vencieron á los moros y los obligaron á evacuarla y á levantar el sitio del castillo. Asi se terminó esta campaña que la revolucion ocurrida entre los mahometanos hizo difícil y peligrosa.

En la campaña siguiente hizo entrada el rey de Castilla en el territorio de Jaen, rindió las plazas de Sabiote, Jodar y Garcies, al mismo tiempo que Sancho II de Portugal recobró á

Serpa, que habia caido en poder de los mahometanos. Este príncipe sostenia entonces una contestacion muy agria con la córte de Roma por los frecuentes ataques que sufria en Portugal la inmunidad eclesiástica como se entendia en aquella época.

En Aragon no quedaba al rey don Jaime otros enemigos que someter sino las ciudades confederadas de Jaca, Huesca y Zaragoza: pero éstas viendo que todas las personas principales del reino se habian adherido al monarca, le enviaron diputados para rendirle obediencia, y el rey los admitió benignamente, conservando á las tres ciudades sus fueros y privilegios.

Pacificado el reino, trató de volver sus armas contra los moros de Mallorca, irritado de los robos que cometian en las costas de Cataluña. Pero antes se suscitó en este principado una guerra feudal, que fue preciso concluir. El rey habia dado en feudo el condado de Urgel á don Guerao, vizconde de Cabrera, salvó el derecho que pudiera tener á él doña Aurembiax, hija del último Armengol conde de Urgel.

Esta señora prometió cederle al rey la plaza de Lérida que pertenecia á aquel condado, y tener en feudo la corona el resto de él. Don Jaime accedió á su solicitud: don Guerao fundado en la posesion no quiso ceder, y fue preciso recurrir á las armas. El rey se puso al frente de un pequeño número de tropas, tomó los castillos de Albera, Menargues y Linerola, cercó á Balaguer, y la rindió por avenencia por-

que los habitantes deseaban vivir bajo el dominio de la hija de sus antiguos señores, y el resto del condado se sometió fácilmente. Don Guerao entró en la órden del Temple: pero su hijo don Ponce de Cabrera recobró el título y condado de Urgel, porque doña Aurembiax falleció sin hijos.

Guerra y conquista de Mallorca: batalla de Portopí: reconquista de Cáceres (1229). El rey de Aragon activó con extraordinario celo los preparativos de la espedicion que meditaba contra Mallorca, y estrechó la paz y alianza que tenia jurada con Abuzeit, rey de Valencia, que arrojado del trono porque sus vasallos llevaron muy á mal el último tratado que hizo con los aragoneses, se hallaba refugiado en Zaragoza. Don Jaime dispuso que se le diesen socorros para recobrar su reino; y con el auxilio del señor de Albarracin, de don Blasco de Aragon y de otros ricos hombres poderosos, entró en el territorio de Valencia, y ganó muchas villas y lugares. Los moros dieron aquella corona á Zaen, guerrero de nombradía entre éllos, y la guerra civil entre los dos contendientes dejaba al de Aragon seguras las espaldas para la espedicion de Mallorca.

Antes de emprenderla se divorció de su muger doña Leonor de Castilla. Este divorcio fue solicitado por el mismo rey, que vivia mal con su esposa, por inclinarse el marido á nuevos amores y por los celos que esta conducta la causaba á su corsorte. El pretesto para la se-

paracion fue el parentesco: en efecto eran primos terceros y biznietos de Alonso VII el emperador, don Jaime por su abuela doña Sancha de Castilla, muger de Alonso II de Aragon é hija del emperador, y doña Leonor por su padre Alonso VIII el de las Navas. Apesar del divorcio quedó legitimado, como habido en matrimonio de buena fé, el infante don Alonso, único hijo que tenian: pero el rey dió un decreto, por el cual se determinaba que su hijo le sucediese solamente en el reino de Aragon, y que la Cataluña y los demas estados de su corona se repartiesen entre los hijos que tuviese de otro matrimonio. Esta resolucion desagradó mucho en Aragon y en Cataluña, no solo por la separacion de ambos señoríos que los espondria á guerras civiles, sino tambien porque barrenaba los derechos de las córtes, que en aquel reino decidian soberanamente las cuestiones de sucesion.

Preparadas todas las cosas para la espedicion de Mallorca, dió la vela de los puertos de Cataluña la armada, que constaba de 135 buques, entre ellos 25 de alto bordo. El egército de tierra constaba de 15000 infantes y 1500 caballos; mandados por el rey en persona y por la flor de la nobleza del reino, señaladamente de Cataluña.

Una terrible tempestad acometió á la escuadra, y retardó su desembarco: pero habiéndose serenado, surgió en el puerto de la Palomera que está en el mediodia de la isla. Habiendo acudido hacia aquella parte toda la morisma pa-

só la armada al puerto de santa Ponza, mas al occidente, y allí desembarcó el egército sin encontrar oposicion. Los moros acudieron con presteza á aquel punto, pero ya los cristianos se habian apostado en el monte de Pantaleu, y no pudieron desalojarlos de él.

La vanguardia, mandada por don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, y en la cual iban don Ramon de Moncada y otros muchos caballeros de su ilustre familia, se puso en marcha hacia la Sierra de Portopí para desde ella acometer á la capital. Esta tropa lucida caminaba como en pais seguro, y con tanta velocidad que no pudo seguirla la retaguardia, cuando de improviso se levantaron los moros de una celada que tenian puesta, y se comenzó una batalla sangrienta y desigual en que el enemigo llevó lo mejor. En ella perecieron el vizconde don Ramon y gran número de los caballeros de su familia.

Apenas supo el rey, que venia en la retaguardia, el desman ocurrido, marchó á la sierra con solo doce caballeros; siguiéronle con la mayor celeridad posible las tropas. Apenas llegó á dar vista á los suyos, que desalentados se retiraban ya con señales de desórden y fuga, quiso arrojarse á los moros; y lo hubiera hecho á no contenerle los caballeros mas cercanos. Pero su presencia y su accion infundió tal valor en aquellas tropas desmayadas que volvieron al combate con increible furor, auxiliados por los de la retaguardia que llegaron entonces. La accion

se hizo general, y los moros rotos y vencidos se retiraron á la ciudad.

El egército pasó la sierra, puso sitio á la capital, y la atacó con todo género de máquinas de las que se usaban en aquellos tiempos. Un moro, á quien los catalanes dieron el nombre de Infantilla, juntando unos 5000 hombres de la sierra, se apoderó del collado donde estaba la fuente del arroyo que proveia de agua al campo cristiano, y la echó por otro lado. Vióse el egército del rey en grande aprieto: pero don Nuño Sanchez reparó este desman saliendo con 300 ginetes contra aquel monte, y desalojando de él la multitud indisciplinada que lo ocupaba con muerte de 500. El sitio continuó estrechando cada vez mas la plaza. Favorecia á los sitiadores que casi todos los pueblos de la isla, señaladamente en la parte del mediodia, se les sometieron por no sufrir los rigores de la guerra y del saqueo, y enviaban al campo provisiones y bastimentos de toda clase. En fin el 31 de diciembre fue entrada la ciudad por asalto.

En toda esta espedicion manifestó don Jaime, aunque tan jóven, no solo un valor heróico, cualidad muy comun en aquella época, sino tambien la actividad propia de un gran príncipe, y la prudencia y capacidad de un estadista y de un general consumado. En el asalto de la plaza él mismo rindió é hizo prisionero por su mano al rey moro de Mallorca. Un hijo de este rey, que se habia encerrado en el castillo, se entregó por capitulacion.

Entretanto continuaba el rey Fernando de Castilla con suma perseverancia la empresa laboriosa de la conquista de Andalucía. En esta campaña puso sitio á Jaen: pero hallando la plaza demasiado provista de hombres, armas y víveres, despues de algunos asaltos inútiles renunció á su intento, y revolvió sobre Priego, que tomó y demolió no pudiéndola conservar. Lo mismo hizo con Alcalá la Real; y dada la tala á los campos, y conseguido grande botin de ganados y cautivos, se volvió á su frontera.

Su padre Alonso IX de Leon hizo tambien entrada en las tierras de Estremadura. Este año fue mas feliz que otras veces: pues habiendo puesto sitio á Cáceres, á pesar de la ostinada resistencia de los moros, logró rendirla por capitulacion. Parecia cercano el esterminio del islamismo en España. Dos jóvenes héroes llenos de celó y actividad estaban al frente de Castilla y Aragon; y Almemun rey de los almohades, aunque gran capitan y dotado de prendas sobresalientes, no podia socorrer á los moros de la península hasta haber sosegado las cosas de Africa: porque despues de los tiempos de Almanzor, el célebre virey de Córdoba, no pudo nunca sostenerse la morisma de España por sus propias fuerzas, sino con el auxilio de las tribus del Almagreb.

Conquista de Mérida y Badajoz: batalla de Mérida (1230). Tomada la isla de Mallorca, los moros de las playas y tierra llana se refugiaron en número de 3000 á las montañas

de Sollar, Almarvich y Bayalbahar, muy áspeperas y llenas de cuestas y guaridas inaccesibles en lo alto de los riscos. Desde ellas bajaban á los llanos, ponian celadas, robaban los pueblos abiertos y causaban grave daño á los cristianos que encontraban. El rey don Jaime salió contra éllos, y fácilmente los obligó á evacuar la llanura, y retirarse á sus asilos: pero no pudo forzarlos á salir de ellos sino sitiándolos uno á uno, impidiéndoles los víveres y el agua, y quemando broza á la entrada de las cuevas y echándoles el humo dentro. Aquellos hombres afligidos del hambre y de la sed, y casi ahogados, capitularon la entrega si no eran socorridos dentro de ocho dias. Al cabo de este tiempo se rindieron y fueron hechos cautivos mas de 1500 moros. El rey dejando bien guarnecidos los castillos de la isla contra los moros de Berbería, volvió á su reino, donde fue recibido con las demostraciones de alegría debidas á una victoria tan señalada é importante.

Fernando de Castilla hizo tambien entrada en el reino de Jaen, tomó á Montesa y á Montiel, y puso cerco á la capital; pero á pesar de todos los esfuerzos que hizo pára rendirla, la resistencia de los moros le convenció de que eran necesarios mas tiempo y mas prevenciones para conquistarla, y hubo de levantar el sitio y volverse á Castilla. En este mismo año volvió Almemun á Andalucía, compuestas las cosas de Africa: mas no pudo hacer grandes empresas contra los cristianos, porque ademas de su com-

petidor Yahía, que se habia encastillado en los montes de Granada, se apoderó entonces del reino de Murcia Muhamad Aben Hud, de la familia de los antiguos reyes de Zaragoza, el cual, coligándose con Yahía, entró en el territorio de Granada, y le hizo guerra á Almemun, que tuvo que enviar contra él sus mejores tropas mandadas por su hermano Abu Abdalá.

Estas guerras civiles de los mahometanos facilitaron la empresa de don Alonso IX de Leon contra Estremadura, en la cual fue mucho mas feliz que su hijo en la de Jaen; pues ademas de haberse apoderado de Mérida y derrotado junto á esta plaza un ejército muy superior de musulmanes que el valí de Sevilla trajo contra él, rindió el castillo de Montanches y la plaza de Badajoz, capital en otro tiempo del Algarbe mahometano. Asi estableció los límites de su reino é hizo frontera en el Guadiana de Estremadura.

Esta fue la última espedicion de este príncipe valiente y afortunado. Despues de la campaña, yendo á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, fue asaltado en Villanueva de Sarria de una enfermedad mortal, y falleció el 23 de setiembre á los 59 años de edad y 42 de reinado. Fue sepultado en la catedral de Santiago. Estuvo casado dos veces, y ambos matrimonios se declararon nulos despues: la primera con doña Teresa, hija de Sancho I de Portugal. Tuvo de ella un hijo y dos hijas llamados Fernando, Sancha y Dulce. El primero falleció á los

principios de su juventud sin dejar sucesion. Tampoco la tuvieron las dos hijas, que entraron en religion. Doña Teresa, disuelto su casamiento por motivo de parentesco en grado prohibido, entró religiosa en el monasterio de Lorvaon cercano á Coimbra. Sus virtudes merecieron que fuese colocada en el número de los santos.

El segundo matrimonio de Alonso IX fue con doña Berenguela, hija de Alonso VIII el de las Navas. Tuvo de ella á Fernando el Santo, que le sucedió; á Alonso, llamado de Molina por haber adquirido este señorío casando con su propietaria, y que fue ascendiente de muchas casas nobilísimas de España; á Leonor que murió niña, á Constanza que entró religiosa, y á Berenguela que casó con Juan de Briennes, rey de Jerusalen.

Disuelto tambien su matrimonio con Berenguela de Castilla, casó clandestinamente, ó tomó por amiga (porque acerca de esto disputan los historiadores) á doña Teresa Gil, de familia ilustre, y tuvo de ella cuatro hijos; don Martin, que consta fue casado, aunque nada se dice de su sucesion; doña María, que casó con el conde don Alvaro Fernandez de Lara; doña Sancha, que entró religiosa y mereció por sus virtudes el título de venerable; y doña Urraca, que aunque casada dos veces no tuvo sucesion.

De otra amiga, llamada doña Aldonza Martinez de Silva, hija del conde don Martin Gomez de Silva, valido de Alonso IX, tuvo este

rey tres hijos: Rodrigo, ascendiente de la casa de Castro; Aldonza, que casó con don Pedro Ponce de Leon, de quien descienden los duques de Arcos; y Teresa, que casó con el conde don Nuño Gonzalez de Lara. En otra de sus amigas, llamada doña Ines Iñiguez de Mendoza, hija de don Iñigo de Mendoza, ricohombre y señor de Lodio, tuvo una hija llamada Urraca, que casó con don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya. En fin, de una señora llamada doña Maura tuvo á Fernando, que fue dean de Santiago, arcediano de Salamanca y canónigo de Leon.

El defecto mas notable que atribuye la historia á Alonso IX fue su ódio á los castellanos, que heredó de su padre Fernando II de Leon. Este ódio le movió á favorecer los partidos de Castilla, á moverla guerra en varias ocasiones, y á indisponerse con su hijo Fernando el Santo hasta tal punto que, cercano á la muerte, dejó en su testamento la corona á sus hijas Sancha y Dulce, habidas en su primera muger doña Teresa de Portugal, á pesar de que Fernando habia sido jurado heredero de Leon antes que viniese á Castilla. Con tanto horror miraba que un rey de castellanos mandase á sus leoneses.

CAPÍTULO XXXV.

Fernando III.

Fernando III el Santo, rey de Castilla y de Leon. Conquista de Menorca: principios de la guerra de Valencia. Batalla de Jerez del Guadiana: conquista de Burriana y de Peñíscola. Don Teobaldo I, rey de Navarra: conquista de Trugillo, Medellin, Ubeda y Mértola. Conquista de Ibiza. Conquista de Córdoba. Batalla del Puche. Conquista de la ciudad de Valencia: sitio de Martos por los moros. Combate de Chio: conquista de Ayamonte. Conquista de Ecija, Zafra y Villena. Conquista de Llerena: batalla de Paderna. Batallas de Tavira y de Silves, y conquista de estas plazas. Adquisicion de Murcia: sitio de Játiva. Conquista de Cartagena, Lorca, Arjona y Játiva. Sitio de Jaen: conquista de Denia y Gandía: revolucion de Portugal. Conquista de Jaen: el rey de Granada feudatario de Castilla: principios de la guerra de Sevilla: sitio de Coimbra. Sitio de Sevilla. Conquista de Sevilla: Alonso III, rey de Portugal. Conquista de Faro. Conquista de Jerez y de Cadiz.

FERNANDO III *el Santo, rey de Castilla y de Leon.* El testamento de Alonso IX, dic-

tado por la pasion y contrario igualmente á los intereses de la España cristiana, á la justicia y á los deseos de todos los hombres amantes de la patria, no podia tener efecto. Nadie desconocia que la separacion de ambos reinos, hecha por Alonso VII el emperador, solo habia producido calamidades y guerras civiles, dando motivo á que los cristianos vibrasen unos contra otros las armas que solo debieran emplearse contra el enemigo comun. Presentábase á reclamar la corona el jóven Fernando, rey de Castilla por el derecho de su madre, proclamado ya heredero de Leon por el derecho de su padre; presentábase al frente de un ejército poderoso, triunfante de los mahometanos: presentábase adornado de valor heróico, de todas las virtudes que honran á un rey y á un cristiano, con numerosa sucesion, amado entrañablemente por sus vasallos, admirado hasta de sus mismos enemigos. ¿Qué podian oponer á tantos elementos de triunfo dos mugeres desvalidas y sin derecho?

Asi es que apenas se presentó Fernando, acompañado de su madre, le abrieron sucesivamente las puertas todos los castillos de la frontera, Toro, Leon y Astorga. En Leon habia ocupado el conde don Diego Diaz, partidario de las infantas, la iglesia de san Isidro, resuelto á hacerse fuerte en ella contra las armas de don Fernando: pero acometido de un recio dolor de cabeza, que se atribuyó á castigo del cielo por su impiedad, cedió de su in-

tento y pasó al partido del rey de Castilla.

En Galicia era sin embargo muy poderoso el de las princesas; por lo cual, en vez de recurrir á las armas, se tomó el medio de las negociaciones. Avistáronse doña Teresa, primera muger de Alonso el IX y madre de doña Sancha y doña Dulce, y doña Berenguela, segunda muger de dicho rey y madre de don Fernando III; y concluyeron un tratado por el cual renunciaron las dos infantas el derecho á la corona de Leon mediante una cuantiosa renta que se asignó á cada una. De esta manera se reunieron para siempre los dos reinos de Leon y Castilla.

El año siguiente de 1231 permaneció el rey en las tierras de Leon para acostumbrar los habitantes á su dominacion, y aún tuvo que pasar á Galicia á reprimir la insolencia de algunos caballeros y señores que no querian reconocerle. A unos prendió y castigó, á otros ahuyentó del reino. Asi no hizo en esta campaña espedicion á Andalucía, que ardia entonces en las guerras civiles de los moros. Aben Hud, rey de Murcia, arrojó de Granada á Abu Abdalá, hermano de Almemun, y dándose la mano con Yahía opusieron fuerzas tan respetables al rey de los almohades, que le obligaron á pasar á Africa para reunir ejército con que volver á triunfar de sus rebeldes.

En febrero de este año tuvieron vistas en Tudela don Sancho de Navarra y don Jaime de Aragon, y celebraron un convenio mas cu-

rioso que importante. Con el pretesto de unirse para hacer guerra á Castilla, se adoptaron mútuamente los dos reyes por hijos y herederos de sus coronas. Asi, contra las leyes de ambos reinos, don Jaime desheredaba á su hijo don Alonso, jurado ya sucesor de Aragon en las córtes; y don Sancho, que no tenia hijos, á Teobaldo, conde de Champaña y Brie, hijo de doña Blanca de Navarra, hermana del rey. Pero el de Navarra era ya muy anciano, y el de Aragon estaba en la flor de su juventud. Créese que el motivo del rey don Sancho para esta transaccion, tan ilegal como estravagante, fue estar enojado contra su sobrino Teobaldo, á quien habia dado parte en el gobierno del reino, y que se manejó muy contra el gusto de su tio, sustituyendo las delicias y placeres de la córte de Francia, donde se habia educado, á la austeridad de costumbres que todavía caracterizaba en esta época los palacios de los reyes de España. Pero este tratado ni tuvo ni podia tener efecto.

Otro mas ventajoso y mas efectivo celebró con don Pedro, infante de Portugal, hijo del rey de este pais don Sancho I. Este príncipe, obligado á desnaturalizarse de Portugal por las reyertas que tuvo con su hermano mayor el rey don Alonso II, pasó á Marruecos, y desde alli á Aragon, donde casó con doña Aurembiax, condesa de Urgel, que habiendo fallecido sin sucesion, le dejó el condado por su testamento. Don Jaime celebró con él un contrato en que

le cedia, á título de feudo vitalicio, la isla de Mallorca recien conquistada, recibiendo en indemnizacion el señorío de Urgel.

Entretanto los moros de aquella isla en número de 3000, se habian amotinado con la esperanza, bien que falsa, de ser socorridos por los musulmanes de Tunez: ocuparon las montañas y se apoderaron de los castillos de Pollenza, Santuera y Oloron. Don Jaime pasó á la isla con fuerzas superiores; y Juarp, caudillo de los moros, se sometió á él con parte de los suyos, y rindió los castillos; pero en la sierra quedaron todavía 2000 moros independientes que no pudieron ser subyugados en esta campaña.

Conquista de Menorca: principios de la guerra de Valencia (1232). El rey don Jaime, reunidas mas fuerzas, volvió á la isla y mandó sitiar las montañas. Sabiendo que los moros rebelados esperaban algunos refuerzos de Menorca, envió á intimar á los de esta isla que se le entregasen si no pasaria á ella con todo su ejército. Para dar fuerza á esta amenaza mandó encender grandes fuegos en el cabo de la Piedra, que está enfrente de Ciudadela, desde la cual se podian ver. El ardid surtió efecto: los moros de Menorca se rindieron y entregaron sus castillos; y los de las sierras de Mallorca, desauciados de aquel auxilio y acosados del hambre, se rindieron á discrecion. Los mas de ellos fueron hechos cautivos.

Aseguradas las conquistas de Mallorca y de

Menorca, volvió el rey don Jaime al continente resuelto á acometer la del reino de Valencia. Movíale á ello, ademas del celo por la religion y de la ambicion, el noble pretesto de castigar á Zaen por su usurpacion, y de mejorar la suerte de Abuzeit, amigo y aliado de Aragon.

Empezó, pues, á reunir gente de todas partes y á hacer los preparativos que exigia la grandeza de la conquista, con el objeto de emprenderla en la campaña siguiente. Pero en esta misma el consejo de Teruel con su mesnada, y don Blanco de Alagon con la suya, hicieron entrada en el reino de Valencia, y los de Teruel se apoderaron de Ares, lugar muy fuerte en la frontera, y don Blasco, de Morella, poblacion rica y llena de habitantes. Este principio tuvo la conquista de aquel reino, una de las mas gloriosas y felices para las armas cristianas.

El rey de Castilla, detenido en componer las cosas de Leon, tampoco pudo satisfacer este año su deseo de adelantar la conquista de Andalucía: pero envió con buenas tropas á don Rodrigo, arzobispo de Toledo, á quien habia dado en feudo los pueblos de Quesada, Toya y otros, conquistados en el reino de Jaen, para que los recobrase de los moros que los habian vuelto á ocupar. El arzobispo los rindió y fortificó, se apoderó ademas de Cazorla, y dejando en todas partes buenas guarniciones se volvió á Toledo. Las guerras civiles de los mahometanos se perpetuaron, porque habiendo fa-

llecido Almemun, á quien se cuenta por el último de los almohades, cada valí ó alcaide tanto en Africa como en España se hizo independiente en su provincia ó en su ciudad. Los que pretendian el trono por derecho de sangre, ceñian la corona y tomaban el título de reyes sin poder efectivo, que residia enteramente en los gobernadores, los cuales se proclamaron reyes en sus respectivas provincias. Esta anarquía, que duró casi medio siglo, favoreció en gran manera las empresas de Fernando el Santo y de Jaime el Conquistador; porque con sus fuerzas enteras y bien unidas atacaron un cuerpo desorganizado que solo podia oponer resistencias parciales. Pero estas eran todavía muy poderosas y capaces de dar mucha gloria al que las superase. Don Sancho II de Portugal hizo tambien invasion en el Algarbe, y puso las fronteras de su reino en las montañas que separan aquella provincia y la de Alentejo.

Batalla de Jerez del Guadiana: conquista de Burriana y de Peñíscola (1233). Tampoco pudo este año salir Fernando III á campaña contra los moros: pero envió en su lugar á su hermano el infante don Alonso de Molina, y á su lugarteniente don Alvaro Perez, uno de los guerreros mas esforzados y hábiles de aquella época. Las tropas que condujeron á Andalucía eran valientes y aguerridas, aunque no muchas.

Dejando asegurada la frontera del reino de Jaen con buenas guarniciones, se dirigieron á

los territorios de Córdoba y Sevilla, que les ofrecian mas botin y campos no visitados por el azote de la guerra. Dieron vista á una y otra capital, talaron sus fértiles campiñas sin encontrar resistencia en ninguna parte, y se volvieron á su frontera por el camino de Badajoz.

Aben Hud, rey ó valí de Sevilla (quizá el mismo que ya era señor de Murcia y de Granada), juntó con presteza numeroso ejército, y salió en seguimiento de los cristianos resuelto á quitarles el botin que llevaban. Dióles alcance en Jerez de Guadiana, y aunque muy inferiores en número se vieron obligados á pelear. Preparáronse para la batalla degollando todos los cautivos que habian hecho. El combate fue sangriento y ostinado; pero al fin el valor triunfó del número, y aquella inmensa morisma fue esterminada ó hecha cautiva, escapándose muy pocos, entre éllos Aben Hud. De los cristianos cuenta la Crónica de san Fernando que solo murió uno, y su muerte, añade, fue castigo del cielo porque no quiso antes de la batalla reconciliarse con otro soldado de quien era enemigo personal.

El célebre Garci Perez de Vargas, caballero toledano y uno de los héroes de aquel siglo, fue armado caballero para entrar en esta batalla por el general don Alvaro Perez, y en el combate hizo grandes hazañas. Una de éllas fue dar muerte por su mano al comandante de los Gazules, tribu africana muy valerosa que militaba al sueldo de Aben Hud. Esta victoria

quebrantó en gran manera las fuerzas militares de la morisma de España: fuerzas difíciles de reponer por la guerra civil que ardia entonces entre los mahometanos.

No fue menos gloriosa ni útil la campaña que hizo Jaime de Aragon contra los moros de Valencia. Despues de haberse publicado la cruzada contra los infieles, y de haber reunido gran número de tropas, asi aragonesas y catalanas como de los estados que poseia en Francia, penetró en el reino de Valencia por las fronteras de Teruel, taló los contornos de Egérica y Segorbe, y llegando á la marina se puso sobre Burriana, plaza entonces muy fuerte, y que asegurando la comunicacion por mar con Cataluña dejaba indefensas, si se rendia, todas las que quedaban á su espalda.

La plaza se defendió con la mayor ostinacion; pero era mayor la de los sitiadores, animados con el ejemplo de don Jaime, siempre el primero en todos los ataques. A don Bernardo Guillen, herido al lado suyo de una saeta, se la sacó, le vendó la herida, y le aconsejó volverse al cuartel; pero el honrado caballero no quiso, y continuó peleando. Las máquinas desmantelaron una parte del muro y abrieron brecha. Y aunque los moros rechazaron el primer asalto de los cristianos, apenas vieron que se preparaba otro, rindieron la plaza por capitulacion, salvas las vidas y la libertad.

A la conquista de Burriana se siguió en breve la de casi toda la parte septentrional del

reino. Peñíscola se rindió apenas se presentó don Jaime delante de sus muros. El maestre del Temple se apoderó de Chisvert; el prior de san Juan de Cervera; Polpes, Castellon de Burriana y Burriel se entregaron al rey; Alcalaten, á don Jimeno de Urrea, ricohombre de Aragon.

Almazora fue tomada por don Pedro Cornel. Un escudero de éste tenia trato doble con algunos de los moros, que le prometieron entregarle la villa. Cornel envió al efecto 22 soldados; pero los siguió con su gente no fiándose de aquella inteligencia. Su precaucion fue útil, porque los moros conforme iban entrando en el castillo los 22 los iban atando. Algunos de éllos dieron voces que avisaron á Cornel el peligro que corrian, y acometiendo denodadamente con los suyos subió al muro, entró la plaza por fuerza, y degolló todos los moros que no escaparon de su furia huyendo á los campos.

Las hostilidades terminaron este año con una correría que el rey don Jaime hizo al frente de un cuerpo de caballería hácia las tierras que baña el Jucar. En ella entró á saco la villa de Alcocer, é hizo mucho botin y algunos cautivos; pero el principal efecto de esta espedicion fue aterrar á los moros, que veian con espanto las tropas cristianas penetrar tan adentro en sus tierras. Entretanto se establecia en Cataluña el tribunal de la inquisicion decretado en el concilio provincial de Tarragona. Hasta entonces los obispos eran los jueces de hecho

en los delitos contra la fé; pero despues de la heregía de los albigenses se arrogó la corte de Roma en muchos reinos y provincias de la cristiandad el derecho de nombrar jueces especiales para aquellos delitos. El objeto y el nombre de este tribunal eran los mismos que los de la inquisicion abolida en nuestros dias; pero las formas eran diferentes, porque la acusacion, las declaraciones y los demas trámites del juicio eran públicos segun los principios del derecho romano, que prevalecieron siempre durante la edad media en los tribunales eclesiásticos.

Don Teobaldo I, rey de Navarra: conquista de Trugillo, Medellin, Úbeda y Mértola (1234). La conquista de Valencia adelantó poco este año. Don Jaime hubo de levantar el sitio de Cullera por la fortaleza de la plaza y valor de sus defensores: vengóse de este desaire de la fortuna tomando por asalto los castillos de Moncada y de Museros. Desmanteló el primero por la dificultad de sostenerlo sin mucho gasto. Este año casó el rey don Jaime con Violante, hija de Andres, rey de Ungría. A su anterior esposa doña Leonor de Castilla, cuyo matrimonio se habia declarado nulo, dió la villa y castillo de Ariza por toda su vida á condicion que si se casaba restituiria al rey aquel dominio.

El rey de Navarra don Sancho el Fuerte falleció este año en el castillo de Tudela. Estinguióse en él la línea varonil y directa que tantos héroes habia dado á aquel pais desde su

primer rey, y le sucedió don Teobaldo de Champaña y Brie, hijo de su hermana la infanta doña Blanca, porque ni los estados del reino permitieron que tuviese efecto la mútua adopcion de don Sancho el Fuerte y de don Jaime de Aragon, ni el mismo don Jaime dió gran importancia á aquel tratado aun en el momento de firmarlo.

El reino de Navarra era en esta época el menos poderoso de España, pero el mas feliz y tranquilo. No podia engrandecerse conquistando tierras de los moros, de las cuales estaba separado por los dominios de Castilla y de Aragon; pero en cambio gozaba de todos los dones de la paz. El nuevo rey don Teobaldo los aumentó haciendo venir de sus estados de Francia muchos labradores para cultivar las tierras que aún habia eriales.

El rey de Castilla, asegurada ya su autoridad en Leon y Galicia, volvió con nueva fuerza á hacer guerra á los mahometanos. Al obispo de Plasencia dió el mando de las tropas en Estremadura; y el prelado justificó la eleccion del monarca apoderándose de Trugillo, Magacela, Medellin, Alange y Santa Cruz, sin que los moros, aterrados y debilitados por la derrota de Jerez, se atreviesen á hacer resistencia ni á presentarse en campaña.

Concluida esta espedicion encargó á los caballeros de Santiago la conquista de Montiel y de los pueblos de su campo ocupados todavía por el enemigo con el auxilio de los moros cor-

dobeses. Don Pedro Gonzalez, maestre de Santiago, juntó los escuadrones de la órden, y concluyó la empresa rindiendo á Montiel en pocos dias.

Asegurada así la frontera de Sierra Morena, pasó el rey don Fernando á Andalucía á continuar su conquista. En esta campaña solo pudo apoderarse de Úbeda, plaza importante, cercana al Guadalquivir, porque estando en el cerco de ella tuvo noticia de la muerte de su esposa, que falleció en Toro, y se volvió á Castilla rendida la ciudad.

Don Sancho de Portugal hizo entrada en el Algarbe, y tomó las plazas de Aljustriel y Mértola, en cuyas conquistas se señaló mucho don Pelayo Perez Correa, comendador del órden de Santiago en Portugal, tan célebre despues por sus hazañas en el cerco de Sevilla.

Conquista de Íbiza (1235). Fernando de Castilla, ocupado en visitar las provincias de su reino para restablecer en ellas el régimen civil y la justicia, estragados por las guerras anteriores, no pasó este año á Andalucía. Sus lugartenientes hicieron entrada desde Andujar en el territorio de Córdoba, é hicieron gran botin y cogieron muchos prisioneros.

La conquista en el reino de Valencia se suspendió este año por dos motivos: el primero fue una disputa feudal entre el rey don Jaime y don Nuño Sanchez, conde de Rosellon, acerca de la posesion de algunos lugares; disputa que se terminó por juicio de árbitros, aunque se

temió que degenerase en guerra civil. El segundo fué que las armas aragonesas se emplearon en la conquista de la isla de Íbiza, de la cual recibian los moros valencianos socorros de hombres y víveres. Concurrieron á esta espedicion el mismo conde de Rosellon, ya reconciliado con el rey, don Pedro de Portugal, señor de Mallorca, y otros muchos caballeros. La capital de la isla despues de alguna resistencia se rindió á los cristianos, cuyo ejemplo siguieron las demas poblaciones de la isla.

Conquista de Córdoba (1236). En la entrada que hicieron los cristianos en el territorio de Córdoba el año anterior supieron de algunos prisioneros que tanto esta ciudad como su arrabal que mira al reino de Jaen estaban guardados con mucha negligencia y mal defendidos. Los moros cautivos aseguraron que si se les daba libertad podrian favorecer dentro del arrabal cualquier empresa que los castellanos formáran, principalmente si era contra el arrabal, menos fortificado y guarnecido que el cuerpo de la plaza. El capitan cristiano que mandaba en Andujar, llamado Domingo Muñoz, por sobrenombre el Adalid, dió libertad á aquellos moros, les hizo varios regalos, y los prometió mayores sí, llegado el caso, favorecian algun movimiento contra Córdoba.

Resuelto á tentar la fortuna, pidió alguna gente á los comandantes cercanos Pedro Ruiz Tafur, que vino con toda la suya á auxiliarle, Martin Ruiz, don Pedro Ruiz y don Alvaro

Perez de Castro. Muñoz salió con sus soldados la noche del 8 de enero, muy lluviosa, y por tanto muy acomodada para la sorpresa, y llegando al pie de las murallas del arrabal, tuvieron que empalmar las escalas de fuste que llevaban porque eran cortas. Eligiéronse para subir los primeros aquellos soldados que entendiesen mejor la lengua árabe, y que á prevencion iban vestidos á la mahometana.

Subieron delante de los demas Alvaro Colodro y Benito de Baños; y empezando á caminar por la muralla, hallaron en una torre cuatro centinelas, uno de los cuales era de los cautivos á quienes Muñoz habia dado libertad. Preguntaron los moros qué gente venia. Colodro respondió que la sobrevela. El moro, que habia sido de los cautivos, le apretó la mano al pasar, le dijo lo que habia de hacer, se echaron sobre los otros tres centinelas, les taparon las bocas, y los arrojaron de la muralla abajo, donde los cristianos los acabaron.

Continuaron los que habian subido ocupando otras torres. Cerca de amanecer llegaron á la puerta de Martos, se hicieron dueños de ella matando la guardia, dieron entrada á Pedro Ruiz Tafur que venia con el resto de la gente de á pie y la caballería. Acometieron despues á las casas, y comenzaron á degollar á los habitantes, que despavoridos se retiraron á la ciudad con lo que pudieron recoger de sus bienes, aunque muchos fueron muertos por los cristianos al atravesar el arrabal.

La ciudad se puso en armas. Los moros hicieron una vigorosa salida á favor de los dardos y saetas que disparaban desde el adarve. Tres veces retiraron á los cristianos hasta los muros del arrabal, y tres veces recobraron estos el terreno perdido, hasta que al fin quedaron dueños de su conquista: y para mas asegurarla cerraron todas las calles menos la que iba derecha á la puerta de la ciudad.

Dieron inmediatamente aviso no solo á don Alvaro Perez de Castro, que mandaba el ejército en aquella frontera, sino al mismo rey, que estaba entónces en Benavente, del logro de aquella empresa atrevida, y de la necesidad de socorrer á tan valientes soldados, que no podrian sostenerse largo tiempo contra las fuerzas superiores de los musulmanes. Don Alvaro Perez, que se hallaba en Martos, acudió inmediatamente con todas sus fuerzas y ocupó el arrabal.

Esto dió espera á que llegase el rey Fernando. Estaba comiendo cuando recibió la noticia: y tomado un corto alimento, montó á caballo y se puso en camino con 30 caballeros que le acompañaban, dando órden á todos los hijosdalgo, concejos, ricos hombres y maestres de las órdenes militares que le siguiesen con sus armas. El rey marchó por el camino mas corto: esto es, por Ciudad-Rodrigo, Alcántara, Medellin, Magacela, Bienquerencia y Dos hermanas: y dejando á Córdoba á mano derecha, asentó en el puente de Alcolea su campo, que ya era nume-

roso, porque la pequeña comitiva con que salió de Benavente se habia aumentado en el camino con todos los hombres que habia en los pueblos del tránsito capaces de tomar las armas. Los caminos estaban casi intransitables por las lluvias y por las avenidas de los rios: pero estos obstáculos, que no impidieron la marcha del rey, los venció fácilmente el ardor de los castellanos y leoneses y la esperanza de apoderarse de Córdoba. Así que empezó á reforzarse el ejército del rey, y las mesnadas de los ricos hombres, de los concejos y de las órdenes militares concurrieron en gran número sobre el Guadalquivir.

Entretanto Aben Hud, rey de Sevilla, avisado del peligro que corrian los cordobeses, juntó su ejército en Écija, y tenia dispuesto acometer al rey de Castilla, obligarle á retirarse, y recobrar el arrabal: pero escarmentado de las derrotas de Mérida y Jerez que pocos años antes habian recibido los musulmanes, quiso saber si era cierto lo que los cordobeses le enviaban á decir, á saber, que el rey de Castilla habia venido con muy poca gente.

Hallábase en su córte don Lorenzo Suarez, caballero de Galicia, desnaturalizado de ella por haber seguido el partido de las infantas de Leon despues de la muerte de Alonso IX. Este habia hecho á Aben Hud grandes servicios en sus guerras contra otros caudillos musulmanes, y fue elegido para reconocer el campo castellano. Suarez, que deseaba conseguir la gracia de su rey, se vió con él, le indicó las disposiciones

que habia de tomar para que su ejército aparentase ser mas fuerte y numeroso de lo que era, y volvió á Aben Hud, á quien exageró las fuerzas castellanas, añadiendo que enviase á reconocerlas si queria ver confirmado su testimonio por otros informes.

Hallándose el rey de Sevilla en esta incertidumbre, recibió cartas de Zaen, rey de Valencia, pidiéndole auxilio contra los aragoneses que amenazaban ya la capital de aquel reino. En efecto don Jaime, habiéndose puesto en campaña con lucido ejército, habia reedificado y fortalecido el castillo de Enesa ó del Puche, situado á dos leguas de Valencia, que los moros habian diruidó porque no cayese en poder de los aragoneses. Pero el rey don Jaime, conociendo su importancia y lo útil que le era para el sitio que meditaba de la capital, puso en él muy buena gente de guerra que hacia graves daños en toda la Huerta.

Aben Hud, confiado en la fortaleza de Córdoba, y alegre de tener un pretesto honroso para no medir sus armas con el rey Fernando, resolvió pasar con su ejército en socorro del rey Zaen. Dirigióse, pues, á Almería con el intento de embarcarse en este puerto, y pasar por mar á Valencia.

Aben Ramin, gobernador de Almería, y muy amado de Aben Hud, le recibió con gran magnificencia, le dió un suntuoso banquete, le convidó al baño, y le mandó ahogar en él por sus emisarios, sin que sea conocida la causa de

esta traicion. Con la muerte de Aben Hud se disipó todo su ejército.

El rey de Castilla, que ya habia reunido un número considerable de tropas, bloqueó á Córdoba estrechamente de modo que por ninguna parte pudiesen entrarle víveres: y esta ciudad, cabeza otro tiempo de la monarquía mahometana en España, se entregó por capitulacion, saliendo libres las personas con solo lo que pudiesen llevar. Esta conquista colmó de alegría toda la España cristiana no solo por su importancia, sino tambien por ser el anuncio de victorias mas grandes.

La muerte de Aben Hud disolvió el imperio de los moros en Andalucía. Aben Hudiel, valí de Murcia, se coronó por rey en aquella provincia. Mahomat Alhamar, alcaide de Arjona, se apoderó de Guadix, Baza, Huescar, Jaen, Granada y Málaga, y fundó el reino de Granada, último que poseyeron los mahometanos en España. Los de Sevilla no quisieron tener rey, sino eligieron por valí á un capitan llamado Tafar. Los de Niebla y el Algarbe eligieron por rey á Abdalá Aben Jucef. Sancho de Portugal, favorecido por las disensiones y turbulencias de los moros, los arrojó de los pueblos que aún ocupaban en el distrito de Portalegre y les quitó la plaza de Arronches.

Despues de concluida la campaña de Andalucía pasó el rey Fernando á Toledo, y desde allí á Palencia. Sucedió que á la sazon el obispo de aquella ciudad seguia causa de fé á algunos

albigenses que se habian introducido en España, y habiendo sido condenados á muerte de fuego, el mismo rey llevó sobre sus hombros un haccecillo de leña para la hoguera. Esta accion, en que quiso mostrar su celo religioso, ha sido harto alabada por los escritores españoles, y á la verdad sin razon: así como vituperada escesivamente por los modernos que han escrito en siglos y paises de mas tolerancia, y tambien sin razon.

El castigo de los hereges como criminales de estado era un principio de legislacion política en aquellos siglos por las razones tantas veces espuestas en el curso de esta historia. Todo hombre que habiendo nacido en el cristianismo se ponia fuera de él, se colocaba por este hecho fuera de la ley, y quedaba proscrito. En España mas que en otras partes era natural la identificacion del principio religioso con el político: porque las naciones cristianas de ella no debian su existencia como estados sino á su celo por el cristianismo y al ódio contra los mahometanos. Es fácil, pues, de concebir el horror universal que escitaria la doctrina de los albigenses que pugnaba directamente contra la organizacion política y social de los pueblos. Fernando, participando de este ódio, cedia al espíritu del siglo en que vivió; y en el cual pareció un acto sublime de religion la indecencia de que el rey mismo se asociase á las funciones del verdugo. Nuestras ideas y sentimientos en el siglo XIX condenan aquella accion: pero si hemos de juz-

garla con imparcialidad, forzoso es que nos coloquemos en el siglo y en el teatro que sucedió: porque en todos tiempos han sido crueles los pueblos y los gobiernos con los hombres que han conspirado contra su existencia política y social. Fernando, tan intolerante con los que apostataban de la religion y trataban de derrocarla formando prosélitos y provocando la guerra civil en España como habian hecho en Francia, tenia suma benignidad con los musulmanes que vencia, y les cumplia fielmente las palabras que les daba: y así muchas veces le tomaron por árbitro en sus diferencias los mismos reyes moros sus enemigos: tan grande era la idea que tenian de su rectitud.

Batalla del Puche (1237). Fernando de Castilla pasó este año á segundas nupcias con Juana de Ponthieu, princesa de la sangre real de Francia. El recibimiento de la nueva esposa y los cuidados del gobierno interior le impidieron hacer entrada en Andalucía, donde por otra parte se hallaban los ejércitos muy menesterosos de provisiones, como debia suceder en fronteras desoladas por guerras tan contínuas: y así una de las principales solicitudes del rey era proveer las tropas de dinero y municiones, para lo cual era necesaria su permanencia en Castilla. Don Sancho de Portugal estuvo tambien ocupado este año y el siguiente en apaciguar las disensiones interiores que producian los ataques contra la inmunidad eclesiástica dados por los señores seculares.

Don Jaime de Aragon reunia medios y fuerzas para sitiar la ciudad de Valencia, empresa de inmensos preparativos en aquella época, que requeria un ejército numeroso y gastos á que no alcanzaban las rentas ordinarias de su fisco. El rey moro Zaen, para librarse del padrastro que se habia levantado contra su capital en el castillo del Puche, resolvió tomarlo á toda costa, y salió de Valencia al frente de 40000 infantes y 600 caballos.

Don Bernardo Guillen de Entenza, guerrero hábil y esforzado, era gobernador del castillo. Viendo tan lejanos los socorros, y que el Puche no podria resistir largo tiempo el asedio por la falta de víveres, tomó una resolucion de las mas atrevidas que refieren los anales de la milicia; y fue salir al opósito de aquella muchedumbre con sola su guarnicion, que constaba de 2000 infantes y 200 caballos. Fundábase su esperanza en la superioridad de los aragoneses y catalanes en el valor y manejo de las armas, señaladamente contra una multitud indisciplinada, cuya profesion habitual era el cultivo de la Huerta. Ademas el espíritu religioso centuplicaba las fuerzas de los cristianos, que invocando á San Jorge, patron de Aragon, y á la Vírgen María se creían invencibles.

Trabóse la batalla: dos veces fueron los cristianos rechazados: dos veces volvieron á la carga; Entenza peleó aquel dia como el menor de sus soldados. Don Guillen de Aguilon, uno de sus capitanes, arremetió al centro de los enemigos. Los

moros que estaban en la retaguardia, puestos en ella quizá por ser los menos valientes, fueron los primeros que huyeron, aun sin haber entrado en batalla, y esta circunstancia dió orígen á la voz de que San Jorge, peleando á favor de sus aragoneses, los habia ahuyentado. Los cristianos siguieron el alcance hasta el rio Seco, que está entre Hoyos y la ciudad de Valencia. Murieron de los mahometanos 10000, y de los aragoneses, si se ha de dar crédito á sus historiadores, solos tres.

El rey don Jaime acudia ya en socorro del castillo cuando recibió la noticia de esta grande y portentosa victoria: y así reforzando la guarnicion y abasteciendo la fortaleza de víveres, se volvió á Tortosa, no sin correr grandes riesgos por las celadas de moros que habia en el camino: pero á pesar de verlas en número superior á la pequeña aunque valerosa comitiva que llevaba, nunca quiso volverse atrás, y á los caballeros que se lo aconsejaban, respondia: *Yo no sé huir: haga Dios de mí lo que fuere su voluntad.* El valiente don Bernardo de Entenza falleció poco despues, y el rey encargó el mando del castillo del Puche á don Berenguer de Entenza.

Conquista de la ciudad de Valencia: sitio de Martos por los moros (1238). La posicion de los defensores del Puche era siempre crítica, y contínuos sus afanes y peligros, colocados en medio de un pais enemigo y con los socorros tan lejanos. Sabedor el rey del disgusto, que se aumentaba cada dia entre aquellos valientes caba-

lleros, vino al castillo, y les juró que no pasaria de Teruel hasta haber rendido á Valencia, ni los abandonaria en ningun trance. Cumplió su palabra, y activando los preparativos del sitio, y reuniendo cuanta gente pudo de sus estados y de Francia, donde se habia predicado una cruzada para esta guerra, se movió con su ejército hácia el Guadalaviar.

Favoreció mucho la empresa que los habitantes mas ricos de muchos pueblos de moros previendo el éxito de la campaña, se convinieron secretamente con él en ayudarle á ocupar las villas donde moraban si les prometia conservarles sus propiedades y el ejercicio de su culto. El rey lo concedió, y envió gente que con el auxilio de aquellos moros se apoderaron de Almenara, Nules, Uxo, Castro, Alfandec, Betera y Bulla: lo que facilitó en gran manera la marcha del ejército.

Puesto sobre Valencia, pasó don Jaime el Guadalaviar, se apoderó de Rusafa, estableció en esta villa su real, cercó la plaza, y empezó á batirla por aquella parte mas lejana de las puertas. Los moros fueron rechazados en todas las salidas que hicieron. Su rey Zaen no esperaba nada de los moros de Andalucía, harto ocupados con los castellanos: pero el rey de Túnez le habia ofrecido enviar en su socorro una fuerte armada con provisiones y tropas de desembarco.

Presentóse en efecto la armada tunecina en las playas de Valencia: pero solo á mostrar la impotencia de socorrer la plaza. Viendo los rea-

les cristianos tan bien fortificados que era imposible acometerlos sin peligro seguro de perderse, el almirante moro resolvió llamar la atencion de los cristianos hacia otros puntos de la costa. Pero todos estaban muy prevenidos. Solo junto á Peñíscola se determinó á desembarcar alguna gente, que se volvió al mar apenas salieron contra ella don Fernando Perez de Piña y don Fernando Ahones que guardaban aquella parte de la playa. En esto salió de la ria de Tortosa la armada del rey en número de 20 velas para conducir víveres á los cuarteles del sitio. Los tunecinos, apenas lo supieron, se hicieron al mar temiendo el combate, y se volvieron á Tunez sin haber hecho efecto alguno.

Zaen, desauciado de toda esperanza de conservar su capital, hubo de rendirla á las condiciones siguientes: el rey moro y cuantos quisiesen irse con él evacuarian la ciudad en el término de 20 dias llevándose los bienes que pudiesen. Los que se quedasen se compondrian con los señores á quienes tocasen en repartimiento sus heredades. Zaen entregaria todos los castillos y fortalezas que habia desde el Guadalaviar al Júcar. Se harian treguas por ocho años, en los cuales se abstendrian los aragoneses de cometer hostilidades contra Cullera ó contra Denia.

Así volvió al poder de los cristianos la nobilísima ciudad de Valencia, ganada por el esfuerzo del Cid dos siglos antes: pero que entónces era mas dificil de conservar por estar muy

avanzada con respecto á las fronteras cristianas. Su pérdida y la de Córdoba parecieron á los mahometanos de España el último de los infortunios: pero aún les amenazaban otros mayores.

Entretanto una muger heróica se coronaba de gloria en Andalucía. Alvar Perez de Castro, adelantado de la frontera, hizo entrada, rindió los castillos de Lucobin y de Susana, sitos en territorio de Jaen, y los desmanteló: pero teniendo necesidad su ejército de nuevos socorros, pasó á Castilla á solicitarlos del rey don Fernando, dejando en Martos á su muger con 50 caballeros de su mesnada, y confiando á su sobrino don Tello el mando interino de las tropas.

Supo Alhamar, rey de Granada, la ausencia del conde don Alvaro; y deseando vengarse de las correrías que el castellano hacia frecuentemente en el territorio del Genil, juntó con secreto y diligencia toda la milicia de su reino, y poniéndose en marcha con rapidez, se presentó delante de Martos, plaza que era la llave de aquella frontera, pero indefensa á la sazon, porque don Tello habia salido á recorrer la línea, con los 50 caballeros ya mencionados.

La condesa no se atemorizó con un peligro tan inminente. Para evitar el ataque inmediato de los enemigos, que hubiera sido irresistible, mandó á sus damas y criados, que suelto el cabello, como entónces le traian los hombres, se asomasen varias veces y en grandes corrillos por las almenas; lo que hizo creer á los moros que habia gente que lo defendiese, y los obligó á

preparar el asalto en toda forma. Al mismo tiempo envió un espía á don Tello avisándole el peligro que corria la plaza.

Don Tello acudió con los suyos: pero los moros cerraban el tránsito al castillo. Don Diego Perez de Vargas Machuca, caballero muy esforzado, fue de dictamen de abrirse paso ó morir. Resolviéronse todos á ello, y formando un escuadron muy apiñado, dieron sobre los moros, y destruyendo cuanto se les oponia, pasaron al castillo. Alhamar, vista una resolucion tan temeraria, perdió la esperanza de lograr su empresa y se retiró.

Este año se terminaron en Portugal las disputas sobre las inmunidades : porque el rey don Sancho cedió, como era necesario en aquellos siglos, á las exigencias de Roma. Pero los señores y caballeros quedaron disgustados, y tomando por pretesto el favor que tenia con el rey su ministro Martin Gil de Soberasa, empezaron á formar coligaciones contra don Sancho.

Don Teobaldo, rey de Navarra, despues de haber recibido de los reyes de Castilla y Aragon la seguridad de que su reino no seria atacado durante su ausencia, pasó á Francia á ponerse al frente de un cuerpo de cruzados para la conquista de Tierra santa. En ella hizo acciones tan heróicas como inútiles, y visitados los santos lugares, volvió á Navarra en 1242; sin que durante su espedicion á Palestina hubiese ocurrido en este reino, que gozaba entónces de profunda paz, la menor novedad digna de referirse.

Combate de Chio: conquista de Ayamonte (1239). La tregua entre los aragoneses y Zaen, rey de Valencia, no se guardó. Habiendo pasado don Jaime de Aragon á Mompeller con el objeto de sosegar los habitantes de aquella ciudad y territorio que ardian en bandos, don Guillen de Aguilon, con parte de la gente que habia quedado de guarnicion en Valencia, hizo entrada en tierra de moros, ocupó varios pueblos y castillos, y puso sitio al de Chio. Los moros que le guarnecian, que eran muchos y valientes, salieron á pelear contra los cristianos, y fueron dos veces rechazados y vencidos con gran mortandad.

Cuando don Jaime volvió á Valencia, sosegadas las cosas de sus estados de Francia, aparentó querer dar satisfaccion á los moros, y aún mandó que se restituyesen los cautivos hechos por la infraccion de la tregua; pero poco despues entró él mismo en el val de Bairen, é intimó á los alcaides moros de aquel territorio que le entregasen sus castillos. Zaen tuvo una entrevista con el rey de Aragon por ver si podia entablar nuevas negociaciones de paz ó de tregua; mas nada consiguió.

En la guerra de Andalucía se adelantó muy poco este año por la muerte del adelantado Alvar Perez de Castro y de don Lope de Haro, gobernador de Baeza: lo que obligó al rey don Fernando á presentarse en la frontera, donde permaneció tres meses para dejarla bien provista y fortificada. No hubo ninguna espedicion

que de contar sea sino la restauracion de Cazorla, que habia vuelto á poder de los moros. Desde ella hacian graves daños en las tierras de Quesada y demas poblaciones de la frontera cristiana. El arzobispo de Toledo alistó á su costa un cuerpo de buenas tropas, y auxiliado por las que le dió el rey puso sitio á Cazorla, y la rindió.

Don Diego de Haro, hijo de don Lope, pidió al rey que le concediese las tenencias y honores de su padre, lo que le fue negado. Descontento por esta causa, pasó á la Rioja, donde tenia gran parte de sus estados, alistó gente, y empezó á hacer daño en las tierras de los vasallos de la corona. Don Fernando pasó á aquella provincia con tropas, rindió á Brione y otros lugares, y desmanteló sus fortalezas sin oposicion alguna; porque el de Haro, no atreviéndose á esperarle, se habia refugiado en las montañas de Guipúzcoa.

El rey se volvió á Burgos, dejando el gobierno de las tropas á su hijo mayor el infante don Alonso; el cual persuadió á don Diego que por su mediacion volviese al servicio de su padre. Hízolo asi, pero arrepentido despues, sin que se sepa el motivo, abandonó la córte, que estaba entonces en Oviedo, y huyó á las provincias vascongadas. Siguióle el príncipe don Alonso, y le cercó en Balmaseda tan estrechamente que le obligó á venir á implorar la clemencia del rey. Don Fernando le perdonó, le restituyó sus honores, y añadió á ellos la tenencia de Alcaraz.

Don Sancho de Portugal habia dado á la órden de Santiago las plazas de Mértola y de Alfajar de Pena para que en ellas se hiciese frontera contra los moros. El célebre don Pelayo Correa, despues de haberlas fortificado muy bien, acometió á Cacela y á Ayamonte, y las rindió con tropas auxiliares de mar y tierra que le envió don Sancho. Con la conquista de esta última plaza quedó libre de moros todo el curso del Guadiana desde su origen hasta su desembocadura.

Conquista de Ecija, Zafra y Villena (1240). El rey de Castilla pasó á Andalucía con ejército numeroso. Los pueblos cercanos á Córdoba, incapaces de resistir á fuerzas tan considerables, se reconocieron por vasallos suyos; y los castellanos ocuparon, en virtud de este convenio, casi todas las plazas de lo que hoy se llama reino de Córdoba, la ciudad de Ecija, importante por su cercanía á la confluencia del Genil y del Guadalquivir, y las villas de Estepa, Almodovar y Sietefilla.

Asegurado en estas conquistas entró en campaña contra los moros de Sierra Morena para darse la mano con sus dominios de Estremadura, y rindió á Santaella, Moratilla, Hornachuelos, Mirabel, Fuente Remiel, Zafra, Aguilar, Baena y Cazalla; mientras otro cuerpo penetraba en la tierra llana del reino de Sevilla y conquistaba á Porcuna, Marchena, Moron, y otros lugares. A Moron lo rindió un capitan llamado Melendo Rodriguez Gallinato, ocu-

pando una torre que habia en las viñas del pueblo, desde la cual hizo tanto daño á los habitantes que los obligó á entregarse.

En el reino de Valencia los caballeros del órden de san Juan se apoderaron de Cullera; y el rey don Jaime ocupó los castillos de Bairen, Villalonga, Borro, Villola y Palma, que Zaen, retirado en Denia, no pudo socorrer. El infante don Fernando, tio del rey, con la gente de Calatrava y las mesnadas de otros señores puso cerco á Villena; pero los moros de la plaza hicieron una vigorosa salida, obligaron á los cristianos á levantar el sitio con grave pérdida, y pusieron fuego á las máquinas. El comendador de Alcañiz, sabiendo esta derrota, juntó tropas y acometió de nuevo á Villena. Púsola en tanto estrecho que la obligó á rendirse. No fueron tan afortunados don Pedro de Alcalá y otros caballeros que hicieron entrada en tierra de Játiva: la guarnicion de esta plaza salió contra ellos, los derrotó matándoles alguna gente, y haciendo prisioneros á don Pedro y á otros cinco capitanes de cuenta.

Conquista de Llerena: batalla de Paderna (1241). El rey don Jaime se puso sobre Játiva con el pretesto de recobrar los caballeros cautivos, amenazando tomar satisfaccion de todos los agravios que se les hubiesen hecho. En vano el alcaide reclamó la fé de los tratados é hizo ver la injusticia con que la plaza habia sido acometida por don Pedro de Alcalá quebrantando las treguas juradas. El rey estaba resuel-

to á posponer la palabra y sus juramentos á la probabilidad de ensanchar su dominacion. El alcaide no pudo salvar á Játiva sino entregando á Castellon, y reconociéndose por feudatario y teniente del rey de Aragon en el mando de aquella fortaleza.

El rey de Castilla pasó á Córdoba á poner órden y fortificar sus nuevas conquistas antes de emprender otras nuevas; pero don Sancho, obispo de Coria, con las tropas de la órden de Calatrava y las de una cruzada que predicó con permiso de Roma, pasó el Guadiana, y arrojó á los moros de la parte de Estremadura comprendida entre este rio y la Sierra Morena, apoderándose de Llerena, Zalamea y demas pueblos de aquella comarca.

En Portugal se concedió tambien cruzada contra los mahometanos: el rey don Sancho confió el mando de las tropas á don Pelayo Correa, que se apoderó de Estombar y de Albor, y puso sitio á Paderna. Los alcaides moros de Faro, Tavira y Loulé juntaron sus fuerzas y marcharon en socorro de la plaza cercada. Don Pelayo Correa les salió al encuentro, y se trabó una batalla sangrienta en que los mahometanos fueron vencidos y ahuyentados del campo; pero habiéndoles llegado un refuerzo considerable cobraron ánimo, y se dispusieron á pelear con el enemigo al dia siguiente.

En efecto, apenas amaneció se volvió á la batalla con redoblado ardor. El combate duró todo el dia, hasta que la noche y el cansancio

le dieron fin, sin reconocerse ventaja por ninguna parte. El mismo cansancio obligó tanto á los moros como á los cristianos á firmar treguas por algunos meses y á recogerse á sus fortalezas.

Batallas de Tavira y de Silves, y conquista de estas plazas (1242). La tregua del Algarbe fue tan mal observada como la de Valencia: pero en esta ocasion no fueron los cristianos los que la rompieron, sino los moros. Algunos caballeros de la órden de Santiago, fiados en el convenio, salieron á divertirse cazando en las Andas, parage cercano á Tavira. No eran mas que siete con algunos criados, y los moros, creyendo oportuna aquella ocasion de vengarse, agavillados en gran número, los acometieron. Los caballeros, hallándose en trance tan peligroso, enviaron un criado á don Pelayo Correa dándole noticia del suceso, y se atrincheraron lo mejor que ser pudo. Un mercader portugues llamado Simon Rodriguez, que al favor de la tregua comerciaba con los moros, y que pasaba entonces de Faro á Tavira, viendo el combate desigual, se unió á los guerreros de su patria abandonando todas las riquezas que llevaba consigo.

Don Pelayo marchó inmediatamente en socorro de los suyos, y por llegar mas pronto asaltó la ciudad de Tavira, atravesó por medio de ella, abandonándola aunque era una plaza importante, y llegó al lugar del combate, donde halló á los caballeros y al mercader tan mal

heridos, que ya no era tiempo de socorrerlos, sino de vengarlos. Don Pelayo y los suyos acometieron con increible furia, é hicieron gran destrozo en los moros. Estos iban á refugiarse en Tavira; pero el alcaide de esta plaza temió que detras de éllos entrasen los cristianos, y les cerró las puertas, de modo que muy pocos escaparon de las lanzas portuguesas.

Habiéndose abierto un postigo de la plaza para dar entrada á algunos moros que imploraban asilo contra la ira de los portugueses, arremetió por él don Pelayo con tanto ímpetu que consiguió entrar con los suyos en la plaza y hacerse dueño de ella. Conseguido este triunfo, marchó á Paderna, que era siempre el principal blanco de sus deseos; pero sabiendo que Aben Afan, valí de Silves, marchaba sobre Estombar á sorprender un destacamento de caballeros de Santiago que alli habia, revolvió sobre Silves con suma presteza, y se apoderó de las puertas de la ciudad.

El valí se volvió del camino á defenderla; y al pie de sus muros se travó un sangriento combate, en que los moros llevaron lo peor. Los de la plaza salieron á socorrerlos, y se embraveció mas la pelea. Pero habiendo quedado las puertas de la ciudad abiertas, entraron peleando unos y otros en ella, continuando en sus plazas y calles la batalla que habia comenzado en el campo. Al fin la victoria y la plaza quedaron por los portugueses. Aben Áfan huyó, y al vadear el rio pereció ahogado.

Aseguradas estas dos importantes conquistas, volvió don Pelayo Correa al sitio de Paderna, que se le entregó á los pocos dias. La fama de sus hazañas volaba ya por toda la cristiandad: y habiendo muerto el maestre de Santiago don Rodrigo Iñiguez, los caballeros de esta órden eligieron en su lugar á don Pelayo. Con este motivo pasó al servicio de Castilla, en cuyo reino debia tener su residencia el maestre, y donde le esperaban nuevos riesgos y nuevos laureles.

Don Jaime de Aragon empleó esta campaña en apoderarse de algunos pueblos ocupados todavía por los moros en las montañas que separan á Aragon del reino de Valencia. Aquellos mahometanos, sin esperanza de socorro, por estar tan lejanos de los dominios que aun quedaban á Zaen, se entregaron bajo condicion de que se les conservasen sus haciendas y se les permitiese vivir en su religion. Los pueblos principales que entonces se rindieron al rey fueron Astana, Eslida, Beo, Ahin, Pelmes y Cuera.

Adquisicion de Murcia: sitio de Játiva (1243). Entretanto don Rodrigo Lizana, gobernador de Valencia, hizo entrada en el territorio de Játiva, aunque su alcaide la tenia por el rey de Aragon y era vasallo y feudatario suyo. Llamábase Mahomat, y era hombre de gran prudencia y valor. Salió al encuentro á los de Lizana, los derrotó y les quitó la presa que llevaban.

El rey don Jaime se valió de este pretesto para sitiar la fortaleza de Játiva, que deseaba tener por suya justa ó injustamente. El alcaide, que tenia la razon de su parte, hubo de recurrir á las armas para defender su propiedad; y la defendió tan bien que el sitio duró todo el año y parte del siguiente, y sin la perseverancia de don Jaime no se hubiera rendido la plaza.

El rey de Aragon, habiendo dejado á sus lugartenientes el cuidado del cerco de Játiva, pasó á Daroca, donde celebró córtes de los aragoneses. En ellas trató de dividir sus reinos dando á su hijo primogénito, habido en doña Leonor de Castilla, su primera muger, el reino de Aragon; y á don Pedro, su segundo hijo y de doña Violante de Ungría, su esposa actual, el principado de Cataluña, estableciendo por límite entre ambos estados el curso del Segre. Esta resolucion impolítica, y originada de doña Violante, que queria ver reinar á su hijo, dividió el reino en bandos. Los que amaban la patria y la justicia, estuvieron por don Alonso: los mas asistentes á la córte, donde dominaba la reina, por don Pedro. Los catalanes se quejaban de que se separase de su principado el pais comprendido entre el Segre y el Cinca. Estas tempestades, que el mismo don Jaime concitó, perturbaron gran parte de su reinado feliz y glorioso hasta entonces, si hay gloria y felicidad sin justicia.

Entretanto el rey de Castilla hacia una ad-

quisicion de las mas importantes. Aben Alhamar, rey de Granada, deseando poner término á los progresos de los castellanos en Andalucía, exortó por sus embajadores á Aben Hudiel, rey de Murcia, para que se uniese con él contra los cristianos. Aben Hudiel le respondió: "mas fácil es á Fernando conquistar mi reino que á ti socorrerme." Irritado el granadino con esta respuesta, movió sus armas contra el de Murcia, que recurrió al arbitrio propio de los pueblos débiles, y se puso bajo la proteccion y vasallage de Castilla.

Don Fernando estaba á la sazon enfermo, y envió con tropas al príncipe don Alonso, acompañado del nuevo maestre de Santiago, á tomar posesion de las fortalezas del reino de Murcia. La capital se le entregó; pero los alcaides de Mula, Cartagena y Lorca no quisieron rendirse. A Aben Hudiel y á los principales moros del pais se les asignaron rentas con que viviesen. Así acabó la monarquía murciana, tan célebre con el nombre de Tadmir en los anales musulmanes.

Conquista de Cartagena, Lorca, Arjona y Játiva (1244). Las cosas de Aragon iban empeorando. El rey juntó córtes en Barcelona, y por satisfacer á los catalanes añadió á los dominios que debia heredar su hijo don Pedro el distrito comprendido entre el Cinca y el Segre, lo que disgustó en gran manera á los aragoneses: porque á este distrito pertenecian Ribagorza y Pallars, que fueron conquistadas de los moros

por las armas aragonesas y estaban anejos á la corona de Aragon antes de la reunion de Cataluña.

Los partidos estaban bastante irritados para que pudiera temerse una guerra civil. Sin embargo no la hubo: los prelados y señores mas prudentes representaron á los mas ardidos que estando pendiente todavía el sitio de Játiva seria dar la victoria á los mahometanos si continuaban desunidos, mucho mas cuando existian desavenencias con Castilla originadas de los límites de las conquistas de ambos reinos.

El infante don Alonso de Castilla, que se hallaba entónces en Murcia con un ejército para rendir las plazas de Mula, Cartagena y Lorca (como lo consiguió en esta campaña), favorecia el partido del príncipe don Alonso de Aragon, primo hermano de su padre el rey de Castilla. Allegábase á esto que Mahomat, alcaide de Játiva, no menos político que valiente, le habia prometido sometérsele si le auxiliaba con sus armas. Alonso de Castilla no queria indisponerse con don Jaime: sin embargo, movido de estos dos impulsos, tuvo medios para que se le entregasen los moros de Enguerra; lo que le proporcionaba poner el pie en el reino de Valencia. Don Jaime, en represalias, se apoderó de Bugarra y Caudete que pertenecian á la conquista de Castilla. Játiva, viendo que tardaba el socorro de los castellanos, no pudiendo sostenerse por mas tiempo, se entregó á mediados de junio.

Fernando III, apenas supo el estado de las cosas y que era de temer un rompimiento entre ambas coronas, tan contrario á su política, dirigida siempre á la conquista de Andalucía, como á los afectos de su corazon, envió órdenes terminantes á su hijo con instruccion para transigir amigablemente aquella desavenencia. Don Alonso tuvo una entrevista con el rey de Aragon; y se convinieron en que los castellanos entregasen á Enguerra, Muren y otros pueblos que ocupaban en Valencia; y los aragoneses á Villena, Sax, Bugarra y Caudete; señalándose por límites de ambas conquistas los que hoy dividen á los reinos de Murcia y Valencia.

Poco despues los mahometanos de Biar fingieron querer entregarse al rey don Jaime si les enviaba gente: ardid repetido de los moros cuando querian hacer mal á sus enemigos. En efecto, un cuerpo aragones que marchó á apoderarse de la fortaleza fue muy maltratado. El rey, enojado con aquella alevosía, juntó su ejército, aunque era ya entrado el invierno, y puso cerco á Biar, que se defendió con valor hasta el año siguiente.

La campaña de Andalucía, que dirigió el rey de Castilla en persona, fue tan gloriosa como dificil. Aben Alhamar, rey de Granada, la comenzó acometiendo á Martos. Algunos caballeros de Calatrava que la defendian, le salieron al encuentro; pero fueron derrotados, y muertos el gefe y algunos de éllos; se encerraron los demas en la plaza para defenderla.

El rey Fernando, apenas supo este revés, pasó la Sierra Morena con harto peligro; porque no llevaba consigo mas que 200 caballeros, y andaban por las cercanías numerosas partidas de mahometanos. Reunióse en Andujar con las tropas que le traian su hermano don Alonso de Molina y don Nuño Gonzalez de Lara. Púsose al frente de ellas, dió la tala á los territorios de Arjona y de Jaen; y encargó al de Lara que pusiese sitio á la primera de aquellas dos plazas, entonces muy fuerte é importante. Comenzadas las operaciones del cerco, y viendo la resistencia de los moros, llegó el rey con su ejército á los cuarteles de Lara; y los defensores de Arjona, conociendo que era inútil la resistencia contra fuerzas tan superiores, rindieron la plaza haciendo una capitulacion honrosa.

Conquistada Arjona, se apoderó el rey sucesivamente de Castiella, Pegalajar, Montijar, Cartejar y otros lugares de la comarca. Tomó cuarteles de verano en Córdoba; y por el otoño se le reunieron los concejos de Ubeda, Baeza y Quesada, ya bastante poblados de cristianos para enviar sus mesnadas y pendones al ejército.

Marchó el rey con todas sus fuerzas á Granada, y puso cerco á esta ciudad. Los moros de ella fueron rechazados en una salida que hicieron. Ni fueron mas felices las tropas que envió Aben Alhamar contra Martos para obligar á los castellanos á evacuar el territorio de

Granada. Aquellas tropas fueron derrotadas por los caballeros de Calatrava, que mas cautos esta vez se reforzaron con la gente armada de la frontera. Don Fernando, contento con haber insultado la capital de su enemigo, y conociendo que no tenia los medios necesarios para apoderarse de una ciudad tan fuerte y poblada, levantó el sitio y se retiró con su ejército á Córdoba, donde pasó el invierno; siendo esta la primera vez que un rey de la España cristiana establecia su córte en una ciudad de Andalucía. El objeto de Fernando III era hacer los preparativos para el sitio de Jaen, dos veces emprendido antes y malogrado.

Sitio de Jaen: conquista de Denia y Gandía: revolucion de Portugal (1245). Apenas comenzó la primavera, hizo el rey de Castilla entrada en las tierras de los mahometanos: tomó por asalto á Alcalá de Benzaide, penetró en la vega de Granada, y la taló á placer, logrando de ella un riquísimo botin, sin que Aben Alhamar se atreviese á salir á campaña: tal era la debilidad de su naciente monarquía.

Entrados los calores se volvió el rey á Córdoba á dar descanso á su gente, y pasó á Castilla llamado por su madre doña Berenguela, que sintiendo cercana su muerte deseaba verle por la última vez. En efecto, aquella escelente reina falleció un año despues. A entradas de otoño volvió don Fernando á Andalucía, se puso al frente de su ejército, marchó contra Jaen y le puso sitio.

Era muy fuerte la ciudad y estaba defendida por numerosa guarnicion, que sufrió graves pérdidas en algunas salidas que hizo: mas no fueron menos considerables las de los cristianos en los asaltos que dieron á la plaza; porque los defensores, no saliendo del recinto de sus murallas, escarmentados en los daños anteriores, peleaban detras de ellas con ventaja muy conocida, y rechazaban todos los ataques. Fernando, no pudiendo tomar á Jaen por fuerza de armas, se resolvió á rendirla por hambre, y permaneció bajo las tiendas todo el invierno.

Entretanto don Jaime de Aragon concluia la conquista del reino de Valencia tomando á Denia, Gandía, Oliva y demas pueblos de la parte meridional abandonados por Zaen, que probablemente se retiró al África con todas sus riquezas. Parecia haber sonado la hora fatal para el mahometismo de España. Ya no quedaba en ella á los moros sino una parte de Andalucía y del Algarbe; y la perseverancia y actividad de Fernando de Castilla les infundia justos temores de perder muy pronto aquellos míseros restos de su antiguo poderío.

Portugal daba entonces un espectáculo único de su especie en España, aunque no raro en otros paises de Europa. El rey don Sancho II se habia hecho odioso á los eclesiásticos atacando sus inmunidades, y á los nobles teniendo un favorito que era el dispensador de todas las gracias. Ademas su carácter era poco firme; y va-

riaba de resoluciones con la misma facilidad que las adoptaba. El disgusto de aquellas dos clases poderosas habia llegado á su colmo.

La guerra civil estalló en todas partes. En Oporto pelearon los bandos de Rodrigo Sanchez, hijo bastardo del rey Sancho I, y del valido Soberosa. El desórden era universal; los delitos frecuentes; la ceguedad y la negligencia del rey y de la córte incurables. Don Pedro de Portugal, señor de Mallorca, solicitó la regencia del reino para restablecer la paz interior; pero al mismo tiempo pedia que se le declarase sucesor á la corona, porque el rey no tenia hijos: y su pretension, aunque apoyada por don Jaime, rey de Aragon, fue desatendida.

Los tres estados del reino, que se hallaban ligados por el juramento de fidelidad, tomaron el acuerdo de enviar al concilio que celebraba entonces en Leon de Francia el papa Inocencio IV al arzobispo de Braga y al obispo de Coimbra, enemigos personales del rey, y á otros nobles descontentos, para que atendido el estado miserable del reino indicase el remedio de tantos males.

El decreto del concilio fue, como era de esperar, contrario al rey don Sancho, á saber: que conservase el título de rey, y que si tuviese hijos le sucediesen; pero que el gobierno del reino se diese al infante don Alonso, hermano de Sancho II, que residia en Francia casado con Matilde, condesa de Boloña. Este príncipe par-

tió á Lisboa y tomó posesion del gobierno aunque con la oposicion de muchos que se conservaron fieles á su desgraciado monarca. Este aumentó su infortunio abandonando los leales que se sacrificaban por él, y pasando á Castilla, con cuyas armas esperaba reconquistar su trono.

Conquista de Jaen: el rey de Granada feudatario de Castilla: principios de la guerra de Sevilla: sitio de Coimbra (1246). Los gobernadores de Obidos, Celorico y Coimbra fueron los que mas descollaron en el partido que se conservó fiel al rey don Sancho de Portugal. El infante don Alonso, nuevo gobernador del reino, puso sitio á Obidos, y despues de mucha resistencia logró apoderarse de esta plaza.

Pero Fernando Rodriguez Pacheco, gobernador de Celorico, y Martin de Freitas, que mandaba en el castillo de Coimbra, inmortalizaron su fidelidad no rindiendo las plazas que les estaban confiadas hasta la muerte del rey. Pacheco resistió á las promesas y á las amenazas del infante, y le obligó con su resistencia á levantar el sitio de Celorico. Freitas sufrió un largo cerco y todos los horrores de la escasez determinado á morir antes que rendirse.

El sitio de Jaen continuaba, y ya tocaba á su término, porque el rey de Granada no pudo lograr ninguna de las tentativas que hizo para introducir víveres en la plaza, y se padecia en ella horrorosa escasez. Aben Alhamar, considerando como inevitable la pérdida de aquella ciudad, y que despues tendria que pelear en la

misma vega de Granada en defensa de su capital con los castellanos victoriosos, consultó con los principales caudillos de su ejército lo que convenia hacer. Todos fueron de opinion que para asegurar su reino debia hacer las paces con Castilla y rendir vasallage á Fernando.

En virtud de este dictámen se entró en negociacion. Aben Alhamar tuvo una entrevista con el rey de Castilla, en la cual se convino que Jaen sería entregada á los castellanos, y que el rey de Granada pagaria 150000 doblas cada año, y asistiria con tropas al de Castilla como vasallo suyo siempre que fuese llamado. Asi se agregó á la corona de Castilla la ciudad y el reino de Jaen y la soberanía del de Granada.

Terminada con tanta felicidad aquella empresa, resolvió Fernando III emplear los grandes recursos militares de que entonces podia disponer en la conquista de la ciudad y reino de Sevilla, el mas rico y poderoso de los que ya quedaban á los mahometanos, no solo por la feracidad del suelo y por la proximidad al Africa, de donde podia recibir socorros, sino tambien porque estando mas lejano del teatro contínuo de la guerra entre moros y cristianos se hallaba mas opulento y entero. Pero estaba casi entregado á sus propias fuerzas, porque la guerra civil continuaba entre los almohades del Almagreb, y ya empezaban á ser poderosos los benimerines, tribu que habitaba la parte oriental de Marruecos, y que habiendo comenzado por ser auxiliar de uno de los partidos de los almohades,

acabó por esterminarlos á todos, y fundar un nuevo imperio y una nueva dinastía en aquella parte del mundo.

Fernando III no ignoroba cuán cortos eran los socorros que pudiese recibir Sevilla de los moros del Almagreb, empeñados en sus disensiones sanguinarias: y asi creyó que el mejor modo de lograr su empresa era acometerla con celeridad antes que el celo de la religion ó el odio al nombre cristiano moviese á los caudillos de las facciones almohades á reunirse entre sí contra su enemigo comun.

Apenas, pues, tomó posesion de Jaen se encaminó al reino de Sevilla con todo su egército, acompañándole el rey de Granada con sus tropas como su vasallo que era. Taló el territorio de Carmona, y siguiendo las orillas del Guadaira, llegó á Alcalá, la que toma su sobrenombre de este rio, situada á dos leguas de la capital, y que tenia un castillo muy fuerte. Sus habitantes, atemorizados del gran poder que venia sobre éllos, creyeron salvar su honor y lo que debian á su creencia entregándose á un príncipe mahometano como era el rey de Granada, pero éste la puso en poder del rey de Castilla, que la fortificó y la hizo su plaza de armas. Despues envió á su hermano don Alonso de Molina y al maestre de Santiago don Pelayo Correa á que talasen el Ajarafe, mientras su hijo don Fadrique, el maestre de Calatrava y el rey de Granada hacian lo mismo en la campiña de Jerez de la frontera. Conclui-

da la campaña, el rey se retiró á Córdoba para activar los preparativos de la siguiente, dejando su egército apostado en la nueva frontera que habia hecho sobre el Guadalquivir de Sevilla.

En Aragon hubo este año un grande escándalo. El rey don Jaime mandó cortar la lengua al obispo de Gerona, que habia sido su confesor. Este órden se egecutó, y se dió por pretesto que el prelado habia rebelado una culpa del rey sabida solamente en el tribunal de la penitencia. Pero no consta el delito del confesor como la barbarie del penitente. El rey fue denunciado por los obispos de Cataluña como escomulgado público: y el papa envió un legado y un penitenciario á Aragon. Estos convocaron á Lérida los prelados y señores del reino. Don Jaime se presentó en este congreso como reo arrepentido, y recibió la absolucion despues de impuesta la competente penitencia.

Sitio de Sevilla (1247). Este año comenzó Fernando III el célebre cerco de Sevilla. Despues de preparar una armada en las marinas de Santander y de Vizcaya para que penetrando por Sanlucar de Barrameda en el Guadalquivir concurriese al asedio de Sevilla, convocó á Córdoba todas sus tropas y las de su vasallo el rey de Granada. Juntóse egército numeroso, y reunido con el que habia en la frontera de Sevilla comenzó la campaña dando tala al territorio de Carmona.

Los habitantes de esta ciudad, por no su-

frir los males de un sitio ni los destrozos de su campiña, pidieron al rey término de seis meses, el cual pasado se entregarian si no eran socorridos, ofreciendo entretanto pagar los tributos que les impusiesen. El rey admitió la oferta, y pasando adelante ocupó á Constantina, Reina, Lora y Alcoléa. Las dos primeras plazas se rindieron apenas divisaron las banderas cristianas; pero las dos últimas se defendieron con ostinacion y fueron entradas por asalto, quedando muertos ó cautivos todos los defensores.

Con el apoyo de estos pueblos pasaron los castellanos el Guadalquivir, y acometieron á Cantillana, que se defendió con valor, pero á costa de alguna sangre fue tomada por asalto, saqueada y demolida. Guillena, escarmentada con este egemplar, se rindió: Gerena hizo lo mismo aunque aparentó mas resistencia.

Desde este pueblo se dirigió el rey contra Alcalá del Rio, donde se hallaba Arantas, valí de Sevilla, el cual temiendo ser sitiado en una plaza pequeña y de corta defensa, se retiró con su gente á la capital. Alcalá se rindió á los cristianos apenas se presentaron á sus puertas. A este tiempo llegó á la embocadura del Guadalquivir la armada de Santander á las órdenes de don Ramon Bonifaz: pero le impedia la entrada de Sanlúcar una escuadra marroquí, único auxilio que los almohades de Marruecos pudieron enviar en socorro de la Andalucía. Los moros de las playas concurrieron en gran número á Sanlúcar para impedir á las naves cristianas la

entrada del rio: y aunque el rey envió contra éllos á don Rodrigo Frolaz y á don Fernando Yañez con alguna gente, reconociendo estos capitanes la fuerza superior de los contrarios se volvieron á los reales.

Bonifaz, considerando que no podia hacerse dueño del rio mientras fuese observado por la armada africana, la acometió, aunque inferior en número, con tanto denuedo que todos los buques enemigos fueron echados á pique ó hechos prisioneros. Este brillante triunfo naval, que fue el primero de que se hace mencion en los anales marítimos de Castilla, dejaba libre la entrada del Guadalquivir á la armada cristiana: pero la inumerable multitud de moros que se habia reunido en Sanlucar la impedia pasar adelante.

Para obviar este inconveniente, marchó el rey don Fernando con todo su egército á la marina, y llegó hasta el mismo muelle de Sanlucar. La morisma que se habia congregado alli se dispersó sin atreverse á pelear: de modo que la escuadra subió libremente por el rio, acompañándola el egército por la orilla, hasta dar vista á la capital.

Cortadas ya las comunicaciones por el Guadalquivir y por la parte oriental, se comenzó el sitio de Sevilla en 20 de agosto. Los moros de la ciudad solo recibian víveres y socorros por el puente de barcas, que unia la plaza con el arrabal de Triana y con el Ajarafe, del territorio de Niebla y el Algarbe. El número de los

defensores era muy grande, no solo por la estension de tan populosa ciudad, sino porque á ella como á asilo mas seguro se habian refugiado muchos moros de los demas pueblos de Andalucía conquistados por los cristianos en las campañas anteriores. Los sitiados hicieron muchas salidas, pero siempre fueron rechazados con pérdida. Habia frecuentes escaramuzas, en que ocurrian hechos de armas muy notables, pero que poco ó nada contribuian á acelerar el desenlace del drama. Los cuarteles principales de los castellanos estaban en los campos de Tablada entre el Guadalquivir y el Guadaira: aquel estenso llano fue testigo de grandes hazañas individuales, señaladamente entre los caballeros, asi moros como cristianos, que segun la costumbre del siglo hacian con frecuencia alarde de su destreza y atrevimiento.

El príncipe don Alonso de Castilla que residia en Toledo, y que era afecto al rey don Sancho de Portugal, se puso al frente de un cuerpo de tropas castellanas, y llevando consigo al infeliz monarca desposeido entró en Portugal, llegó hasta Leiria, batió á los que salieron de esta ciudad para resistirle, y se apoderó de un arrabal de ella. Esta espedicion dió nuevo brio á los que se conservaban fieles á don Sancho, y aumentó su número: pero sus esperanzas quedaron frustradas. Dos religiosos, enviados por don Alonso, gobernador de Portugal, se presentaron en el campo de los castellanos y manifestaron al príncipe de Castilla la bula del

Papa, en que declaraba escomulgados á todos los que hiciesen armas contra lo dispuesto en el concilio de Leon. Forzoso le fue volverse con sus tropas á Toledo, llevando consigo al rey don Sancho, que falleció en esta ciudad al año siguiente.

La paz de Navarra se perturbó algun tanto, porque don Teobaldo, deseando tener en su poder el castillo de san Esteban de Monjardin, lo quitó al obispo de Pamplona, cuyo era, con otros derechos pertenecientes á su dignidad. El obispo lanzó escomunion contra el rey, y temiendo su ira, se refugió á Aragon. Don Teobaldo apeló á la córte de Roma de la censura fulminada por su vasallo.

Don Jaime peleaba entonces contra los moros de sus dominios rebelados contra él y capitaneados por Alazdrach, guerrero de reputacion entre los suyos. Este emprendió una guerra de sorpresa y latrocinio; se apoderó de Gallinera, Serra y Pego, acometió á Peña del Aguila y la entró por asalto degollando la guarnicion; y aun despues de haberse puesto en campaña el rey de Aragon contra él, tomó á Eslida y á Veo, y evitó con hábiles movimientos venir á batalla con las tropas aragonesas.

Conquista de Sevilla: don Alonso III, rey de Portugal (1248). El cerco de Sevilla continuó todo el invierno, con tanto ardor de parte de los sitiadores como ostinacion de los sitiados. Cumplidos los seis meses de la capitulacion de Carmona, se entregó esta ciudad al rey: lo

que facilitó mucho la llegada de los convoyes de víveres á los cuarteles de los castellanos.

El rey don Fernando, conociendo lo árduo de la empresa, trató ante todas cosas de reforzar su egército. Mandó venir á él á su hijo don Alonso con todas las tropas que pudiese sacar de Murcia, sin dejar desguarnecido aquel reino. Acompañó en esta empresa al príncipe de Castilla y Leon el príncipe don Alonso de Aragon, el infante don Pedro de Portugal, señor de Mallorca, y el conde de Urgel con muy buenos caballeros aragoneses y catalanes, atraidos por la celebridad de la empresa.

Con la gente de Vizcaya y de Castilla, que era mucha y lucidísima, vino don Diego Lopez de Haro, alferez mayor del rey: acudieron los pendones de Mérida, Medellin y Coria con las tropas del reino de Leon: las de Galicia llegaron mas tarde, en razon de la distancia, mandadas por don Juan Arias, arzobispo de Santiago: de modo que al rededor de Sevilla se juntó todo el valor de España para decidir la eterna querella entre la media luna y la cruz.

Por la parte septentrional recibian los sitiados algunos socorros: y para impedirlos envió el rey al maestre de Santiago don Pelayo Perez Correa con un cuerpo escogido de tropas. Los moros de la sierra salieron á recibirle, y se trabó una sangrienta batalla que duró todo el dia; pero al fin los enemigos fueron vencidos y casi esterminados. Dícese que el Maestre esclamó cuando vió ir de vencida los moros al aproxi-

marse la noche: *Vírgen, ten tu dia*, para seguir el alcance; y que el cielo le oyó, deteniendo algun tiempo la venida de las tinieblas.

En enero de este año falleció en Toledo don Sancho II, Capelo rey desposeido de Portugal: príncipe desgraciado y débil en haber preferido la voluntad de su privado á los intereses generales de las clases privilegiadas. No era llegado todavía el tiempo de humillarlas: porque aun poseian la veneracion universal, y por otra parte eran necesarias mientras existiese un solo mahometano en la península, porque era forzosa la organizacion militar, orígen de los privilegios de la nobleza, y la preponderancia del clero que conservaba el espíritu nacional en aquellos siglos.

Sucedióle su hermano el infante don Alonso, que ya era gobernador del reino, con el título de Alonso III. Ambicioso, guerrero y político dirigió sus fuerzas contra los moros. Temiendo aun antes de la muerte de don Sancho los ataques de Castilla, y que se repitiese la espedicion que el año anterior habia hecho don Alonso, hijo de Fernando III, celebró un tratado con este monarca, en virtud del cual se obligaba á enviarle tropas auxiliares al sitio de Sevilla, y concluir la conquista del Algarbe, quedando á Portugal la soberanía de los pueblos conquistados, y á Castilla sus rentas.

Con la muerte de Sancho II quedó tranquilo el Portugal, y los adictos al rey difunto reconocieron por soberano legítimo al infante

don Alonso: pero Martin de Freitas, alcaide del Castillo de Coimbra, que aun se sostenia por don Sancho, dió un ejemplo de honor y fidelidad notable aun en aquellos siglos de heroismo.

Apenas se supo en Portugal el fallecimiento del rey, el infante don Alonso que tenía sitiada la plaza, dió noticia del suceso á Freitas, y le intimó que se rindiese á él como á su monarca legítimo. Freitas le respondió que no dudaba de su verdad: pero que antes de entregar la plaza tenia que pasar á Toledo á cumplir una obligacion de fidelidad, y asi que le concediese salvo conducto para el viage. Don Alonso lo concedió, y el noble portugues vino á Toledo, y depositó las llaves del castillo á los pies del cadáver de don Sancho, diciendo que "solo de esta manera podia desobligarse del pleito homenage que le habia hecho." El rey don Alonso, prendado de un egemplo tan grande de lealtad, quiso conservarle en la alcadía de Coimbra: pero el héroe no aceptó este honor, añadiendo: *maldigo á cualquiera de mis descendientes que acepte un cargo semejante, y que ponga en tanto peligro la honra.* Tal era el espíritu de aquel siglo y el temple de aquellos ánimos varoniles, acostumbrados en medio de las guerras civiles y estrangeras á sacrificarlo todo al cumplimiento de sus juramentos y palabras.

Alonso III apenas subió al trono, envió al sitio de Sevilla un cuerpo de tropas considerable á las órdenes de don Martin Fernandez, maestre

de Avís; con ellas se juntaron muchos caballeros del Temple deseosos de tomar parte en los peligros y laureles de aquella espedicion. Los pasos del Guadalquivir estaban defendidos por destacamentos muy fuertes de moros, mandados por Aben Hamafon, rey de Niebla. Los portugueses dieron sobre éllos, los obligaron á retirarse á sus fortificaciones, tomaron por asalto la plaza de Gelves, y se pusieron en comunicacion con los cuarteles del rey don Fernando por medio de la armada de Bonifaz, surta siempre en el rio.

Pero á pesar de estas ventajas, no era posible estrechar el sitio mientras se conservase la comunicacion por el puente de Triana: porque los cristianos no tenian fuerzas suficientes para tener cercada una ciudad tan grande y al mismo tiempo campear con un egército capaz de interceptar las comunicaciones en las vegas que hay al occidente del arrabal. El animoso don Ramon Bonifaz venció esta dificultad que parecia insuperable.

Este almirante pertrechó dos naves de las mas fuertes de su armada, y esperó un dia en que la virazon de la mar fuese mas violenta. El tres de mayo se presentó con un viento fuertísimo del sur; y soltando á él todas las velas de ambas naves á la hora del mayor ímpetu de alta marea, se dejó ir contra el puente de barcas, que se rompió á la violencia del choque, dejando así destruida la única esperanza de los sitiados.

Los castellanos aprovecharon la ocasion, pa-

saron en la armada á la orilla izquierda del Guadalquivir, acometieron y tomaron á Triana, y despues á Alfarache, que se resistió algo mas por la fortaleza del sitio, y concluyeron la circunvalacion de la plaza por todas partes. Desde entonces se empezó á sentir la escasez de víveres en una ciudad tan populosa: pero eran tan grandes los acopios anteriormente hechos que todavía se sostuvo seis meses mas.

Los moros recurrieron á un ardid, bastante comun en sus guerras con los cristianos, y fue que uno de ellos se presentó en el cuartel del príncipe don Alonso prometiéndole en virtud de un premio pecuniario que le entregaria una de las puertas de la ciudad con que podria hacerse dueño de la plaza. El príncipe consultó el negocio con los gefes de su cuartel, en el cual militaba el maestre de Avís con los portugueses: todos fueron de opinion que el intento de los moros era ponerle una asechanza para apoderarse de su persona, y asegurar con una prenda tan privilegiada la libertad de Sevilla. Tomada, pues, la resolucion de descubrir la verdad del hecho, se presentó don Alonso en la hora y puesto señalado, pero con todas las fuerzas de su cuartel. Los cristianos divisaron á la espía doble, y detras de ella un gran número de moros armados, lo que hizo evidente la traicion. Las tropas del príncipe acometen, los moros entran en la pelea con sumo ardor como que estaban preparados para combatir. El resultado de esta pequeña alarma fue retirarse los enemigos á la

plaza, dejando en poder de los cristianos al emisario, que pagó con la cabeza su perfidia.

En fin, cuando se llegó á sentir en la ciudad la violencia del hambre, el gobernador Arantas, perdida toda esperanza de socorro, propuso capitulaciones que ninguna fue aceptada. El rey de Castilla queria que todos los moros saliesen de la ciudad con los bienes que pudiesen llevar consigo; y fue necesario ceder á esta durísima condicion. Trescientos mil mahometanos salieron de Sevilla, y buscaron asilo en su infortunio unos en las comarcas de Niebla y del Algarbe, otros en el reino de Granada, y el mayor número en Berbería, á donde fueron transportados en la armada cristiana. El 23 de noviembre se firmó la capitulacion, y evacuada la ciudad, entró en ella el rey con todo su egército, hizo purificar la mezquita, se alojó en el Alcázar de los reyes moros, y estableció en él su córte y residencia.

Así se terminó esta gloriosa guerra que puso fin al poder de los mahometanos en España, pues Niebla y Algarbe no merecian el nombre de potencia, y el reino de Granada mas compacto y poderoso era feudatario de la corona de Castilla. Fernando y Jaime, dos hombres de muy diverso carácter, pero iguales en el heroismo y en la actividad militar, acabaron con el islamismo que siempre amenazaba imponer su yugo á toda la península, el primero llevando los límites de su reino desde el Guadiana hasta el mar de Cadiz, y el segundo desde el

Guadalaviar superior hasta el reino de Murcia.

Don Jaime, irritado por la sublevacion de los moros de Valencia, publicó el 6 de enero un decreto por el cual mandó salir de todos los lugares de aquel reino á los mahometanos que vivian en él, dándoles de término 30 dias y permiso para que llevasen sus bienes. El 19 del mismo mes hizo su testamento, en el cual dejaba el reino de Aragon á su hijo mayor don Alonso, y á los hijos de doña Violante, que eran don Pedro, don Jaime y don Fernando, al primero los condados de Barcelona y de Ribagorza y las islas Baleares, al segundo el reino de Valencia, y al tercero los condados de Rosellon, Cerdania, Conflans y Mompeller con lo demas que poseia en Francia.

Estas dos resoluciones pusieron todo el reino en combustion. Muchos señores llevaban muy á mal la espulsion de los moros que habitaban sus tierras, porque se enriquecian con la industria de éllos, casi la única que se conocia entonces en España. El príncipe de Aragon don Alonso, ofendido de ver disminuida su herencia en una parte tan considerable, volvió á invocar la amistad del príncipe de Castilla, que á la sazon estaba todavía en Murcia, para que le favoreciese contra su padre y hermanos. Don Pedro de Portugal, señor de Mallorca, que aspiraba á hacer hereditario aquel feudo, se unió con él.

Pero don Alonso de Castilla debia partir con la mejor parte de sus tropas al Guadalquivir

para asistir á su padre en la conquista de Sevilla. Asi procuró templar los ánimos de los infantes, haciéndoles presente la sublevacion de los moros de Valencia, la crisis de la Andalucía, en la cual se habia de decidir si dominarian en España los moros ó los cristianos, y la necesidad de adquirir gloria peleando en aquellos momentos contra el enemigo comun para presentarse despues cubiertos de laureles á reclamar sus legítimos derechos. Los infantes se convencieron con las razones de don Alonso, y le acompañaron con los suyos, como ya hemos dicho, al cerco de Sevilla. Esta resolucion calmó por algun tiempo la animosidad de los partidos en el reino de Aragon, y don Jaime pudo atender á la reduccion de los moros rebelados.

El decreto de espulsion, que en vano procuraron los moros templar ofreciendo al rey pagar tributos mas crecidos, llevó al mas alto punto su desesperacion. Los de Murviedro, Castellon de la Plana, Burriana, Almenara, Segorbe y Luchente tomaron las armas, y se dieron la mano con Alazdrach, que habia fortificado á Eslida y á Veo. El rey don Jaime reunió su egército contra ellos, y envió á Eslida las mesnadas de los concejos de Tortosa, Alcañiz y de otros pueblos vecinos en número de 3000 hombres: pero Alazdrach les salió al encuentro, y las derrotó y ahuyentó matándoles 500 hombres. Alentado con este triunfo puso cerco á Peñacadiel.

Don Jaime llegó con el grueso de sus tro-

pas en socorro de la plaza, arrojó á Alazdrach de las posiciones que habia tomado en las colinas cercanas, y le obligó á volverse á su guarida de Veo. Desembarazado de este temible partidario, recobró fácilmente á Murviedro y demas lugares que se habian sublevado, y obligó á los moros á que los evacuasen y saliesen del reino. Unos emigraron á Murcia, otros á Granada; y entonces se poblaron de cristianos de Aragon y Cataluña aquellos pueblos y otros muchos del reino de Valencia.

El rey de Navarra, arrepentido de la violencia que habia usado con el obispo de Pamplona, se reconcilió con él, le volvió á su gracia, y transigieron amistosamente sus desavenencias. El prelado le absolvió de la escomunion: pero no contento con esto el piadoso rey hizo un viage á Roma para recibirla de la mano misma del pontifice.

Conquista de Faro (1249). Mientras el rey de Castilla se dedicaba á establecer el régimen civil y politico en su nueva córte, llamando pobladores á ella y concediéndoles fueros y privilegios, don Alonso de Portugal, sosegadas ya las alteraciones de su reino, determinó concluir la conquista de Algarbe, que dejó incompleta don Pelayo Correa cuando pasó á Castilla á ser maestre de Santiago.

Poniéndose, pues, al frente de su egército acometió la plaza de Faro, que los moros habian fortificado muy bien como la última que les quedaba ya en aquella parte. Pero sitiada

por mar y tierra, en breve descaeció la guarnicion, y el alcaide pasó al campo del rey á ofrecer capitulacion. Don Alonso les concedió las vidas salvas, la libertad de pasar á Africa los que quisiesen, y á los que no que se quedasen por vasallos de Portugal, pagando los mismos tributos que daban al rey de los almohades.

Firmado el convenio, volvió á Faro el alcaide y otro moro principal que le acompañaba. El rey se fue paseando con éllos, y entró en la plaza ó distraido ó animoso. Los portugueses del campo que le echaron menos, arremetieron á las puertas de la ciudad, las pegaron fuego y se disponian á asaltar la plaza: pero el rey se presentó en la muralla con las llaves de Faro en la mano, y sosegó el tumulto.

Rendida esta ciudad, don Martin Fernandez, maestre de Avís, se apoderó de Albufeira en el primer asalto: el rey puso sitio á Loulé, que se rindió despues de alguna resistencia. La villa de Aljezur y el castillo de Perches se tomaron tambien, y así se concluyó la conquista de cuanto habian poseido los moros en el territorio actual de Portugal.

Conquista de Jerez y de Cadiz (1250). Fernando de Castilla, puesto órden en las cosas de Sevilla, se dirigió con su egército á los pueblos marítimos de aquel reino. Su marcha fue solamente un paseo militar, en el cual con poca ó ninguna resistencia se apoderó de Jerez, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Cadiz, Puerto de Santa María, Rota, Arcos, Lebrija y Trebu-

gena. Dueño de los pueblos marítimos, y no pudiendo hacer guerra á los mahometanos de Granada sus feudatarios, resolvió pasar á Africa á destruir el imperio de los almohades, harto debilitado ya por sus guerras civiles, y para ello encargó á su almirante don Ramon Bonifaz que juntase en los puertos del norte de España una grande armada. Tales eran los ánimos de este gran rey, á pesar de la hidropesía que de antes de la conquista de Sevilla minaba lentamente su vida y le puso fin, sin que pudiese verificar su espedicion contra Marruecos.

El reino de Aragon ardia en parcialidades, originadas todas del impolítico é injusto testamento de don Jaime. Este monarca juntó córtes en Alcañiz para buscar los medios de poner término á las disensiones civiles. En ellas se acordó á propuesta del rey que se nombrasen árbitros para terminar las diferencias. Fueron elegidos por jueces el arzobispo de Tarragona, los obispos de Huesca, Lérida y Barcelona, el maestre del Temple, el conde de Ampurias y otros señores principales. Don Jaime juró estar á lo que decidiesen: y de parte de las córtes se enviaron embajadores á Sevilla, donde residia aun el príncipe don Alonso de Aragon, para saber de él si aceptaba el juicio de los árbitros. Don Alonso en presencia de toda la córte del rey de Castilla prometió estar á la sentencia que diesen.

Los jueces se reunieron en Ariza. Su resolucion fue que el príncipe don Alonso suce-

diese en Aragon y Valencia: y el infante don Pedro en Cataluña: quitando á don Jaime la libertad de disponer de su conquista, derecho que tenia segun la costumbre de aquellos tiempos, y permitiéndole separar á Cataluña de Aragon, lo que era contra las leyes fundamentales de ambos paises. Pero el deseo de la paz prevaleció sobre todas las consideraciones de justicia: y con esta sentencia creyeron haber alhagado los deseos de don Jaime, de su muger doña Violante y del príncipe don Alonso.

Este conformándose con la sentencia, volvió el año siguiente á Aragon, y se reconcilió con su padre. En el mismo año celebró don Jaime córtes en Barcelona, y fue jurado el 26 de marzo por su heredero en Cataluña el infante don Pedro, reservando á don Jaime, su hijo menor, las Baleares y el señorío de Mompeller.

Ocho meses despues falleció en Huesca doña Violante de Ungría, segunda esposa de don Jaime, con lo cual parecia haber cesado uno de los mas grandes impedimentos para la buena armonía entre el rey y su hija mayor. Pero don Jaime estaba destinado á ser infeliz por sus pasiones: y su tercera esposa, como quieren unos, ó su manceba, como dicen otros, llamada doña Teresa Vidaure, señora de gran nacimiento, no fué causa de menos pesares que sus dos primeras mugeres.

Don Alonso de Portugal pasó el Guadiana, ocupó á Ayamonte, Serpa y Moura, de que se habian apoderado los mahometanos durante las

turbulencias del reino en los últimos años de Sancho II, y se apoderó ademas de Aleoncher, de Aracena y de otros pueblos sitiados en la parte occidental de Sierra morena.

Don Ramon Bonifaz se presentó con su escuadra en las aguas del Estrecho, y consiguió una señalada victoria contra la armada marroquí que salió al opósito, echando á pique parte de sus bageles y apoderándose de otros muchos. Pero esta victoria fué inútil, porque la enfermedad del rey continuó agravándose, y fué imposible seguir la empresa comenzada.

A principios de 1252 se reputaba ya el mal como incurable. Hallándose el rey en el último trance de la vida, despues de haberse confesado, salió de la cama y se vistió, se pusó un dogal al cuello, y recibió postrado en tierra el viático. Hizo pública profesion de fé, y pidió perdon á todos. Volvió al lecho de muerte, mandando que le quitasen de él todas las insignias que tuviese de real. Llamó á sus hijos y á su muger: y en presencia de los ricos hombres encomendó á don Alonso su heredero que mirase por la reina viuda, por sus hermanos y por sus tios: que conservase sus fueros á la nobleza: que aliviase los pueblos, y que observase é hiciese observar la justicia y las leyes. A todos los despidió con mucho amor, echando la bendicion á sus hijos, y quedó solo con los sacerdotes que le ayudaban á bien morir.

Próximo ya á la muerte se le administró la extrema-uncion; el rey tomó una vela en su

mano, pidió á los asistentes que le dijesen en alta voz la Letanía y el *Te Deum laudamus*, y espiró apaciblemente. Falleció el 30 de mayo, á los 53 años de edad y 35 del mas feliz y glorioso reinado que hasta entonces habian visto los reinos de Castilla y Leon. Fué sepultado en la capilla real de la catedral de Sevilla, donde se venera su cadáver.

De su primera esposa doña Beatriz de Suevia, hija de Felipe, emperador de Alemania, tuvo á su sucesor don Alonso, á don Fadrique, que casó en Italia con una hija del señor de Romanía, de la cual tuvo una hija, que aunque casada dos veces murió sin sucesion: á don Fernando, que murió adolescente: á don Enrique, que despues de una vida aventurera falleció sin sucesion: á don Felipe, que solo tuvo una hija, que casó en la familia de los Fernandez de Villamayor; á don Sancho, que fué arzobispo de Toledo; á don Manuel, tronco del ilustre apellido de los Manueles: á doña Leonor, que murió niña; á Doña Berenguela, religiosa en las Huelgas de Burgos; y á doña María, que falleció jóven.

Los hijos del segundo matrimonio de Fernando III con doña Juana, hija de los condes de Boloña y Ponthieu, fueron otro Don Fernando, que muerto su padre pasó con su madre á Francia, donde tuvo sucesion y continuó la casa de Ponthieu: don Luis, que falleció sin sucesion, y doña Leonor, que fué esposa de Eduardo I, rey de Inglaterra.

Fernando III de Leon y Castilla es indudablemente el primer héroe de nuestra nacion. A su genio militar, manifestado en tantas y tan grandes espediciones, como llevó felizmente á cabo, añadia dos prendas muy difíciles de conciliar, la prudencia política y un sentimiento vivísimo de justicia que le hizo amable y respetable á todos los reyes de España y á sus mismos enemigos. La fama de su rectitud hizo que se le sometiese sin guerra el reino de Murcia, y convirtió á su enemigo el rey de Granada en feudatario fiel y sumiso. Respetaba los derechos de los ricos hombres, pero no sufria sus violencias y sabia castigar y perdonar á tiempo. Cuando se trataba en las córtes de echar contribuciones sobre el pueblo, solia decir: *Mirad lo que haceis: porque temo mas las maldiciones de una vieja que todo el poder de la morisma.*

Su ilustrada política se conoce en que nunca quiso acceder á las solicitudes de su primo san Luis, rey de Francia, para que le acompañase á la espedicion de Palestina. *No faltan mahometanos en mi tierra* era su respuesta. Cumplió fielmente las promesas que hacia á los moros vencidos; y tenia gran cuidado de que los religiosos se aplicasen á convertirlos á la verdadera religion, cuyo celo era tan grande en él como el de ampliar los límites de su monarquía. Detestaba la guerra con los príncipes cristianos, y no la hizo una sola vez en su largo reinado. Su valor personal era grande, pero sin mezcla algu-

na de temeridad como el de don Jaime de Aragon su rival en heroismo.

Sus virtudes domésticas y cristianas le merecieron el nombre de *Santo*, que confirmó la Iglesia colocándole en sus altares el año 1671. Sus prendas como gobernante eran superiores á su siglo. Mandó formar una coleccion de las leyes y costumbres antiguas, trabajo que concluyó su hijo Don Alonso en la inmortal obra de las *Partidas*, metodizando las materias y fundando las leyes sobre los principios del derecho comun desconocido hasta entónces en Europa. Dió un grande impulso á la literatura nacional, mandando que los documentos públicos, que hasta entonces se redactaban en latin, se hiciesen en lengua vulgar: y nuestro idioma, grosero é incorrecto hasta entonces, se elevó casi en un instante á la gallardía y magestad que se observa en el libro de las Partidas. En fin en su tiempo se consolidó el principio político que llamaba á las córtes á los procuradores de las ciudades mas opulentas: principio desconocido aun en Francia é Inglaterra. La fuerza del cetro y la libertad pública se enlazaron felizmente con los privilegios de la aristocracia, elemento tan esencial de poder en una organizacion todavía militar.

Las conquistas de San Fernando hicieron la córte de Sevilla la mas poderosa y opulenta de todas las cristianas de España. Pero la riqueza y el poderío produjeron sus efectos acostumbrados. Al aspecto severo y militar de los pala-

cios de Alonso VII, Alonso VIII y Fernando III sucedieron en breve el ocio, las diversiones, las intrigas amorosas y políticas, y en fin la corrupcion de las costumbres. Los fieros castellanos hallaron en Sevilla su Capua. Por otra parte, habiendo cesado el temor á los moros, cuyo poder habian destruido en España las armas victoriosas de Fernando el Santo y de Jaime el Conquistador, comenzaron los príncipes cristianos á dirigir su ambicion y el espíritu belicoso de sus pueblos, adquirido en lid tan contínua con los mahometanos, contra los pueblos de la misma religion. De aquí nacieron frecuentes guerras entre las cuatro monarquías en que estaba dividida la península.

Ademas el espíritu independiente de la nobleza, el dominante del clero y los progresos que fueron haciendo sucesivamente las ciencias y las artes, y con ellas los intereses populares, produgeron tambien guerras civiles en las minorías de los reyes, á veces contra éllos mismos cuando ya eran mayores. Estas discordias tenian su orígen en la organizacion del gobierno político que no estaba muy en armonía con el social. Disputábanse la preeminencia las tres clases ó brazos del clero, de la nobleza y de las municipalidades ó comunidades: y era necesario un rey no solo mayor, sino tambien de grande espíritu y firmeza para conciliar los intereses encontrados de aquellas tres clases, unidas en las córtes como poderes, pero separadas entre sí por las habitudes sociales. La primitiva

monarquía aristocrática de los Pelayos, Ordoños y Ramiros habia admitido el elemento popular: y antes de que ocupase el lugar que le correspondia era necesario ó una gran fuerza en la corona, ó vaivenes consiguientes á un sistema de cosas nuevo.

Este elemento popular no se componia de las clases que hoy llamamos *pueblo*; sino de la nobleza inferior que componia casi en su totalidad los concejos municipales. La plebe se componia ó de *cristianos nuevos*, es decir, de moros convertidos al cristianismo, ó de los descendientes de aquellos cristianos que conservaron su religion bajo el dominio árabe, y que en muy poco ó nada favorecieron la reconquista, ó en fin, de los moros á quienes por capitulaciones ó por otros motivos se permitia vivir en los pueblos de los cristianos. Esta plebe, designada entonces con los nombres de *villanos* ó *pecheros*, no era nada en el órden político, excepto los individuos que se elevaban al sacerdocio: porque la Iglesia observó constantemente el principio de la igualdad. Sus intereses no se representaban en los congresos nacionales: bien que debe decirse en honor de nuestra nacion que en ninguna parte de Europa fué mejor tratada ni sometida á menos vejámenes feudales esta porcion preciosa de la sociedad.

En las provincias septentrionales de España donde empezó la reconquista era muy poca ó ninguna la plebe: conforme se iba avanzando hácia el mediodia se hallaba en mayor núme-

ro: de modo que los españoles podrian medir por la altura del polo el grado de libertad de que gozaban. En Asturias y Vizcaya no habia *plebeyos:* en Galicia se encontraban ya: en Leon y las Castillas estaban en mayor número: la Andalucia era un pais de conquista, en que la mayor parte de la propiedad territorial se dividió entre los conquistadores.

Á Fernando III debemos los primeros rudimentos de nuestra marina militar, que triunfando de la de los moros dió orígen á nuestro comercio exterior. Un siglo despues frecuentaban las naves de Vizcaya y de Cataluña los puertos del mar Negro, y comerciaban con los rusos. Aragon, que tenia sus estados mas cercanos á la costa, antecedió á los castellanos en la formacion de una gran potencia marítima.

CAPÍTULO XXXVI.

Alonso X el Sabio.

Alonso X, rey de Castilla y de Leon. Teobaldo II, rey de Navarra. Alonso el Sabio, emperador electo de Alemania. Conquista de Niebla. Guerra contra los moros. Reconquista de Jerez. Sitio de Murcia: fin de la guerra con los moros. Don Enrique I, rey de Navarra. Confederacion de Lara contra Alonso X. Batalla de Antequera. Doña Juana I, reina de Navarra. Guerra con los reyes de Granada y Marruecos: jornadas de Ecija y de Martos: invasion de los aragoneses en el reino de Granada: bandos de Navarra. Don Pedro III el Grande, rey de Aragon. Sitio y batalla naval de Algeciras: matanza de Pamplona. Don Dionís, rey de Portugal. Guerra civil en Castilla: vísperas sicilianas. Don Pedro III de Aragon rey de Sicilia: Batalla naval de Mecina.

Alonso X, *rey de Castilla y de Leon* (1252). Don Alonso subió al trono de su padre con la fama de príncipe valeroso, adquirida en tantas campañas, y al mismo tiempo de *sabio*, con cuyo título es conocido en la historia, justamente merecido por su aplicacion á las letras y á las cien-

cias, en las cuales fué un portento para su siglo, no menos que por la proteccion que dió á los hombres estudiosos é instruidos, aunque fuesen moros y judíos, y á la universidad de Salamanca, en la cual introdujo el estudio del derecho romano: cuyos libros perdidos entre las tinieblas de la edad media se habian encontrado poco antes en Italia.

Concibieron, pues, los castellanos la esperanza de un reinado tan glorioso y feliz como el de su padre, mucho mas cuando le vieron disponerse á verificar la expedicion contra Africa, proyectada por el Santo rey. Aben Alhamar de Granada renovó el tratado de vasallage que habia celebrado con su antecesor; y Aben Hamafon, rey de Niebla, acosado de un lado por los portugueses, y de otro por los castellanos, hubo de seguir el egemplo del de Granada para poseer tranquilamente sus pequeños estados.

Faltaba en Castilla dinero para la empresa de Africa, y se recurrió al arbitrio siempre ruinoso, y tan ponderado en los siglos de ignorancia, de labrar moneda del mismo nombre y de mas baja ley. Solo se logró con esto encarecer el precio de las cosas, y romper las relaciones á que el pueblo estaba ya acostumbrado entre los diferentes valores.

Pero el principal obstáculo para aquella expedicion, tan española por decirlo así, fué el inmoderado deseo de Don Alonso de brillar en la Europa, y de salir con su política é influen-

cia fuera de los límites estrechos de la península, donde su sabiduría era apenas conocida ni apreciada. Esta vanidad de buscar una escena mas estensa para su talento le hizo cometer gravísimos yerros.

Conocióse esta inclinacion del rey en los esfuerzos que hizo para recobrar la Gascuña, dada en dote á Doña Leonor de Inglaterra, muger de Alonso VIII el de las Navas, y perdida en las revueltas de la menor edad de Enrique I. San Fernando, mas amigo de conquistar tierras de los moros y aumentar con ellas su poder que de disputar contra príncipes cristianos señoríos remotos y que de nada le servian, no hizo la menor tentativa para recobrar aquellos bienes dotales. Por una razon contraria su hijo se empeñó en recuperarlos: y sabiendo que Gaston, conde de Bearne, y Guido, conde de Limoges, señores poderosos en Gascuña, se hallaban mal avenidos con el dominio con los ingleses, los llamó á su córte, les prometió auxilio, y los admitió por sus vasallos. De vuelta de Gascuña sublevaron gran parte de la provincia á favor del rey de Castilla.

Don Jayme de Aragon, sosegadas sus desavenencias con su hijo el príncipe Don Alonso, juntó su ejército para reducir al rebelde Alazdrach. Este, que no tenia fuerzas suficientes para resistirle, solicitó y obtuvo la mediacion del rey de Castilla, yerno del de Aragon; y consiguió que se le diese término de un año para entregar los lugares que ocupaba.

Don Teobaldo II, rey de Navarra (1253).

Don Teobaldo I, rey de Navarra y conde de Champaña y Brie, falleció este año. Este príncipe muy turbulento en su juventud, y que fué amante y rebelde de doña Blanca de Castilla, gobernadora del reino de Francia en la menor edad de San Luis, gustaba mucho de la poesía, y él mismo hacia versos, tolerables para aquella edad, aunque demasiado libres. Gobernó en paz y justicia su reino. Sucedióle su hijo don Teobaldo II en la menor edad de 14 años bajo la tutela de su madre doña Margarita de Borbon.

Alazdrach, segun lo pactado en el año anterior, entregó al rey don Jaime los lugares que ocupaba, salió del reino de Valencia con toda la gente de su faccion, y se pasó al de Granada, que se iba haciendo fuerte y poderoso con las emigraciones de los otros paises cristianos.

La guerra de Gascuña se terminó con la misma facilidad que se habia promovido, sin sacar de ella don Alonso otra utilidad que la de establecer ventajosamente á su hermana doña Leonor. El conde de Bearne rindió la plaza de Bayona: pero poco despues fué arrojado de ella por los habitantes. Enrique III, rey de Inglaterra, se presentó en Gascuña con fuerzas superiores y hubiera oprimido fácilmente al de Bearne á no haber recibido éste un refuerzo considerable de tropas castellanas. El ingles, no queriendo exponerse á una guerra peligrosa, entró en negociaciones; y se hizo la paz casando Eduardo,

hijo y heredero de Enrique III, con Leonor, hija de San Fernando, recibiendo por dote la Gascuña.

Otra guerra, que se movió entre Alonso X de Castilla y Alonso III de Portugal, se terminó tambien con un contrato matrimonial. El portugues invadió los estados del rey moro de Niebla, que imploró el auxilio de su soberano el rey de Castilla. Intimó éste á Alonso III que no molestase á su feudatario; y no siendo respetada la intimacion, salió con su egército á campaña, obligó á los portugueses á retirarse, penetró en el Algarbe, y se hizo dueño de Alcoutin, Castromarin, Tavira, Faro, Loulé y Silves. Entablaronse negociaciones, y se convino en que el de Portugal, cuyo matrimonio coñ Matilde de Boloña se habia declarado nulo por causa de impotencia en la muger, casase con doña Beatriz, hija natural del rey de Castilla, recibiendo en dote á título de feudo las plazas que el castellano habia tomado en el Algarbe, excepto la de Silves.

La empresa de Africa se descuidaba con las prevenciones y celebridades de estos dos matrimonios, y con la pretension que en 1255 hizo Alonso X al ducado de Suevia por los derechos de su madre doña Beatriz de Suevia, primera muger de San Fernando: pero esta pretension fué inútil porque ya tenia la posesion de aquel estado Conradino, heredero de los derechos de la casa de Suevia, como nieto del emperador Federico II, é hijo de Con-

rado IV, gefes de aquella ilustre familia.

El mismo año se revelaron los moros de Jerez de la Frontera, de Arcos y de Lebrija: la primera de estas plazas se sometió, dando libertad á Aben Abid, caudillo de los sublevados, para que se retirase donde quisiese. Arcos y Lebrija fueron recobradas por el infante don Enrique, hermano del rey, que acudió con tropas á sosegar el pais.

Alonso el sabio emperador electo de Alemania (1257). Habiendo fallecido Guillermo, conde de Holanda y emperador de Alemania, comenzó el largo interregno de este pais, que concluyó en la eleccion de Rodulfo de Haspurg, tronco de la casa de Austria. Alonso de Castilla, apenas vió vacante el imperio, aspiró á él, dando por pretexto que esta dignidad, aunque daba muy poco poderío, le serviria por lo menos para recobrar los estados de Suevia que por su madre le pertenecian. Pero estos dominios de poco podian servirle á tanta distancia como no fuesen para casar una hija, ó hacer á un hijo príncipe del imperio. A estas pretensiones absurdas y que nada interesaban á Castilla, se sacrificó la expedicion de Africa en una época que podia ser útil por la guerra civil que estaba mas enardecida que nunca entre almohades y benimerines, y se dedicaron inmensas sumas que el rey gastó en ganar votos y valedores en Alemania.

Excluido Conradino de Suevia por la córte de Roma, firme en su propósito de arruinar

aquella familia que tanta oposicion habia hecho á la autoridad de la santa Sede, quedaron por competidores del imperio el rey de Castilla, y Ricardo, conde de Cornwallis y hermano del rey de Inglaterra. Celebrada la eleccion, consiguió Ricardo dos votos, y los demas recayeron en don Alonso, que aceptó el imperio desde entonces por emperador electo. Pero el pontífice no quiso confirmar la eleccion, porque fiaba mas en las fuerzas de Inglaterra que en las de Castilla para arruinar la casa de Suevia, y conservar la preponderancia de Roma en Italia y Alemania. Don Alonso no perdonó á gasto alguno para aumentar el número de sus partidarios, y entabló relaciones hasta con Haquino, rey de Noruega, cuya hija Cristina vino á España y casó con el infante don Felipe, hermano del rey, como prenda de amistad entre ambas coronas.

Al año siguiente de 1258 trató don Alonso de hacer el viage á Italia, donde muchas repúblicas y señores se habian declarado en favor suyo: pero las turbaciones que esto produjo en Castilla y Andalucía se lo impidieron. Como era necesario nombrar quien gobernase el reino en su ausencia, confió este cargo, segun era natural, á su esposa doña Violante de Aragon. Los hermanos del rey, todos valientes y ambiciosos, llevaron á mal esta eleccion, y mas que todos el infante don Enrique que estaba en Lebrija; y coligándose con el rey de Niebla, le persuadió que renunciase al vasallage de Castilla, é hicie-

se la guerra al occidente del Guadalquivir mientras él la hacia en la parte oriental de aquel rio.

Conquista de Niebla (1259). Apenas supo el rey don Alonso la tempestad que amenazaba, encargó á don Nuño de Lara, alcaide de Jerez, el mando de las tropas contra el infante, y él marchó en persona contra el rey de Niebla. Lara se encontró con don Enrique, y tuvieron un combate porfiado y sangriento, en el cual la victoria se iba decidiendo por el infante: pero llegó á tiempo un cuerpo de tropas, enviado por el rey, que obligó á don Enrique á retirarse á Lebrija. No creyéndose seguro en esta plaza, huyó á Aragon, esperando hallar acogida en la córte de Zaragoza: pero el rey don Jaime, conociendo su carácter turbulento, y ligado por otra parte con toda especie de vínculos con su yerno el rey de Castilla, no quiso tenerle en su reino. Don Enrique buscó asilo en Túnez, donde permaneció algunos años sirviendo á aquel rey moro en las guerras contra sus vecinos con un valor digno de ser empleado en defensa de su patria y de su dinastía.

Don Alonso, despues de haber dado la tala á los campos del pequeño reino de Niebla, y obligado á los mahometanos á retirarse á su capital, la puso sitio. Era plaza muy fuerte en aquel tiempo, y así como los moros fueron rechazados en todas las salidas que hicieron, así tambien lo fueron los castellanos en los diversos asaltos que dieron á la ciudad.

Sobrevino durante el sitio una plaga de langostas y moscas, de cuya molestia y el excesivo calor, reunidos á la falta de los mantenimientos, moria mucha gente en el campo; y se hubiera levantado el sitio á no haber tomado el rey, por consejo de unos religiosos, el arbitrio de proponer premio á los que presentasen cierto número de aquellos insectos muertos. Con esto se disminuyó y despues cesó la plaga; y habiendo llegado copiosos bastimentos al campo, los sitiados, oprimidos del hambre, capitularon la entrega de la plaza con la condicion de salir libres las personas. El rey y los principales pasaron al África. Así concluyó esta pequeña monarquía; y solo poseían ya los mahometanos en España el reino de Granada y el campo de Murcia: porque las principales ciudades y fortalezas de este pais estaban en poder de los cristianos.

Al año siguiente de 1260 falleció sin sucesion el príncipe don Alonso de Aragon, lo que libertó á este reino de las guerras civiles que se temian por la animosidad de este príncipe contra sus hermanos: mas no por eso gozó el rey don Jaime de tranquilidad doméstica: porque don Pedro, el hijo mayor que le quedaba, comenzó á sospechar si el rey dejaria parte considerable de sus estados á su hijo menor el infante don Jaime.

Guerra contra los moros (1262). Los reyes moros de Granada y Murcia, que dejaron destruir el reino de Niebla sin hacer el menor es-

fuerzo á favor de él, cuando vieron á don Alonso ocupado en la pretension del imperio, se coligaron entre sí con el rey de Marruecos y con los moros de Jerez, Arcos y Lebrija, que llevaban impacientes el yugo castellano, para recobrar su independencia. El primer acto de hostilidad fue el de los moros de Arcos y las cercanías, que sitiaron á Jerez, y aunque su alcaide García Gomez Carrillo la defendió con valor, repitiendo los asaltos tomaron la plaza, degollaron la guarnicion é hicieron prisionero al gobernador. Pasaron despues á Utrera, que guarnecian los caballeros de Calatrava: mas no pudieron tomarla por el valor del comendador don Aleman, que la defendió bizarramente. El rey don Alonso, que estaba entonces en Castilla, reunió su ejército, reclamó en virtud de los tratados el auxilio de don Jaime de Aragon, y se preparó á hacer la guerra con denuedo.

Don Jaime hizo este año otro testamento, pues el primero era ya inútil por la muerte de su hijo mayor, y repartió sus estados, dejando á don Pedro los dominios de Aragon, Valencia y Cataluña, y á don Jaime las Baleares, y los condados de Rosellon, Conflans y Mompeller. Este mismo año casó don Pedro, príncipe de Aragon, con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, bastardo de Federico II de Suevia, y que habia usurpado aquel reino. Este matrimonio, que produjo despues tan notables consecuencias, fue muy á disgusto de la córte de Roma, que aborrecia de muerte á Manfredo, y

trataba de dar la investidura de Sicilia á Cárlos, duque de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia.

En la primavera del año siguiente envió el rey de Castilla á don Nuño de Lara con un cuerpo de tropas en socorro de Utrera, que aún tenian cercada los moros. Retiráronse apenas vieron los pendones castellanos. Don Alonso entró con su ejército por Alcalá la Real en el reino de Granada, y venció en batalla campal á los reyes de Granada y Murcia que le salieron al encuentro.

Reconquista de Jerez (1264). Alonso X entró en campaña apenas cesaron los frios, puso sitio á Jerez, abrió brecha con los arietes y obligó á la guarnicion á capitular, dejándolos salir libres. El rey admitió esta condicion, porque sabia que el de Marruecos habia enviado á Granada un gran refuerzo de caballería. Bajo las mismas condiciones rindió á Lebrija y Arcos, que sitió sucesivamente: los moros de Vejer, Medina Sidonia, Rota y Sanlúcar abandonaron estos pueblos llevándose sus haberes: de modo que la frontera del reino de Sevilla quedó desierta, y fue preciso poblarla de cristianos.

Este año se ajustaron los límites de Andalucía entre Castilla y Portugal. A Castilla perteneció todo lo que hay entre el Guadiana y el Guadalquivir con la serranía de Aracena, escepto las plazas de Serpa y Moura que quedaron á Portugal. Parece que en esta ocasion se cedió tambien á este reino la plaza de Silves que

habia retenido el de Castilla en el convenio de 1253.

Al año siguiente de 1265 concluyó la guerra con Granada. Los alcaides de Guadix y Málaga, ofendidos de la predileccion que su rey mostraba á los gefes del cuerpo auxiliar de Marruecos, y del gran ascendiente que les permitia tomar en el gobierno y en la milicia, se rebelaron contra él, y se pusieron bajo la proteccion del rey de Castilla, que envió en su socorro á don Nuño de Lara con un cuerpo numeroso de caballería.

El rey de Granada decayó de ánimo con esta defeccion, é hizo propuestas de paz á don Alonso. Entabláronse las negociaciones, y se firmó el tratado, en virtud del cual el de Granada volvió al vasallage de la corona de Castilla, pagando ademas cada año 250 maravedís de oro por los gastos de la guerra que habia ocasionado, y don Alonso se obligó á no socorrer á los dos alcaides pasado un año si en este término no se aviniesen con el de Granada.

Don Jaime de Aragon entró en el reino de Murcia, reuniéndose á su ejército un cuerpo de tropas castellanas á las órdenes del infante don Manuel, hermano del rey de Castilla. Puso sitio á Villena, y los moros que la guarnecian se le entregaron á la primera intimacion, como tambien Elda, Elche, Alicante y Orihuela con todos los pueblos de estos partidos.

Este año pereció Manfredo, rey de Sicilia y consuegro del rey don Jaime, vencido y muerto

por Cárlos de Anjou en la batalla de Benevento. Cárlos fue reconocido por rey de Nápoles y de Sicilia. En el tomo XVI de esta obra se describió á la larga el orígen y progresos de esta guerra cruel, en que murieron ya en los campos de batalla, ya en los cadahalsos los últimos descendientes de la casa de Suevia. En el ejército de Cárlos de Anjou sirvió el infante don Enrique de Castilla, hijo de San Fernando, que habia pasado de Túnez á Italia con un cuerpo de caballeros españoles que servian á su sueldo. Cárlos le estimó tanto por sus servicios que hizo nombrarle senador de Roma, dignidad que equivalia á la de gobernador.

Sitio de Murcia: fin de la guerra con los moros (1266). Don Jaime reunió todas sus fuerzas y se puso sobre Murcia, que no tardó en rendírsele, esperando sacar mejor partido de la sumision que de las hostilidades. El rey de Aragon entregó la plaza á las tropas de su yerno, que vino á aquella capital para arreglar en ella el gobierno. El rey moro de Murcia le salió á recibir. Tratóle don Alonso con benignidad; pero despues de hacerle entregar los castillos que aun tenia en su poder, mandó salir del reino todos los moros, y lo pobló de cristianos, repartiendo las tierras y las casas no solo entre los castellanos, sino tambien entre los aragoneses y catalanes que habian contribuido á la reconquista, y que quisieron establecerse en el pais. Así se concluyó esta guerra, que fue la segunda que hizo contra los moros

don Alonso el Sábio siendo ya rey.

La pretension de don Alonso al imperio continuaba siempre ante la córte de Roma sin resultado: porque nunca faltaban pretestos para retardar la confirmacion que pedia al sumo pontífice. Dos grandes empresas alteraban entonces la tranquilidad de Italia: una era la de Conradino, duque de Suevia, que pasó con ejército á Italia para recobrar de Cárlos de Anjou, el reino de Sicilia, que habia sido de su familia. Venia con él Fadrique, hijo de San Fernando, que solicitaba en Alemania algunos dominios pertenecientes á su madre doña Beatriz de Suevia, y el infante don Enrique, senador de Roma, ó por unirse con su hermano, ó por su carácter veleidoso y amigo de novedades, dejó el partido de Cárlos de Anjou, y se pasó á las banderas de Conradino. La querella entre los dos rivales se decidió en la batalla de Tagliacozzo, pueblo próximo al lago de Celano, en la cual quedó vencedor Cárlos de Anjou. Conradino cayó en su poder, y por órden suya fue degollado en un cadahalso. El infante don Fadrique fue hecho prisionero: pero logró escaparse, y volvió á España. Don Enrique buscó un asilo en el convento de Monte Casino, cuyo abad le entregó al despiadado Cárlos, pero á condicion que le conservase la vida. El rey le tuvo mucho tiempo en una prision. Estos hechos pertenecen al año de 1268.

La segunda espedicion era una nueva cruzada, que el papa promulgó para la conquista

de Tierra Santa, siendo gefe de ella San Luis, rey de Francia. Tomaron la cruz para esta empresa Teobaldo II, rey de Navarra, Eduardo, príncipe de Inglaterra, y el mismo don Jaime de Aragon á pesar de su edad ya provecta quiso exponerse á los peligros de la navegacion y de la guerra. Embarcóse en Valencia el 4 de setiembre de 1269 con una armada de 30 navíos y otros buques menores y con un lucido ejército: pero llegando á vista de Sicilia sobrevino una tempestad tan fuerte y continuada que la armada padeció mucho. El rey tuvo la felicided de arribar á Aguas muertas, de donde se volvió á Zaragoza. No pudo volver á emprender aquella jornada porque sus naves no quedaron en estado de servir.

Don Enrique I, rey de Navarra: confederacion de Lara contra Alonso X (1270). San Luis, rey de Francia, salió con armada y ejército numeroso para la expedicion de Tierra Santa, acompañado de Eduardo de Inglaterra, Teobaldo de Navarra, Cárlos de Nápoles y otros muchos príncipes y señores. Determinóse desembarcar en Túnez y tomar de paso esta ciudad, cuyo puerto se creyó necesario, como escala militar, para las empresas contra Palestina.

San Luis falleció durante el sitio de la plaza de una enfermedad contagiosa que hizo grande estrago en las tropas. Su hijo mayor y heredero Felipe III el Atrevido se volvió á Francia con los restos de aquel floreciente ejército. Haciendo

arribada en el puerto de Trapana, ciudad de Sicilia, murió en ella Teobaldo II, rey de Navarra; y como no dejaba sucesion fue reconocido por rey de este pais su hermano don Enrique, que habia quedado por gobernador del reino durante la ausencia de Teobaldo.

En fin llegó el tiempo en que el rey don Alonso de Castilla recogiese el fruto de su imprudente política. La pretension al imperio, tan inútil y por decirlo así tan frívola, pues solo se aspiraba en ella á conseguir un nombre sin poder, obligaba á don Alonso á tener partidarios, comprados á fuerza de oro, en Italia y en Alemania. Para saciar la insaciable avaricia de éstos, y pagar las tropas que tenian ó aparentaban tener á devocion de don Alonso, era necesario oprimir con tributos los pueblos de Castilla y desatender las principales obligaciones del estado; y los sueldos, pensiones y acostamientos que la corona debia á los ricoshombres por sus servicios estaban sin pagar.

Esta negligencia sirvió de pretesto á los personages que tenian mas influjo en el reino para mover alteraciones. Los Laras, Haros, Castros, Cameros, Mendozas y otros muchos señores, teniendo á su frente al infante don Felipe, hermano del rey, se reunieron en la villa de Lara é hicieron liga defensiva y ofensiva contra el rey. La omision en la paga de los sueldos era solo el pretesto. Su objeto principal fue impedir que se introdujesen en la legislacion española las máximas del derecho comun que el rey consignaba

en la obra de las Partidas, y que eran contrarias á los privilegios de los señores.

Así es que aunque el rey, sabidor de aquellos movimientos, destruyó el pretesto pagando las pensiones que debia, no por eso se aquietaron. El intento de don Alonso era grande y digno de un rey sabio: pero requeria toda su atencion y solicitud: y la desventurada pretension del imperio le quitaba los medios de reformar la legislacion: reforma que por otra parte aun no estaba en armonía ni con las luces ni con las necesidades del siglo. Don Alonso iba muy delante de él en materia de conocimientos: y la organizacion fuerte y militar del feudalismo era todavía necesaria para reprimir á los moros de España y defenderse de los de África. En este tiempo los benimerines, bajo la conducta de su rey y caudillo Abu Jucef, habian triunfado de los almohades, casi los habian exterminado y fundaron un nuevo imperio de Marruecos, que terminadas ya las guerras civiles debia dar sumo cuidado á los cristianos de la península.

El rey juntó cortes en Burgos al año siguiente, y prometió á los confederados darles satisfaccion á juicio del congreso. Pero no quisieron asistir á él: antes pidieron licencia para resignar sus alcaidías y desnaturalizarse del reino. Tomaron esta resolucion porque pensaban pasarse á Granada, donde podian defenderse mejor contra don Alonso que en Castilla: pues el ejército del rey era muy numeroso, y éllos solo po-

dian oponer resistencias parciales y aisladas en sus fortalezas.

Al mismo tiempo empezaban en Aragon las discordias impías, que acabaron por un fratricidio, entre el príncipe don Pedro y don Fernando Sanchez, hijo natural del rey don Jaime: atrevido éste con el amor de su padre, y ofendido aquel de la predileccion. Ni Portugal estaba mas tranquilo: porque el rey don Alonso III atacó las inmunidades y los bienes eclesiásticos con mas felicidad que su hermano Sancho Capelo: pues aunque siempre que le ostigaba la corte de Roma, respondia humildemente que cumpliria sus determinaciones y devolveria los bienes á los eclesiásticos, nunca lo hizo, y cuando murió dejó agregadas á la corona todas las adquisiciones que habia hecho con aquel despojo. La verdad es que los bienes del clero eran exorbitantes en aquella época, y que los reyes eran pobres: lo que obligaba al trono á valerse en sus necesidades de lo que hallaba mas granado y mas fácil de ocupar.

Los confederados de Castilla, llevando á su frente al infante don Felipe, pasaron á Granada el año de 1273 á pesar de todos los esfuerzos que hizo el rey don Alonso para persuadirlos que no tomasen aquella violenta determinacion. Fueron recibidos del rey moro con sumo agasajo y amor: mas no olvidaron lo que debian á su nobleza, y declararon al granadino que le servirian contra todos sus enemigos excepto contra el rey de Castilla. En efecto le hicieron grandes

servicios en la guerra que sostenia aún contra los alcaides de Málaga y Guadix; éstos eran favorecidos, aunque secretamente, por don Alonso.

Murió este año Ricardo de Cornwallis, competidor del rey de Castilla á la corona del imperio, lo que alentó las esperanzas de don Alonso. Este envió algunas tropas al marques de Monferrato, partidario suyo en Italia, para que diese calor á sus pretensiones: pero la córte de Roma, que nunca se habia manifestado afecta á su eleccion, le aconsejó que renunciase á ella para que se nombrase por emperador á un príncipe que pudiese activar desde mas cerca que el castellano la guerra de Palestina. Este era el pretesto: y la verdadera razon que no querian en Alemania un emperador bastante fuerte para disputarle la supremacía que gozaba en Italia.

Las discordias entre el príncipe de Aragon y su hermano degeneraron en bandos y parcialidades, y producian muertes y asesinatos sin resultado. El rey don Jaime juntó córtes para remediar estos males. Don Pedro mostró mucha resistencia á hacer amistades con su hermano. Al fin, hubo de rendirse: pero estas paces eran solapadas y fueron seguidas en breve de mayores disturbios.

Batalla de Antequera (1273). El rey de Granada murió en el año anterior, y le sucedió su hijo Muhamad. Don Alonso de Castilla, deseando concertarse con los caballeros que estaban en Granada, para quedar libre y pasar á verse con el papa á tratar de su pretension al im-

perio, les volvió á hacer nuevas instancias para que se restituyesen al reino. Ellos respondieron que lo harian siempre que don Alonso renunciase á favorecer á los alcaides rebelados porque ya estaban comprometidos á ayudar contra éllos al rey de Granada.

Don Alonso ni podia abandonar á los que habia recibido bajo su proteccion, ni dejar suelto y libre de aquel peligro al de Granada, ni someterse á la ley que le imponian sus vasallos desnaturalizados; y así determinó hacer guerra á los moros, para lo cual reclamó de su suegro el rey don Jaime los auxilios á que estaba comprometido por los tratados. Don Jaime mandó juntar ejército en sus estados. Los de Aragon y Valencia le obedecieron: pero muchos señores catalanes rehusaron hacer este servicio, diciendo que estaban obligados á militar en el reino, pero no fuera de él. Don Jaime disimuló esta osadía por entonces: pero quiso vengarla despues, de lo que resultaron nuevas parcialidades y desgracias.

Muhamad, rey de Granada, viendo la tempestad que se movia contra él cuando aun no estaba seguro de la cooperacion de Abu Jucef, rey de Marruecos, á quien habia propuesto alianza ofensiva y defensiva contra Castilla, envió embajadores al rey don Alonso proponiéndole las mismas parias y vasallage que habia pagado á su padre San Fernando, y la restitucion de los caballeros emigrados, con tal que negase su auxilio á los alcaides de Malaga y Guadix,

como habia prometido por el último convenio.

Durante las negociaciones, se apresuró Muhamad á dar un golpe decisivo contra los alcaides. Estos habian penetrado en la vega, y habiendo hecho en ella gran botin, se retiraban con la presa hácia Málaga. El rey salió contra éllos con todo su ejército, acompañado del infante don Felipe y de los caballeros castellanos, y los alcanzó junto á Antequera. Trabóse una sangrienta batalla, en que los cristianos hicieron prodigios de valor contra los aliados de su rey. El ejército de los alcaides fue roto y desbaratado, y se les quitó la rica presa que llevaban.

Este suceso dió mucho cuidado al rey don Alonso, porque disminuía su poder relativamente al de los moros, al mismo tiempo que creía mas necesario su viage á Italia y Alemania: pues la córte de Roma, resuelta á tener un emperador de su devocion, habia exortado á los electores á reunirse de nuevo: y salió electo en Francfort Rodulfo de Habsburg, que tomó inmediatamente posesion del imperio. Miró, pues, don Alonso como una necesidad urgente reconciliarse con los caballeros emigrados.

Doña Juana I, reina de Navarra (1274). A principios de este año, despues de algunas negociaciones preliminares en Alcalá la Real, se ajustaron los convenios de los señores, así como el tratado de vasallage del rey de Granada, que solo se aumentó en una suma que debia darle á don Alonso para el viage de Alemania. Con esto volvió á Córdoba el infante don Felipe con los

demas compañeros suyos, y con Muhamad, rey de Granada, que quiso venir á ver al rey de Castilla. Recibiólos muy afectuosamente en Córdoba la reina doña Violante, y pasó con éllos á Sevilla, donde el rey los recibió en su gracia, y armó caballero á Muhamad: grande honor en aquellos tiempos.

Compuestas estas cosas y desembarazado el rey de los cuidados domésticos, dejó por gobernador del reino á su hijo primogénito don Fernando, y partió por Aragon á la ciudad de Leon de Francia, donde entónces celebraba un concilio el pontífice Clemente IV. Ya se habia visto con su Santidad el rey don Jaime de Aragon con la solicitud de ser coronado por la misma mano del papa: pero habiéndosele hecho saber que para conseguirlo era necesario que ratificase un tributo ofrecido á la santa Sede por su padre don Pedro II, no quiso venir en ello, y se volvió á Cataluña.

En esta ocasion, deseando castigar la desobediencia de los barones catalanes, que el año anterior no habian querido tomar las armas para la guerra que amenazaba de Granada, les mandó que le entregasen los castillos y fortalezas que tenian. Esto produjo una confederacion semejante á la de los ricoshombres de Castilla, cuyo gefe era el vizconde de Cardona, y despues el hijo del rey don Fernando Sanchez, siempre revoltoso, siempre descontento de su hermano. El rey tomó las armas para reprimirlos: los confederados le amenazaron con que se desnatura-

lizarian del reino. Este era un golpe terrible para los monarcas en aquel tiempo: porque todos temian perder una nobleza tan ilustre y valiente, y de cuyas armas tendrian necesidad á la primer ocasion.

Templóse, pues, don Jaime, y puso la cuestion en juicio de árbitros. En esta situacion estaban las cosas de Cataluña cuando llegó á Barcelona el rey don Alonso de Castilla. Pasó con su suegro don Jaime las pascuas de Navidad, y despues se puso en camino para continuar su viage á Leon de Francia, donde esperaba conferenciar con el sumo pontífice sobre su pretension al imperio.

Este año falleció Enrique, rey de Navarra, último de la dinastía de Champaña, dejando una hija de edad de tres años, llamada Juana, por heredera del reino, bajo la tutela de su madre doña Blanca, hija de Roberto, conde de Artois, hermano de San Luis. Juntáronse córtes del reino, en que fue reconocida la heredera, y con acuerdo de ellas nombró la reina viuda gobernador del reino á don Pedro Sanchez de Monteagudo, señor de Cascante.

Guerra con los reyes de Granada y Marruecos: jornadas de Écija y de Martos: invasion de los aragoneses en el reino de Granada: bandos de Navarra (1275). Apenas salió de España el rey don Alonso de Castilla, se coligó Muhamad, rey de Granada, con Abu Jucef, rey de Marruecos, para reconquistar la Andalucía. El primero cedió al segundo las plazas de Tarifa

y Algeciras, para que le sirviesen de punto de apoyo y de retirada. El marroquí desembarcó en la segunda de estas plazas con 17000 caballos y numerosa infantería, y despues de enviar á Granada un cuerpo auxiliar, se dirigió hácia Ecija; mientras Muhamad penetraba con su ejército por el reino de Jaen, haciendo en él terribles talas y destrozos.

Esta invasion fue repentina para los castellanos, que habian visto recientemente firmar el tratado de Alcalá la Real. Don Nuño de Lara, uno de los caballeros emigrados que habian vuelto á su patria el año anterior, era adelantado de la frontera de Écija: pero solo tenia á sus órdenes, como en tiempo de paz, fuerzas muy inferiores á las del rey de Marruecos. Sin embargo, no desmintió ni su intrepidez, ni su nobleza: y teniendo en poco el gran número de los enemigos en comparacion del valor castellano, salió al encuentro á Abu Jucef. Peleóse con increible encarnizamiento, hasta que al fin triunfó el número. Lara murió peleando como buen caballero, y los suyos se retiraron á Écija, dejando hecho tal estrago en los moros, que Abu Jucef no se atrevió á pasar adelante y concluyó la campaña talando la frontera del reino de Sevilla.

El de Marruecos mandó cortar la cabeza á don Nuño, y enviarla al rey de Granada: el cual, apenas la vió, esclamó pesaroso: ¡*ay mi buen amigo! no me lo merecias*: porque don Nuño fue uno de los que mas le favorecieron en

la guerra contra los alcaides rebeldes. Mandó embalsamar la cabeza, ponerla en una caja de plata y enviarla á Córdoba para que la enterrasen.

Entretanto las tropas granadinas despues de haber hecho gran botin en el reino de Jaen, se presentaron delante de Martos con intento de sitiarla. Ya en este tiempo el infante gobernador don Fernando habia reunido la gente de Castilla, encomendando á don Sancho de Aragon arzobispo de Toledo é hijo del rey don Jaime, las mesnadas de Toledo, Cuenca, Madrid y Talavera. Dirigióse con ellas á Andalucía á marchas forzadas, debiéndole seguir don Lope Diaz de Haro con los escuadrones de Castilla la Vieja. Don Sancho adelantó con prontitud hasta Martos. Los moros, por no perder la presa que habian hecho, se retiraron; y el arzobispo, porque no se le escapasen con ella, los acometió con la desventaja del número sin aguardar á don Lope Diaz.

Los moros rodearon y desbarataron el pequeño cuerpo de los cristianos, hicieron prisionero á don Sancho, y los africanos y granadinos se disputaron aquel ilustre cautivo, queriendo los primeros remitirle á su rey Abu Jucef, y los segundos que fuese prisionero del de Granada. La querella llegó hasta ser enojo, y ya iban á emplear las armas unos contra otros, cuando Aben Atar, capitan de reputacion entre los moros, dirimió la controversia, degollando al arzobispo con su alfange y diciendo: "no es razon

que por un perro se maten tan esforzados capitanes como están aquí."

Don Lope Diaz no tardó en llegar con su gente, recogiendo los dispersos y fugitivos de la derrota, y acometió á los moros con tanto ímpetu que rompió sus escuadrones y recobró la cruz que servia de bandera á la mesnada del arzobispo y que habia caido en poder de los enemigos: pero éstos se rehicieron con tanto valor que pelearon todo el dia sin reconocerse ventaja. La noche dividió los combatientes, y los moros se retiraron ántes de amanecer por no arriesgar el botin.

El infante gobernador don Fernando, sabida la desgracia de Martos, aceleró su marcha á Andalucía con la gente que habia allegado. Al llegar á Ciudad Real del calor y cansancio del camino le sobrevino una enfermedad que le arrebató en pocos dias en la flor de su edad. A este príncipe, heredero de la corona, se le dió el sobrenombre de *la Cerda*, por una muy grande con que nació en el pecho: apellido con que es conocida toda su descendencia.

El infante don Sancho, hijo segundo del rey, juntó con toda celeridad la gente de Castilla, marchó á Córdoba y á Sevilla, puso á buen recaudo las plazas de la frontera, y previno una armada para cortarle al rey de Marruecos la vuelta al África. Abu Jucef, apenas lo supo, se retiró á Algeciras para hallarse mas próximo en caso de peligro.

Al principio de este año juntó don Jaime de

Aragon córtes en Lérida para sosegar amistosamente las alteraciones de los catalanes. Fue notable un acta de estas córtes, en que se estableció que la sucesion del reino fuese en línea recta, y hasta haber fallecido todos los varones de esta línea no se pasase á la transversal. En virtud de esta acta fue jurado heredero de la corona el infante don Alonso, hijo del príncipe don Pedro, y de su esposa doña Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia y último resto ya de la casa de Suevia.

No habiéndose convenido los señores con el juicio de las córtes, fue menester apelar á las armas. Don Jaime, á pesar de su avanzada edad, sitió el castillo de Rosas, donde se habian encerrado el conde de Ampurias y otros caballeros refractarios, y los obligó á ponerse en sus manos, al mismo tiempo que el príncipe don Pedro daba un espectáculo horrendo á la humanidad. Sitió á su hermano y enemigo don Fernando Sanchez en el castillo de Pomar. Don Fernando, previendo inevitable la entrega, procuró escaparse: fue cogido por los soldados de don Pedro, y ahogado por órden de éste en las aguas del Cinca, sin que aparezca de la historia que don Jaime, entregado todavía, aúnque septuagenario, á amoríos ilícitos haya ni aun reprehendido esta crueldad.

Sosegados los alborotos de Cataluña, llegaron las infaustas nuevas de los sucesos de Andalucía y de Castilla, y don Jaime, encargado por don Alonso de la defensa del reino de Murcia,

envió á su hijo don Pedro con un buen ejército hácia aquellos paises. El príncipe, tan valiente y activo como su padre, puso en buen estado de defensa la plaza de Murcia, penetró en el territorio de Almería , y sacó de él inmenso botin.

Mientras tantos y tan desagradables sucesos pasaron en España, el rey don Alonso de Castilla estaba en Beaucaire, ciudad de Languedoc sobre el Ródano , exponiendo al sumo pontífice sus inútiles derechos á la corona imperial y al ducado de Suevia. A nada dió oidos Clemente IV: y todo lo que don Alonso, sabidor ya de la guerra de los moros y de la muerte de su hijo, pudo recabar de la córte de Roma fue que se le concediesen por seis años las tercias de los diezmos para hacer guerra á los mahometanos. Volvióse á Castilla algo desabrido con el papa, y sin renunciar á sus pretensiones: pues escribió cartas á sus partidarios de Italia firmándose emperador electo , y les prometió pasar con ejército à Italia y á Alemania en dejando compuestas las cosas de Castilla. Los negocios que este reino y su propia familia le suscitaron le impidieron cumplir esta promesa.

Entretanto perdia Navarra la profunda tranquilidad de que habia gozado por tantos años. Las córtes de Francia, Castilla y Aragon , codiciosas de poseer aquel reino, deseaba cada una darle un rey, y á la niña reina su futuro esposa. Don Pedro Sanchez de Monteagudo, gobernador del reino, se inclinaba al casamiento en Aragon : su principal émulo don García Almo-

ravid, al de Castilla: y la reina viuda doña Blanca, que era de la casa real de Francia, y que deseaba conservar aquella corona en su familia, salió secretamente con su hija de Navarra, se refugió en París é imploró la proteccion del rey Felipe el Atrevido.

La ausencia de la reina viuda rompió todo freno á la animosidad de los partidos. Dividióse el reino en bandos, y vinieron á las manos no solo en los campos, sino en la misma capital del reino, donde los habitantes de la Navarrería, que eran del partido de Almonacid, peleaban frecuentemente con los del Burgo de San Saturnino (llamado de San Cernin). La reina, de acuerdo con el rey de Francia, nombró gobernador del reino á Eustaquio de Bellamarca, caballero muy estimado por su valor y su prudencia. Apenas llegó el gobernador á Pamplona y juró los fueros, empezó á tomar disposiciones vigorosas: castigó á algunos mas atrevidos, y sosegó el pais por algun tiempo.

Don Pedro III el Grande, rey de Aragon. (1276). Las parcialidades de Navarra estaban quietas en apariencia no mas: porque las de Aragon y Castilla se exasperaron mucho y se prepararon á estallar cuando supieron que la reina viuda habia contratado casar á su hija con Felipe, hijo mayor del rey de Francia, pero niño todavía, y el mismo que despues reinó con el sobrenombre de Hermoso.

En fin el rey don Alonso volvió á Castilla, donde halló un gran partido á favor de su hijo

el infante don Sancho. Este príncipe activo, valeroso, inteligente habia puesto en pocos dias en estado de defensa la línea del Guadalquivir, y obligado al rey de Marruecos á retirarse á Algeciras: pero estas ventajas y la gloria que adquirió con ellas no eran mas que escalones para elevarse al trono en oposicion á don Alonso y don Fernando, hijos del príncipe don Fernando de la Cerda, y de dicha Blanca su esposa, hermana de Felipe el Atrevido, rey de Francia. Los partidarios de don Sancho suponian que todos los derechos de la familia de la Cerda habian caducado por la muerte de don Fernando antes de suceder en la corona.

El caso era en efecto nuevo en la monarquía castellana y ninguna ley lo habia previsto. El rey don Alonso habia establecido en las Partidas el principio de la sustitucion, por el cual debian heredar los hijos del padre difunto al abuelo: pero aquel código no se habia reconocido por ley de la nacion, y el principio de mayor inmediacion al tronco, admitido en las sucesiones civiles por la ley de los visigodos, se aplicó en este caso.

Don Sancho, considerando que semejantes cuestiones se deciden comunmente por la espada, para hallarse desembarazado de guerras estrangeras en caso de oposicion, solicitó de su padre que se hiciesen treguas con los moros: y así se hizo, siendo plenipotenciario para firmarlas el célebre don Alonso de Guzman, que mereció despues á costa de la

muerte de un hijo el sobrenombre de *Bueno*.

El rey don Alonso, vencido por las solicitudes de don Sancho y de un gran número de ricoshombres, contra su propia opinion, consignada en las Partidas y contra el precedente establecido el año anterior para Aragon en las córtes de Lérida, declaró al infante heredero de la corona. Felipe, rey de Francia, reclamó contra este acto por medio de sus embajadores, pidiendo que se declarase el derecho de sucesion de los Cerdas, y que en todo caso se restituyese á doña Blanca la dote, y se la permitiese pasar á Francia con sus hijos. El rey de Castilla accedió á la primera de estas demandas, pero no á la segunda. Felipe irritado hizo preparativos de guerra: mas no llegó á romperse por la mediacion del papa Juan XXI.

Muhamad, rey de Granada, desembarazado en virtud de la tregua de la guerra con Castilla, deseoso de vengarse de la invasion que el rey don Jaime habia hecho el año anterior en el territorio de Almería, envió al reino de Valencia con alguna gente al célebre Alazdrach para que sublevase los moros que vivian de paz entre los cristianos. Alazdrach consiguió sublevar á Montesa y otros lugares: pero habiendo perecido en un asalto que dió á la villa de Alcoy, quedaron los moros valencianos entregados á su propia debilidad. Pedro Fernandez de Hijar, otro hijo natural de don Jaime, entró por fuerza de armas á Beniopa, pueblo cercano á Gandía: pero don García de Azagra y el maestre del

Temple cayeron en una emboscada que los sublevados les pusieron junto á Luchente, en la cual pereció don García y el maestre fué hecho prisionero.

El rey don Jaime, aunque enfermo y oprimido por los años, se hallaba en Játiva dando actividad á las operaciones militares. Agravósele el mal, y pasó á Alcira, por ser de temple mas benigno, y falleció en esta villa. Don Jaime fue grande hombre y grande príncipe: pero faltó muchas veces á sus promesas, y fue muy dado á la deshonestidad, cuyos frutos amargaron toda su vida. Cometió el yerro de dividir sus estados, y de dejar materia perpétua de disensiones á sus descendientes. Su hijo mayor don Pedro sucedió en Aragon, Cataluña y Valencia, y su hijo segundo don Jaime en Mallorca con título de rey y en los condados de Rosellon y Mompeller: pero su hermano don Pedro le obligó á que le reconociese vasallage.

Al año siguiente de 1277 huyeron secretamente á Aragon la princesa doña Blanca y sus hijos, favorecidos y acompañados de doña Violante, reina de Castilla, que amaba entrañablemente á sus nietos y los veía con sumo dolor privados de la sucesion. Ayudó mucho para la fuga don Juan Nuñez de Lara, amigo personal del príncipe difunto don Fernando, y que arriesgó su casa y estado, refugiándose tambien en Aragon, por cumplir esta que creía deuda de la amistad.

Castilla y Francia reclamaron á los infantes

de la Cerda y á su madre: pero el rey de Aragon, cuyas miras políticas se estendian mas lejos que las de ambas córtes, hizo prenda de los infantes sin romper con ninguna de las dos coronas, bajo el pretesto que no podia negar su auxilio á ningun desvalido que se pusiese bajo su proteccion. Entretanto acometió á los moros rebeldes de Valencia, los encerró en Mòntesa, y los obligó á capitular y á someterse.

Castilla se manchó con un fratricidio como pocos años antes se habia manchado Aragon. El infante don Fadrique, hijo de San Fernando, y don Simon de los Cameros fueron muertos de órden del rey don Alonso: el primero ahogado en su casa de Burgos, y el segundo quemado con la habitacion en donde se hallaba. La causa no se sabe: pero por justa que fuese, la historia debe estigmatizar con todos sus anatemas un asesinato: y tal lo es la muerte del delincuente mas atroz cuando no es precedida del competente juicio.

Sitio y batalla naval de Algeciras: matanza de Pamplona (1278). El rey don Alonso de Castilla renovó la guerra con los moros por no perder el derecho á las tercias que para ella le habia concedido la córte de Roma, y envió á su hijo el infante don Pedro con un lucido ejército para poner sitio á Algeciras mientras la armada castellana ocupaba el Estrecho. Los moros se defendieron con grande intrepidez, y el cerco fue largo.

Entretanto continuaban las negociaciones de

Castilla y Francia con Aragon para la entrega de los Cerdas. El rey don Pedro solo concedió que la reina de Castilla doña Violante volviese á su marido; la princesa doña Blanca á Paris, y que él guardaria los infantes. Fue necesario conformarse con esta resolucion. Blanca se trasladó á la córte de su hermano, acompañada del leal Nuñez de Lara, y los infantes Cerdas habitaron el fuerte castillo de Játiva, prisioneros, aunque bien tratados, de la política.

La reina doña Violante necesitaba de dinero para volver á Castilla. Su hijo el príncipe don Sancho, que deseaba verla, aunque solo fuese por separar de sus rivales á su madre y ganarle á favor suyo, sabiendo que un judío de Sevilla tenia en su poder una suma considerable destinada á los gastos del sitio de Algeciras, se la quitó y la remitió á su madre para el viage.

Esta violencia de don Sancho produjo efectos muy funestos. Los soldados que sitiaban á Algeciras, privados de víveres y pagas por la falta de aquel dinero, y acometidos del calor empezaron á enfermar y á desertarse igualmente del ejército que de la armada.

Abu Jucef, rey de Marruecos, que preparaba en Tanger un convoy para socorrer la plaza, sabiendo que las naves cristianas estaban con poca gente por causa de los muchos enfermos que habian transferido á tierra, salió con la suya al mar, atacó al enemigo, y quemó gran parte de sus buques: algunos se refugiaron á Cartagena. Desembarcó despues en Algeciras.

El infante don Pedro hubo de levantar el sitio salvando la gente que pudo y dejando en poder de los moros las máquinas y muchas armas y bagages que no fue posible recoger. Así se malogró con gran pérdida é ignominia, por las intrigas de la córte, una empresa tan importante. Fernando III habia descendido todo entero al sepulcro.

Pamplona era entonces teatro de mayores calamidades. La prudencia del gobernador de Navarra Eustaquio de Bellamarca habia podido reprimir por algun tiempo el ímpetu de las facciones irritadas por el influjo que ejercian sobre ellas las tres potencias estrangeras. Don García Almonacid, animado por las tropas de Castilla, que estaban cerca de las fronteras, reuniendo sus partidarios y haciéndose fuerte en la Navarrería, obligó al gobernador á retirarse al castillo y á fortificarse en él. Asesinó despues en su misma cama á su rival Monteagudo, y durante muchos dias no hubo en aquella infeliz ciudad mas que horrores y atrocidades. Los de la Navarrería llevaban el furor hasta estrellar contra las paredes los niños de sus enemigos que podian haber á las manos.

Estos infortunios concluyeron con otro mayor. El rey de Francia, obligado por las instancias del gobernador, envió un ejército á Navarra al mando del conde de Artois, padre de la reina viuda: pero habiendo los partidarios de Almoravid ocupado los puertos de Navarra, pasaron las tropas francesas el de Santa Cristina en el

reino de Aragon, y llegaron sin dificultad á vista de Pamplona. Las tropas castellanas que llamadas por Almoravid venian desde el Ebro, se retiraron apenas supieron el número superior de los franceses. Este movimiento obligó á Almoravid y á los principales caudillos de su faccion á buscar un asilo en Castilla contra la tempestad que les amenazaba.

El conde de Artois hubiera querido entrar en Pamplona por capitulacion, é impedir la ruina de aquella nobilísima ciudad: pero la codicia de algunos soldados que temian verse privados del botin si se admitia plática, anticipó el asalto, despues del cual todo fue matanza, violacion, saqueo, sin perdonar ni á los sepulcros de los reyes. El fuego consumió á lo que no alcanzaba el hierro. Cuando la ciudad fue un monton de escombros se proclamó la paz. Así concluyeron los bandos de Navarra, producidos por la ambicion de sus barones y por el maquiavelismo de las potencias estrangeras.

Don Pedro de Aragon lidiaba entonces contra una confederacion de los señores de Cataluña, irritados porque no les habia jurado sus fueros. Era gefe de los confederados el conde de Urgel. Don Pedro, superior en las artes de la política á todos los monarcas de su siglo, ganó á los mas de los rebeldes casando á uno de sus hijos con la hija del conde de Fox, uno de los mas poderosos; y el de Urgel, viéndose solo, hubo de someterse.

Don Dionís, rey de Portugal (1279). Alon-

so III, rey de Portugal, que toda su vida luchó contra las inmunidades del clero, encargó al morir á su hijo y heredero don Dionisio, llamado vulgarmente Dionís, que restituyese los bienes de que se habia apoderado y resarciese las violencias que habia cometido. Don Dionís no hizo mas que imitar el ejemplo de su padre: y aun don Alonso de Castilla lo siguió tambien. El poder temporal de Roma iba destruyéndose como un andamio á proporcion que el cuerpo social, formado y mantenido por su influencia, aumentaba en instruccion.

El infante don Sancho, resuelto á hacer entrada en la primavera de 1280 en la vega de Granada, envió delante á don Gonzalo Ruiz Giron, maestre de Santiago, con alguna tropa de su órden. Cayó en una celada que le pusieron los moros, donde perecieron la mayor parte de los que le acompañaban, y él sacó graves heridas de que murió pocos dias despues. Esto no impidió al príncipe entrar con todas sus fuerzas en la vega, donde no encontrando quien le saliese al apósito, hizo grande destrozo y se volvió á Sevilla con riquísimo botin.

En esta capital dió un nuevo disgusto á su padre sobre el que le habia dado apoderándose del dinero reservado para el sitio de Algeciras. Don Alonso, ó queriendo castigar aquella falta en el judío, depositario de la suma, ó por otros delitos, mandó llevarle al suplicio. Don Sancho arrancó á el reo de las manos de la justicia, y le dió libertad.

Parecióle grande al rey esta demasía. Entonces estaba preparando su viage á Francia á verse con el rey Felipe para transigir por la mediacion de Roma la querella de la sucesion de Castilla. Llegó hasta Bayona, y Felipe hasta Mont de Marsan, y por las disputas de la precedencia no se vieron: pero sus ministros se reunieron en Auch, é hicieron un convenio que fue aprobado por los monarcas; segun el cual don Sancho debia suceder en la corona de Castilla, y darse á don Alonso de la Cerda el reino de Murcia como feudo de aquella corona. Esto era ofender al infante y no dejar contento al desposeido: pero don Alonso no estaba entonces bien con su hijo, y le pareció conveniente este medio de evitar una guerra con Francia.

El casamiento del infante don Jaime de Aragon con la hija del conde de Fox no se verificó, y los turbulentos barones de Cataluña volvieron á levantarse. El rey marchó contra éllos, les obligó á encerrarse en Balaguer, los sitió en esta plaza, la rindió y envió al conde de Fox al castillo de Sirvana, y á los demas al de Lérida, donde los tuvo presos algun tiempo.

En la campaña de 1281 hizo entrada el rey don Alonso en las tierras de Granada. Llevaba la vanguardia el infante don Sancho, y arrebatado por su ardor, dejó muy atras el resto del ejército y llegó cerca de la ciudad. Los moros salieron contra él en gran número, lo que hizo huir á muchos de los que le acompañaban: pero él con los mas valientes se arrojó entre los ma-

hometanos, hizo en éllos gran destrozo y se sostuvo con increible denuedo la mayor parte del dia. Al fin hubiera perecido, porque el número de los enemigos se aumentaba á cada momento, á no llegar su padre con el grueso del egército para sacarle del peligro. Talóse la vega, y los castellanos se volvieron á Sevilla con gran botin de cautivos y ganados.

Concluida esta expedicion, celebró el rey córtes en Sevilla para pedir subsidios con que proseguir vigorosamente la guerra contra los granadinos. En estas córtes hizo pública la transaccion que habia firmado con el rey de Francia sobre la disputa de la sucesion de la corona. El príncipe don Sancho resuelto á no consentir que se desmembrase el reino de Murcia se salió de las córtes, y se fué á Córdoba. Siguiéronle los de su partido, y todos los que estaban malcontentos del rey, que eran muchos: los procuradores del reino, por los grandes tributos que habia impuesto sobre los pueblos para la expedicion de Alemania y despues para la guerra de los moros, que fué consecuencia de aquella expedicion: los ricoshombres, por la voluntad de Alonso, mal disimulada, de destruir, ó por lo menos atenuar los privilegios feudales; y el clero, porque sus bienes é inmunidades eran frecuentemente invadidos por los ministros del rey. El infante don Manuel, hijo de San Fernando, siguió á su sobrino don Sancho por cariño, la reina doña Violante por odio contra su marido, á quien no perdonó

nunca la desheredacion de sus nietos, y los infantes don Pedro y don Juan, hijos de don Alonso, por la esperanza de aumentar su poderío á favor de aquellas revueltas.

Guerra civil en Castilla. Vísperas sicilianas: don Pedro III de Aragon, rey de Sicilia: batalla naval de Mecina (1282). Don Sancho, resuelto á apoderarse del gobierno, hizo treguas con el rey de Granada que las deseaba, imponiéndole un tributo moderado; y concluyó tratados de alianza con los reyes de Portugal y Aragon. Juntó córtes en Valladolid de todas las ciudades de Castilla y Leon que se declararon por él, y en ellas fué nombrado *gobernador del reino*. El pretesto de este atentado era que don Alonso por su edad y por sus achaques no estaba ya para gobernar.

El rey don Alonso por su parte intimó á todos los pueblos la obligacion de obedecerle como á su señor natural: pero solo Badajoz le reconoció. Su autoridad no se estendia mas que á esta plaza y á Sevilla donde tenia su córte. Privado del auxilio de los príncipes cristianos de España, hizo alianza con Abu Jucef, rey de Marruecos: el cual, orgulloso con el título de protector de un monarca tan esclarecido, pasó á la Andalucía con un egército, y unió sus tropas con las del hijo de San Fernando, no como vasallo, sino como aliado.

Don Sancho acometió á Badajoz y fué rechazado. Igual suerte tuvieron don Alonso y Abu Jucef delante de Córboba: despues de 21

dias de sitio hubieron de retirarse á Sevilla. Pero el partido del rey iba mejorándose en Castilla: porque los infantes don Pedro y don Juan, descontentos de don Sancho por no haber hallado en él toda la deferencia que esperaban, procuraron atraer los territorios de Leon y de Salamanca á la obediencia del rey: y el maestre de Santiago, movido por las órdenes del papa, interesado por la causa de la justicia, separó del dominio de don Sancho todos los pueblos de su maestrazgo. Así se encendió en el reino de Castilla el fuego de la guerra civil.

Entretanto perecia en Sicilia la flor de la nobleza de Francia que habia seguido á Cárlos de Anjou á la conquista de la Italia meridional. En el tomo XIX de esta obra, en el capítulo adicional de la historia de Italia, describimos muy á la larga la conjuracion de Juan de Proquita para libertar á Sicilia del poderío de los franceses, la matanza de casi todos los que estaban en la isla conocida con el nombre de *Vísperas sicilianas*, y la proclamacion por rey de Sicilia de don Pedro, rey de Aragon, como marido de Constanza, único resto de la infeliz casa de Suevia, antigua señora de aquellos reinos.

Don Pedro de Aragon sabidor de la conspiracion habia salido de su reino, dejando por gobernadores á su esposa y á su hijo mayor don Alonso, en una poderosa armada que se equipó en Cataluña con el dinero que dió para ella Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, enemigo

tambien de Cárlos de Anjou y partícipe de la conjuracion. El pretesto del armamento era hacer guerra al rey de Tunez, y en efecto, un hermano de éste, conjurado contra él, habia prometido á Don Pedro hacerle dueño de muchas plazas si se presentaba con fuerzas respetables en aquellas aguas.

La armada arribó á Arcoil, y desembarcó alguna gente que se apoderó de unos pueblos, destruyó otros, ganando tiempo hasta que se verificase la explosion de Sicilia. Cuando toda la isla se levantó y degolló á los franceses vinieron embajadores sicilianos á Arcoil que ofrecieron á don Pedro la corona. El rey la aceptó, embarcó su gente, y navegó á Palermo, donde fué recibido con grandes aclamaciones de júbilo. Marchó despues á Mecina, sitiada por el rey Cárlos de Anjou, le obligó á levantar el sitio; y la armada aragonesa, mandada por el infante don Jaime, hijo segundo de Pedro III, consiguió una señalada victoria contra la de los angevinos en las aguas del estrecho de Sicilia, apresando 20 velas y haciendo 4000 prisioneros.

Así comenzó la guerra entre aragoneses y angevinos, que con el tiempo se convirtió en odio nacional entre españoles y franceses, y esta fué la ocasion en que nuestros soldados, limitados hasta entonces á recobrar de los moros el suelo patrio, se presentaron en los campos de batalla de Europa con la superioridad adquirida en tan contínua lid contra los sarracenos. Los aragoneses, que ya nada tenian que conquistar de los

moros en la península, encontraron en Sicilia é Italia un vasto campo á su ambicion y actividad.

Al año siguiente se apoderó el rey don Pedro de muchas ciudades en la Calabria meridional, y dejando en Sicilia á la reina Constanza y á los dos infantes Jaime y Fadrique sus hijos, volvió á España para el desafio que le habia aplazado en Burdeos Carlos de Anjou, rey de Nápoles, y defender sus estados contra Felipe el Atrevido, rey de Francia, sobrino y alido del de Nápoles. El desafío no se verificó: pero su presencia fué muy útil en su reino para rechazar las armas francesas é impedir el efecto de las censuras que fulminó la córte de Roma.

Entretanto el príncipe don Sancho triunfaba en Castilla y Leon de todos sus contrarios. Ocupó á Talavera, Cáceres y Alcántara, que los maestres habian restituido á la obediencia del rey: ganó al infante don Pedro concediéndole la villa de Tordesillas y la dignidad de canciller mayor: arrojó de Leon y Palencia al infante don Juan y á don Alvaro de Lara, y los obligó á refugiarse á Sevilla, y sometió la Rioja, donde el infante don Jaime, hijo del rey don Alonso, y don Juan Nuñez de Lara, que habia venido con el egército frances contra Aragon, habian ocupado algunas plazas fuertes.

En Andalucía hubo algunos movimientos sin resultado. Abu Jucef penetró en el reino de Granada para apartar á Muhamad de la alianza de don Sancho. Un cuerpo castellano que le acompañaba se volvió porque los moros rece-

laban de él; y al pasar por cerca de Córdoba, tuvo un encuentro con las tropas que salieron de esta ciudad, y las venció. Abu Jucef se volvió al Africa sin haber hecho nada contra Muhamad, príncipe de su misma religion. Mas cuidado daba al príncipe don Sancho el testamento que hizo su padre en 8 de noviembre hallándose indispuesto: porque en él le desheredó, y legó su corona á don Alonso de la Cerda, hijo mayor de don Fernando. Para evitar este golpe, trató de ajustarse con su padre por mediacion de su muger doña María de Molina, hija de don Alonso de Molina, hermano de San Fernando y de doña Beatriz, reina viuda de Portugal, hija de Alonso X. Este revocó su testamento: pero á 22 de enero de 1284, continuando su enfermedad, hizo un codicilo legando al infante don Juan su hijo los reinos de Sevilla y Badajoz.

En este tiempo cayó enfermo de mucho peligro el príncipe don Sancho. Esta noticia agravó el mal de su padre que le amaba mucho á pesar de su ingratitud, y le ocasionó la muerte. Perdonó á don Sancho, y falleció el 4 de abril de 1284 á los 32 años de reinado y 63 de edad, y fué sepultado al lado de sus padres en la capilla real de la catedral de Sevilla.

De su muger doña Violante de Aragon, hija de don Jaime el Conquistador, tuvo á doña Berenguela, á quien dió la ciudad de Guadalajara, y vivió en ella sin casarse, haciendo vida egemplar: á doña Beatriz, que casó con Guiller-

mo, marques de Montferrato, y aliado de don Alonso en sus pretensiones al imperio: á don Fernando de la Cerda, que falleció antes que su padre, y fué ascendiente de los duques de Medinaceli: á don Sancho, que le sucedió en la corona: á don Pedro, que tuvo sucesion heredada en el señorío de Ledesma: á don Juan, que tuvo tres hijos: á don Jaime, que murió sin sucesion el mismo año que su padre; á doña Violante, que casó con don Diego Lopez de Haro; á doña Isabel, que casó en una familia noble de Murcia: y á doña Leonor, que falleció antes que su padre.

De una señora, llamoda doña María Daulada, tuvo un hijo natural, que fué don Alonso, por sobrenombre Niño, el cual casó con doña Blanca, señora de Molina é hija del infante don Alonso de Molina: tuvo de ella dos hijas que murieron sin sucesion y antes que su madre. Don Alonso Niño falleció, y su viuda cedió el señorío de Molina á su hermana doña María, muger del príncipe don Sancho. De doña María Alfonso, hija natural de Alonso IX, rey de Leon, tuvo á doña Berenguela, que murió sin sucesion.

De doña María Guillen de Guzman tuvo á doña Beatriz, que casó con Alonso III, rey de Portugal, á doña Urraca que casó con don Pedro Nuñez de Guzman, y á don Martin, que se dedicó al estado eclesiástico, y fué abad de Valladolid. De doña Beatriz consta que fué hija natural: mas no se sabe si los otros dos fueron

habidos antes ó despues de su matrimonio con doña Violante de Aragon.

En don Alonso el Sabio se mezclaron grandes cualidades con vicios de no menor consideracion: pero combinados de tal manera que si su reinado fué poco glorioso y desgraciado á causa de sus defectos, las buenas prendas de este rey adelantaron sobremanera la civilizacion moral é intelectual de Castilla. Su vanidad insensata é impolítica que le movió á solicitar el imperio, y á reclamar sus derechos sobre Suevia y Gascuña, le empeñó en profusiones y liberalidades con sus partidarios de Italia y de Alemania, que fueron causa de todas las calamidades de su reinado: porque ellas le obligaron á no respetar los bienes de los pueblos, ni los privilegios de la nobleza ni del sacerdocio, y á descuidar la expedicion de Africa, que su padre hubiera llevado á cabo, y á hacer la guerra contra los moros tibia y flojamente. En fin la muerte de su hermano don Fadrique fué un verdadero asesinato, tanto mas culpable en don Alonso cuanto conocia mejor que otro ninguno las reglas de la justicia y del derecho comun que quiso introducir en el reino.

Dejemos ya este aspecto desagradable de su carácter para no contemplar en él sino el hombre superior á su siglo, y que influyó tanto en la ilustracion pública, no solo recorriendo todos los ramos del saber humano, sino tambien haciendo grandes esfuerzos para propagar los conocimientos. Fué el primer hombre de la Europa mo-

derna que conoció lo absurdo del sistema celeste de Ptolomeo: y el dicho que se le atribuye: *si Dios se hubiera aconsejado conmigo para la formacion del mundo, hubiera salido mejor la obra*, aunque atrevido y mal sonante en lo material de la expresion, no es mas que una refutacion irónica del método complicado de los epiciclos. Las tablas astronómicas que él mandó construir, y que por su nombre se llamaron *alfonsinas*, fueron las primeras que conoció el mundo sabio. Costóle su redaccion grandes sumas: pues fué necesario traer á mucha costa de Egipto los astrónomos mahometanos que las formaron bajo la direccion del rey.

Este príncipe fué poeta no despreciable para su siglo, si ha de juzgarse por las cántigas que quedan de él: contribuyó mucho á la perfeccion del idioma: pues entre el lenguage de las Partidas y el de los escritos inmediatamente anteriores hay una diferencia que parece de dos ó tres siglos. Cultivó la historia, y mandó escribir una Crónica general de España: en fin, él mismo escribió algunos libros sobre Filosofía, Cosmografía y Física.

Pero la principal, la mas célebre de sus obras, la que le grangeó una gloria que jamas perecerá, fué el código de las Partidas, obra portentosa por la filosofía y el estilo para el siglo en que se escribió. Ya don Fernando III el Santo conocia la necesidad de uniformar y arreglar las leyes de los diferentes estados que componian su reino; y dejó encargado á su

hijo este trabajo tan difícil como conveniente.

Los códigos que entonces tenia la nacion eran el Fuero juzgo, el de Leon y el viejo de Castilla, ademas del célebre fuero municipal de Sepulveda, que se dió á la mayor parte de las ciudades conquistadas de los moros. El Fuero juzgo, esto es, la coleccion de leyes de los visigodos, sobrevivió á la ruina de su monarquía, y fué acatado y tenido como principal codigo en los pequeños reinos de Asturias, Navarra y Aragon al principio de la reconquista.

Pero era imposible que aquellas leyes pudiesen adaptarse al nuevo espíritu, á las necesidades ni á la situacion del pueblo, tan diferentes bajo todos aspectos del espíritu, las necesidades y la situacion de la monarquía visigoda. Empezáronse, pues, á introducir los juicios por *fazañas y alvedrios*: es decir, por arbitrariedad y costumbre bajo los nombres de equidad natural y de egecutoria. Este era un gran mal, y se trató de remediarlo.

El conde Fernan Gonzalez de Castilla se hizo independiente del reino de Leon, donde aun todavía dominaba el Fuero juzgo: y los castellanos ó por deseo de nuevas leyes, ó por odio á la antigua dominacion, quemaron en Búrgos todos los egemplares que pudieron encontrar del código de los visigodos. Pero poco antes (en 940) el conde, reconquistada de los moros la villa de Sepúlveda, le dió el fuero que lleva su nombre, y que aplicado á casi todos los

pueblos realengos de España de alguna consideracion fué una de las fuentes de la legiscion castellana.

No muchos años despues don Alonso V, rey de Leon, dió en las córtes celebradas en esta ciudad el año de 1020 (las primeras de que se conservan actas) el fuero llamado de Leon: y casi al mismo tiempo promulgó el de Castilla el conde don Sancho Garces; fuero tan bien recibido de los castellanos que dieron por nombre al legislador *Don Sancho el de los nuevos fueros.* Este código conocido con el título de *Fuero viejo de Castilla* se fué aumentando sucesivamente por las leyes promulgadas por los monarcas siguientes.

Faltaban á estos códigos la unidad, el órden, y sobre todo los verdaderos principios del derecho civil, desconocidos en la edad media, ó por lo menos desusados en los tribunales seglares hasta el descubrimiento de las Pandectas de Justiniano. Conservábanse todavía los alvedrios, favorables á la prepotencia feudal: la aristocracia se hallaba bien con un sistema tan arbitrario de leyes, pero los pueblos sufrian.

Juzgó el rey don Alonso que era conveniente crear un cuerpo nuevo de legislacion en que todas las materias estuviesen metodizadas y establecidas sobre los verdaderos principios del derecho comun, y no sobre situaciones excepcionales, que eran las que habian servido de fundamento á los códigos anteriores, hechos para una nacion cuyo estado habitual era la guerra,

y por tanto la milicia la profesion mas distinguida y privilegiada en la sociedad. Con este intento escribió las Partidas: pero previendo los obstáculos que hallaría el nuevo sistema de legislacion que queria introducir, quiso probar el terreno, promulgando el Fuero real, dado como un código municipal para Valladolid que no lo tenia, y el cual estaba fundado en las mismas máximas que desenvolvió con mas estension en las Partidas.

La tentativa no salió bien. El Fuero real fué tan mal recibido por los grandes y poderosos, interesados en el antiguo desórden, que don Alonso no se atrevió nunca á presentar las Partidas como una ley, sino como un libro privado: tanto mas cuanto las pretensiones al imperio á principios de su reinado y los alborotos civiles al fin no le dejaron tiempo ni poder para una empresa que requeria un monarca mas desocupado y querido. Sin embargo, apenas falleció don Alonso empezó su libro á ser tan estimado como merecia; sus máximas fueron generalmente adoptadas: las leyes que se promulgaron despues se redactaron con arreglo á aquellas máximas; y aunque las Partidas no tuvieron fuerza de ley hasta el reinado de Alonso el Onceno, biznieto del Sabio, su espíritu dominó desde mucho antes en la legislacion castellana.

Estos son los títulos de Alonso X á la inmortalidad. Poco previsor en su política, poco feliz en sus empresas y guerras, su reinado es sin embargo muy notable en los anales de la

civilizacion. No lo es menos por haberse verificado á fines de él la adquisicion del reino de Sicilia por el rey de Aragon: acontecimiento de la mayor influencia en el acrecentamiento ulterior de la monarquía española.

CAPÍTULO XXXVII.

Don Sancho IV el Bravo.

Don Sancho IV el Bravo, rey de Castilla y de Leon. Sitio de Jerez: paz entre Castilla y Marruecos: sitio de Gerona. Batallas navales de Rosas: Alonso III, rey de Aragon. Muerte del de Haro: guerra con Aragon. Conferencia de Bayona: combate de Chinchilla. Don Jaime II, rey de Aragon: paz entre Castilla y Aragon: batalla de Montalto. Guerra con Marruecos: batalla naval de Tanger: conquista de Tarifa. Sitio de Tarifa por los moros.

Don Sancho IV *el Bravo, rey de Castilla y de Leon* (1284). Don Sancho fue mejor rey que hijo: muy celoso del esplendor de la corona, muy atento á castigar los delincuentes y bandoleros que se habian multiplicado en gran manera con la licencia de los alborotos anteriores. Su primer cuidado fue pasar á Anda-

lucía, donde el infante don Juan, aunque solicitó reinar en Sevilla por el codicilo de su padre, no se lo permitieron los caballeros que habian permanecido mas fieles á don Alonso, y hubo de ir con éllos á recibir á su hermano á Córdoba, y ofrecerle la obediencia como á su rey natural.

Don Sancho tenia que temer de Roma que no queria dispensar en su matrimonio con su tia segunda María de Molina: de Francia, que sostenia las pretensiones de los Cerdas al reino de Murcia: del rey de Aragon, en cuyo poder estaban los infantes de la Cerda; y del rey de Marruecos, con quien estaba en guerra. Acudió antes que á todo á este enemigo, que habia hecho entrada por los territorios de Bejer, Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules. Retiróse con el botin apenas se presentaron en el campo los castellanos: pero la armada genovesa, mandada por el almirante Benito Zacarías de la misma nacion, que militaba al sueldo de Castilla, acometió á la de Abu Jucef cuando pasaba de Algeciras á Africa, y apresó un gran número de buques y quemó los restantes. El rey de Marruecos volvió á su córte como fugitivo en un buque pequeño. Esta guerra se emprendió por una expresion altiva de don Sancho; porque despues de la muerte de su padre, Abu Jucef le envió embajadores que le manifestasen cuán fácil sería hacer la paz. El rey de Castilla les respondió: *en una mano tengo el pan, y en otra el palo, que*

escoja lo que quiera. El de Marruecos irritado comenzó las hostilidades.

Don Sancho procuró estrechar la alianza con el rey don Pedro de Aragon, que era el que mas daño le podia hacer favoreciendo la pretension de sus sobrinos los Cerdas: y asi cedió á favor de don Pedro el antiguo derecho que la corona de Castilla pretendia tener al señorío de Albarracin, de que era entonces poseedor don Juan Nuñez de Lara. Este caballero, siempre fiel á la causa de los Cerdas, estaba en Tudela de Navarra, é hizo algunas incursiones en Rioja, que fueron rechazadas por don Lope Diaz de Haro; mas no pudo defender á Albarracin, que sitió y rindió el rey de Aragon.

Entretanto la armada aragonesa, mandada por el célebre Rugero Lauria, despues de apoderarse de la isla de Malta y de diez navíos angevinos que halló en el puerto, pasó á vista de Nápoles y destruyó una escuadra de 70 velas mandada por Cárlos, hijo y heredero de Cárlos de Anjou, haciéndole prisionero. Fue guardado primero en la ciudadela de Mecina, y trasladado despues á Cataluña.

Este año aprobó el papa la concordia que hizo el anterior el rey don Dionís de Portugal con su clero. Empezaban ya á distinguirse los límites de la autoridad espiritual y de la temporal, confundidos durante los siglos de la barbarie: y las querellas que aquella confusion y las mútuas pretensiones suscitaban se

dirimian por medio de concordatos, en los cuales perdia siempre algo el poder temporal del clero.

Sitio de Jerez: paz entre Castilla y Marruecos: sitio de Gerona: batallas navales de Rosas. Don Alonso III, rey de Aragon (1285). El rey de Marruecos pasó este año á Andalucía con poderoso ejército, y puso sitio á Jerez; mas no pudo tomarla por la valerosa resistencia de la guarnicion. El rey don Sancho marchó en defensa de la plaza, y el enemigo se retiró. Abu Jucef, deseoso de la paz que le aseguraria la posesion de Tarifa y Algeciras, envió embajadores al de Castilla, que tambien queria estar desembarazado de la guerra de los moros para asistir al rey de Aragon, acometido entonces por todo el poder de Francia. Así no tardó en firmarse la paz; su principal condicion fue que el de Marruecos pagaria á don Sancho una suma de 2 millones de maravedís.

Entretanto don Pedro de Aragon se prevenia contra la terrible tempestad que le amenazaba. La córte de Roma le habia depuesto, y dado la investidura de su reino al conde Cárlos de Valois, hermano del rey de Francia. Para poner en ejecucion esta sentencia, Felipe el Atrevido marchaba con poderoso ejército hácia el Pirineo de Cataluña. Don Pedro pidió á su hermano don Jaime, rey de Mallorca y conde del Rosellon y de Mompeller, que le ayudase con sus tropas contra Francia; pero don Jaime, ó temeroso del poder de Felipe, ó

queriendo aprovechar esta ocasion para hacerse independiente del vasallage á que le habia sometido su hermano, no respondió como el rey deseaba. Don Pedro tomó inmediatamente una resolucion vigorosa: y marchando con un cuerpo de buenas tropas á Perpiñan, donde estaba su hermano, sorprendió la plaza, y se apoderó de don Jaime y de toda su familia. Don Jaime consiguió escaparse.

Entretanto el rey de Francia, al frente de un ejército compuesto de ochenta mil infantes y veinte mil caballos, invadió el Rosellon, ocupó á Perpiñan, tomó por asalto á Elna, degollando su guarnicion, pasó el Pirineo por el valle de Bañols, estando defendidos los demas pasos por el rey don Pedro, ocupó á Rosas y á Castellon de Ampurias, y se puso sobre Gerona, que defendia don Ramon Folch, vizconde de Cárdona, con muy buena guarnicion. El rey de Aragon, no pudiendo campear contra ejército tan numeroso y valiente, despidió las milicias de los concejos, y se apostó en las alturas inmediatas á la plaza, desde las cuales hacia grande daño al enemigo interceptando sus convoyes, y matando y apresando á los franceses que se separaban del grueso de su ejército.

Al mismo tiempo apareció en las marinas de Cataluña la armada francesa con 30 galeras cargada de víveres para el ejército frances, y los desembarcó en Rosas. Al punto se movieron contra ella las fuerzas navales del rey de Aragon. Ramon Morquet acometió con 20

galeras á 30 enemigas que se hallaban cerca de Rosas, y las derrotó apresando la mayor parte de ellas. Poco despues llegó el terrible Lauria de los mares de Italia, reunió á su armada las divisiones de Ramon Morquet y de Berenguel Mayol, acometió la enemiga, la destrozó enteramente, desembarcó algunas tropas, y se apoderó de los almacenes que el enemigo tenia en Rosas.

Entretanto se continuaba el sitio de Gerona con increible tenacidad; y ni las derrotas marítimas, ni la falta de víveres que la victoria de Lauria produjo en el ejército frances, ni una enfermedad que lo disminuyó mucho, ni los frecuentes rebatos y daños que sufrian los sitiadores de las tropas de tierra aragonesas, pudieron apartar á Felipe del sitio de Gerona hasta que la obligó á capitular, bien que á condiciones honoríficas. El honor de las armas francesas quedó puesto en salvo; pero su ejército estaba muy disminuido, y le era imposible continuar la empresa de la conquista de Aragon: por lo cual, dejando en la plaza buena guarnicion, se volvió á Francia. En el paso de los Pirineos por el col de Pertus, donde se habia apostado un cuerpo aragonés, perdió tambien mucha gente, y se acabó de desorganizar el floreciente ejército con que habia pasado á España. El rey don Pedro cercó á Gerona, y la guarnicion francesa capituló con buenas condiciones, dándosele salvo conducto para pasar á Francia.

La muerte igualó á los tres príncipes rivales: porque á principios de esta campaña falleció Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, y al fin de ella Felipe el Atrevido en Perpiñan, y Pedro de Aragon en Villafranca de Panadés. Al rey de Nápoles sucedió su hijo Cárlos II, prisionero entonces en Cataluña: al de Francia su hijo Felipe IV el Hermoso, casado ya con Juana, reina de Navarra; el de Aragon dejó los estados de esta corona á su hijo mayor don Alonso, y el reino de Sicilia á su hijo segundo don Jaime. Pedro de Aragon tuvo el sobrenombre de *Grande* por su valor y espíritu, que adquirió á su familia una nueva corona, y que le dió fuerzas para resistir á la confederacion poderosa de Roma y Francia; pero la historia no puede disculpar la muerte que mandó dar á su hermano.

La situacion de estas potencias era ya diferente; porque ni Felipe el Hermoso tenia tanto interés como su padre en hacer rey de Aragon á Cárlos de Valois su tio, ni el nuevo rey don Alonso III era culpado en lo que la córte de Roma llamaba la usurpacion de Sicilia. Por otra parte Eduardo I, rey de Inglaterra, príncipe valiente y poderoso, y muy respetado en Europa, ofreció su mediacion, porque una hija suya estaba tratada de casar con el rey de Aragon. La querella, pues, con respecto á este rey se convirtió en una lid diplomática que fue muy larga. La ventaja estaba de parte de don Alonso, dueño de la persona del rey de Nápoles.

Don Alonso cuando murió su padre se hallaba con ejército en las Baleares, que sometió despojando del dominio de aquellas islas á su tio don Jaime, rey de Mallorca. En esta expedicion acabaron de salir de ellas los mahometanos que las habitaban, capitulándose en la rendicion de las plazas que serían transportados al Africa.

Don Alonso volvió al continente, y halló que los ricoshombres y ciudades principales de Aragon habian formado una alianza llamada *union*, en virtud de la cual declaraban el privilegio de negarle la obediencia si no les guardaba sus fueros. Ejemplos de esta confederacion se habian visto ya en Cataluña, en el mismo Aragon y en Navarra durante la menor edad de la reina doña Juana; pero nunca hubo casos de esta especie ni en Castilla ni en Leon, donde el principio monárquico era mas fuerte.

Don Alonso se sometió á la necesidad: reconoció el privilegio de la union; y los confederados, no contentos con este triunfo, impusieron á su monarca otra ley: y fue, que reunidos doce ricos hombres y los procuradores de las ciudades formasen una comision para nombrar los oficiales y consejeros del rey: lo que era reducir á un mero aparato la autoridad de la corona. El rey hubo de sufrir tambien esta durísima condicion.

Entretanto don Sancho de Castilla, libre de la guerra de los moros, mitigados los recelos de la que habia entre Francia y Aragon,

y reducida á negociaciones diplomáticas la cuestion pendiente con Francia sobre la sucesion de los Cerdas, tenia sin embargo dentro de su mismo reino una guerra mas peligrosa en la turbulencia de sus ricos hombres, que él mismo suscitó cuando levantó el estandarte de la rebelion contra su padre, y que acibaró todo el resto de su reinado. Don Lope Diaz de Haro, que habia sido el que mas se declaró á favor suyo en la querélla con su padre, orgulloso por su nacimiento, riquezas, poderío y servicios, no podia sufrir la concurrencia de otro alguno en la gracia del rey. Atizábale el infante don Juan, príncipe perverso y que solo se alimentaba de desórdenes. Aumentó el mál la venida á Castilla del infante don Enrique, hijo de San Fernando, que muerto Cárlos de Anjou obtuvo su libertad. Su carácter maligno y amigo de novedades era conocido en toda Europa. Don Sancho, aunque de condicion dura y dotado de un valor indomable, lo que le granjeó el título de *Bravo*, procuraba con suma prudencia manejar aquellos ánimos altivos y feroces; en lo que le auxilió mucho la prudencia de su muger doña María de Molina, generalmente querida y venerada por la superioridad de su talento y por sus virtudes.

En 1286 se propuso en fin un proyecto de tratado, en virtud del cual Cárlos, rey de Nápoles, deseoso de adquirir la libertad, renunciaba á favor del infante don Jaime la isla de Sicilia y las adyacentes, contratándose para

mayor seguridad dos matrimonios: el de don Jaime con Blanca, hija del rey de Nápoles, y el de este príncipe con la infanta doña Violante, hermana del rey de Aragon. Todas las partes interesadas estaban ya convenidas en estos artículos; pero la córte de Roma, que era la principal como soberana del reino de las Dos Sicilias, se negó á aprobarlos.

Las turbulencias de Castilla continuaban. El rey para ganar con beneficios á don Lope de Haro le dió el título de conde, desusado desde los tiempos de San Fernando, le hizo administrador general de las rentas reales, permitió el matrimonio de su hija doña María con el infante don Juan, viudo á la sazon, y dió á su hermano don Diego de Haro el cargo de adelantado de la frontera de Andalucía. El nuevo conde abusó de los beneficios del rey, quiso someter á su administracion todos los grandes, acortándoles los sueldos que gozaban de la corona y las rentas de sus estados. Al mismo tiempo, por sugestion de su yerno el infante don Juan que deseaba la anulacion del matrimonio del rey con María de Molina, entró en negociaciones secretas con el rey de Aragon por medio del vizconde de Bearne: negociaciones dirigidas á dar importancia en caso de necesidad á los derechos de los Cerdas.

Don Alvaro de Lara, uno de los mas agraviados de don Lope, se pasó á Portugal, se confederó con el infante don Alonso, hermano del rey don Dionís, y rebelado entonces con-

tra él, é hicieron los dos muchos daños en las fronteras de entrambos reinos. Don Sancho se avistó con el rey de Portugal, y en esta conferencia conoció que el origen de los males consistia en la prepotencia del de Haro; y para neutralizarla restituyó al de Lara todos los estados y dignidades que se le habian quitado. Don Alvaro falleció poco despues, y le sucedió su hermano don Juan Nuñez de Lara, llamado el menor para distinguirlo del otro don Juan Nuñez de Lara tantos años desnaturalizado de Castilla, á quien incitó don Sancho para que volviese á ella á gozar de su gracia y de sus estados y dignidades. Don Juan, considerando ya como perdida la causa de los Cerdas, aceptó, y fue recibido con sumo agrado de la córte y grande enojo del partido de los Haros.

Muerte del de Haro: guerra con Aragon (1288). El despecho de don Lope de Haro le llevó á su perdicion. Juntó soldados y comenzó á hacer daños en las tierras del rey; mientras su yerno el infante don Juan, habiéndose retirado á Portugal con su gente, hizo desde la frontera entrada en el territorio de Ciudad Rodrigo, y lo taló. El rey hizo lo posible para cogerlos presos, pero no pudo conseguirlo. Al fin, despues de muchas conferencias que tuvo con el conde, en las cuales afectaba éste la mayor insolencia en sus contestaciones, convinieron en ajustar sus desavenencias en un congreso de prelados y se-

ñores que se celebró en Alfaro. Concurrieron á él el infante y el conde.

La primera propuesta que hizo el rey fue que don Lope le entregase las fortalezas que tenia de la corona. El orgulloso ricohombre no fue dueño de sí mismo al oir esto: levántase, y llamando en alta voz á los suyos, saca la espada contra don Sancho; lo mismo hizo el infante. Pero un guardia del rey le cortó la mano de una cuchillada, y otro le tendió muerto dándole con la maza en la cabeza. El infante hirió á algunos; pero cargando todos sobre él se refugió al cuarto de la reina: siguióle el rey jurando que habia de matarle. La reina le templó, y don Juan fue enviado á un castillo.

Este infausto acontecimiento puso en armas todo el partido de los Haros. Pero la actividad del rey no le permitió hacerse fuerte en ningun lugar del reino. Treviño, Haro y toda Vizcaya fueron sometidas fácilmente por las tropas reales: y don Diego de Haro, hijo del difunto, el adelantado de Andalucía, con todas las tropas y señores adictos á aquella casa, pasaron á Aragon, donde persuadieron al rey don Alonso III que era fácil con el poder de tantos ricos hombres restituir la corona de Castilla á su legítimo señor el infante don Alonso de la Cerda. El de Aragon que creyó siguiendo este partido ganar amigos en las córtes de Francia y Roma, dió libertad al de Cerda, que fue proclamado rey de Castilla en

Jaca, y prometió auxiliarle con sus fuerzas en terminándose las negociaciones con Francia que entonces se hallaban en buen estado; porque Cárlos, rey de Nápoles, habia prometido, si se le daba libertad, hacer que la córte de Roma accediese á la cesion de Sicilia. En efecto, se le dejó ir libre pagando 54000 maravedís de plata por su libertad, y dejando en rehenes por el resto de su rescate y por el cumplimiento de los demas artículos del tratado á sus dos hijos Luis y Roberto y 60 caballeros de su condado de Provenza.

La guerra entre Aragon y Castilla no produjo resultado alguno de consideracion. El rey don Alonso quiso poner sitio á Almazan; pero cuando llegó la encontró bien prevenida, y ademas tuvo que ir al Pirineo para rechazar las hostilidades que hacia en Cataluña su tio don Jaime, conde de Rosellon y rey desposeido de Mallorca. Quedaron, pues, los Haros en la frontera de Castilla con su gente, é hicieron entrada en las tierras de Cuenca y Alarcon. Don Sancho hizo otra en las de Tarazona, sin mas efecto de una y otra parte que arruinar los pueblos. La accion mas importante que hubo fue junto á Pasaron, donde Ruy Perez de Sotomayor, encargado por el rey don Sancho de defender la frontera de Cuenca, fue vencido y muerto por don Diego de Haro, hermano de don Lope, y llamado el mayor para distinguirlo del otro don Diego, hijo del difunto.

Habia entonces en Badajoz dos bandos, el de los bejaranos y el de los portugaleses, familias poderosas que de un litigio habian pasado á hostilidades. Los portugaleses quitaron sus tierras y heredades á los bejaranos; el rey mandó restituirlas; y al tiempo de leer la provision real, se movió una cuestion, cuyo término fue sacar los bejaranos las armas ocultas que llevaban, dar sobre sus contrarios que estaban sin ellas, y matar á todos los que no huyeron.

Cometida la atrocidad, temiendo la justicia del rey que no dejaba impunes semejantes delitos, se apoderaron los bejaranos del castillo, y proclamaron rey á don Alonso de la Cerda. Pero estaban muy lejos las fuerzas que podian socorrerlos; y los priores del Temple y de san Juan con la gente de Andalucía sitiaron la plaza y la obligaron en breve á capitular. Prometiéronseles las vidas salvas; mas no se les cumplió la palabra: porque apenas entraron los soldados, pasaron á cuchillo los vecinos sin distincion de sexo: castigo merecido, pero mal ejecutado contra la fé pública. Estos sucesos pertenecen al año de 1289.

Conferencia de Bayona: combate de Chinchilla (1290). El rey don Sancho pasó este año á Bayona á conferenciar con Felipe el Hermoso sobre dos cuestiones importantes: una fue un tratado de alianza que concluyeron contra el rey de Aragon, enemigo de ambos, otra el negocio de la sucesion de los Cerdas: convi-

niéronse en que se daria á don Alonso el reino de Murcia con perpétuo vasallage á Castilla.

Las frecuentes violaciones de la fé pública y las murmuraciones y rumores de los malsines de palacio hicieron temer á don Juan Nuñez de Lara, suspicaz por carácter y por experiencia, que el rey don Sancho queria prenderlo. La reina supo sus temores y trató de disiparlos; pero se aumentaron cuando habiendo pedido don Juan algunas alcaidías en calidad de rehenes, no tuvo don Sancho por conveniente concedérselas. Túvose por perdido en Castilla, y se pasó á Aragon, donde aumentó el partido de los Haros, sus capitales enemigos en otro tiempo.

No fue inútil á la causa que abrazó; pues poniéndose al frente de un cuerpo de tropas hizo notables daños en el territorio de Cuenca. Al retirarse con el botin le alcanzaron en Chinchilla las tropas del rey. Tomó posicion, y las recibió con tanto denuedo que las obligó á huir desbaratadas, dejando en el campo muchos muertos y algunas banderas. Despues penetró en los términos de Molina, Sigüenza, Atienza, Berlanga y Almazan, sin que el rey, enfermo entonces peligrosamente de unas cuartanas, pudiese acudir á remediar los males y estragos que causó.

Al fin la reina doña María consiguió que volviese á Castilla y al servicio del rey, prometiéndole para su hijo la mano de Isabel de Molina su sobrina, y por seguridad las forta-

lezas de Castrogeriz, Trastamara y San Estcban de Gormaz. Lara aceptó porque estaba descontento del rey de Aragon que no habia querido restituirle el señorío de Albarracin.

Don Jaime II, rey de Aragon: paz entre Castilla y Aragon: batalla de Montalto (1291). Don Juan de Lara, siempre atormentado por las hablillas de los cortesanos, se separó de nuevo del servicio del rey, y huyó á Portugal, donde unido con don Juan Alonso de Alburquerque, ricohombre de Portugal, poderoso en la frontera de ambos reinos, hizo entrada y graves daños en Galicia. El rey don Sancho, por mediacion de don Dionís, rey de Portugal, los ganó á entrambos con beneficios, y para ligar mas al de Lara, contrató el matrimonio de su hijo el infante don Alonso con doña Juana, hija de aquel ricohombre. En esta ocasion dió libertad á su hermano el infante don Juan, y se reconcilió con él para contrapesar el demasiado ascendiente que los Laras iban tomando en el reino.

Al fin se hizo la paz entre Aragon de una parte y Francia y Roma de otra, obligándose don Alonso III, rey de Aragon, á no dar auxilio ninguno á don Jaime, rey de Sicilia; porque el pontífice se mantuvo tenaz en no separar aquella isla del reino de Nápoles. Cárlos de Valois renunció á la investidura del reino de Aragon, dándosele por resarcimiento el ducado de Anjou, patrimonio de Cárlos de Nápoles. Pero todas estas disposiciones fueron

inútiles. Cuando el rey don Alonso se preparaba á celebrar su matrimonio con Leonor, hija del rey de Inglaterra, fue acometido de una repentina enfermedad que en breve le llevó al sepulcro.

Como falleció sin sucesion, su hermano segundo don Jaime, rey de Sicilia, vino inmediatamente á España á coronarse rey de Aragon, dejando el gobierno de la isla á su madre doña Constanza y á su hermano menor don Fadrique. Apenas recibió el cetro, envió á Sicilia á don Blasco de Alagon, uno de los mejores capitanes y mas hábiles políticos de su tiempo: el cual tomando el gobierno del ejército siciliano, ganó al rey de Nápoles junto á Montalto, plaza que Cárlos tenia sitiada, una señalada victoria, y con ella conservó la superioridad de las armas aragonesas en Sicilia.

Don Jaime de Aragon, amenazado de las armas de Francia, juzgó conveniente apartarse de la política belicosa de su hermano y antecesor don Alonso contra Castilla, y renovó con don Sancho la antigua alianza que tenia su padre el rey don Pedro. Esto era muy conveniente al castellano porque habia temores de guerra con Abu Jacob, rey de Marruecos, hijo y sucesor de Abu Jucef; y la paz con Aragon le libertaba del continuo recelo que le causaban las pretensiones de don Alonso de la Cerda.

Guerra con Marruecos: batalla naval de Tánger: conquista de Tarifa (1292). Don

Juan de Lara, no pudiendo mas con su genio inquieto y caviloso, se volvió á separar del servicio del rey, que sitió y tomó los castillos que le habia dado, y don Juan buscó el antiguo asilo que habia tenido en el reino de Francia. Entretanto el rey estrechó la amistad con el de Aragon, recibiendo bajo su poder y custodia los hijos del rey de Nápoles, que estaban como rehenes en Cataluña para entregarlos á su padre en caso de que se compusiese con don Jaime II.

Cuando Muhamad, rey de Granada, llamó á Abu Jucef, rey de Marruecos, para que le auxiliase en la guerra que pensaba hacer á don Alonso el Sábio, rey de Castilla, y que referimos en su lugar, le cedió á Tarifa y Algeciras como plazas de seguridad en caso de retirada. Concluida la guerra muy desventajosamente para el rey de Granada, el marroquí no solo conservó aquellas dos plazas, sino se apoderó de Málaga mediante la entrega que le hizo su alcaide rebelado, como ya digimos, contra el granadino. Muerto Abu Jucef, y sucediéndole su hijo Abu Jacob, Muhamad se concertó con el valí de Málaga, le cedió la villa y fortaleza de Salobreña, y recobró aquella ciudad importante. Al mismo tiempo temeroso de la venganza y el poder del de Marruecos convirtió en paces las treguas que tenia en Castilla, é hizo alianza con don Sancho contra Abu Jacob.

Este, deseando recobrar el señorío de Má-

laga, y vengarse de los castellanos y granadinos, pasó á Andalucía este año y puso sitio á Bejer; mas no solo la halló muy bien fortificada y prevenida, sino tambien supo que una armada poderosa de cristianos no tardaria en presentarse en el Estrecho: lo que le obligó á pasar al Africa para preparar la suya.

En efecto, don Sancho hizo concurrir á aquella costa muchos navíos de Vizcaya y Asturias, una division genovesa de doce galeras mandada por Benito Zacarías, cuyos buenos servicios habia experimentado en otra ocasion, y otra aragonesa que pidió al rey don Jaime á las órdenes de Berenguel de Montlibio.

Apenas llegó Zacarías, y reunió sus fuerzas con las de Vizcaya y Asturias, acometió la escuadra marroquí que estaba delante de Tanger, compuesta de 27 buques: apresó 13 y quemó todos los barcos de transporte que habia en el puerto. El rey don Sancho llegó con su ejército á Sevilla el 24 de mayo, y emprendió inmediatamente el sitio de Tarifa, que fue largo y sangriento: pero como la armada cristiana guardaba cuidadosamente el Estrecho, é impedia todo socorro de Africa, hubo de capitular la plaza el 21 de setiembre. Esta adquisicion, importante no dejaba en poder de los marroquíes mas que la fortaleza de Algeciras, y extendia la frontera castellana hasta el Estrecho de Gibraltar.

Al año siguiente comenzó á abusar el infante don Juan de los beneficios del rey, y

unido con don Juan de Lara el menor hizo estragos en la tierra de Treviño. El rey salió contra éllos. Lara se le sometió, y obtuvo su perdon; el infante se pasó á Portugal, y se confederó con Alburquerque para hacer guerra en las fronteras. En este tiempo habia llegado á Castilla, y vuelto al servicio del rey, Lara el mayor, descontento de la acogida que habia encontrado en Francia. Encargóle don Sancho la salida contra el infante y Alburquerque; pero fue prisionero en un reencuentro, aunque poco despues le puso el infante en libertad.

Sitio de Tarifa por los moros (1294). Como insistiese el infante don Juan en su propósito de hacer daños en la frontera de Castilla, don Sancho exigió de su aliado el rey don Dionís de Portugal que no le permitiese dentro de su reino. El portugues, deseando conservar la buena inteligencia con su vecino, despidió al infante y le mandó salir de sus estados. El infante se embarcó para Francia; pero habiéndole arrojado una tempestad á las costas de Africa, determinó quedarse en la corte de Marruecos, donde fue muy bien recibido de Abu Jacob, como lo eran en los paises de los moros todos los caballeros desnaturalizados de Castilla.

Trataba entonces el marroquí de hacer una expedicion á Andalucía para recobrar la plaza de Tarifa. Don Juan le propuso que le diese el mando de 5000 hombres de caballería y

alguna infantería, prometiendo con aquella gente rendir la plaza. Aceptó Abu Jacob la oferta, y el infante desembarcó con las tropas en la costa cercana, y puso sitio á la plaza.

El rey la habia dado en tenencia, cuando la conquistó, al maestre de Calatrava: pero siendo exorbitantes los acostamientos que pedia para defenderla, don Alonso Perez de Guzman se ofreció á ser su alcaide y gobernador por menos sueldo, y el rey don Sancho se la dió con esta condicion. Tenia, pues, muy buena gente de presidio, que rechazó todos los asaltos de los moros causándoles mucha mortandad. Irritado el infante don Juan de no poder salir con su empresa á fuerza de armas, meditó la atrocidad mas ruin de que se hubiese visto ejemplo en España.

En una de las aldeas comarcanas se criaba un hijo pequeño del gobernador don Alonso, llamado Pedro. Don Juan hizo que una partida de moros se apoderase del tierno niño, y lo trajese al campamento. Cuando lo tuvo en su poder pidió plática al gobernador de Tarifa, que se asomó al muro, dejando la mesa en que estaba comiendo. Mostróle el infante á su hijo, y le anunció que "si no le rendia la plaza le degollaria á su vista." El infeliz padre conoció toda la extension de su infortunio; pero resuelto á cumplir con su deber, les arrojó su espada desde el adarve diciendo: *si os falta acero, ahí teneis el mio;* y volvió á sentarse á la mesa sin descubrirse en su

semblante ninguna señal del tormento que le aquejaba.

El infante tuvo la barbarie de cumplir su amenaza. La sangre del niño tiñó la arena de la playa; y al ver semejante maldad se levantó en los muros un grito de indignacion y de dolor de los soldados del presidio que veian tan horrible escena. "*¿Qué es eso?*" exclama don Alonso, levantándose azorado al oir el tumulto. *Señor*, *le han muerto*, le responden los mas vecinos. El héroe dijo recobrando su serenidad: *cuidé que los moros asaltaban la fortaleza.*

Los que han censurado la conducta estóica del Abraham de Castilla y el empeño que tuvo en no dar muestra alguna de sensibilidad, olvidan que su deber exigia no solo el sacrificio de un hijo, sino tambien la presencia de ánimo necesaria para no causar desaliento en su guarnicion con quejas y gemidos.

Ya á este tiempo desembocaba por el Guadalquivir la armada cristiana á las órdenes de Juan Mateo y Fernando Perez Maymon, vecinos de Sevilla; y los moros que sitiaban á Tarifa levantaron el sitio y se retiraron al Africa. El infante don Juan, cargado de la maldicion comun de infieles y cristianos, no quiso volver á Marruecos corrido de no haber cumplido la palabra que dió á Abu Jacob, y pasó á la córte de Granada. No es fácil decidir si es mas ignominioso á España haber sido cuna de este monstruo, que glorioso haber

producido un héroe como Alonso Perez de Guzman.

Levantado el sitio de Tarifa, el ejército castellano que venia en socorro de las plazas á las órdenes de don Juan Nuñez de Lara el mayor, se detuvo en Córdoba. Allí falleció este hombre que tanto atormentó á Castilla y á sí mismo con sus frecuentes variaciones. El rey de Marruecos, desengañado de lograr ninguna empresa en España, y viendo la dificultad y el costo de conservar la plaza de Algeciras, la cedió á Muhamad, rey de Granada.

Al año siguiente falleció en Toledo el dia 25 de abril el rey don Sancho IV á los 11 años de un reinado turbulento aunque no inglorioso, y á los 37 de su edad. Fue sepultado en la catedral de Toledo. De su esposa doña María de Molina tuvo estos hijos: doña Isabel, que como primogénita fue jurada heredera del reino á falta de hijos varones, y que despues casó con Juan, duque de Bretaña, y murió sin sucesion: el príncipe don Fernando, que sucedió á su padre en menor edad bajo la tutela de la reina viuda doña María de Molina: don Alonso, que falleció antes que su padre: don Enrique, que murió niño: don Pedro, que fue señor de los Cameros, y dejó una hija: don Felipe, que aunque casó no tuvo sucesion: y doña Beatriz, que casó con Alonso IV, rey de Portugal.

De doña María de Ucero, señora principal y parienta de la casa de Molina, tuvo don

Sancho una hija natural llamada Violante, que casó en la familia de Castro, y otra llamada Teresa, no se sabe si natural ó bastarda, que casó con don Juan Alonso de Alburquerque. De otra madre, no conocida en la historia, tuvo un hijo llamado Alonso, que aunque casó, no tuvo sucesion.

Don Sancho IV fue príncipe valeroso, activo, amante de la justicia, que llevaba muchas veces hasta la crueldad. Pero la ambicion no le permitió aguardar á la muerte de su padre, que le habia declarado heredero de la corona, y cometió el yerro moral y político de levantarse contra él y abreviar sus dias. De este infausto principio nacieron las turbulencias que afligieron su reinado y los siguientes; porque él mismo habia dado el ejemplo á los grandes para no respetar la autoridad de la corona cuando se oponia á sus intereses y á sus pasiones. Los reyes que le sucedieron inmediatamente tuvieron que luchar sin intermision contra esta turbulencia que durante dos siglos fue la situacion habitual de los magnates hasta el reinado de Isabel la Católica. Pero en estos bandos y disensiones no habia nunca un principio político que defender. El rey era considerado siempre como el poder supremo de la nacion; los grandes reñian ó se reconciliaban ya entre sí, ya con la corona, por adquirir nuevas tierras y dignidades, ó por satisfacer sus pasiones de ódio, envidia y venganza. Favorecia estos movimientos haber ce-

sado ya el temor que inspiraban los moros en los siglos anteriores. El valor y las prendas militares que en ellos habian adquirido los castellanos, no hallando pábulo en la guerra con los infieles, convertian su actividad contra el seno mismo de la patria: hasta que llamados á descubrir un nuevo mundo y á sojuzgar una parte considerable de Europa, hallaron los españoles una escena mas digna de sus hazañas y de sus triunfos que las mezquinas guerras entre los señores por adquirir una villa ó la alcaidía de una fortaleza.

CAPÍTULO XXXVIII.

Don Fernando IV el Emplazado.

Don Fernando IV el Emplazado, rey de Castilla y Leon. Invasion de los aragoneses en Castilla y Murcia: sitio de Mayorga: batalla de Arjona. Combate de Nágera: sorpresa de Sigüenza: sitio de Siracusa por Jaime II de Aragon. Batalla naval de Cabo de Orlando. Combate de Doraciel: sumision de los Laras. Pérdida de Lorca. Paz con Granada. Paz con Aragon: combate de Lemos. Don Luis el Hosco, rey de Navarra. Sitio de Aranda. Guerra con Granada: sitios de Algeciras y de Almería: conquista de Gibraltar: saco de Ceuta.

Don Fernando IV *el Emplazado, rey de Castilla y de Leon* (1295). El rey don Fernando de Castilla subió al trono de sus mayores á la edad de 10 años bajo la tutela de su madre, y fue proclamado y coronado en Toledo; pero al momento se levantaron contra el hijo y la madre todas las tempestades de la guerra civil y de la exterior. El rey de Granada, creyendo oportuna la ocasión, declaró

guerra á Castilla, y penetró con ejército en el territorio de Jaen: el infante don Juan con el auxilio de los mahometanos solicitó la corona alegando que el matrimonio de don Sancho IV con doña María de Molina habia sido nulo por causa del parentesco: don Diego de Haro que se hallaba en Aragon penetró en Castilla para recobrar el señorío de Vizcaya, patrimonio de sus mayores, y que el rey difunto habia dado al infante don Juan como marido de doña María Diaz, hija de don Lope de Haro. El infante don Enrique, no olvidado de su antigua turbulencia, solicitaba la tutoría del rey y del reino, para lo cual formó un partido y juntó soldados y armas. En fin, los Laras, que la reina opuso al partido de los Haros y que aborrecian al infante don Enrique, hicieron causa comun con sus antiguos adversarios; y don Dionís, rey de Portugal, asociándose al partido del infante don Juan, que penetró en Estremadura y se apoderó de Alcántara y de Coria, declaró la guerra al rey de Castilla con el pretesto de que aún no se le habian restituido las plazas de Serpa, Moura y Mouron que el rey don Alonso el Sábio habia prometido á su hija doña Beatriz, madre del portugués.

La prudencia y el valor de la reina gobernadora hizo frente á tan grandes y numerosas calamidades, buscando la fuerza verdadera del trono en el amor de los pueblos. Juntó córtes del reino en Valladolid, á lo cual se opuso don Enrique; mas no pudo impedirlo,

ni que la reina ganase los ánimos con su afabilidad y prudencia, y trajese á su partido todas las ciudades del reino: neutralizó á don Enrique dándole el título de tutor y curador del reino: mas no quiso cederle el cuidado y guarda de la persona del rey; porque sabia que mientras ella le tuviese en su poder el gobierno del reino sería suyo.

Despues que las córtes hubieron reconocido á don Fernando y concedídole la moneda forera, subsidio que habia costumbre de pagar al principio de un nuevo reinado, despidió á los procuradores despachando sus causas y solicitudes con suma benignidad. Su aplicacion al trabajo era sin igual; pues desde el amanecer hasta las tres de la tarde permanecia en el despacho sin interrupcion.

Concluidas las córtes envió á Portugal al infante don Enrique para tratar de paces con don Dionís, y se ajustaron en efecto cediéndole, como era justo, las plazas del Guadiana que reclamaba, y contratando el casamiento del rey don Fernando con Constanza, hija del rey de Portugal. Los Laras y Haros y el infante don Juan, viendo declaradas todas las ciudades á favor de la reina, se concertaron con ella recibiendo grandes sueldos los primeros y recobrando sus tierras y dignidades el infante. Esta concordia, sincéra de parte de don Diego Lopez de Haro, no lo fue de la del infante ni de los Laras, y esperaron mejor coyuntura para declararse.

Este año, en fin, se verificó la completa reconciliacion entre Aragon y Roma. Don Jaime, muy á su pesar, no solo renunció á la corona de Sicilia, y llamó á todos los aragoneses y catalanes que militaban en aquella isla, sino que se obligó á pelear contra los sicilianos hasta reducirlos á la obediencia de Cárlos, rey de Nápoles. Entregó á éste sus hijos, y casó con su hija Blanca, enviando á Castilla la infanta doña Isabel, hija de Sancho IV, que se criaba en su reino como prometida esposa suya, con el pretesto de que el papa no queria dispensar en el parentesco que tenia.

Los moros granadinos fueron derrotados por don Rodrigo Ponce, maestre de Calatrava; pero la victoria costó cara á los castellanos, porque enmedio del combate pereció aquel intrépido guerrero peleando valerosamente. La reina gobernadora nombró en su lugar por adelantado de la frontera de Jaen á don Alonso Perez de Guzman, el defensor de Tarifa.

Invasion de los aragoneses en Castilla y Murcia: sitio de Mayorga: batalla de Arjona (1296). Una conjuracion mas temible y estensa que la del año anterior se movió el presente en Castilla. Los reyes de Francia y de Aragon resolvieron favorecer la pretension de don Alonso de la Cerda al trono de Castilla: el primero por la proteccion que siempre la casa real de Francia habia dado á la familia desheredada: el segundo por adquirir el reino de Murcia que Cerda le prometió si llegaba á

verse dueño de Castilla. El infante don Juan entró en esta coalicion porque se le prometió el reino de Leon, y atrajo á ella al rey de Portugal prometiéndole algunas plazas fronterizas: los Laras adhirieron tambien por el antiguo afecto de su casa á la familia de los Cerdas; y en fin, el infante don Enrique, siempre inquieto, siempre ambicioso de tierras, sueldos y dignidades, era para la reina un aliado muy poco seguro. Solamente los Haros se conservaron fieles al rey.

Esta confederacion fue secreta al principio; porque los coligados creyeron lograr el golpe sin derramar sangre por medio de las córtes que solicitaron que se reuniesen en Palencia, á las cuales, segun sus planes, debian concurrir los dos infantes don Alonso de la Cerda y la reina doña Violante, viuda de Alonso el Sabio, que ademas de favorecer la causa de su nieto el pretendiente, reclamaba muchas villas y lugares de su viudedad. Pero este primer intento no se logró por la actividad de la reina gobernadora, que avisó á los procuradores de lo que se trataba; y asi reunidas las córtes no permitieron entrar en Palencia sino al infante don Juan con dos ó tres personas de su séquito, y rechazaron todas sus demandas.

Entonces los aliados manifestaron á las claras sus intenciones. Los Laras y el infante don Juan se despidieron del servicio del rey, y unidos con don Alonso de la Cerda, que estaba ya con ejército en la raya de Aragon, ocu-

paron la tierra llana de Castilla y todo el reino de Leon. El infante fue proclamado en aquella capital rey de Leon, y don Alonso, rey de Castilla en Sahagun, mientras don Jaime de Aragon, penetrando en Murcia, se apoderó de esta ciudad, de Alicante, de Orihuela y de casi toda la parte oriental de aquella provincia, y el rey de Granada infestaba el reino de Jaen. Castilla estaba expuesta á la mas completa ruina por los furores de sus hijos.

La reina gobernadora estaba con el rey en Valladolid. Hicieron una espedicion á Segovia para asegurar esta ciudad, donde habia muchos partidarios de los aliados, y que la prudencia de doña María conservó fiel al rey. Durante este viaje se presentó doña Violante á las puertas de Valladolid; pero los ciudadanos se conservaron leales y no la quisieron admitir. La reina envió á Andalucía al infante don Enrique, de quien desconfiaba, para que se opusiese á los moros.

Don Alonso de la Cerda queria marchar á Burgos, capital de su nuevo reino; pero á ruegos del infante don Juan se detuvo con sus tropas á ayudarle en el sitio de Mayorga, plaza que estaba aún por el rey, y que doña María habia provisto de buena guarnicion á las órdenes de don Diego Ramirez y de don García Fernandez de Sotomayor. Este sitio fue la ruina de la alianza; porque la valerosa resistencia de los cercados lo prolongó hasta los meses del calor; y se originó en los cuarteles

una epidemia de que murieron muchos aragoneses, entre éllos el infante don Pedro, hermano de Jaime II, que mandaba aquel ejército. Los demas se volvieron á su reino y con éllos el infante de la Cerda. Asi quedó desvanecida la tempestad que amenazaba á Castilla por la parte de Aragon.

La reina volvió todas sus fuerzas contra el rey de Portugal, muy desigual á ellas aun cuando se le juntaron en Simancas la gente de los Laras y del infante don Juan. Tratóse de sitiar al rey en Valladolid; pero don Juan Nuñez de Lara el menor, cabeza entonces de la familia, declaró que ni él ni los suyos pelearian contra *el pendon del rey*. ¡Lealtad estravagante que respetaba la insignia mas que la autoridad! Pero tal era el espíritu de aquellos tiempos, en que los reyes salian á campaña con su bandera delante, y corrian los vasallos rebeldes el peligro de darles muerte en la batalla. La reina madre notificó al mismo tiempo á don Dionís que si no se retiraba no esperase que su hija Constanza fuese reina de Castilla. El ejército portugués se volvió á sus fronteras.

Disipada la guerra de Aragon y Portugal, aún quedaba el peligro de Andalucía, donde el infante don Enrique hizo tan mal la guerra que habiendo venido á las manos con los moros cerca de Arjona, fue vencido, y hubiera caido en manos de los contrarios á no haber acudido en su socorro el valiente Guzman. Recogida su gente trató de hacer paces con el

rey de Granada, el cual pidió que se le entregase á Tarifa y otros 20 castillos; que se le perdonasen las parias por cuatro años, y se le pagasen mil escudos por los gastos de la guerra.

Don Enrique estaba pronto á suscribir á condiciones tan ignominiosas; pero el honrado Guzman se opuso á ellas; y solo se ajustaron treguas en virtud de la promesa que hizo el infante de que la reina accederia á aquel tratado. Volvió á Castilla, y trató de persuadirla á doña María; pero su ánimo, tan heróico como el de Guzman el Bueno, nunca quiso venir en ello.

Don Enrique hizo la guerra contra el infante don Juan y los Laras tan mezquina y desgraciadamente como la habia hecho contra los moros. Encargóle la reina el sitio de Palenzuela, plaza del reino de Leon que estaba por los rebeldes. El hizo todo lo contrario de lo que era menester hacer para tomarla, y consiguió no rendirla. Así se terminó esta campaña en que Castilla debió temer el último estrago. La reina hallaba en la ambicion del tutor del reino el mayor enemigo de la causa del trono.

Entretanto los sicilianos daban al mundo un espectáculo grandioso. Abandonados del rey don Jaime de Aragon, declararon que jamas se someterian á la casa de Anjou: proclamaron rey á don Fadrique, hermano de don Jaime, y le defendieron con el mayor teson, auxiliados por los capitanes aragoneses y cata-

lanes de tierra y mar, de los cuales muy pocos, entre éllos Roger de Lauria, obedecieron al mandato del rey de Aragon de volverse á España. Don Jaime, obligado por su alianza con Roma, Francia y Nápoles á contribuir á la reduccion de Sicilia, pasó á Italia en una poderosa armada. El papa le declaró capitan general de la iglesia, y fue recibido con grande ostentacion en Roma y Nápoles.

Las cosas de Castilla seguian en mal estado; porque el infante don Enrique no podia ser sosegado sino á fuerza de concesiones. Sin embargo, las córtes que se reunieron en 1297 en Medina del Campo ni accedieron á la entrega de Tarifa que propuso en ellas el tutor del reino, ni dejaron de conceder los subsidios que pidió la reina; pero fue preciso contentar á don Enrique cediéndole las villas de Gormaz y Calatañazor.

Doña María fue tambien feliz en el ajuste de un tratado de paz y alianza con el rey de Portugal, confirmando el matrimonio de don Fernando y doña Constanza apenas tuviesen edad para reunirse, y contratando bajo la misma condicion el de don Alonso, príncipe de Portugal, con doña Beatriz, hermana del rey de Castilla. Cediéronse á Portugal las plazas de Olivenza, Conjuela, Campomayor y San Felix de los Gallegos, y don Dionis se obligó á asistir á la reina con 300 lanzas.

Trajo este refuerzo á Castilla don Juan Alonso de Alburquerque, el cual rindió á Me-

dina de Rioseco que estaba por el infante don Juan. Don Diego Lopez de Haro y don Alonso Perez de Guzman marcharon á Castilla, donde don Juan Nuñez de Lara se habia apoderado por inteligencia de las fortalezas de Osma y Anaya, y el infante don Enrique fue al territorio de Sigüenza, amenazado por don Alonso de la Cerda. Los granadinos se apoderaron en esta campaña de Alcaudete.

Combate de Nágera: sorpresa de Sigüenza: sitio de Siracusa por don Jaime II de Aragon (1298). Don Juan Nuñez de Lara, habiendo reunido alguna gente de Navarra y Aragon, marchó con gran recato á Nágera, y se apoderó del castillo y del barrio de la Judería; pero acudió á tiempo don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, con la gente de la provincia, y desalojó al de Lara de los puntos que habia ocupado matando ó haciendo prisionera la mayor parte de su gente. Don Juan Nuñez de Lara pasó á Ampudio, que sitiaron las tropas del rey sin hacer efecto alguno por la mala inteligencia entre los capitanes sitiadores. La reina, indignada de que aquella plaza se resistiese tanto, acudió á los cuarteles, y en breve la rindió. Lara, que conocia la actividad de la reina, se habia escapado del castillo apenas llegó doña María á los reales, y retirádose á Lobaton.

Desde alli pasó á verse con don Alonso de la Cerda que estaba en Seron, y entrando en inteligencia con el gobernador del castillo de

Sigüenza, recabó de él que se lo entregase. Ocupólo su tropa una noche, y cerraron muy bien las puertas; pero los habitantes, apenas lo entendieron, pegaron fuego á la puerta y obligaron al enemigo á descolgarse por la muralla.

La reina conocia muy bien que la nacion estaba por su hijo, y que solo los intereses particulares de algunos ricoshombres, favorecidos por la política estrangera, eran la causa de los males que afligian á Castilla. Juntó, pues, córtes en Valladolid que le auxiliaron con el mismo afecto y lealtad que las anteriores. El rey de Portugal, que habia prometido asistirla en virtud del tratado del año anterior, llegó á Ciudad Rodrigo con muy buen ejército, y pasó haciendo jornadas muy cortas á Salamanca. Su actitud era mas bien la de un mediador poderoso que la de un auxiliar.

No tardaron en conocerse sus designios. Habiéndole instado la reina que reuniese sus fuerzas á las castellanas para desalojar al infante don Juan del reino de Leon, respondió que "nada haria sin hallarse presente el infante don Enrique, tutor del reino, y los procuradores." La reina desconfiaba del primero: pero alentada por la lealtad de los segundos, los mandó llamar y dió su permiso para esta conferencia, que se verificó en Toro.

El portugues persuadió facilmente á don Enrique que se dejase al infante don Juan el reino de Galicia: pero los procuradores rechazaron

con indignacion esta propuesta, dirigida á desmembrar las fuerzas de Castilla, y á ofrecer en aquella provincia una fácil presa á la ambicion de Portugal. Don Dionís se retiró enojado, y envió tropas á Galicia para obligar á sus habitantes á que se sometiesen al infante don Juan: pero los gallegos las rechazaron, y el portugues no consiguió otra cosa con aquellos movimientos que escitar la indignacion castellana por su perfidia y ambicion mal disimulada.

El rey de Granada taló la comarca de Jaen, puso sitio á esta ciudad, y asaltó y tomó el arrabal. En el ataque pereció don Enrique Perez de Arana, gobernador de la plaza. Los cristianos se retiraron á la ciudad y á la fortaleza donde se defendieron tan valerosamente que el granadino, perdida la esperanza de rendirlos, levantó el sitio, dejando demolido el arrabal: cercó á Quesada y la tomó, y así concluyó la campaña.

El rey don Jaime de Aragon, despues de haber persuadido inútilmente á su hermano don Fadrique que cediese la corona de Sicilia, pasó á esta isla con poderosa armada, se apoderó de muchas plazas, y puso sitio á Siracusa, defendida con sumo valor por Juan de Claramonte. Don Blasco de Alagon uno de los mas esforzados capitanes de su siglo, y que mandaba las tropas de Sicilia, derrotó una division del ejército aragones que se dirigia contra Petraforcia. Una parte de la armada de Don Fadrique acometió á 20 galeras de la armada de don Jaime, mandadas por Juan de Lauria, y las derrotó apre-

sando 16 de ellas. Así la empresa de arrancar la corona de la frente de su hermano comenzó á parecer á don Jaime ardua y aun imposible.

Batalla naval de cabo de Orlando (1299). El sitio de Siracusa continuaba sin esperanza de rendirla: mucho mas despues que empezaron á manifestarse enfermedades epidémicas en el ejército aragones. Esto obligó á don Jaime á retirarse de la isla y volver á Cataluña. Las plazas de Milazo, Nocera y otras que habia tomado volvieron al poder de los sicilianos.

El rey de Aragon, habiendo reunido una armada de 56 velas, volvió á Sicilia, encontró la de su hermano, que constaba de 40 buques, junto al cabo de Orlando, y la derrotó completamente, cogiéndole 18 naves y en ellas un gran número de prisioneros. Parece que solo hizo esta espedicion para vengar el desaire que recibieron sus armas en el sitio de Siracusa: pues apenas logró la victoria, se volvió á su reino, sin que las instancias de las córtes de Roma y Nápoles pudiesen moverle á volver á Sicilia contra su hermano.

En Castilla era la guerra de sorpresas é intrigas. Don Alonso de la Cerda se apoderó de Almazan por trato, y don Juan Nuñez de Lara se valió del mismo medio para tomar á Deza. Inteligencias de la misma clase tenia en Berlanga: pero sus cómplices fueron descubiertos y castigados. Despues intentó tomar á Palencia á favor de un partido que tenia en la ciudad, y envió alguna gente por la noche para ocuparla. Es-

tos soldados encendieron hachas ó para ver el camino ó para dar noticia de su venida á los cómplices, á tiempo que el sacristan de la iglesia de San Miguel se hallaba en la torre, y viendo venir aquellas luces, tocó á rebato. Púsose en armas la ciudad, y los soldados de Lara viéndose descubiertos se retiraron. Hízose pesquisa, descubriéronse los cómplices y los mas fueron castigados con el último suplicio.

Aun en Zamora y Toro, ciudades del partido del rey, hubo alborotos y tumultos originados de la lucha de las opiniones. El infante don Enrique manifestó su crueldad y avaricia en los castigos que mandó hacer para sosegarlos al mismo tiempo que la reina protegia á los perseguidos, y cuando no le era posible, les avisaba con tiempo para que huyesen de las manos del tutor. Los tiempos eran tan infelices que don Pedro Ponce y don Domingo Alvarez, caballeros particulares, tuvieron la osadía de amenazar á la reina con que se despedirian de su servicio si no daba al primero la villa de Cangas de Tineo, y al segundo la Puebla de Chillon y otros lugares, y fue necesario contentarlos por ser guerreros muy esforzados, y temiendo el contagio de su ejemplo.

El infante don Juan no cesaba de pedir socorros al rey de Portugal para sostenerse contra Castilla: pero don Dionís, que tenia su hija Constanza en la córte de Valladolid como prometetida esposa del rey don Fernando, y conocia ademas que los ánimos de los castellanos y

leoneses estaban á favor de la reina, no quiso auxiliarle. Don Alonso, infante de Portugal, y hermano del rey don Dionís, tratado de casar con una hija del infante, llevó muy á mal que don Dionís no socorriese á su futuro suegro: y haciéndose fuerte en Portalegre, que era suya, juntó algunos soldados y empezó á hacer estragos en los pueblos del rey. Don Dionís acudió prontamente con su ejército, le sitió en Portalegre y estrechó el cerco de manera que le obligó á rendirse y entregar la plaza. El rey le perdonó y le dió otros lugares agregando aquella ciudad á la corona.

Combate de Doraciel: sumision de los Laras (1300). El infante don Enrique, que habia solicitado á Mayorga, á Salamanca y á otros pueblos para que se diesen al infante don Juan, se sosegó algun tanto con el cargo de adelantado de Andalucía que se le dió este año. Esta era su táctica, cometer traiciones para lograr nuevas riquezas y dignidades. Los pueblos le aborrecian: Salamanca le respondió que "sus ciudadanos conocian sus deberes y no faltarian á ellos." La reina, enviándole á Sevilla con su nuevo empleo, tuvo gran cuidado de advertir á los gobernadores civiles y militares del pais que no consintiesen nunca en la entrega de Tarifa al rey de Granada: sobre la cual instaba siempre don Enrique, no por otro motivo sino porque sabia que con este proyecto disgustaba á la corte, de la cual sacaba partido desagradándola.

Don Juan Nuñez de Lara entró en Castilla con un cuerpo de navarros y aragoneses por el obispado de Calahorra estragando la tierra. El señor de los Cameros don Juan Alonso de Haro salió contra él, y Lara quiso retirarse á Navarra con el botin que habia hecho: pero el de los Cameros le alcanzó junto á Doraciel, le desbarató y le hizo prisionero. Esta noticia causó gran desaliento en el partido de don Alonso de la Cerda, y abandonaron el castillo de Magaz que estaba por éllos.

La reina con su actividad ordinaria promovió los sitios de Lerma, de Palenzuela y de otros castillos de don Juan Nuñez: pero la mala voluntad de los gefes impidió que se consiguiese nada. Entonces doña María recurrió al arbitrio de concertarse con los Laras, lo que logró felizmente. don Juan Nuñez volvió á la obediencia del rey, entregó las plazas que tenia, recibió mercedes y sueldos, y casó una hermana suya con el infante don Enrique, aunque este príncipe pasaba ya de los 60 años.

Daba entonces cuidado á la córte de Valladolid la empresa del rey don Jaime de Aragon contra Lorca, plaza entonces muy considerable del reino de Murcia. La reina envió á ella muy buenas tropas, y la abasteció de todo lo necesario para un largo sitio. Don Jaime, abandonada la guerra de Sicilia, manifestaba sumo empeño en la conquista del reino de Murcia.

En efecto al año siguiente de 1301 puso sitio á Lorca, la cual se defendió tan bien que no

pudo ser tomada hasta la campaña de 1302. Entretanto por los cuidados de la reina madre, y el grande aprecio que de sus virtudes hacia el sumo Pontífice, llegaron de Roma dos bulas: una para legitimar su matrimonio con el rey don Sancho y los hijos que de él habia tenido, y otra para dispensar en el impedimento de parentesco entre el rey de Castilla y la infanta de Portugal, así como entre don Alonso, heredero de este reino y la infanta doña Beatriz de Castilla.

El infante don Juan, que se intitulaba rey de Leon y Galicia, viendo sosegadas las parcialidades, conoció que no podria sostenerse, mucho mas siendo como era generalmente aborrecido. Hizo, pues, su sumision al rey don Fernando, y se redujo á la condicion de infante, creyéndola mas útil á sus intereses que un vano título que nunca podria hacer valedero. Restaba solo la guerra de Aragon y las pretensiones de don Alonso de la Cerda, que poseía en Castilla á Almazan, Deza y otras plazas de la frontera de Soria. Los castellanos pusieron sitio á Almazan: pero los infantes don Enrique y don Juan, siempre enemigos, mas siempre unidos para el mal de la patria, en vez de estrechar la plaza, se vieron en Ariza con el rey de Aragon, entablaron con él pláticas de paz y levantaron el cerco, dando por disculpa á la reina que habian querido tentar el camino de las negociaciones mejor que el de las armas. Al mismo tiempo esparcia el infante don Enrique la voz de que el

breve de legitimacion era subrepticio é inválido: la reina no dió otra respuesta á esta mal intencionada calumnia que hacerle leer en la catedral de Burgos al tiempo de la misa mayor.

Pérdida de Lorca (1302). La reina instaba porque se socorriese á Lorca, cada dia mas estrechada por el rey de Aragon; pero los amaños de los infantes lo impedian. En fin, tomó la resolucion de marchar ella misma con su hijo, y llegó hasta Alcaraz, donde supo que la plaza se habia rendido. El convenio hecho anteriormente con los aragoneses era que Lorca se entregase si no era socorrida dentro de 50 dias: mas el gobernador don Lope Fernandez la rindió antes de aquel término.

Sin embargo ya se habia reunido un cuerpo de tropas respetable bajo el pendon del rey, que penetró en el reino de Murcia, abasteció las plazas de Mula y de Alcalá, y reforzó sus guarniciones, y aun hubiera dado cuidado á don Jaime si los infantes no hubiesen salido del pais á pesar de la superioridad de sus fuerzas: mucho mas cuando la union de los señores aragoneses se habia levantado contra él porque no les guardaba sus fueros. Era entonces máxima general de los grandes en toda España impedir por cuantos medios podian que la corona se engrandeciese: pues mientras mas débil era, mayores concesiones la obligaban á hacer á favor de ellos.

Los de Castilla en aquella época conocian muy bien que aunque Fernando IV era el rey,

toda la fuerza y poder del trono existia en la reina viuda. El infante don Juan y los Laras creyeron dar un gran golpe de política si conseguian indisponer al hijo con la madre, y perpetuar de esta manera las turbulencias de Castilla. El carácter de Fernando era amigo de la autoridad, vehemente en sus pasiones de amor y de ódio: pero no dificil de pasar de una á otra. Lograron los Laras persuadirle que ya era tiempo de salir de la tutela de una madre austéra, que conservaba las antiguas tradiciones de la córte de San Fernando su tio, y queria someter á su hijo á aquella exacta distribucion del tiempo en que consiste principalmente el mérito de los buenos reyes. Don Fernando se inclinaba á las sugestiones que alhagaban sus deseos, y no tardó en proporcionarse la ocasion de ponerlos en práctica.

La reina tenia que hacer un viage á Vitoria para allanar algunas diferencias con Felipe, rey de Francia y de Navarra, procedidas de hostilidades hechas en la frontera de este último reino entre castellanos y navarros que favorecian el partido de don Alonso de la Cerda. Su hijo la pidió antes de partir permiso para ir á una montería con Juan Nuñez de Lara á sus estados, y doña María que ignoraba la trama lo concedió. El rey partió á Leon con sus nuevos amigos, estableció allí su córte, y no quiso volver á Valladolid por mas instancias que le hizo su madre.

Esto dividió el reino en dos bandos, el del

infante don Juan y los Laras que asistian en la córte del rey, y del infante don Enrique y los Haros que no abandonaron á la reina gobernadora. Don Enrique, por envidia del infante don Juan, que tenia mas lugar que él en el ánimo del rey, y los Haros, porque temian que el favor de don Juan, pretensor por su muger del señorío de Vizcaya, les quitase los dominios que tenian en aquella provincia.

De esta combinacion resultaron confederaciones, defecciones, partidos é injusticias que llenaron todo el reinado de Fernando IV: pero rara vez se llegó á hostilidades abiertas: porque la reina madre, aunque protegia á los suyos en sus cartas al rey, que nunca le negó el respeto debido, no quiso levantar contra su hijo el estandarte de la rebelion. Pero los pueblos sufrian frecuentes vejaciones y el desórden del gobierno fue contínuo.

En el mismo año de 1303 en que el rey se retiró á Leon, se verificó su casamiento con la infanta doña Constanza, y para ello vino á Valladolid, donde estaba la reina madre. La alegría de las bodas detuvo por algun tiempo el curso de las disensiones intestinas. En las córtes que se celebraron poco despues en Medina del Campo se condujeron ruinmente los Laras y el infante don Juan con la reina: pues supusieron que habia enagenado las joyas de su difunto marido, é hicieron que se le pidiesen cuentas de los caudales que administrára durante la menor edad de su hijo. Ajustáronse efectivamen-

te las cuentas, y hallóse que la reina alcanzaba al estado en grandes sumas, gastadas de su peculio particular para las necesidades del reino: y en cuanto á las joyas no le fue dificil confundir la calumnia entregándolas todas á su hijo. Los procuradores de estas córtes y de las de Castilla que se celebraron despues en Burgos estaban muy descontentos viendo al rey tan joven y en poder de los enemigos de su madre, y querian que doña María volviese á gobernar el reino; mas élla los disuadió de este intento, é hizo que se concediesen al rey cuantiosos subsidios. Don Juan y los suyos pidieron grandes sumas: y esta fue la primer ocasion en que Fernando IV conoció cuán mal habia hecho en darles su confianza. Así se estrechó mas su intimidad con su madre, y aunque no viviesen en una misma córte, siempre conservaron entre sí una correspondencia activa.

Muhamad, rey de Granada, falleció, y su hijo y heredero Abu Abdalá hizo entrada en el reino de Jaen, sitió á Bedmar y la entró por fuerza de armas. La guerra contra los moros estaba descuidada por las disensiones intestinas que desolaban á Castilla. Parecia aniquilado en los pechos castellanos el antiguo espíritu belicoso que tan grandes hazañas produjo. No así los aragoneses y catalanes, que unidos con los sicilianos, fieles al rey Fadrique, llenaron la Italia de la fama de sus proezas, aseguraron la corona en la frente de este príncipe, y obligaron al papa Bonifacio VIII y á la córte de

Nápoles á reconocerle por rey de la isla.

Paz con Granada (1304). El rey don Fernando partió á Sevilla, donde ajustó paces con el rey de Granada bajo la condicion de pagar parias á Castilla. En el mismo año falleció sin sucesion el infante don Enrique cuando acababa de asentar nueva confederacion contra su rey y su patria con don Jaime de Aragon. Esta alianza se desvaneció con su muerte, que aumentó en gran manera el poder de la corona, porque todas las villas y lugares que habia arrancado para sí por fuerza ó por astucia volvieron al poder del rey. Solo quedaba ya que zanjar para la pacificacion del reino la querella entre la casa de Haro y el infante don Juan acerca del señorío de Vizcaya. El rey exortaba á don Diego Lopez de Haro á que lo cediese á su rival, recibiendo en indemnizacion otros dominios: pero el de Haro nunca quiso convenir en esta condicion.

Paz con Aragon: combate de Lemos: don Luis el Hosco, rey de Navarra (1305). Este año se terminó en fin la guerra entre Castilla y Aragon por la mediacion del rey de Portugal don Dionís, que vino al efecto á Castilla. Nombráronse jueces árbitros para terminar las desavenencias el rey de Portugal, el infante don Juan por Castilla y el obispo de Zaragoza por Aragon. El congreso se celebró en el Campillo, y la paz como promovida por el infante fue contraria al reino: pues se cedieron al de Aragon las ciudades de Orihuela y Alicante, y las villas

de Elche y Elda, quedando para Castilla lo restante del reino de Murcia con la capital.

Algo mas se atendió á los intereses del rey don Fernando en la concordia que se hizo relativamente á los Cerdas: pues aunque á uno y otro se dieron grandes estados en Castilla, se tuvo cuidado de estipular que don Alonso cediese las plazas de Almazan, Deza, Seron, Almenara y otras que ocupaba en la provincia de Soria, y las villas y lugares que se le dieron estaban diseminadas en todas las provincias del reino, de modo que se le dió un estado rico, pero no fuerte.

Al mismo tiempo que se ajustaban paces en el Campillo, los Haros preparaban guerra en las provincias del norte, y fué necesario enviar á don Juan de Lara para contenerlos. Don Rodrigo Fernandez de Castro, señor poderoso en Galicia y aliado de los Haros, tuvo la osadía de sitiar en Villalba al infante don Felipe, hermano del rey. La mayor parte de los nobles de Galicia, irritados de que así se turbase la paz pública, juntaron tropas y obligaron á Castro á levantar el sitio. El infante cercó á Lemos, que era de don Rodrigo, el cual acudiendo con toda su gente á defender la plaza, vino á las manos con los sitiadores, y fue vencido y muerto en el combate. Con él acabó el gérmen de la guerra civil en Galicia.

Este año falleció el 5 de abril doña Juana, reina propietaria de Navarra y muger de Felipe el Hermoso, rey de Francia. Sucedióla su hi-

jo mayor Luis, por sobrenombre *el Hosco* ó *pendenciero* (*Hutin* le llaman los franceses), que sucedió despues á su padre en el trono de Francia. Navarra desde las alteraciones de la menor edad de doña Juana volvió á gozar de profunda paz, asegurada en esta época con la proteccion y el poder de la Francia.

De la paz con Aragon nació la enemistad entre el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara. Este se ofendió de que el infante nada hubiese hecho en el congreso del Campillo para que el rey de Aragon le restituyese el señorío de Albarracin. Separóse, pues, de la córte, é hizo causa comun con don Diego de Haro.

Sitio de Aranda (1307). El rey don Fernando deshizo esta confederacion que le daba gran cuidado por ser entre dos casas tan poderosas, dando la mayordomía mayor de palacio á don Lope, hijo de don Diego de Haro: lo que abrió la puerta á la reconciliacion de este ricohombre con la córte. Lara, reducido ya á sus solas fuerzas, trató de hacerse fuerte en Aranda, donde reunió toda su gente. El rey la puso sitio, y para cortar el paso del puente hubo un combate muy sangriento. Lara se abrió paso al frente de 100 caballos por los mismos cuarteles del rey y pasó á Cerezo, donde se le reunió don Diego de Haro, resuelto á no dejar perecer á su nuevo confederado: y como don Fernando le hiciese presente que no debia faltarle, pues se habia reconciliado con él, respondió que no estrañase

que se defendiesen contra una persecucion tan declarada.

Don Fernando pasó el Ebro con su gente siguiendo al de Haro que hacia graves daños en la montaña, y don Juan Nuñez se volvió á Aranda. En este estado se hallaban los negocios, cuando el rey, fatigado de aquella guerra, que era mal vista de toda la nacion, encargó á su madre la conciliacion de los intereses encontrados. Doña María pasó á Pancorvo, donde se reunieron todos. El negocio de Lara era mas fácil de conciliar: pues su fundamento era solo el enojo contra el infante, á quien acusaba de haber faltado á los deberes de la amistad. No así el de Haro: pues se fundaba en las pretensiones suyas y del infante don Juan al señorío de Vizcaya.

El rey de Aragon entendia entónces en preparar los medios de hacerse dueño de las islas de Cerdeña y Córcega, ocupadas en gran parte por los genoveses y pisanos, y cuya investidura le habia dado la córte de Roma cuando pasó á Italia á sostenerla contra su hermano don Fadrique, rey de Sicilia. Don Luis, rey de Navarra, vino á Pamplona á coronarse con muy buenas tropas: y envió preso á Tolosa de Francia á don Fortun, gobernador del reino, por sospechas de que formaba un partido para apoderarse de la corona.

En fin, al año siguiente de 1308 se hizo la concordia entre el infante y los Haros, y fué que don Diego gozase del señorío de Vizcaya du-

rante su vida, y á su fallecimiento se entregase Durango, el señorío y las Encartaciones á doña María Diaz de Haro, muger del infante y á sus sucesores: quedando los restantes dominios de la casa de Haro á don Lope, hijo de don Diego: á los cuales añadió el rey de su patrimonio á Miranda y á Villalba de Losa. Con esto volvió don Diego, cuyo carácter era firme y sesudo, al servicio del rey,

No así don Juan de Lara, que resentido de que se le hubiesen ocultado las capitulaciones de esta concordia, porque se temia que se opusiese á ella, se separó del rey, y se hizo fuerte en Tordehumos, donde fue sitiado: pero el infante, siguiendo siempre la política de conservar vivo el fuego de las discordias, se avino con Lara, se separó del rey con otros muchos señores, estendiendo por toda España la voz de que don Fernando queria destruir la nobleza de su reino, á cuyo efecto empezaba por Lara para proseguir con los demas. El sitio de Tordehumos se levantó. La célebre bula de Clemente V contra los templarios dió nuevo alimento á las discordias civiles. El papa escribió á los reyes de España para que se secuestrasen los bienes de la órden hasta la averiguacion de la causa de los caballeros que residian en la península. Don Rodrigo Yañez, gran prior del órden en Castilla y Leon, puso los castillos que tenia en Galicia en poder del infante don Felipe, hermano del rey, suplicándole que los defendiese y que intercediese con su madre y hermano para que

la causa de los templarios de Castilla se viese en un concilio de obispos de este reino, temiendo la estrecha alianza que habia entre el papa y el rey de Francia, enemigo jurado de la órden.

El infante don Juan, queriendo tener parte en aquella rica presa, se preparó á quitar á don Felipe la villa de Ponferrada que habia sido de los templarios. Don Felipe trató de defenderla, y hubieran venido á las manos á no haber interpuesto su autoridad la reina madre. Determinóse que aquellas fortalezas se entregarian al rey, y que la causa de los templarios castellanos se juzgaria por los obispos de Castilla.

La venida del rey de Navarra á Pamplona despertó algunos temores en don Jaime, rey de Aragon: porque las córtes de París y Zaragoza no estaban en buena inteligencia por la guerra que se hacian en Italia los reyes de Nápoles y Sicilia. Viendo, pues, el aragones que dentro de Navarra habia un cuerpo de tropas francesas muy considerable, acercó las suyas á la frontera. El temor de la guerra se desvaneció: pero algunos insultos de los navarros fronterizos movieron á los aragoneses á entrar en territorio navarro, y sitiaron á Pitillas. La caballería de la guardia del rey Luis, que estaba entonces en San Juan de Pié de Puerto, acudió al socorro de la plaza, y se travó al pie de sus muros un combate muy sangriento, en que los aragoneses fueron vencidos con pérdida de 2000 hombres muertos y perseguidos hasta Sos.

Los aragoneses, para vengar este desaire de

la fortuna, volvieron á Navarra en mayor número, pasaron el Ebro por el vado de San Adrian, y saquearon el valle de Aybar. Volvíanse con la presa: pero al pasar el vado, fueron sorprendidos y acometidos por los navarros, emboscados en la orilla meridional del rio, y vencidos con pérdida de 4000 hombres y del botin.

Guerra con Granada: sitios de Algeciras y Almería: conquista de Gibraltar: saco de Ceuta (1309). En fin, despues de muchas conferencias y negociaciones, se ajustaron las desavenencias entre la córte y el infante don Juan con mengua de la autoridad del rey: pues fue necesario que despidiese á sus ministros, y diese los empleos vacantes al infante y á los de su parcialidad.

No faltaban al rey don Fernando ni brios ni ambicion. Por otra parte creía que la guerra contra los moros, tan nacional en España, era á propósito para adormecer las disensiones interiores y adquirirle gloria y poderío capaces de someter y refrenar la turbulencia de los grandes. Hizo, pues, alianza con don Jaime de Aragon contra el rey de Granada, que era entonces Nazar, hermano de Abu Abdalá, á quien habia usurpado el trono de Algeciras, y los príncipes entraron con sus tropas en el territorio de los moros al mismo tiempo que sus armadas ocupaban el Estrecho y el Mediterráneo para impedir los socorros de África.

Don Fernando puso sitio á Algeciras y don

Jaime á Almería. Como en los cuarteles del cerco hubiese mas gente de la necesaria, el rey envió á don Juan Nuñez de Lara, á don Alonso Perez de Guzman y al arzobispo de Sevilla para que acometiesen á Gibraltar, que solo tenia entonces en lo alto del monte una torre. La empresa se logró fácilmente, y los moros que la habitaban capitularon salvas las vidas y fueron trasladados al África.

Guzman el Bueno emprendió despues una entrada en la serranía de Gaucin, no pisada hasta entonces por los cristianos, la taló y cogió algun ganado; pero los moros le hicieron valerosa resistencia, protegidos por la aspereza de los lugares, y en uno de los reencuentros fue muerto de una saeta aquel héroe inmortal, que descolló en un siglo feroz y corrompido no tanto por el valor militar, prenda comun á todos los caballeros de aquel tiempo, cuanto por la fortaleza de alma y la lealtad nunca desmentida con que sirvió á su rey y á su patria.

Algeciras era plaza muy fuerte, y no podia tomarse sino por hambre: y así el rey estaba determinado á no levantar el cerco hasta què la escasez la obligase á rendirse. Pero sobrevinieron lluvias muy abundantes, y tras ellas enfermedades epidémicas, de que murieron muchos, entre éllos don Diego Lopez de Haro. El infante don Juan, que deseaba ir á Vizcaya á tomar posesion del señorío, no cesaba de clamar que era necesario retirarse si no se queria que pereciese el ejército. Sus parciales repetian estas que-

jas, y aunque el rey les suplicó que esperasen algun tiempo mas, abandonaron el sitio con sus mesnadas y se volvieron á Castilla: conducta que causó en el ánimo de don Fernando un profundo resentimiento contra el infante.

En fin, se vió obligado á ajustar paces con el de Granada; las condiciones fueron que el moro pagaria 50000 doblas por una vez y el feudo anual que habian tributado sus antecesores, y restituiria las plazas de Bedmar y Quesada, conquistadas por los moros en la guerra anterior. Don Jaime de Aragon habia sido mas feliz, no porque lograse conquistar á Almería, sino porque estando esta plaza mas cercana á Granada tuvo ocasion de rechazar dos veces con gran pérdida á Abu Abdalá, que vino con mucha gente en su socorro. Pero al fin hubo de retirarse por la incomodidad que causaban las lluvias cuando supo que el rey de Castilla habia hecho paces con el de Granada: pero no sin llevarse el gran botin que le habian proporcionado sus victorias. Tambien obligó á los de Almería á que le entregasen todos los cautivos cristianos que habia en la ciudad.

La escuadra castellana, á las órdenes de don Diego García de Toledo, y la de Aragon, mandada por Jazberto, vizconde de Castelnovo, desembarcaron en la playa de Ceuta; se apoderaron de esta plaza, muy rica entónces por el comercio, la saquearon no pudiéndola conservar, y se volvieron á sus puertos. Esta fue la primera vez que las banderas castellanas ondearon sobre

las playas de Africa, donde parecia ofrecérseles un largo porvenir de triunfos y conquistas.

El rey don Fernando, irritado contra el infante don Juan, orígen de todos los males y discordias de la monarquía, se propuso darle muerte, y castigar con una maldad los crímenes de aquel delincuente poderoso á quien no podia alcanzar la espada de la ley. Valióse para esto del pretesto de convocar en Burgos á todos los grandes con motivo del casamiento de su hermana Isabel con Juan, duque de Bretaña, que se celebró con gran pompa en aquella ciudad.

El infante don Juan concurrió tambien: mas no quiso entrar en Burgos á no ser que la reina madre le diese su seguro. Doña María, que ignoraba las intenciones de su hijo, no tuvo dificultad en concedérselo: pero sabiendo que se hacia secretamente en palacio acopio de armas, conoció para lo que podia ser y dió aviso al infante, encargándole que se pusiese en salvo. No era llegado todavía el tiempo en que las leyes eternas de la moral cediesen á la razon de estado. Así se libró el infante de peligro tan inminente.

No dejó de poner en práctica sus antiguos amaños para perturbar la paz del reino: pero don Fernando era mayor: los reyes de Aragon y Portugal estaban confederados con él: la corte de Roma, á peticion de la de Castilla, encargó á los obispos de este reino que reprimiesen con censuras á los que perturbasen la paz pública, é impidiesen con su turbulencia la guerra

que el rey proyectaba contra los mahometanos. Así no le quedó mas medio que volver á reconciliarse con don Fernando por mediacion de la reina madre.

En 1310 se vió la causa de los templarios de Castilla en el concilio de Salamanca, y salieron absueltos: mas no se les restituyeron sus bienes mientras no se decidiese la suerte de la órden. El concilio de Viena, reunido en 1311, que la estinguió, aprobó la sentencia del de Salamanca, y se mandó que los ex-templarios de Castilla fuesen mantenidos del producto de los bienes pertenecientes á la órden. En Aragon fueron declarados culpables algunos de éllos: pero se les perdonó por la retractacion que hicieron de sus errores.

Sosegadas las alteraciones de Castilla, juntó el rey don Fernando un lucido ejército, y envió delante al infante don Pedro su hermano, que puso sitio á Alcaudete, y dió á esta plaza algunos asaltos, que fueron rechazados valerosamente por la guarnicion. El rey llegó con el resto de las tropas á Martos, donde habia dos caballeros hermanos, llamados los Carvajales, de quienes se decia que algunos años antes hallándose el rey en Palencia habian asesinado á Juan Alonso de Benavides al salir de la casa misma donde el rey se alojaba.

Don Fernando, violento en sus determinaciones é impelido por los consejos de sus privados, mandó prender á los Carvajales, y sin exámen ni juicio alguno los hizo despeñar desde las

almenas del castillo de Martos á pesar de las protestaciones de inocencia que hicieron los dos hermanos: los cuales para prueba de ella citaron al rey ante el tribunal de Dios dentro de treinta dias. El suplicio de los Carvajales fue á principios de agosto.

El rey pasó de Martos á Jaen, y de allí al sitio de Alcaudete, que estaba ya para rendirse; sintióse indispuesto, y volvió á Jaen. Alcaudete se entregó el 5 de setiembre á condicion de que hubiese paz como antes entre Castilla y Granada; que el granadino pagase el tributo y vasallage acostumbrado, y que el castellano le auxiliase con tropas para someter al valí de Málaga que se le habia rebelado.

Dos dias despues, el 7 de setiembre, cumplido el plazo que señalaron los Carvajales, se retiró el rey á dormir la siesta despues de haber comido. Como tardase en salir, entraron los criados á ver si despertaba, y le hallaron muerto sobre la cama. El suceso de los Carvajales dió orígen al sobrenombre de *Emplazado* con que es conocido este monarca en nuestra historia. Su cadáver fue conducido á Córdoba, y sepultado en la capilla mayor de la catedral.

El rey don Fernando IV tuvo de doña Constanza de Portugal su muger á doña Leonor, que casó con don Alonso IV, rey de Aragon; y á don Alonso, que le sucedió en la corona. Fernando IV falleció á los 27 años de edad y 17 de un reinado turbulento é infeliz, en el cual la historia encuentra mucho que reprender y na-

da que elogiar, sino es el carácter sublime de doña María de Molina, que supo á fuerza de virtudes y de talentos sostener la monarquía por dos veces en la menor edad de su hijo y de su nieto, cuando la ambicion de los grandes iba ya á sumergirla en el precipicio.

CAPÍTULO XXXIX.

Don Alonso XI el Bravo.

Don Alonso XI el Bravo, rey de Castilla y de Leon. Combate de Alicur. Felipe II el Luengo, rey de Navarra. Batalla de Granada. Cárlos I el Hermoso, rey de Navarra. Espedicion de los aragoneses en Cerdeña. Conquista de Cerdeña. Don Alonso IV, rey de Portugal: batalla del Guadalforce: batalla naval de Caller. Don Alonso IV, rey de Aragon: batalla naval de Sanlucar: sitio de Olbera. Doña Juana II, reina de Navarra. Sitio de Teba: treguas con Granada: guerra entre Aragon y Genova. Guerra con los moros: pérdida de Gibraltar. Guerra entre Navarra y Castilla: batalla de Tudela. Sitio de Lerma: guerra entre Castilla y Portugal: sitio de Badajoz: Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragon. Batalla naval de Lisboa. Combates de Ronda, Silos y Arcos: batalla del Patu-

te. Batalla naval del Estrecho: batalla del Salado ó de Guadacelito. Conquista de Alcalá la Real. Batalla naval del Guadalmecí: sitio de Algeciras. Batalla del rio Palmones. Conquista de Algeciras. Union de Zaragoza y de Valencia: combate de Játiva: batalla de Valencia. Batallas de Epila, Mislata y Saser: ruina de la Union. Sitio de Gibraltar: Cárlos el Malo, rey de Navarra.

Don Alonso XI *el Bravo, rey de Castilla y de Leon.* Alonso el XI fue proclamado rey de Castilla y Leon á la edad de poco mas de un año; y amenazaba una minoría larga y tanto mas tumultuosa cuanto su padre no habia hecho testamento ni nombrado tutor, ni habia ley escrita para un caso de esta especie: pues las Partidas, donde está consignado lo que debe hacerse en el caso de suceder un menor en la corona, no estaban aun admitidas como código, si bien tenian mucha autoridad moral como libro privado entre los jurisconsultos.

El antiguo partido del infante don Juan y de los Laras volvió á reunirse, y ofreció á la reina madre la tutoría: ella no quiso aceptarla sin tener un compañero en el gobierno, porque deseaba asociar á él á su hijo el infante don Pedro, capaz é inteligente en la guerra y en la política.

El infante don Juan volvió entonces sus miras á la reina viuda doña Constanza, y se formaron en el reino dos partidos, cuyos gefes eran

los dos infantes y las dos reinas. El niño don Alonso se educaba en Ávila: y el obispo y ayuntamiento de esta ciudad se comprometieron con la reina madre á conservarle y custodiarle en su ciudad hasta que las córtes nombrasen tutor, ó por lo menos se hiciese concordia entre los que solicitaban la tutoría.

Las córtes se celebraron en Palencia en 1313, y nada hicieron: porque los partidarios de ambas facciones se dividieron, y nombraron los unos á doña María y al infante don Pedro, y los otros á doña Constanza y á don Juan. En medio de estas disensiones, aunque los dos infantes corrian con sus ejércitos el reino para ganar ciudades á su partido, no llegó á haber ningun encuentro: porque procuraban los unos separarse de los puntos adonde llegaban los otros para evitar la guerra civil. Ninguna nacion ha tenido una anarquía mas tranquila.

Doña Constanza falleció el 17 de noviembre del mismo año, y el infante don Juan se vió privado de la superioridad que daban á su partido los derechos de una madre. Por esta razon, y á instancias de doña María de Molina, hizo concordia al año siguiente con el infante don Pedro. La condicion principal fue que cada uno ejerciese la tutoría en las villas y lugares que fuesen de su partido, y que la reina doña María se encargase de la educacion y custodia de su nieto. Así se restituyó al reino la tranquilidad.

Los moros granadinos no pudieron aprovecharse de las disensiones de Castilla, porque ar-

dian tambien en guerras civiles. Nazar, arrojado del trono por su sobrino Abul Walid, imploró el patrocinio del infante don Pedro, que ajustada la concordia con don Juan pasó á Andalucía á favorecer al vasallo de la corona de Castilla. Salióle al encuentro Abul Walid, y los ejércitos no hicieron mas que observarse. El infante don Pedro puso sitio á Rute, y la ganó sin que los moros se atreviesen á hacer movimiento para socorrerla. La estacion era ya avanzada, y unos y otros se retiraron á sus fronteras.

En este tiempo se hacian célebres en el oriente los aragoneses y catalanes que militaban al servicio de Fadrique, rey de Sicilia. Concluida la guerra de este rey contra Nápoles y Roma, pasaron aquellos guerreros bajo la conducta de Rugero de Flor, en socorro del imperio griego contra los turcos: consiguieron grandes victorias en el Asia menor, pagadas con suma ingratitud por el emperador de Constantinopla que hizo asesinar á Rugero. Sus soldados en venganza de aquella perfidia asolaron la Tracia, la Macedonia y la Tesalia, se apoderaron de Atenas y de Lepanto, llamada entonces Neopatria, y fundaron el ducado de Atenas y de Neopatria, que dominado algun tiempo por un príncipe aragones, transmitió aquel título á los reyes de Aragon y de España: en la historia del imperio de Oriente referimos mas á la larga esta espedicion.

En el mismo año de 1314 envió el rey don Jaime de Aragon una armada á las órdenes de

don Guillen de Moncada para que castigase las piraterías de los moros de Túnez, cuyos buques infestaban las playas de Cataluña y Valencia. Moncada desembarcó en las costas del enemigo, se apoderó de muchas fortalezas y obligó al rey de Túnez á hacer paces con Aragon, cediendo las principales fortalezas que habia tomado don Guillen, y ofreciendo pagar cada año 5000 doblas de oro.

Combate de Alicur (1315). Reuniéronse las córtes de Castilla en Valladolid, y en ellas se aprobó la concordia hecha por los infantes: lo que afianzó con la autoridad pública aquella transaccion particular. Hecho esto, volvió el infante don Pedro á la guerra de Andalucía, encontró junto á Alicur á Ozmin, general de Abul Walid, que habia penetrado en el territorio de Jaen, le derrotó con muerte de 1500 moros, quitándole el bagage, y le ahuyentó á Granada. Despues sitió y rindió las villas de Cambil y Alborgados, y concluida felizmente la campaña se volvió á Castilla dejando bien asegurada la frontera.

Felipe II el Luengo, rey de Navarra (1316). Luis el Hosco falleció dejando una hija llamada Juana, que fue escluida del trono de Francia por la antigua costumbre de este reino, que entonces se convirtió en ley con el nombre impropio de *Sálica*: mas tocábale de derecho el reino de Navarra muerto su hermano póstumo Juan, que solo vivió ocho dias, donde era ya reconocido legalmente el principio de la sucesion

femenina y directa. Pero los señores de Navarra, quizá temiendo la renovacion de las guerras civiles en una minoría, quisieron mas bien admitir el mismo rey que los franceses. Y así proclamaron á Felipe el Luengo, V de Francia y II de Navarra, hermano de Luis el Hosco. Felipe juró en París los fueros de Navarra, y mantuvo el reino en paz y justicia por medio de gobernadores prudentes y virtuosos que envió á él.

El infante don Pedro, alentado con las victorias de las campañas anteriores, y deseoso de adquirir gloria peleando contra los enemigos de la patria, quiso este año hacer entrada en el reino de Granada con ejército formidable; y pidió tropas á su compañero en la tutoría del reino para la espedicion: pero el infante don Juan, envidioso de la gloria y del afecto general que se habia grangeado don Pedro, y receloso del aumento de poder que sus hazañas le adquirian, no permitió que se hiciese alistamiento en los territorios donde él mandaba. A pesar de esto don Pedro hizo entrada en la vega de Granada, dió la tala á los campos y enriqueció su tropa con el botin.

El granadino para vengar estos estragos proyectó sitiar á Gibraltar: pero el vigilante don Pedro hizo vana esta tentativa reforzando la guarnicion y abasteciendo muy bien la plaza; y por si esperaban los moros socorros de Africa salió al mar la escuadra castellana á las órdenes de su almirante don Alonso Jofre Tenorio, que desembarcó en varios puntos de la costa africana,

é hizo en ella grandes estragos. En la campaña de otoño volvió otra vez don Pedro al reino de Granada, saqueó á Hernael, Luez, Pinar y otros pueblos y tomó el castillo de Belmes.

Al año siguiente no pudo salir don Pedro á campaña, porque el infante don Juan se negó absolutamente á auxiliarle: don Pedro recurrió al sumo pontífice, que le concedió las tercias eclesiásticas, y dió facultad al arzobispo de Toledo para que escomulgase á todo el que pusiese impedimento á aquella guerra santa.

Abul Walid, rey de Granada, temeroso de la tempestad que iba á descargar sobre su reino, propuso negociaciones de paz al infante don Pedro bajo la condicion del antiguo vasallage á Castilla. Don Pedro se negó á ellas con mas valor y denuedo, y mas fidelidad al rey depuesto Nazar, que política: porque debia preveer lo que sucedió. El granadino, viendo inminente su ruina, pidió y obtuvo socorros de Aben Jacob, rey de Fez y Marruecos, cediéndole las plazas de Algeciras, Ronda y Marbella en la frontera de Sevilla, y las de Castellar, Jimena y Estepona en la de Jaen.

Batalla de Granada (1319). El infante don Juan, deseoso de tener parte en las tercias eclesiásticas, escribió al papa, el cual le concedió que las partiese por mitad con don Pedro á condicion de concurrir tambien con él á la guerra contra los moros. Los dos príncipes se avinieron, pues, y resolvieron pelear contra el rey de Granada con todas las fuerzas de Castilla. El

papa concedió la cruzada, que se predicó en Aragon y Portugal, de donde vinieron á la empresa muchos y muy valientes caballeros. Todo anunciaba el feliz éxito de esta espedicion: los gefes eran hábiles y valientes: las tropas superiores á las del enemigo en armas, táctica y número.

Empleóse todo el año de 1318 en los preparativos. Á principios de la primavera ya habia reunido su ejército don Pedro en el territorio de Jaen: se puso sobre Tiscar y la tomó. Poco despues llegó el infante don Juan con la gente de Leon y Vizcaya: y unidos los dos entraron en el reino de Granada, talaron el territorio de Alcalá la Real, saquearon esta plaza, y llegaron á vista de la capital haciendo graves estragos en todos los campos.

El general mahometano Ozmin, que salió contra éllos con todas las fuerzas granadinas, hallándolos en órden de batalla, acometió el ala derecha, donde mandaba el infante don Juan, creyendo su gente menos acostumbrada á pelear contra los moros, como asi era. Don Juan peleó con el valor heredado en los príncipes de la casa de Borgoña: pero cargando sobre él los enemigos en número superior envió á pedir socorro á don Pedro, que inmediatamente mandó á los suyos que marchasen á auxiliar á su tio.

Vióse entonces uno de los efectos mas deplorables de las disensiones civiles. Los soldados de don Pedro no quisieron moverse en socorro de un príncipe á quien aborrecian. En vano don

Pedro corriá á caballo y espada en mano todos los escuadrones mandándoles que le siguiesen. Nadie se movió. La ira, el cansancio, la vergüenza de desamparar á don Juan hicieron tal efecto en el ánimo del esforzado y pundonoroso don Pedro, que cayó desmayado del caballo y á pocos momentos falleció. Su gente, viendo muerto al caudillo, se fueron retirando con órden del campo de batalla.

Don Juan, que se sostenia con gran valor, apenas supo el triste suceso, perdida toda esperanza, cayó tambien muerto de su caballo. Su gente se retiró con órden, y los moros no se atrevieron á seguir el alcance. Tal fue el resultado de esta desgraciada espedicion. Don Pedro, caballero noble y buen español, pereció en su verdadero elemento: pero don Juan, mal hijo, mal hermano, mal vasallo, tuvo la suerte de morir mas heróicamente que habia vivido.

Con la muerte de los dos tutores volvieron á promoverse en Castilla nuevas discordias por la gobernacion del reino. Eran pretendientes á ella el infante don Felipe, hermano menor de don Pedro: don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel, que lo era de San Fernando: don Fernando de la Cerda, y don Juan, por sobrenombre *el Tuerto*, hijo del infante del mismo nombre. La reina abuela doña María, destinada á luchar siempre contra la ambicion de los grandes en épocas tempestuosas, trató de sosegarlos diciendo que solo á las córtes tocaba discernir la tutoría. Cada uno de los pretendientes

juntó tropas, y recorrió las ciudades procurando ganarlas para su partido.

Entretanto el general granadino Ozmin, aprovechándose de los infortunios y turbulencias de Castilla, tomó á Huescar, Ores y Galera, y puso sitio á Martos, que despues de valerosa resistencia, fue entrada por asalto y degollados todos sus habitantes sin distincion de edad ni de sexo menos los que se refugiaron al castillo, que viéndolo incapaz de defensa, lo abandonaron.

En Aragon se vió en las córtes de Tarragona el raro espectáculo de un príncipe heredero, don Jaime hijo mayor de don Jaime II, que renunció á la corona con el pretesto de haber hecho voto de religion. Las córtes admitieron la renuncia y reconocieron por heredero del trono al infante don Alonso, hijo segundo del rey. La determinacion del príncipe don Jaime no procedió de ningun principio de piedad, sino del ódio que habia concebido contra su padre que reprehendia sus vicios, señaladamente la crueldad con los vasallos, y le quitó la parte que antes le habia dado en el gobierno. No pudiendo vengar este ódio, sino con la inobediencia, ni quiso consumar su matrimonio con la infanta doña Leonor, hija de don Fernando IV de Castilla, ni suceder en la corona. Conocia cuanto le amaba su padre, y con esta conducta desatinada y rencorosa procuró afligir y angustiar los dias de su vejez. En las córtes de Tarragona se estableció que no pudiesen nunca separarse las coronas de Aragon, Cataluña y Valencia.

En Castilla, despues de varios debates que tuvieron el infante don Felipe y don Juan Manuel, se convinieron ambos por mediacion de la reina doña María en egercer la tutoría del reino cada cual en su territorio: pero las ciudades de Castilla y Leon, instigadas por don Juan el Tuerto que se vió escluido del gobierno, clamaron contra la usurpacion, diciendo que solo á las córtes competia dar la regencia. Doña María convino en ello, convocó á Burgos las córtes, y en ellas fueron nombrados por guardadores del reino don Felipe y don Juan Manuel. Hubo algunas hostilidades de poco momento entre don Juan el Tuerto, que tomó el título de tutor en algunos pueblos que estaban por él, y don Fernando de la Cerda que abandonó su partido por el de los regentes. Estos sucesos pertenecen al año de 1320. Al mismo tiempo habia en Portugal grandes desavenencias entre el rey don Dionís y su hijo y heredero el infante don Alonso por celos que éste tenia de un hermano bastardo á quien queria mucho su padre. El infante se apoderó con su gente de Leiria y Santaren, y don Dionís recobró estas dos plazas, castigando severamente á los rebeldes que hubo á las manos.

Carlos el Hermoso, IV del nombre en Francia y I en Navarra (1321). El infante don Felipe entró con su gente en el reino de Leon resuelto á someter á don Juan el Tuerto. Hubo quemas y saqueos de villas de una parte á otra, pero no encuentros ni combates entre las tropas.

Doña María de Molina y la viuda del infante don Juan ajustaron á sus hijos; pero don Juan Manuel, temeroso de esta coalicion, procuró afirmarse en su partido contra ellos: para lo cual promovió una sedicion en Córdoba, cuyos habitantes se separaron de la obediencia del rey, y reconocieron á don Juan Manuel por único tutor. Entretanto el rey de Granada que habia asentado treguas con las ciudades de Andalucía, volvió sus armas contra el reino de Murcia, y puso sitio á Lorca, bien que hubo de levantarlo por la valerosa resistencia que halló en aquella plaza.

Los guipuzcoanos y navarros limítrofes tuvieron disputas y reyertas sobre los lindes y el aprovechamiento de los pastos cercanos á ellos. De aquí resultó que los de Guipúzcoa reunida alguna gente entraron en Navarra, y tomaron á Gorriti. Don Ponce de Morentaine, gobernador de Navarra por Felipe el Largo, salió contra ellos, recobró el castillo, penetró en Guipúzcoa, se apoderó de Verastegui y de Gastelu, é hizo grandes estragos en estos pueblos y en su comarca. Gil Lopez de Oñaz, señor principal de Guipúzcoa, cuando ya los navarros se retiraban, ocupó lo alto de las montañas que son frontera de entrambos paises, y por cuyos desfiladeros habian de pasar los enemigos. Desde las cumbres, disparando dardos y flechas, exterminaron á su salvo el cuerpo navarro cuando ya le vieron entrado en las gargantas. En este año falleció sin sucesion Felipe el Largo, rey

de Francia y de Navarra, y sucedióle en ambos reinos su hermano Cárlos el Hermoso, no sin disgusto de los navarros que llevaban á mal la dependencia de Francia y el olvido de los derechos de Juana, hija de Luis el Hosco, que á la sazon tenia once años. Pero toda la oposicion que hicieron fué dar al nuevo rey el sobrenombre de *Calvo*.

En Portugal continuaban las disensiones entre el rey don Dionís y su hijo don Alonso á pesar de los consejos, exhortaciones y amenazas de la silla apostólica, que intimó varias veces al infante la obediencia debida á su padre. Este año se apoderó el príncipe de Coimbra, cuyos habitantes principales habian formado un partido á favor suyo.

En 1322 estuvieron para ajustarse los intereses encontrados de los grandes de Castilla por mediacion de Guillermo, cardenal de Santa Sabina, y legado del sumo Pontífice, á quien la reina doña María encomendó la conclusion de aquel negocio. El que estuvo mas pertinaz fué don Juan Manuel, que no queria renunciar al gobierno si no renunciaba al mismo tiempo el infante don Felipe. Al fin se convino en que se celebrasen córtes y en ellas se discerniese definitivamente la tutoría.

Convocáronse, pues, los señores, prelados y procuradores del reino á Palencia: pero cuando se empezó á tratar el negocio de la regencia falleció la reina doña María de Molina: muger admirable por sus virtudes privadas y públicas,

señaladamente por la prudencia con que supo hacerse amar y respetar aun de sus mismos enemigos políticos en medio de la mayor efervescencia de las pasiones. Amante de la patria, de la justicia y de los derechos del trono, fué árbitra de la monarquía y supo sostenerla y conservarla, que era lo mas que podia hacerse en aquellos tiempos calamitosos.

Al mismo tiempo que la muerte de esta gran reina sumergia á Castilla en nuevos disturbios, otra muger heróica y santa terminaba los de Portugal. El infante don Alonso, despues de tomada Coimbra, se apoderó de Montemayor el viejo y de Gaya. Pasó despues á Guimaraens y la puso sitio: pero el gobernador la defendió valerosamente.

Don Dionís, viendo el cuerpo que habia tomado la rebelion, juntó su egército y marchó contra Coimbra. Don Alonso abandonando el sitio de Guimaraens, marchó á defender esta ciudad. Pusiéronse los campos uno enfrente de otro, y ya iba á decidirse en una batalla sangrienta esta querella impía, cuando apareció entre los dos egércitos Isabel, esposa del rey, madre del príncipe, é hija de Pedro III de Aragon: princesa cuyas virtudes le han merecido ser colocada en el número de los santos. Esta princesa se echó á los pies de su marido, reclamó despues los derechos maternales, corrió de un campamento á otro aconsejando la paz, y consiguió á duras penas una tregua de cuatro dias, durante la cual se entablaron negociaciones

inútiles, sin que pudiesen avenirse.

Rompiéronse, pues, las hostilidades. El ejército del rey acometió á Coimbra por el puente: mas no pudo forzar este paso, defendido obstinadamente por los del infante, y así despues de un combate, en que murió alguna gente por entrambas partes, se retiraron unos y otros á sus posiciones. Los ruegos de la reina y de los prelados que la acompañaban fueron mejor escuchados despues de la efusion inútil de sangre; y se convinieron en que don Alonso conservase los pueblos de que se habia apoderado, haciendo homenage de ellos á su padre, que despediria de su lado á muchos facinerosos que habia incorporado en sus tropas; y que don Alonso Sanchez, hijo bastardo del rey, saldria de la córte para quitar todo motivo de recelo al heredero de la corona.

Expedicion de los aragoneses en Cerdeña (1323). Las cosas de Castilla estaban mas alborotadas que nunca. El infante don Felipe, don Juan Manuel y don Juan el Tuerto dividian los pueblos y el gobierno del reino: pero éstos dos últimos estaban confederados entre sí, y eran por consiguiente mas poderosos. Las maldades de don Juan Manuel aumentaron las fuerzas de sus rivales.

La ciudad de Zamora, que era de la parcialidad de don Juan Manuel, se separó de ella no se sabe por qué motivo; pero á favor de los amigos que alli tenia volvió á ser reconocido. Vino á la ciudad, persiguió cruelmente á los

que le eran desafectos, y se llevó con violencia á una señora principal viuda de que se habia prendado. Añadió á estas injusticias la atrocidad de dar muerte, y arrojar los cadáveres á la calle, á tres caballeros de los principales de Castilla llamados don García de Villamayor, don Juan Rodriguez de Rojas y don Juan Martinez de Leiba, que eran de la parcialidad del infante don Felipe, pero que por sus destinos gozaban sueldo de las rentas de aquellos pueblos que reconocian por tutor á don Juan Manuel. Este los llamó á los tres y á Garcilaso de la Vega para que viniesen á cobrarlos. Garcilaso, mas cauto, no quiso concurrir; los otros pagaron con la vida su excesiva confianza.

Estos horrores hicieron muy aborrecible á don Juan Manuel, principalmente en Zamora, que llamó al infante don Felipe y se le entregó. El rey don Alonso, á pesar de su corta edad de 13 años, daba ya señales de su capacidad y ardimiento: y asi escribió cartas á los tutores exortándolos á que cuidasen del reino en vez de destruirlo y se aviniesen entre sí. Don Felipe estaba dispuesto á ello; pero ni Manuel ni el Tuerto obedecieron. Temiendo, sin embargo, las fuerzas superiores del infante evacuaron los pueblos que ocupaban en tierra de Campos, y se retiraron el primero á Escalona y el segundo á su señorío de Vizcaya. Don Felipe admitió las villas que se le entregaron, y destruyó algunas que le resistieron.

En Portugal volvió á encrudecerse la enc-

mistad entre el rey y su hijo heredero don Alonso. El pretesto era que don Dionís no daba á su hijo rentas suficientes para sostener su dignidad: la verdadera causa, que don Dionis llamó á su córte y palacio á su hijo bastardo don Alonso Sanchez. Segunda vez estuvieron para acometerse padre é hijo en el camino de Santaren á Lisboa: segunda vez la santa reina doña Isabel á fuerza de ruegos y súplicas les arrancó de la mano las armas sacrílegas.

Al mismo tiempo emprendia don Jaime II de Aragon la conquista de la isla de Cerdeña. Parte de élla estaba en poder de la república de Pisa, floreciente entonces por el comercio, parte era de los señores feudales de la isla bajo la proteccion de los pisanos. La córte de Roma habia dado la investidura de Cerdeña al rey de Aragon en una época en que estaba enemistada con los de Pisa. Pero ya habian cesado los motivos de odio: y aunque no podia revocar la concesion hecha á don Jaime, por lo menos no le dió auxilio alguno, antes bien procuró retraerle de la empresa.

Don Jaime, que ya tenia hechos sus preparativos, no se desalentó con la tibieza del papa: procuró hacer alianza con Florencia y otras repúblicas de Italia enemigas de la de Pisa: y encargó á Hugo Baucio, señor poderoso en Cerdeña y que era de su partido, que comenzase las hostilidades, ofreciéndole pronto socorro. Baucio juntó los suyos y tomó algunos castillos que estaban por los pisanos, degollando las guarni-

ciones, talando los campos y saqueando los pueblos. Los pisanos reunieron tambien sus tropas. Esta era la situacion de las cosas cuando llegó á las aguas de Cerdeña la expedicion aragonesa, mandada por el príncipe don Alonso, y que constaba de 300 velas, 60 de guerra y las demas de transporte.

La armada dió la vista á Oristan el 13 de junio, y desembarcó el egército en el puerto de Palma, donde se le reunió Hugo Baucio, Brancaleon Oria y otros partidarios del rey de Aragon. Emprendiéronse á un mismo tiempo los sitios de Iglesias y de Caller. El infante con alguna gente cercó á la primera, y don Dalmao de Rocaberti con el resto del egército á la segunda, mientras el almirante don Francisco Carroz cerraba con la armada el golfo de Caller.

Como esta ciudad era la principal de la isla, hicieron los de Pisa un grande esfuerzo para socorrerla, y tripularon una escuadra de 25 buques con tropas de desembarco de infantería y de caballería, al mando del conde Manfredo Neratico. Este rompió por medio de la escuadra aragonesa que halló descuidada, maltrató algunos de los buques, entró y desembarcó en el puerto, y se apoderó de muchos víveres que los sitiadores tenian en tierra: con lo cual socorrió la plaza. Mas no por eso dejaron los aragoneses de continuar el cerco con mas vigor y vigilancia. En los cuarteles del de Iglesias hubo calenturas epidémicas por lo mal sano del clima y murió alguna gente. El mismo infante

don Alonso estuvo enfermo de mucho peligro.

Este año fué asesinado Abul Walid, rey de Granada, por un arraez á quien habia maltratado porque no le quiso ceder una cautiva cristiana muy hermosa. El alcaide de palacio vengó su muerte castigando á los asesinos, colocó en el trono á Muhamad, hijo mayor del rey difunto, que tenia 12 años de edad, y le sostuvo y conservó en él con la mayor fidelidad.

Conquista de Cerdeña (1324). Los principios de este año fueron muy turbulentos para Castilla, aunque á los fines se vió alguna esperanza de tranquilidad. En Segovia, donde dominaba la parcialidad de don Juan Manuel por medio de doña Mencía del Aguila, señora principal y poderosa, se formó un partido á favor del infante don Felipe, que estaba en Tordesillas. Estos partidarios abrieron las puertas de la ciudad á las tropas del infante, que saquearon las casas de doña Mencía y de todos sus parientes y allegados.

El infante nombró gobernador de la ciudad á Garcilaso de la Vega, y éste, que fué á acompañar á don Felipe, nombró por su teniente á Pedro Laso su hijo, el cual exasperó tanto á los ciudadanos con sus injusticias y crueldades que estalló una sedicion en que corrió grave riesgo su vida: pero tuvo la fortuna de escaparse.

Los amotinados acudieron á las casas de García Sanchez y García Gonzalez, principales partidarios del infante con el objeto de matarlos. Sanchez se hizo fuerte en su casa con sus ami-

gos y allegados : pero el pueblo enfurecido la entró y saqueó, dando muerte á cuantos encontró en élla. Gonzalez se refugió con los suyos á la iglesia de san Martin, y se encastilló en la torre. Los sediciosos la pusieron fuego, y abriéndose por varias partes, vinó á tierra, sepultándose entre las ruinas todos sus defensores El pueblo, dueño absoluto de la ciudad, abrió las cárceles, dió libertad á unos presos, quitó la vida á otros, segun las aficiones y venganzas de sus caudillos.

Sevilla, que estaba por el infante Don Felipe, se rindió al rey por medio del almirante don Alonso Jofre Tenorio, que tenia comision de la córte para hacerlo. Jerez quiso imitar su ejemplo: pero el infante acudió con prontitud y reprimió aquel movimiento castigando á sus autores. En Castilla se quitaban plazas y fortalezas los partidarios de la córte y de don Juan el Tuerto. Todo era confusion y desórden.

En fin, Alonso el Onceno, habiendo llegado á los 14 años de edad, convocó córtes á Valladolid. Acudieron á ellas los tutores, los señores y prelados y los procuradores de las ciudades. Declaró con firmeza en ellas que era llegada ya la ocasion de tomar en sus manos las riendas del estado; y en efecto las empuñó vigorosamente, aunque en algunas ocasiones mereció la nota de pérfido y cruel, mal disculpada con la calamidad de los tiempos y la turbulencia de los grandes, y no borrada por sus grandes hazañas militares. Sin embargo, los servicios

que hizo á la monarquía fueron causa de que la historia, deponiendo su rigor, se haya contentado con darle el renombre de *Bravo* como á su abuelo don Sancho IV.

Apenas empezó á gobernar experimentó la turbulencia de los grandes, disgustados de que hubiese elegido por ministros á su ayo Martin Fernandez de Toledo, á don Alvaro Nuñez Osorio, á Garcilaso de la Vega y á otros, que todos eran partidarios del infante don Felipe. Don Juan Manuel y don Juan el Tuerto se salieron de la córte. Llamólos el rey, prometiéndoles satisfaccion, y no quisieron venir.

No obstante, consiguió por algun tiempo dividirlos, proponiendo á don Juan Manuel que casaria con su hija Constanza si se reconciliaba con él. Esta expectativa alhago mucho al ambicioso ricohombre. Firmóse el tratado matrimonial: y doña Constanza vino á residir en la córte de Valladolid como prometida esposa del rey. Don Juan el Tuerto, poco estimable por sus cualidades personales, no daba que temer separado de don Juan Manuel.

En fin, despues de mucha gente perdida en el sitio, se rindió á los aragoneses la plaza de Iglesias, y el príncipe don Alonso pasó con su gente á reforzar los cuarteles de Caller. Los pisanos enviaron para socorrer esta ciudad la armada del conde Manfredo con tropas de refresco. Este desembarcó en Décimo y se dirigió á Caller: pero don Alonso, que se habia apostado en el col de Bonayre, le salió al encuentro, pe-

leó valerosamente contra él y le derrotó: mas no pudo impedir que introdugese algun socorro en la plaza.

En este tiempo recibieron los aragoneses refuerzos de Cataluña, y estrecharon mas vigorosamente el sitio. Manfredo hizo una salida, en que fué rechazado con pérdida de 300 ginetes y mucha infantería. El mismo salió mal herido de la pelea, y falleció pocos dias despues.

La guarnicion, destituida de toda esperanza, capituló por mediacion de Bernabé Oria, cuya familia era partidaria de los aragoneses. Las condiciones fueron: toda la isla sería del rey de Aragon, y los pisanos tendrian á Caller en feudo y vasallage de esta corona. La república hizo el juramento de homenage en manos de Bernardo de Bojadox y Guillen Colomar, enviados al efecto á Pisa por el príncipe don Alonso. Así en una sola campaña adquirieron los aragoneses la isla de Cerdeña, tan importante como escala de comercio y de guerra para Sicilia, el Africa y el Levante.

Despues de vencidos los pisanos fué necesario triunfar de los turbulentos barones de Cerdeña. En este mismo año los Orias, partidarios antes de Aragon, y los Martinos, otra familia poderosa en la isla, se sublevaron en Saser contra los ministros del rey, tomaron las armas, hicieron guerra á la guarnicion, y sacudieron el yugo de la obediencia.

En Portugal no cesaron las disensiones de la familia real hasta que don Dionís se postró

en el lecho de muerte. Hizó su testamento el 30 de diciembre de este año. Su hijo se manifestó enternecido con la enfermedad del padre, y le dió pruebas de su cariño, enviándole á don Pedro, hijo de don Alonso y nieto de don Dionís, y que era niño todavía, para que se consolase con él en sus últimos momentos.

Don Alonso IV, rey de Portugal: batalla del Guadalforce: batalla naval de Caller (1325). Don Dionís falleció el 7 de enero, y le sucedió su hijo Alonso IV: el cual, no deponiendo el aborrecimiento contra su hermano bastardo Alonso Sanchez, le desposeyó de todos sus bienes, y le arrojó del reino á pesar de sus súplicas. Retiróse en su destierro á la villa de Alburquerque, que era suya: hizo desde ella entrada en Portugal, taló los campos, y derrotó al maestre de Avís, enviado por el rey para que le reprimiese.

En Castilla empezó Alonso el Onceno á egercer severa justicia contra los que avalentonados por la debilidad del gobierno en las revueltas pasadas se habian aprovechado de la ocasion para cometer toda especie de excesos y delitos. Una cuadrilla de esta clase de foragidos tenia su madriguera en el castillo de Valdenebro. El rey lo sitió, lo entró á fuerza de armas, y pasó á cuchillo todos los bandoleros. Este suceso causó grande terror á todos los que vivian del mismo modo: y dejando libres los campos y caminos, se acogieron la mayor parte de ellos al amparo de don Juan el Tuerto, que aún no habia hecho sus paces con el rey.

La misma severidad egerció don Alonso en Burgos, donde habia bandos y alborotos, de que resultaron algunas muertes sobre entregarle ó no el alcazar. Marchó á esta ciudad, prendió á los autores del motin, y los hizo castigar segun las leyes. Entretanto don Juan el Tuerto trataba de ligarse contra Castilla con el rey de Aragon, incitaba á don Alonso de la Cerda á que se levantase reclamando sus derechos á la corona, conservaba inteligencias secretas con don Juan Manuel, y digno heredero de su padre el infante don Juan no cesaba de formar partidos y de promover alborotos para medrar y engrandecerse á costa de las calamidades públicas.

Esto era mucho mas de lo que podia tolerar el ánimo irascible de Alonso: sin embargo supo dominarse á sí mismo, y propuso al rebelde ricohombre partidos ventajosos, tuvo conferencias con él, en las cuales sufrió sus altanerías y la presencia de muchos desalmados que formaban la córte de aquel magnate. Todo en vano: porque la paz pública era incompatible con el carácter y con los proyectos de don Juan.

Este año hicieron entrada en los dominios cristianos los moros de Granada, mandados por su general Ozmin, que gobernaba el reino en la menor edad del rey Mohamad. Puso sitio á Rute y la tomó. Don Juan Manuel, adelantado de la frontera de Andalucía, salió al opósito con el egército cristiano: encontró á los moros junto al Guadalforce, travó con ellos una sangrienta

batalla, que duró muchas horas, peleándose por ambas partes con gran valor: pero al fin quedo la victoria por los cristianos. Los moros huyeron derrotados; muchos de éllos fueron hechos prisioneros, y el despojo cogido en el campo de batalla fué muy grande.

En Castilla se cometia entonces una gran maldad. El rey don Alonso, llegando á Toro en la visita que hacia de las provincias del reino, supo la inteligencia entre don Juan el Tuerto y don Juan Manuel, y los pasos que el primero no cesaba de dar para perturbar la tranquilidad pública. Ocultando su ira con manifestaciones amistosas, le envió á llamar socolor de tratar con él asuntos de importancia. Don Juan se escusó con varios pretestos, y el principal que alegó fué que no tenia seguridad de Garcilaso de la Vega, que acompañaba al rey.

Don Alonso le envió segundo mensage con un confidente suyo, diciéndole que nada tenia que temer de un vasallo donde él estaba, y que por lo menos concurriese al castillo de Belver donde se reunirian. Al mismo tiempo encargó al mensagero que le insinuase que el rey le mandaba á llamar para cortar de una vez todas las discordias casándole con su hermana doña Leonor. La promesa era alhagüeña y no improbable, y el infeliz don Juan cayó en el lazo tendido á su ambicion.

Pasó á Belver, donde Alvaro Nuñez de Osorio, enviado por el rey para visitarle, le confirmó no solo en la seguridad y confianza que de-

bia tener, sino en la esperanza de tan alto casamiento. Don Juan, muy incauto para caudillo de faccion, se dejó persuadir á ir á Toro á avistarse con el rey: fué recibido con grande estimacion y agasajo, y convidado á comer: pero apenas entró en el alojamiento del rey fué asesinado por hombres que estaban apostados al efecto igualmente que dos caballeros que le acompañaban.

Esta perfidia que libertó á Castilla de un rebelde produjó otros muchos. Don Juan Manuel se encerró en la fortaleza de Chinchilla, inexpugnable entónces, y jamas volvió á fiarse en la palabra ni el seguro del rey: y la tranquilidad desapareció del reino por algunos años. Los estados del difunto se reunieron á la corona mediante una transaccion que hizo el rey don Alonso con doña María Diaz, viuda del infante don Juan y madre de don Juan el Tuerto.

En Cerdeña volvió á renovarse la guerra. Los pisanos hicieron liga con los genoveses para arrojar á los aragoneses de la isla. El almirante Francisco Carroz infestó las marinas de Génova, y volvió á las aguas de Caller, sitiada segunda vez por los aragoneses. En este punto logró una señalada victoria naval contra la armada de los pisanos que venia en socorro de la plaza á las órdenes de Gaspar Oria, y que perdió algunos navíos y mucha gente.

Al año siguiente de 1326 se levantó contra los aragoneses la plaza de Saser, y ocurrió en su egército una sedicion que costó mucho tra-

bajo sosegar. La ocasion era oportuna para que los pisanos recobrasen el dominio de la isla: pero aquella república, que sostenia entonces guerras mas cercanas y peligrosas con la de Florencia y otros estados de Italia, no tenia fuerzas suficientes para defenderse contra el poder de Aragon, y por otra parte era gran pérdida para élla la del comercio con Valencia y Cataluña. Así que hizo paces con el rey don Jaime, y entregó la fortaleza de Caller. Los Orias, el marques de Malaspina, y los demas rebeldes de la isla, faltos del auxilio de Pisa, entregaron á Saser y se sometieron á la obediencia del rey.

Don Alonso IV, rey de Aragon. Batalla naval de Sanlucar: sitio de Olbera (1327). Alonso el Onceno creia como su padre Fernando IV que el único medio de afirmar la corona en sus sienes y de poner término á los alborotos y turbulencias de los grandes era continuar la guerra contra los moros, preparó armada y egército contra el rey de Granada, y dió parte de su resolucion á don Juan Manuel, para que se avistase con él, y tratasen del modo mas conveniente de hacer las hostilidades.

Don Juan Manuel no fiaba del rey, y temeroso de la suerte de don Juan el Tuerto, no quiso obedecer; mas tampoco se atrevia á mover guerra abierta contra don Alonso, porque este tenia en su poder á su hija doña Constanza. Contentóse, pues, con seguir tratos é inteligencias secretas con el rey de Granada para tener asílo en sus fuerzas si llegaba el caso necesario.

El rey, observada la inobediencia de don Juan Manuel, nombró en su lugar adelantado mayor de Murcia á Pedro Lopez de Ayala, y marchó á Andalucía. Los habitantes de Sevilla le recibieron con sumo amor y agasajo, deseosos de que se fijase la córte en aquella ciudad, donde no habia estado en los reinados turbulentos de Sancho IV y Fernando IV.

El almirante Tenorio se hizo al mar con 12 naves de guerra y 12 galeras para interceptar los socorros que los moros de Africa quisiesen enviar á los de Granada. Halló la armada del rey de Marruecos, que venia en su busca con mucha gente de desembarco. El número de los buques enemigos era igual al de los cristianos, pero tenian mas fuerza y magnitud. Travóse la batalla que fué muy reñida por una y por otra parte. Al fin los castellanos lograron la victoria echando á pique 4 navíos de los moros, y apresando tres: los demas huyeron á Tánger. El número de los muertos y prisioneros ascendió á 1200. La pérdida de los castellanos fué muy corta.

Jofre Tenorio subió el Guadalquivir, é hizo su entrada triunfante en Sevilla, donde presentó al rey 300 cautivos. Tratóse despues del plan de campaña, y se resolvió acometer á Olbera, villa poblada y fuerte en la frontera del reino de Sevilla. Encaminóse á ella todo el ejército y la puso sitio, que duró algun tiempo porque la guarnicion de la plaza era mucha y buena.

Durante este cerco se supo que el vecin-

dario de Almonte, receloso de la cercanía de los cristianos, pasaba con sus familias y muebles á guarecerse á Ronda. El rey envió á don Rodrigo Gonzalez de Manzanedo para que con alguna gente y el pendon de Sevilla fuese á recoger aquella presa. Manzanedo dió sobre los fugitivos de Almonte, los cautivó y los envió al rey con alguna gente de guardia. Pasó despues hacia Ronda á talar el pais; pero fué derrotado por los moros de la guarnicion que le salieron al encuentro, mataron al alferez de Sevilla y se apoderaron del pendon, en cuya defensa murieron otros muchos caballeros. Mayor hubiera sido el estrago de los cristianos á no haber acudido en su socorro la mesnada del arzobispo de Sevilla, que viendo la tardanza de Manzanedo en volver á los reales, habia salido en su socorro para cualquier lance imprevisto. Los moros no se atrevieron á pelear con los que llegaban de refresco y se encerraron en sus murallas; y los cristianos se volvieron á los cuarteles de Olbera tristes por la pérdida del pendon.

Esta plaza, muy bien fortificada, no podia rendirse sin el auxilio de las máquinas. El rey las mandó venir de Sevilla, batió la muralla y abrió brecha: con lo que cayó de ánimo la guarnicion; y temiendo el resultado del asalto, se entablaron negociaciones por medio de Ibrahim, hijo de Ozmin, que disgustado con su padre, se habia desnaturalizado de Granada, y vino á servir en el ejército castellano. La capi-

tulacion fué que saliese libre la guarnicion con tal que se entregase á los cristianos el pendon de Sevilla. Los de Ronda vinieron en restituirlo por salvar las vidas de los de Olbera: y esta importante fortaleza cayó en poder de los cristianos.

Púsose despues sitio á Pruna, y las tropas del rey entraron fácilmente en la poblacion baja: pero el castillo que estaba sobre una roca se creia inexpugnable. Dos soldados castellanos, cuyos nombres no ha conservado la historia, con el auxilio de cuerdas y escalas subieron al risco por la parte que parecia mas inaccesible, y por eso estaba menos guardada; y ayudaron á sus compañeros á que subiesen. Cuando estuvieron en lo alto, dieron sobre la guarnicion descuidada, la degollaron y se apoderaron del castillo. Despues tomó el rey á Almonte y á Alaquien: con lo cual acabó la campaña.

Mientras don Alonso peleaba en la frontera de Sevilla, Pedro Lopez de Ayala, adelantado de Murcia, penetró con la gente de este reino en el de Granada hasta Velez, taló los campos, recogió mucha presa de cautivos y ganados, y se volvió á Murcia: pero al pasar por cerca de Lorca, Sancho Perez de Cadalso, que tenia esta plaza por don Juan Manuel, salió contra la mesnada de Pedro Lopez, que venia descuidada como en pais cristiano, á quitarle la presa. Lopez se defendió valerosamente y obligó á los de Lorca á volver derrotados á sus murallas.

Concluida la campaña, se volvió el rey á

Sevilla, donde recibió embajadores de Portugal sobre plática ya tratada de su casamiento con doña María, hija de Alonso IV: pues la conducta de don Juan Manuel no permitia ya realizar el contrato de matrimonio con doña Constanza, hija de aquel ricohombre: bien que para asegurarse contra el padre, mandó ponerla como en rehenes en el castillo de Toro. Por otra parte el casamiento en Portugal le era ventajoso bajo otro aspecto: porque Alonso IV proponia al mismo tiempo el matrimonio de su hijo mayor don Pedro con doña Blanca, hija y heredera del infante de Castilla don Pedro, hermano de Fernando IV; la cual renunciaria á sus estados que se agregarian á la corona, dándosele otros equivalentes en Portugal.

Don Juan Manuel, apenas supo estas negociaciones, se dió por ofendido, envió á decir al rey que rompia el homenage y se desnaturalizaba, estrechó la amistad con el de Granada, solicitó al de Aragon á que se uniese con él contra Castilla en vista de la ofensa que se hacia á la casa real de Aragon, pues su madre era princesa de aquella casa, y empezó á reunir tropas para hostilizar á Castilla.

Entonces reinaba en Aragon Alonso IV, hijo de Jaime II, que falleció el 31 de octubre. Don Jaime fue príncipe justo, valiente y afortunado. Si por evitar la lucha, todavía peligrosa, con la córte de Roma, renunció á la corona de Sicilia, supo hacer que quedase en su familia, y conquistó á poca costa el reino de

Cerdeña, mas cercano á sus estados y mas fácil de defender en todo evento.

Doña Juana II, reina de Navarra (1328). Este año hubo terribles revueltas en Castilla y se cometieron grandes atrocidades. Don Juan Manuel con la gente que habia allegado, invadió los territorios de Cuenca, Sigüenza, Segovia y Toledo, é hizo graves daños y saqueos en los lugares abiertos y pequeños. Don Jaime y don Pedro Egerica, caballeros aragoneses, vinieron en su auxilio y estragaron la comarca de Requena.

El rey don Alonso salió de Sevilla para atajar el incendio de la guerra civil que ardia en el centro de Castilla, dejando bien asegurada la frontera de los moros. Al pasar por Córdoba prendió y mandó degollar á don Juan Ponce de Cabrera porque habia quitado al órden de Calatrava el castillo de Cabra, y á otros caballeros que habian tenido parte en la rebelion de aquella ciudad durante su minoría. Envió á Garcilaso de la Vega á Soria para preparar la defensa de aquella frontera si los aragoneses hacian movimiento contra Castilla; y dió quejas al rey de Aragon que siendo su vecino y aliado y estándose tratando su casamiento con la infanta de Castilla doña Leonor permitiese á los Egericas hacer entrada en Castilla. Alonso IV dió satisfaccion, y mandó á aquellos señores que se volviesen con sus tropas á Valencia, y asi cesó el temor de la guerra por la frontera de Aragon.

Pero los emisarios de don Juan Manuel persuadieron á algunos hombres principales de Soria que la ida de Garcilaso á aquella ciudad no tenia mas objeto que el de prender y matar á ciertos de entre ellos. Difundida esta voz, los que se creian amenazados amotinaron el vulgo, fueron al convento de san Francisco, donde Garcilaso estaba oyendo misa, y le dieron muerte, como tambien á un hijo suyo, á Alvaro Perez de Quiñones y á otros 22 caballeros de su comitiva; los demas se escaparon disfrazados de religiosos.

Al mismo tiempo se sublevaron las ciudades de Zamora y Toro incitadas por don Fernando Rodriguez de Balboa, prior de san Juan y muy amigo de don Juan Manuel. Su pretesto era que el rey separase de su lado á don Alvaro Nuñez de Osorio, su valído, á quien habia creado conde de Trastamara, y á cuyos perniciosos consejos se atribuian las calamidades del reino. Tal era la situacion miserable de los negocios cuando llegó el rey á Toledo.

Inmediatamente determinó poner sitio á Escalona, villa muy fuerte y como córte de los estados de don Juan Manuel, y encargó al maestre de Santiago que saliese con un cuerpo de tropas á reprimir las correrías y desafueros de don Juan. El maestre se encontró con él en Ucles, donde pelearon con igual daño de ambas partes.

Don Juan Manuel, viendo que el rey tenia cercada á Escalona, para manifestar igual po-

derío y resolucion, se puso sobre Huete; pero los habitantes de esta ciudad en repetidas salidas que hicieron le mataron muchos soldados: al mismo tiempo Pedro Lopez de Ayala con la gente de Murcia, y Alvaro García de Albornoz con la de Cuenca, talaron los estados y señoríos de don Juan Manuel en estas dos provincias, y se apoderaron de todas sus fortalezas, excepto la de Lorca. Estos reveses obligaron á don Juan á levantar el cerco de Huete.

El rey continuaba el sitio de Escalona. Alli le llegaron noticias de haberse concluido su tratado matrimonial con doña María de Portugal. Para celebrar el casamiento envió á Valladolid á un judío llamado don Jucef, que era su almojarife ó tesorero, á fin de que tragese á su hermana la infanta doña Leonor que debia acompañarle á la raya de Portugal donde iba á hacerse la entrega de las novias.

Don Jucef era aborrecido por su religion y por ser hechura del conde de Trastamara, generalmente detestado. Ademas habia en Valladolid una señora llamada doña Sancha, viuda de Sancho de Velasco que fue valído de Fernando IV, muger turbulenta, enemiga del conde, y de mucha influencia en la ciudad. Esta empezó á esparcir la voz de que el judío venia por la infanta para casarla con el conde de Trastamara. Alborotóse la poblacion, se opuso á la salida de doña Leonor, y quiso matar á don Jucef, que no escapó sino por la promesa que hizo doña Leonor de permanecer en el al-

cazar y de entregar al judío; pero ápenas se vió en la fortaleza, se negó á cumplir esto último.

La irritacion de los de Valladolid llegó al mas alto punto, como tambien el temor al rey don Alonso, que no sabia tolerar demasías semejantes. Asi se confederaron con los de Toro y Zamora, llamaron al prior de san Juan, y pusieron guardias para que nadie saliese de la fortaleza. El rey, sabidor de este suceso, hubo de levantar el sitio de Escalona y marchar á Valladolid, que le cerró sus puertas. Dió asalto á la ciudad por el monasterio de las Huelgas, que quedó destruido; mas no pudo penetrar en la plaza.

El prior de san Juan, conociendo que no podria defenderse largo tiempo contra las fuerzas del rey, empezó á intrigar con los enemigos que el conde tenia en la córte, persuadiéndolos que aquella era ocasion oportuna para derribar al valído, cuya caida pondria término á la guerra civil. En efecto, los émulos de don Alvaro hablaron al rey y le manifestaron la ventaja de separar de su lado á un hombre aborrecido, y cuya permanencia en el poder sería un pretesto contínuo de sediciones. Don Alonso siguió este consejo; el conde salió de la córte, y al punto Valladolid, Toro y Zamora abrieron las puertas al rey.

El conde don Alvaro Nuñez de Osorio se manifestó en su desgracia indigno de su elevacion anterior. En lugar de sufrir con dignidad aquel reves de la fortuna, y de condenar-

se al descanso por el bien público, imitó á los grandes y ricoshombres cuya conducta turbulenta tanto habia censurado, y empezó á buscar partidos y alianzas contra el rey, entre ellas la de don Juan Manuel, su mayor enemigo. El altivo magnate puso condiciones tan duras á la reconciliacion que don Alvaro renunció á ella.

El rey, sabidor de estas intrigas, mandó á don Alvaro que le entregase sus castillos y fortalezas; el conde desobedeció. Don Alonso se preparaba á tomarlas por fuerza de armas, cuando don Juan Ramirez de Guzman, amigo en otro tiempo del conde, se ofreció á libertar al rey de aquel embarazo quitando la vida á don Alvaro. El rey aceptó su ofrecimiento, y prometió darle premio. Ramirez partió al castillo de Belver, teatro ya de otra alevosía, donde estaba el conde, y se le presentó como un amigo antiguo que mal satisfecho de la córte venia á aumentar su partido. Estuvo algunos dias con él, y hallada ocasion oportuna, le quitó la vida á traicion. El rey premió al asesino dándole el castillo de Belver. Apenas bastan los laureles de Alonso el Onceno á cubrir esta atrocidad contra el que fue su mejor amigo. La política iba ya pervirtiendo la honradez y lealtad de los castellanos. Asi acabó el primer valido de que habla nuestra historia, en la cual, asi como en la de casi todas las naciones, siempre fue aborrecido este nombre.

Poco despues celebró don Alonso su matri-

monio con la infanta doña María de Portugal, y se firmaron los contratos matrimoniales entre su hermana doña Leonor y el rey don Alonso IV de Aragon, cuyas bodas se celebraron al año siguiente. Como estos tratados eran al mismo tiempo de alianza se halló don Alonso mas poderoso que nunca, y abandonado don Juan Manuel á solas sus fuerzas, el año concluyó con mejores auspicios que habia comenzado. Creyó el rey la ocasion oportuna para atraer á su servicio aquel ilustre rebelde; pero don Juan, siempre desconfiado de la córte, y mas ahora con el reciente ejemplo del conde de Trastamara, no dió oidos á ninguna proposicion.

Cárlos IV el Hermoso, rey de Francia y de Navarra, murió sin sucesion, dejando solo una hija póstuma que por la ley sálica era incapaz de suceder en el trono de Francia; y para el de Navarra era mejor el derecho de Juana, hija de Luis el Hosco, desatendido en los dos reinados anteriores. La corona francesa, extinguida la línea directa varonil de Hugo Capeto, recayó en Felipe de Valois, hijo de Cárlos de Valois y nieto del rey Felipe el Atrevido.

En Navarra los grandes y los pueblos se reunieron y juramentaron á no admitir rey estrangero á la familia real, y á no dividirse en sus votos. Felipe de Valois solicitó la corona de Navarra: pero las córtes, reunidas en Puente la Reina y despues en Pamplona, rechazaron esta pretension, y declararon reyes de Navarra á doña Juana, hija de Luis el Hosco, y á su

marido Felipe, conde de Evreux. Al mismo tiempo destituyeron al gobernador del reino, y nombraron otros hasta la venida de los nuevos reyes.

El rey de Francia, amenazado de la guerra de Flandes y de las armas de la Inglaterra, no tuvo por conveniente insistir en su pretension á Navarra. Contentóse, pues, con hacer una transaccion, en virtud de la cual cedió doña Juana los condados de Champaña y Bria, y se le dieron como indemnizacion los ducados de Angulema, Mortain y Longueville.

Al año siguiente de 1329 vinieron los reyes á Navarra, y fueron coronados con grandes fiestas y regocijos. Poco antes, por motivo ó con el pretexto de las usuras de los judíos, se habian alborotado los pueblos contra ellos, y fueron degollados muchos, señaladamente en Viana y Estella. En esta última ciudad quisieron hacerse fuertes en la judería; pero los habitantes pegaron fuego á este arrabal, y perecieron entre las llamas casi todos los judíos. Estas atrocidades fueron castigadas con la multa que en aquellos tiempos se pagaba al rey ó al señor del territorio por el homicidio.

El rey don Alonso de Castilla ansiaba por hacer guerra á los moros, aunque se lo impedian los desasosiegos interiores. Por esta causa celebró nuevos tratados de alianza con los reyes de Aragon y Portugal; en los cuales se estipularon los socorros que debian darle para la guerra santa, y ademas que ninguno de los

tres reyes admitiria en sus estados al que se desnaturalizase de los de otro. Despues pasó á Soria, donde castigó severamente á los culpados en la muerte de Garcilaso de la Vega. Los reos que pudieron haberse á las manos, sufrieron el último suplicio; los que huyeron perdieron sus bienes y fueron declarados traidores.

De allí fue á Madrid, donde celebró córtes del reino que le concedieron subsidios para continuar la guerra contra los moros; bien que dándole quejas contra su tesorero don Jucef, y pidiendo que se le tomasen cuentas. Estas quejas, repetidas en Valladolid, adonde pasó el rey, le obligaron á despedir al judío de su servicio, y mandó que de allí en adelante no pudiese egercer el oficio de tesorero ninguno que no fuese cristiano.

Don Juan Manuel, desauciado de encontrar apoyo en Aragon ni en Portugal, trató de buscarlo en la misma Castilla; para lo cual casó con doña Blanca, hija de don Fernando de la Cerda, y promovió el casamiento de doña María, hija de don Juan el Tuerto, con don Juan Nuñez de Lara, heredero de sus mayores en la turbulencia y el orgullo.

Todo lo observaba el rey don Alonso; pero á pesar de estos manejos no dejó de dar pasos para ganar á don Juan Manuel; el cual, mostrándose en esta ocasion menos ostinado que en otras, no desechó la propuesta del rey de admitirle en su gracia y restituirle sus dignidades; pero á condicion de que se le entregase

su hija doña Constanza. Con esto se sobresanó algun tanto la llaga de las discordias públicas.

Alonso IV de Aragon tuvo este año de su nueva esposa doña Leonor de Castilla un hijo llamado Fernando, á quien creó marques de Tortosa y señor de Albarracin: grande motivo de desavenencias entre el príncipe don Pedro, hijo mayor del rey, y su madrastra doña Leonor. Sentia mucho don Pedro que se desmembrasen de la corona que habia de heredar dos ciudades tan importantes, con tanta mas razon cuanto el rey don Alonso habia prometido poco antes no enagenar ningun dominio del estado.

La fortaleza de Priego cayó por traicion en poder de los mahometanos. Pedro Ruiz de Córdoba, comendador de la órden de Calatrava, á la cual pertenecia aquella plaza, teniendo que salir de ella para negocios precisos, la dejó encomendada á un escudero suyo que la vendió al rey de Granada, y se pasó á sus estados para gozar el precio de su alevosía.

Sitio de Teba: treguas con Granada: guerra entre Aragon y Génova (1330). El rey don Alonso de Castilla entró con su ejército en la frontera de los moros y puso sitio á Teba, plaza entonces muy fuerte. El rey de Portugal le envió un cuerpo auxiliar de 500 caballos á las órdenes del maestre de Cristo, y el de Aragon hizo entrada por la parte de Murcia en los estados del granadino.

Ozmin se acercó con un grueso cuerpo de

caballería para socorrer la plaza; pero los cuarteles estaban tan bien dispuestos que no halló medios de romperlos por ninguna parte. Sin embargo, la plaza se defendia valerosamente, y en una salida que hizo la guarnicion pusieron fuego á una torre de madera que los cristianos habian puesto junto á la muralla, y que molestaba mucho á los sitiados.

El general granadino puso una celada para incitar á los enemigos á pelear con desventaja; pero el rey penetró su intencion, y envió á aquel punto un cuerpo numeroso que derrotó á los moros. Algunos peones, sin órden del rey, se atrevieron á pasar el rio y á acometer á Ozmin, que siempre estaba á vista de la plaza; pero el enemigo cargó sobre ellos tan impetuosamente, que á no haberse puesto en arma todo el ejército, lo que obligó á Ozmin á retirarse, no hubiera quedado uno vivo.

Los portugueses auxiliares se volvieron á su pais, sin que pudiesen detenerlos las reclamaciones ni las súplicas del rey; mas no por eso desmayaron los castellanos. Abriendo brecha en la muralla se dispusieron al asalto: lo que obligó á los sitiados á capitular. La plaza se entregó, salvas solamente las personas. Despues rindió don Alonso á Cañete y Priego, y ocupó los castillos de las Torres, de las Cuevas y de Otregica, abandonados por los mahometanos.

Concluida la campaña pasó el rey á Sevilla, donde se aficionó de doña Leonor de Guz-

man, ilustre por su nacimiento, hermosura y discrecion: amores infaustos que costaron á España rios de sangre y horrendos crímenes. A esta capital llegó un embajador del rey de Granada ofreciéndole 12000 doblas por el vasallage con tal que se asentasen treguas. El rey aceptó por ver si en este intermedio podia reducir á don Juan Manuel; el cual, á pesar de haber recibido los libramientos necesarios para hacer la guerra á los moros por la frontera de Murcia, en vez de cumplir esta obligacion, se entretuvo en molestar algunos pueblos de Castilla. Mas efecto hicieron los aragoneses, que penetrando por la parte de Lorca en el reino de Granada, talaron gran parte del pais, y se volvieron á su patria cargados de despojos.

La república de Génova, cuyas relaciones en la isla de Cerdeña tanto comerciales como políticas eran muy estensas, deseaba quitar aquella posesion á los aragoneses: y sabiendo que los habitantes de Saser habian vuelto á rebelarse, envió una escuadra numerosa á las órdenes del almirante Antonio Oria, que sorprendió y cogió algunos buques catalanes en el golfo de Caller, desembarcó gente é hizo estragos en los pueblos fieles á Aragon; promovió la rebelion de los desafectos, é interrumpió la comunicacion entre la isla y las costas de Valencia y de Cataluña.

Al año siguiente de 1331 envió el rey de Aragon una armada compuesta de 30 navíos y 42 galeras que asoló las costas del genovesado.

La república imploró la mediacion del papa y de Roberto, rey de Nápoles; pero el aragonés no quiso admitir proposicion alguna de paz que no tuviese por primera condicion la evacuacion de la isla de Cerdeña por los genoveses.

La parte meridional del reino de Valencia fue invadida por los moros de Granada, que hallándose en paz con Castilla, quisieron vengarse de las correrías de los aragoneses en el año anterior. Talaron la huerta de Orihuela, tomaron y saquearon á Guardamar, y se volvieron á su reino cargados de botin.

El rey don Alonso de Castilla pasó este año á Toledo y Burgos. Sabiendo que en Santa Olalla, villa de la jurisdiccion de don Juan Manuel, se refugiaba una cuadrilla de bandidos, marchó al pueblo con la mayor celeridad, los sorprendió y cogió á todos, excepto al principal que se escondió en la cueva de un pozo. El rey mandó echar tantas piedras que subiendo el agua y amenazando llenar la cueva que estaba en la pared, obligó al bandolero á descubrirse y pedir que le sacasen de alli. Todos pagaron con la vida sus delitos. Igual suerte tuvieron Fernando Gudiel, caballero principal de Toledo, y otros que tenian alborotada esta ciudad con sus bandos y partidos, bajo cuyo pretesto se cometian muchos crímenes. Despues de estos actos de justicia pasó á Burgos, donde celebró con gran pompa la fiesta de su coronacion en el monasterio de las Huelgas, y fue ungido por el arzobispo de Santiago: cere-

monia que algunos reyes de España quisieron introducir, pero que no se arraigó como en Francia en nuestras costumbres políticas.

Acusábase á don Juan Manuel de haber hecho daño en las tierras del rey durante el sitio de Teba y la última campaña de Andalucía. El magnate envió dos caballeros de su casa á Burgos donde se hallaba la córte con el pretesto de disculparse; pero en la realidad para persuadir á doña Leonor de Guzman que solicitase del rey ser su esposa, repudiada doña María de Portugal. Toda esta intriga miraba á romper la estrecha union que reinaba entre las dos coronas de Portugal y Castilla, y que impedia á don Juan Manuel salir con sus intentos. Doña Leonor, con mas prudencia que la que podia esperarse de quien habia atropellado su honor por el amor de un rey, se negó á semejante proyecto.

Otro formó con el mismo fin don Juan Manuel, enviando á Portugal al prior de san Juan para persuadir á Alonso IV que rompiese con el de Castilla en vista de los pesares que daba á su muger, prefiriéndole una manceba, y que para esposa de don Pedro, heredero de su corona, en lugar de doña Blanca, hija del infante don Pedro, siempre enferma y poco á propósito para embellecer la córte, eligiese á doña Constanza, hija de don Juan Manuel. Tampoco produjo efecto por entonces esta negociacion.

En fin, completó la obra de iniquidad ligándose con los reyes de Granada y de Mar-

ruecos contra su patria y su rey. El de Granada habia pasado á Africa á verse con Abul Hasan, rey de los benimerines, y manifestarle la necesidad que tenia de su socorro para librarse del yugo que le imponia la potencia de los cristianos. Abul Hasan, príncipe poderoso y guerrero, y que habia estendido su dominacion en gran parte del Africa, determinó auxiliarle, y prometió enviarle en su socorro á un hijo suyo con 7000 hombres de caballería. El de Granada se volvió á su reino, y dispuso hacer entrada en el de Valencia; pero halló á los cristianos mas prevenidos que el año anterior; y asi, despues de tener sitiada á Elche cinco dias, se volvieron los granadinos á vista de las fuerzas superiores que acudieron en defensa de la plaza.

Este año se incorporó irrevocablemente en la corona de Castilla la provincia de Alava bajo las condiciones que constan de sus fueros. Este pais era de *behetría:* esto es, que podian los habitantes elegir á su *señor* ó magistrado supremo. Algunos otros pueblos de España gozaban de este privilegio, que reunia de una manera estraña las obligaciones del servicio feudal con las instituciones republicanas.

Poco despues estableció en Burgos el rey don Alonso el Onceno la órden de caballería, llamada de la *Vanda* por la que llevaban de un lado á otro del pecho los caballeros. Esta institucion se dirigia á conservar el espíritu caballeresco propio de aquellos siglos; pero solo

duró con esplendor mientras vivió este rey, y despues fue olvidada. En este tiempo supo la coalicion entre los reyes de Granada y Marruecos y los descontentos de Castilla, por lo cual estrechó con mas firmeza la alianza que tenia con Aragon y Portugal.

Los genoveses vengaron este año los males que les habia hecho la armada catalana infestando las costas de Cataluña, Valencia y Mallorca. Una division de su escuadra compuesta de 13 navíos se dirigió á Caller y acometió á algunos buques de guerra catalanes que habia en el puerto; pero halló tan valerosa resistencia que se vió precisada á alejarse despues de haber sufrido mucho daño.

Guerra con los moros: pérdida de Gibraltar (1333). Abul Hasan, rey de Marruecos, envió á Algeciras un cuerpo de 7000 hombres de caballería y la correspondiente infantería á las órdenes de su hijo Abdulmelic, segun habia prometido al rey de Granada; tan á principios del año, que cuando el almirante castellano Alonso Jofre Tenorio se puso en la mar con su escuadra para impedir por lo menos que pasasen á España los transportes de víveres de los moros, ya estaba en Algeciras el ejército marroquí abundantemente provisto de todo lo necesario para la campaña. Abdulmelic, apenas llegó el rey de Granada con sus tropas, puso cerco á Gibraltar, que estaba mal defendida; porque aunque se habia dado á su gobernador Vasco Perez de Meira todo el dinero necesario

para proveer la plaza de víveres y gente, la tenia muy falta de uno y otro por ahorrar para su bolsillo aquellas cantidades.

El rey don Alonso, que se hallaba entonces en Castilla, promovió con suma actividad los armamentos, y mandó marchar las tropas hácia Andalucía; pero no se resolvió á ponerse al frente de ellas hasta haber traido á su servicio á don Juan Manuel y á don Juan Nuñez de Lara. No ignoraba el rey que las muestras de hostilidad que presentaban no tenian otro objeto que el de avenirse con él sacando mejor partido en la composicion: máxima comun de los grandes en aquel siglo y en todos tiempos de las facciones con respecto á los gobiernos débiles. Asi que deseando dejar guardadas las espaldas y pacificada á Castilla, para hacer la guerra á los moros envió desde Palencia, donde residia, un mensagero á aquellos señores que estaban en Becerril, convidándolos á una conferencia y á la paz.

Verificóse la entrevista en Villahumbrales; el rey los honró y agasajó mucho, y tuvo la dignacion de ir á comer con ellos á Becerril, y los convidó el dia siguiente á comer con él. Las condiciones propuestas por el rey debieron ser tan ventajosas para aquellos señores que todos creyeron hecha la paz: pero la intriga de un malcontento subalterno frustró tan lisongeras esperanzas.

Juan Martinez de Leiba, que se habia pasado del servicio del rey al de don Juan Nuñez,

temiendo que si este señor se avenia con la córte quedaria él sin defensa contra el enojo de don Alonso, dijo á su protector que "sabia por gentes de palacio que el rey tenia intencion de prender y matar á Lara y á don Juan Manuel cuando fuesen á comer con él á Villahumbrales: que se acordasen del banquete de Toro y del triste fin de don Juan el Tuerto." Don Juan Nuñez, heredero de la suspicacia de sus mayores, se alteró con esta noticia: don Juan Manuel, sin darla entero crédito, hizo causa comun con él; y ni acudieron al convite, ni se volvieron á presentar al rey sino armados y con grandes muestras de desconfianza; hasta que al fin se fueron el uno á Peñafiel y el otro á Lerma sin concluir nada con el rey.

Entretanto las noticias de Andalucía eran cada vez mas desagradables. Gibraltar no podia recibir víveres, porque los moros habian cerrado enteramente la entrada del puerto con sus buques, y la guarnicion estaba mas afligida por el hambre que por los asaltos de los enemigos. Al mismo tiempo el rey de Granada, dejando encargado el sitio de la plaza á Abdulmelic, penetró con un cuerpo de tropas en el reino de Córdoba, y puso sitio á Castro del Rio. Los habitantes se defendieron valerosamente; pero quebrantada en muchas partes la muralla pidieron socorro á los pueblos vecinos. Don Martin Alonso de Córdoba juntó alguna gente de caballería y logró introducirse en Castro, porque los moros, seguros de tomar

la plaza en el asalto que preparaban para el dia siguiente, no guardaron con exactitud las avenidas. El asalto se dió y recibió con igual valor; y solo el esfuerzo de don Martin Alonso pudo resistir al ímpetu de los enemigos. Entretanto Payo Arias, caballero de Córdoba, habia reunido en el castillo de Espeja todas las milicias de la comarca, y marchaba en socorro de Castro, lo que obligó al granadino á levantar el sitio y marchar á Cabra á una conquista mas segura; porque Pedro Diaz de Aguayo, freile de Calatrava que tenia el castillo por la órden, lo entregó á los moros por traicion. El rey de Granada demolió el castillo, y se llevó cautiva la poblacion. Acudiendo á aquel punto el maestre de Calatrava con los pendones de Córdoba, Ecija y Carmona, se retiraron los moros á su frontera.

Don Alonso se desesperaba por la falta que hacia en el teatro de la guerra cuando le era forzoso detenerse en Castilla para reducir por lo menos á don Juan Manuel. Visitóle en Peñafiel; propúsole nuevas condiciones; mas nada consiguió; y el magnate llevó la insolencia hasta enviarle á decir "que no volviese á su villa porque no le recibiria."

Entonces determinó el rey pasar á Andalucía: pero antes marchó con alguna gente á Mayorga contra las tropas de don Juan Nuñez, que saliendo de Castroverde y de Aguilar de Campos infestaban los pueblos del rey. Nada pudo conseguir; porque los rebeldes se reti-

raron á sus guaridas apenas vieron el pendon real.

Don Alonso marchaba despechado á Sevilla, cuando uno de sus escuderos llamado Gonzalo Alvarez de Almazan, admitido por don Juan Manuel á una conferencia, recabó de él que hiciese entrada por el reino de Jaen en la frontera de los moros para impedir que los granadinos se juntasen con los marroquíes. Don Juan lo prometió siempre que se le diesen los libramientos necesarios para la empresa. El rey mandó dárselos.

Llegó, en fin, á Sevilla el 8 de junio: pero al llegar á Jerez, cuando ya se ponia en marcha para levantar el sitio de Gibraltar, le llegó aviso, dado por el almirante Tenorio, de que la plaza se habia entregado á los moros por falta de víveres. El gobernador Vasco de Meira, temiendo la indignacion del rey, se pasó al Africa. El ánimo de don Alonso no cedió á este reves: marchó á Gibraltar con intento de recobrarla, y la puso sitio. Abdulmelic salió de Algeciras con 6000 hombres de caballería, y cargó la retaguardia de los cristianos; pero fue recibido con tanto esfuerzo que le obligaron á retirarse con pérdida de 500 hombres.

Los cristianos siguieron el alcance hasta pasar el rio Palmones contra el órden del rey que habia mandado que no se pasase ni aun el Guadarranque. Fue necesario, pues, enviar en su socorro el pendon de Sevilla y las mesnadas de los Guzmanes, Enriquez y otras que escaramu-

zaron todo el dia con los moros, hasta que el almirante Tenorio, desembarcando cien ballesteros y alguna gente, vino en socorro de los castellanos, y obligó á los enemigos á retirarse á Algeciras.

El sitio de Gibraltar se completó ocupando una isleta que defendieron con ostinacion los mahometanos, pero al fin hubieron de evacuarla. A pocos dias la falta de víveres hubiera obligado al rey á abandonar la empresa; pero llegaron inesperadamente varios buques de la armada cargados de vituallas, y se continuó el sitio con nuevo vigor. El cuartel mas peligroso era el de la isleta, porque no podia socorrerse siempre que se queria, cuando desde la plaza tenian libre entrada en ella. Pero por medio de algunas barcas pequeñas auxiliadas de los buques de la armada, logró establecerse facil comunicacion entre aquel cuartel y los demas del sitio.

Grande era el empeño del rey don Alonso en recobrar á Gibraltar; y nada omitió de cuanto el arte ó el esfuerzo pueden hacer en semejantes empresas. Dirigió dos máquinas contra la torre del castillo, y otra contra las galeras de los moros; pero estaban cubiertas con techos de madera muy gruesos, y no recibian daño alguno. El rey mandó entonces á Tenorio que las acometiese por la parte del mar y las quemase; mas no pudo egecutarlo porque el enemigo habia construido una estacada que impedia á los bajeles cristianos acercarse.

Para derribar mas fácilmente las murallas con los ingenios, mandó el rey socabarlas, y daba dos doblas de premio por cada piedra grande que le traian los soldados. Muchos perecieron en esta operacion; pues aunque la hacian cubiertos con mantas de madera, los enemigos les echaban desde lo alto de las murallas alquitran y pez hirbiendo y grandes peñascos que destrozaban sus defensas. Padecíase tambien mucho en el campo cristiano por la interrupcion en la abundancia de víveres, que como habian de llegar por mar no siempre los vientos permitian recibirlos. Todas estas penalidades causaron mucha desercion en los cuarteles: los desertores daban en poder de los moros que los llevaban á Ceuta á venderlos por esclavos; y fue tanto su número que llegaron á dar cada uno en una dobla.

Ninguna de tantas dificultades arredraba el magnánimo corazon de Alonso. Pero don Juan Manuel no cumplió su promesa. En vez de observar el ejército del rey de Granada, se unió con don Juan Nuñez de Lara, y pasaron á verse con el rey de Aragon para incitarle á romper con el de Castilla: mas nada pudieron lograr por la fidelidad de Alonso IV á la alianza jurada. Don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, en vez de marchar al ejército con su mesnada, para lo cual habia recibido acostamientos del tesoro, se volvió á Castilla, se confederó con don Juan Nuñez, y uno y otro hicieron grandes estragos en las tierras del rey.

Don Juan Manuel obró mejor; porque se mantuvo quieto en Alarcon, que era de su señorío, y solo fatigó los pueblos pidiéndoles *yantares* ó raciones para su tropa.

Cuando el de Granada vió que nada tenia que temer por sus fronteras de Jaen, marchó con su ejército á juntarse con Abdulmelic, y entrambos unidos presentaron la batalla á don Alonso. Este, con gran pesar suyo, no la aceptó: abrió una trinchera que cogia de mar á mar delante de los cuarteles para defenderlos contra el enemigo, y prohibió á los suyos que saliesen á escaramuzar sin órden. Un dia se atrevió un moro muy esforzado, llamado Adulalí, á atravesar con 300 ginetes una de las guardias castellanas. Sancho Diaz de Rojas que la mandaba, salió al encuentro y rechazó á los moros, dando muerte á Adulalí y á muchos de sus compañeros.

Gibraltar estaba ya para entregarse; pero los males de Castilla, cuya noticia llegó al rey por entonces, pedian pronto remedio. Esta fue la causa de que diese oidos á las pláticas de treguas que le propuso el de Granada como único partido que le quedaba para salvar á Gibraltar. Firmáronse treguas por cuatro años pagando el granadino las mismas parias que antes, y don Alonso se obligaba á levantar el sitio de Gibraltar.

Hecha la tregua y celebradas vistas entre el rey cristiano y los caudillos moros, se dispuso don Alonso á marchar á Castilla deseoso de

vengar el desaire de sus armas en los magnates rebeldes, que eran la verdadera causa de todos los desastres del reino. Pero un nuevo incidente le obligó á detenerse en Sevilla. Muhamad, rey de Granada, habiendo despedido su gente, excepto algunos cortesanos que debian acompañarle al África, donde pensaba visitar al rey de Marruecos, fue asesinado de órden de algunos caudillos marroquíes indignados de la preferencia que daba públicamente á los guerreros granadinos. Sucedióle en el reino su hermano Jucef.

Don Alonso, no sabiendo si con este suceso se romperia la tregua, se detuvo mas de lo que pensaba en Andalucía; pero no sin dar pruebas de la severidad de su justicia. En Córdoba mandó matar á Diego Sanchez de Jaen porque durante el sitio de Gibraltar habia querido pasarse á los moros, y por otros delitos y desafueros. Gonzalo de Aguilar y otro hermano suyo, reos de los mismos excesos, se pasaron á Granada, hicieron confederacion con don Juan Manuel, y desde los castillos de Aguilar, de Montilla y otros que estaban por ellos, hicieron considerables daños en la tierra de Córdoba. Los pueblos de Andalucía concedieron al rey el derecho llamado de *alcabala* en todas las ventas: con cuyo producto juntó un cuerpo considerable de caballería que le dió una grande superioridad sobre los rebeldes. Sevilla fue la primera que concedió este derecho. Los pueblos estaban cansados de la tiránica turbulen-

cia de los magnates; y se unian al trono para defenderlo contra las pretensiones de la grandeza. . . . .

En Aragon hubo tambien algunos alborotos. El príncipe don Pedro declaró públicamente que jamas consentiria en la enagenacion de Tortosa y de Albarracin á favor de su hermano: é hizo una tentativa, bien que infructuosa, para apoderarse de Játiva, villa que estaba asignada á la reina doña Leonor.

Mientras se aseguraba el rey don Alonso de que no se romperian las treguas hechas con los moros, pasó mucho tiempo, y hasta la cuaresma de 1334 no salió de Sevilla para Toledo. Al llegar á Ciudad Real recibió una carta de Lara, en que se despedia de él y se desnaturalizaba de Castilla. "Ya es tarde", dijo el rey, y mandó matar al mensagero como cómplice de la rebelion. Despues llegó con celeridad á Valladolid, y mandó cerrar las puertas de la ciudad para que nadie pudiese dar cuenta de su venida á don Juan Nuñez, que sitiaba entonces á Cuenca de Campos, villa del rey: pero dos emisarios del magnate se descolgaron por la muralla y le avisaron de su riesgo. Lara se retiró á Lerma, y aunque el rey procuró cortarle el paso en Palencia, no pudo; el rebelde se habia puesto ya en salvo cuando don Alonso llegó á esta ciudad.

Rindió á Melgar y á Morales, que estaban por el de Lara; fue á Palenzuela, amenazada por el magnate deseoso de cogerle en ella; y

no habiendo venido, trató de sorprenderle en Lerma, en cuyas cercanías puso celadas. En una de ellas mató y prendió mucha gente de don Juan Nuñez; mas no pudo haber á las manos á este ricohombre que vivia con suma precaucion.

El rey pasó á Vizcaya, tomó en el camino el fuerte de Peña Ventosa construido por el mismo Lara, llegó á Orduña y Bilbao, y fue reconocido por señor del pais, escepto algunas fortalezas que estaban por los Laras. No quiso detenerse á sitiarlas por estar en posiciones muy fuertes, y se volvió á Burgos, donde interceptó cartas de don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, de las cuales constaba que este señor, auxiliado por el gobernador de Navarra Enrique de Sully, pensaba hacer guerra á don Alonso en la Rioja.

Al punto se puso en camino el rey, y llegó en 24 horas á Logroño. Supo alli que el de los Cameros estaba en Agoncillo, lugar de su dominio. Don Alonso le cercó con tanta presteza, que el rebelde no tuvo lugar para escaparse. Mandóle venir á su presencia, mostróle las cartas, afeó su conducta, y le mandó degollar. Como no tenia hijos dió los Cameros á dos hermanos del de Haro, y agregó á la corona las demas villas de su señorío.

Volvió á Burgos á proseguir con nueva actividad la guerra contra don Juan Nuñez: cercó el castillo de Ferrera, y encargó el de la Torre de Lobaton á don Rodrigo Alvarez de

Asturias, señor de Noroña y muy amigo suyo. Este caballero, que carecia de sucesion, habia adoptado á don Enrique, hijo del rey y de doña Leonor de Guzman; y á su muerte, que acaeció poco despues, le dejó todos sus estados.

Don Juan Nuñez de Lara, viendo la ruina del de los Cameros, y temiendo el enojo de un rey tan esforzado y activo como don Alonso, trató de ajustarse con él por mediacion de Martin Fernandez Portocarrero, guerrero muy hábil y valiente, y mayordomo mayor del príncipe don Pedro, heredero de la corona. El ajuste fue que el de Lara renunciase al señorío de Vizcaya; que entregase el castillo de Ferrera, y que diese por rehenes de que no haria daño en los dominios del rey, á Castroverde, Aguilar de Campos y Aguilar de Monteagudo.

Despues acometió don Alonso á Santibañez de Zarzaguda, castillo de la parcialidad de don Juan Manuel, y lo rindió. Lo mismo hizo con Casa de Rojas, cuyo gobernador Diego Gil de Ahumada, cuando se le intimó la rendicion, disparó saetas y piedras contra el rey. Despues se rindió por capitulacion salvas las personas; pero el rey castigó el desacato de haber disparado contra él dando muerte á toda la guarnicion. Desde entonces, cuando el gobernador de una plaza hacia el juramento de homenage al ricohombre que se la confiaba, juraba tenerla por él contra todos menos contra el rey si en persona la pidiese.

La guerra de Cerdeña continuaba. El go-

bernador de la isla arrojó á un cuerpo de genoveses que tenian sitiada la fortaleza de Quirra, y recobró á Terranova que estaba por los enemigos. Mas cuidado daban en Aragon las desavenencias entre el príncipe don Pedro y su madrastra, que el rey Alonso IV, enfermo de hidropesía y próximo á la muerte, no podia impedir. Doña Leonor tenia por valedores dentro del reino á don Pedro y don Jaime Egerica, señores poderosos; y fuera de él á su hermano don Alonso de Castilla que la habia prometido el auxilio de sus armas. El príncipe don Pedro se habia coligado con los navarros solicitando la mano de la infanta doña María, hija de los reyes de este pais. Fue incitado á esta alianza por Enrique de Sully, gobernador de Navarra que deseaba con el auxilio de los aragoneses vengar la muerte de su amigo el señor de los Cameros.

Guerra entre Navarra y Castilla: batalla de Tudela (1335). Don Juan Manuel deseaba casar su hija doña Constanza con el heredero de Portugal; y el rey portugues deseaba este matrimonio, al cual no podia oponer objecion el rey de Castilla atendido el estado contínuo de enfermedad en que estaba doña Blanca, la primera prometida esposa de aquel príncipe. Asi no puso mal semblante á la pretension de don Juan Manuel; pero exigió por condicion que este ricohombre viniese á su servicio y cesasen las desavenencias: lo que prometió don Juan á pesar de que antes de concluir el año

hizo nueva confederacion contra el rey con don Juan de Lara y con el rey de Portugal.

La animosidad del gobernador de Navarra produjo un rompimiento entre este reino y Castilla. Alentado con la alianza de Aragon, pidió un cuerpo auxiliar al príncipe don Pedro, y éste le envió 500 hombres de armas á las órdenes de Miguel Perez Zapata y Lope de Luna. Con estas fuerzas y la gente de Navarra que habia reunido entró á sangre y fuego en Castilla, y se apoderó del monasterio de Fitero y del castillo de Tudegen.

El rey don Alonso nombró para general de esta guerra á don Juan Nuñez de Lara, que no quiso aceptar el mando; prueba clara de sus siniestras intenciones. Entonces envió por caudillo á Martin Fernandez Portocarrero en nombre del príncipe don Pedro, todavía niño: y aunque habia en el ejército ricoshombres y caballeros mas poderosos todos obedecieron á sus órdenes: y así esta guerra tuvo resultados gloriosos para Castilla.

Portocarrero llegó con su ejército á Alfaro. Creyendo Enrique de Sully que su intencion era recobrar á Fitero, envió á aquel punto á Miguel Perez Zapata con la caballería: pero los castellanos se presentaron á vista de Tudela, de modo que estaban interpuestos entre el ejército navarro y su caballería. Así lograron dos victorias muy señaladas: una contra el ejército de Sully, que fue derrotado y se refugió en la ciudad, otra contra la caballeria de Zapata, que volvia

de Fitero apenas supo la marcha de Portocarrero. En esta segunda accion quedó prisionero el capitan aragones. Los castellanos recobraron á Fitero y Tudegen, hicieron graves daños en la Sonsierra, y se volvierón á Castilla con grandes despojos: al mismo tiempo que los guipuzcoanos, mandados por García Lopez de Lezcano, hicieron entrada por su provincia en Navarra, saquearon algunos pueblos y tomaron el castillejo de Unia.

El conde de Fox, pariente del rey de Navarra, vino á socorrer sus estados con un cuerpo numeroso de tropas, llegó á vista de Logroño, y le salió á recibir la guarnicion mandada por su gobernador Ruy Diaz de Gaona. El combate fue muy reñido á pesar de la superioridad de los agresores: pero al fin los castellanos se fueron recogiendo á la plaza, y quedó solo peleando en el puente y asegurando la retirada á los suyos el intrépido Gaona. Menos feliz que Horacio Cocles fue muerto y arrojado en el rio: pero ya se habia puesto en salvo toda su gente.

Esta guerra impolítica y sin resultado cesó muy pronto. Felipe de Valois, rey de Francia, amenazado por Eduardo III de Inglaterra, príncipe valeroso y feliz, deseaba la alianza del rey de Castilla; y aunque éste respondia á sus solicitudes que la guerra contra los moros no le permitia enviar tropas á paises tan lejanos, todavía insistia el frances: y para no tenerle por enemigo, intervino con su pariente y vasallo Felipe de Evreux, rey de Navarra, á fin de que ce-

sasen las hostilidades entre ambos paises: lo que felizmente consiguió.

Sitio de Lerma: guerra entre Castilla y Portugal: sitio de Badajoz: Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragon (1336). El rey don Alonso IV de Aragon falleció á fines de enero, y le sucedió su hijo don Pedro IV el *Ceremonioso*, llamado así por la importancia que daba al ceremonial de la córte y palacio. Su primer actò fue apoderarse de las plazas y heredamientos concedidos por su padre á la reina viuda doña Leonor y á sus hijos. Esta familia desventurada, favorecida por los Egericas, huyó á Castilla por caminos estraviados. El rey don Pedro invadió con sus tropas los estados de aquellos señores, que á su vez reunidos con tropas castellanas hicieron estragos en el reino de Valencia por la parte de Requena. Don Alonso de Castilla abrazó la causa de su hermana y de sus sobrinos: pero la situacion de su reino no le permitia darles otro auxilio que el de una negociacion larga y penosa, que al cabo produjo algun efecto.

Era ya conocida del rey la nueva confederacion entre don Juan Manuel, el de Lara y el rey de Portugal, y se preparó á disolverla y castigarla. Apartó de ella á don Pedro Fernandez de Castro y á don Juan Alonso de Alburquerque su amigo; ofreciendo casar á su hijo don Enrique con doña Juana, hija del de Castro. Este era muy poderoso en Galicia, Alburquerque en Estremadura: y con esta hábil negociacion privó á

los rebeldes de una gran parte de las fuerzas con que contaban.

Hecho esto, dió órden á los maestres de Santiago y Calatrava, de que con mil caballos observasen á Garcimuñoz, donde se hallaba don Juan Manuel, y no le permitiesen ni salir de la villa ni enviar á Portugal su hija doña Constanza: á Gutierre Fernandez Quijada y á su hermano, de que sitiasen á Torre de Lobaton, á Gonzalo Ruiz de la Vega, de que se pusiese sobre Busto: á Fernan Perez Portocarrero, de que acometiese á Villafranca de Montes de Oca, y el mismo rey en persona se puso sobre Lerma con el grueso de su ejército: formando así con sus tropas una gran red en que estaban cogidos los estados del rebelde y el mismo don Juan Nuñez.

Este, viendo la tempestad que le amenazaba, envió á pedir dos veces ajuste con el rey, poniendo por condicion que se le restituyese el señorío de Vizcaya: pero don Alonso á nada prestó oido. Exigia la absoluta sumision. El sitio de Lerma empezó el 14 de junio: fue largo y ostinado, porque Lara habia provisto abundantemente la plaza de gente, víveres y municiones: pero el rey para manifestar que no desistiria de la empresa, mandó construir para sí una casilla en que ponerse á cubierto contra el rigor del tiempo: ejemplo que imitaron casi todos los cabos del ejército. Despues para evitar las salidas hizo una cerca y foso al rededor de la plaza, con dos puentes de barcas sobre el rio para la comunicacion de sus cuarteles, destruyendo el de

piedra que estaba muy cercano á la muralla, y mandó hacer dos torres hacia la parte de donde tomaban agua los sitiados, de modo que no podian ir por ella sin exponerse á ser muertos ó heridos.

Entretanto don Juan Manuel, burlando la vigilancia de los maestres, se escapó de Garcimuñoz, y se fue á Peñafiel, donde sufrió la misma observacion que en el primer lugar. La actividad de don Alonso en esta guerra fue estraordinaria. Varias veces salió de los cuarteles de Lerma á Peñafiel por si lograba sorprender á don Juan Manuel fuera de la plaza: mas éste vivia con sumo cuidado y siempre se libró, hasta que al fin cansado de una persecucion tan contínua, huyó á Aragon por senderos estraviados.

Don Juan Nuñez, viendo que Lerma bloqueada estrechamente no podria dejar de caer en poder del rey, trató de escaparse de la plaza por un conducto subterráneo. El rey que lo supo estuvo una noche entera á la salida del conducto metido en el lodo con los que le acompañaban para cogerle si queria fugarse: pero el de Lara no se atrevió á emprenderlo.

El rey de Portugal declaró guerra al de Castilla si no levantaba el sitio de Lerma, y dejaba libre á su vasallo rebelde: pasó la frontera con sus tropas y puso sitio á Badajoz, que estaba muy bien defendida. La primer tropa que acudió en socorro de esta plaza fue la mesnada del obispado de Jaen, mandada por don Enrique Enriquez, capitan esforzado, que se apostó en

Barcarota, desde donde hizo notable daño á los portugueses, dando muerte á los que se separaban de los cuarteles, é interceptando los víveres, de modo que en el ejército sitiador se padecia grande escasez.

Don Alonso de Portúgal envió contra él á Pedro Alonso de Sousa con gente escogida para que le desalojase de Barcarota, y ocupase este puesto. Enriquez se puso en defensa á la entrada del lugar, y Sousa se acampó en un repecho cercano. Dió la casualidad que en esta ocasion llegaban en socorro de la plaza el pendon de Sevilla y las mesnadas de don Juan Alonso de Guzman y don Pedro Ponce de Leon. Un hombre de Barcarota, que los descubrió desde la torre de la iglesia, corrió á avisarles que acelerasen su marcha, si querian coger el cuerpo portugues que estaba delante del lugar.

Reuniéronse, pues, prontamente con Enriquez: pero apenas conoció Sousa que habia llegado refuerzo al enemigo se retiró. No le valió esta precaucion, porque Enriquez le persiguió y mató muchos portugueses, retardó el movimiento de retirada, dió lugar á que entrasen en combate los recienvenidos, la infantería de aquel cuerpo portugues pereció toda, y de la caballería quedaron muy pocos. El rey de Portugal, perdida la esperanza de tomar á Badajoz, levantó el sitio y se retiró á su frontera.

La coalicion de los rebeldes estaba derrotada: la esperanza que tenian en el rey de Portugal desvanecida: don Juan Manuel fugitivo en

Aragon: Lara sitiado en Lerma sin poder escaparse ni ser socorrido: la Torre de Lobaton se habia entregado á las tropas del rey apenas llegaron: Busto se defendió con mas ostinacion, pero al fin se rindió. No quedaba, pues, mas recurso á don Juan Nuñez que el de implorar la clemencia y generosidad del rey: y á pesar de ser propenso á la severidad el carácter de don Alonso, y de tenerle tan ofendido, halló en él lástima y compasion. Recibióle el rey con amor y agrado: le restituyó su dignidad de alferez mayor del reino, le dió á Cigales y otros pueblos á condicion que entregase á Lerma y las demas fortalezas que tenia. Así se terminó el sitio de esta ciudad el 4 de diciembre, habiendo durado cerca de seis meses. Esta campaña fue muy útil á la corona de Castilla, porque convenció á los ricoshombres, tan orgullosos, tan turbulentos desde los tiempos de Alonso el Sabio, que no habia seguridad para ellos en separándose del rey. Don Alonso fue auxiliado en esta grande empresa de someter la aristocracia por las ciudades y los pueblos del reino, que padecian infinito en las guerras civiles promovidas por la ambicion de los grandes.

Batalla naval de Lisboa (1337). Don Juan Manuel habia dado algunos pasos con el rey don Pedro de Aragon para confederarse con él contra el de Castilla, esperando moverle á ello por la desavenencia que habia entre ambos relativamente á los dominios de la reina viuda doña Leonor y de sus hijos: mas no encontró ca-

lor en el aragonés, ya porque don Pedro no quisiese auxiliar á los grandes de otro reino, cuando él tenia que someter á los del suyo propio, ya porque la guerra de Cerdeña duraba todavía, ya en fin, porque el rey de Marruecos amenazaba invadir la península. En efecto, Abul Hasan, habiendo concluido la conquista de los reinos de Tremecen y de Túnez y estendido su dominacion desde el mar Atlántico hasta el de la Sirte, era ya un monarca tan poderoso como los fundadores de las dinastías almoravide y almohade, y se hacia tan temible como ellos á la cristiandad de España.

Don Juan Manuel no tuvo pues, otro medio que el de hacer su ajuste con el rey, entregando en rehenes los castillos de Escalona y Cartagena, y uno de los de Peñafiel, conformándose con que su hija doña Constanza no pasaria á Portugal á celebrar su matrimonio con el príncipe don Pedro sin permiso del rey de Castilla.

Desembarazado el rey don Alonso de los enemigos interiores, resolvió hacer vigorosamente la guerra contra Portugal: y al mismo tiempo que entraba con sus tropas en el territorio de Yelves y de Aronches, que taló á todo su placer, el almirante Alonso Jofre Tenorio se hizo á la vela con la armada é infestó las marinas de Portugal. Salió contra él de Lisboa la escuadra portuguesa, mandada por Manuel Pezaño, genoves: y se travó un ostinado combate que duró casi todo el dia.

Al principio llevaron lo mejor de la batalla

los portugueses, pues tenian ya rendidos nueve bageles castellanos, cuando Alonso Jofre, abordando la capitana enemiga, la entró haciendo prisionero al almirante Pezaño y á toda la tripulacion. Despues pasó á la que mandaba Cárlos Pezaño, hijo de Manuel, y la apresó tambien. Los portugueses, á pesar de la ventaja conseguida al principio, viendo apresada la capitana y derribado el estandarte real, abandonaron el campo de batalla y se volvieron á Lisboa.

El resto de las operaciones militares se redujo á una entrada que hizo Alonso de Castilla en el Algarbe, y otra de Alonso de Portugal en Galicia, sin mas efecto que la tala de los campos y el incendio de algunos pueblos; pues aunque el portugues puso cerco á Salvatierra, hubo de levantarlo con pérdida por la heróica defensa que hizo el gobernador de la plaza Vasco de Ozores.

Aquí se terminaron las hostilidades de esta guerra sin objeto y de pura pasion. Los embajadores del rey de Francia y del sumo pontífice mediaron: el primero con el objeto de que libre el rey de Castilla de guerras en la peninsula pudiese auxiliarle contra los ingleses: el papa, porque receloso de la gran potencia del rey de Marruecos, queria que hubiese paz entre los reyes de España para oponerse reunidos á las invasiones de los benimerines. Así que despues de largas negociaciones y muchos congresos llegaron á zanjarse amigablemente todas las desavenencias de Castilla con Portugal y Aragon. El

rey de Castilla estaba tan irritado con el de Portugal por haber éste dado auxilio á sus rebeldes, que con dificultad convino en un armisticio para tratar la paz, y aun este no se firmó hasta el año siguiente de 1338.

En Aragon se atribuian las desavenencias entre el rey y su madrastra á don Pedro de Luna, arzobispo de Zaragoza, y principal consejero de Pedro IV. El papa escribió al prelado una carta severa afeando su conducta contraria á la mansedumbre de su pacífico ministerio, y mandándole comparecer ante la curia romana. Como la cuestion se reducia á averiguar si las donaciones del rey don Alonso el IV de Aragon á su muger doña Leonor y á los hijos de ésta eran excesivas y onerosas á la corona, se defirió este negocio á las córtes del reino; las cuales nombraron por jueces árbitros al legado del papa, á don Juan Manuel, que ya reconciliado con el rey de Castilla fue enviado á Aragon con instrucciones de su córte para mirar por los intereses de doña Leonor, y á don Pedro, conde de Ribagorza, hermano del difunto rey Alonso IV, y cuya virtud y prudencia habia evitado la guerra civil en Aragon: contrario siempre en el consejo del rey á los dictámenes violentos del arzobispo de Zaragoza.

El congreso para el arreglo de los negocios de Aragon se celebró en Daroca en 1338, y la sentencia de los jueces árbitros fué: que el rey don Pedro recibiese en su gracia á los Egericas, restituyéndoles sus honores, lugares y rentas;

y que se diese libertad al vizconde de Cabrera y á otros señores de la parcialidad del rey, presos por don Pedro de Egerica y enviados á Castilla, donde á la sazon estaban en el castillo de Requena. Que á la reina doña Leonor se restituyesen todos los lugares y rentas que su marido le habia dejado: pero la jurisdiccion en dichos lugares fuese del rey. Lo mismo se decidió con respecto á las donaciones hechas á los infantes don Fernando y don Juan, hijos de doña Leonor: solo que en los de este último se concedió transaccion amigable por permuta. Esta sentencia fue firmada por el rey don Pedro, y así se terminó una querella que amenazó incendiar con guerra cruel las dos potencias mas poderosas de España.

Ya era tiempo de terminar las desavenencias. El rey de Marruecos no disimulaba su proyecto de invasion para cuando espirase la tregua de cuatro años hecha con Castilla, y algunos cuerpos de sus tropas habian desembarcado en Algeciras. Alonso el XI mandó á su almirante Tenorio que saliese al mar con su escuadra, y ocupase las aguas del Estrecho para impedir la comunicacion entre África y la península, al mismo tiempo que dirigia todas las tropas de Castilla al Andalucía.

El rey don Pedro de Aragon por su parte puso en el mar una escuadra de 30 navíos, cuyo mando fió á don Giliberto de Cruillas: renovó los tratados de alianza con Portugal y Castilla, enviando á este efecto á su tio el infante don

Pedro de Ribagorza á Guadalajara, donde estaba el rey don Alonso, á establecer con este príncipe alianza ofensiva y defensiva contra el de Marruecos, y proveyó de gente, víveres y municiones las fortalezas de su reino. Despues envió á Castilla á don Pedro Ruiz de Azagra para fijar los límites entre ambos reinos, y evitar los pleitos y pendencias que sobre ellos tenian los confinantes. En este año celebró su casamiento con la infanta doña María de Navarra. La vista del peligro comun obligó á los príncipes españoles á buscar todos los medios de afianzar la union entre ellos; porque solo de esta manera podian conjurar la tempestad que amenazaba.

Combates de Ronda, Silos y Arcos: batalla del Patute (1339). Abdulmelic, hijo del rey de Marruecos, pasó á Algeciras con 5000 caballos y la competente infantería, y al mismo tiempo el rey de Granada Jucef juntaba sus tropas para hacer invasion en las fronteras castellanas. El rey don Alonso hizo nueva concordia con el de Aragon, en virtud de la cual se reunió á la escuadra del almirante Jofre Tenorio, que era de 24 velas, una division de la aragonesa, compuesta de 12 buques, y mandada por Cruillas, comandante de toda la armada de su nacion. Estas fuerzas impedian la entrada de víveres en Algeciras.

El rey don Alonso, que á la sazon se hallaba en Sevilla, resolvió anticiparse al enemigo: y marchó con todo su ejército por Alcalá de Guadaira y la Torre de la Membrilla á las orillas del

rio Guadajoz. Taló los campos de Antequera, Archidona y Ronda: y como sobreviniesen los grandes calores y faltasen víveres en el ejército se volvió á Sevilla. Los moros de Ronda salieron á picar la retaguardia, donde venian don Juan Manuel, don Juan Nuñez de Lara y el maestre de Santiago don Alonso de Guzman. Estos dejaron venir al enemigo, y cuando le tuvieron cerca salieron contra él tan impetuosamente que los hicieron huir con gran pérdida. La infantería de los moros se refugió á una sierra áspera, muy alta y cortada en muchas partes: pero no le valió: porque los cristianos subieron en su seguimiento, y degollaron ó despeñaron á cuantos habian buscado en ella su asilo.

Concluida esta espedicion, volvió la retaguardia á reunirse con el rey, que continuó su marcha á Sevilla talando los distritos de Turon y Hardales que aun estaban en poder de los moros. De Sevilla pasó á Madrid á celebrar córtes y pedir subsidios para continuar la guerra, dejando proveidas de gente, víveres y municion las plazas de la frontera. Por lugarteniente suyo en el mando del ejército dejó á don Gonzalo Martinez de Oviedo, maestre de Alcántara. En la plaza de Tarifa quedó mandando Fernan Perez Portocarrero: en Arcos, don Fernando Ponce de Leon, y en Jerez, don Alonso de Biedma, obispo de Mondoñedo.

Pasados los calores del estío, determinó el maestre de Alcántara hacer entrada en el reino de Granada, y reunidos los pendones y mesna-

das de Andalucía en Alcaudete, taló el territorio de Alcalá la Real, sorprendió y apresó un convoy de gente y víveres que los granadinos llevaban á Priego, fortaleza que habia vuelto á su poder, y se restituyó á Écija con el botin.

El rey de Granada por su parte hizo entrada en el reino de Jaen, y puso sitio al castillo de Silos, perteneciente al órden de Santiago. Don Alonso de Guzman, su maestre, que se hallaba en Úbeda, reunió la gente de los concejos comarcanos y la de la órden que tenia mas próxima, y con un cuerpo de 2000 infantes y mil caballos marchó en socorro de la plaza. El de Granada sacó su gente de los cuarteles y le salió al encuentro. Su ejército era mas superior en número: pero el valiente Guzman no por eso dejó de acometerle con grande esfuerzo: los moros se defendieron ostinadamente, y estuvieron muy cerca de alcanzar la victoria: mas al fin fueron derrotados y perseguidos con gran pérdida abandonando los bagages. El maestre, recogido el despojo y reparadas las fortificaciones de Silos, se volvió á Úbeda con su gente.

El príncipe de Marruecos Abdulmelic envió desde Algeciras mil caballos para reconocer el territorio de Medina Sidonia, y saber de cierto si el rey don Alonso era ido á Castilla; tanta importancia daba el enemigo á la presencia del héroe castellano en los combates. Los mil volvieron con algunos cautivos y ganado; y sabiendo de ellos que el rey habia partido de Andalucía, salió con 5000 caballos y mucha infantería contra

Lebrija para apoderarse de un grande almacen de granos que allí habia: porque el trigo era muy escaso en Algeciras á causa del vigilante bloqueo que hacian en el estrecho los buques castellanos y aragoneses.

Tuvo noticia de este proyecto Fernan Portocarrero, gobernador de Tarifa, por sus espías: dió aviso inmediatamente á Jerez y demas lugares de las fronteras: y habiendo llegado Martin Portocarrero, á quien el rey acababa de dar la alcaidía de Tarifa, pasó Fernando á Lebrija á encargarse de su defensa. Abdulmelic marchó por Medina Sidonia al territorio de Jerez, asentó sus reales en un olivar, y envió 1500 caballos contra Lebrija. La plaza fue acometida con sumo esfuerzo: pero Portocarrero la defendió tan valerosamente que obligó á los moros á retirarse, estragando toda la comarca desde el Bodegon de Pascual Rubio hasta Arcos.

El gobernador de esta plaza don Fernando Ponce de Leon dió aviso del cuerpo mahometano que infestaba su territorio y del gran botin que traía á los puertos vecinos. El pendon de Sevilla, las mesnadas de los Guzmanes y de los Ponces de Leon y parte de la guarnicion de Tarifa concurrieron al territorio de Arcos. El maestre de Alcántara se juntó con ellos haciendo marchas dobles: en todo serian los cristianos como ochocientos hombres de armas. Los moros, que estaban en un valle á poca distancia de Arcos, dejando 300 hombres para escoltar la presa, se presentaron en batalla. Travóse el combate con

sumo ardimiento: pero en breve se declaró la victoria por los castellanos, que siguieron el alcance por el espacio de una legua. La mayor parte de aquella tropa mora quedó en el campo de batalla y ademas se hicieron muchos prisioneros. Ponce de Leon, viendo ir los moros de vencida, salió de Arcos con parte de la guarnicion, dió sobre los 300 que escoltaban el botin, los derrotó, ahuyentó y recobró la presa. Las tropas victoriosas se acuartelaron en Arcos.

Abdulmelic, viendo frustrada la empresa de Lebrija y destruida una parte tan considerable de sus fuerzas, levantó el campo de Jerez y se dirigió á Algeciras, con la gran presa de cautivos y ganado que habia hecho, por Alcalá de los Gazules. Los cristianos, reforzados con el pendon de Écija, que trajo Fernan Gonzalez de Aguilar, y por la gente de Jerez, capitaneada por el obispo de Mondonedo, habiendo reunido como 2000 caballos y 2500 infantes resolvieron á pesar de la inferioridad de su número perseguir al enemigo y quitarle la presa. Caminaron dia y noche, y una madrugada divisaron los fuegos de sus reales en la Vega Pagana al otro lado del riachuelo Patute.

Los cristianos acometieron inmediatamente á ganar los pasos del rio para sorprender á los moros; defendió valerosamente el que le tocaba Aliatar, primo de Abdulmelic, y rechazó á los castellanos por aquella parte: pero no hallando igual resistencia en otras, forzaron los pasos, Aliatar murió peleando como bueno, y los mo-

ros sobrecogidos con el súbito ataque y embarazados con la presa ni sabian defenderse ni por donde habian de huir. Los cristianos cansados de matar, persiguieron á los que al fin lograron ponerse en fuga. Uno de ellos fue Abdulmelic, que no habiendo tenido tiempo de ponerse á caballo, huyó á pie: y fatigado de esta manera de caminar á que no estaba acostumbrado, se escondió entre las zarzas de un arroyo, donde descubierto por los cristianos, se fingió muerto. Un soldado, que vió que respiraba, le hirió mortalmente con la lanza sin conocerle, y pasó adelante. Un moro fugitivo le encontró y quiso llevarle en sus hombros: pero como se desangraba, fue á buscar á otros para llevarle con mas comodidad. Cuando volvió con ellos, le hallaron muerto junto al arroyo, á cuya orilla habia ido arrastrándose acosado de la sed.

En esta jornada tan gloriosa para los castellanos perecieron 10000 moros. Cuando los cristianos volvieron del alcance recobraron la presa, y cogieron los equipages, que eran muy ricos, como al fin del hijo de uno de los monarcas mas poderosos del islamismo. El maestre de Alcántara adquirió renombre y fama: pero tal era la desgracia de los tiempos que sus laureles se convirtieron muy pronto en cipreses.

Este guerrero esclarecido era mal cortesano, y se habia opuesto á la eleccion de don Alonso de Guzman, que ni le cedia en valor ni en pericia, para el maestrazgo de Santiago. Doña Leonor de Guzman, resentida del desaire que Mar-

tinez de Oviedo habia querido hacer á su hermano, hizo saber al rey que el maestre de Alcántara hablaba muy mal de él. Don Alonso, aunque acostumbrado á estas chismerías, no quiso despreciarlas de todo punto en esta ocasion, y envió á decir al maestre que viniese á Madrid, donde á la sazon estaba la córte.

El maestre, hombre iracundo, ostinado y ensoberbecido ademas con su reciente victoria, se persuadió que le era lícito hacer á él, hechura del rey, lo que no habian podido lograr los ricoshombres mas poderosos de Castilla, imponer la ley á Alonso el Bravo. Escribió á este una carta atrevida: partió á Moron, fortaleza del órden de Alcántara, y tomó juramento á su alcaide y guarnicion que no darian entrada á nadie, incluso el rey: hizo lo mismo en Magacela, y Benquerencia: pasó á Estremadura y proveyó de gente y víveres á Santibañez, Piedrabuena y Valencia de Alcántara, y prometió al rey de Portugal entregárselas si se confederaba con él contra el de Castilla. Al mismo tiempo dió órden á los alcaides de Moron y Cañete que auxiliasen al rey de Granada si hacia entrada por la frontera.

La ceguedad é imprudencia del maestre eran iguales á su delito. Todas las cartas que escribió para buscar alianzas á su rebelion fueron interceptadas por el rey. Ni encontró ni podia encontrar apoyo en Portugal, dispuesto entonces mas que nunca á hacer paz y alianza con Castilla por el temor al rey de Marruecos, ni en

la nobleza española cuyo ardor estaba dirigido á la guerra contra los moros, ni en su misma órden, cuyo instituto no era la sedicion, sino la lid contra los infieles.

El rey don Alonso, despues de convidarle inútilmente con la paz y con el perdon, le sitio en Valencia de Alcántara, le habló desde el pie de la muralla, asegurándole la vidà y el estado si se sometia. Don Gonzalo ostinado en su perdicion, mandó tirar contra el rey saetas y piedras, de las cuales dieron algunas en el arzon y en las ancas del caballo. Don Alonso, rematada su paciencia, que no era mucha, declaró traidor al maestre, entró en el castillo por inteligencia de los principales cabos que guarnecian sus torres, y refugiado don Gonzalo á la mas fuerte y principal le intimó la rendicion. Los que estaban con el rebelde le dijeron que *no expondrian su vida por él.* Don Gonzalo se vió obligado á ponerse en poder del rey, que despues de haber reprendido su conducta, le mandó matar y arrojar al fuego su cadáver. Este fin tuvo aquel héroe, ilustrado pocos dias antes con una victoria señalada, víctima de la venganza femenil y de su propio orgullo.

Abul Hasan, rey de Marruecos, sabida la muerte de su hijo, determinó pasar á vengarla con poderoso ejército, para lo cual publicó la gazía ó guerra sagrada en sus numerosos dominios de África: pero receloso de que entretanto peligrase Algeciras, desprovista de fuerzas suficientes por las derrotas pasadas, envió á ella

3000 infantes de los mejores de su ejército. Estos para mostrar que no temian á los cristianos, salieron á hacer algaras en los términos de Arcos, Medina Sidonia y Jerez, y cogiendo mucha gente y ganado, se retiraron á su plaza. Las tropas que estaban mas prontas de Jerez y Arcos salieron contra éllos, y entretuvieron el combate mientras llegaba el pendon de Jerez, cuya caballería acometió el centro enemigo con tal ímpetu que no pudieron los moros volverse á rehacer. Derrotados y puestos en fuga, dejaron la presa, y volvieron á Algeciras, habiendo perdido 2000 hombres en el combate y en el alcançe.

El almirante aragones Cruillas derrotó 14 galeras que estaban en el puerto de Ceuta cargadas de víveres para Algeciras, y apresó algunas de ellas. Volvió despues al bloqueo de Algeciras, donde á la sazon se estaban introduciendo algunas provisiones venidas de África. Saltó en tierra con gente para tomarlas, y murió en el combate de un saetazo. Sucedióle en el cargo de almirante de Aragon don Pedro de Moncada.

Batalla naval del Estrecho: batalla del Salado ó de Guadacelito (1340). Desde la campaña de las Navas no se habia hallado la península en un riesgo tan inminente. Un rey poderoso y un padre irritado venia sobre ella á vengar la muerte de su hijo con ejército numerosísimo, que no bajaba, segun la fama, de 600000 personas: bien que no todos eran combatientes: porque algunos venian con sus mugeres y fa-

milias á establecerse en España, cuya conquista creían infalible.

Para impedir el paso á esta inumerable multitud se hallaba sola la escuadra de Tenorio, no habiendo llegado todavía los navíos aragoneses; y aun esa falta de gente por los muchos que habian enfermado en el laborioso crucero del año anterior: de modo que en el puerto de Santa María habia ocho galeras que no salian al mar por falta de tripulacion. El rey don Alonso, que recibió esta noticia en Castilla, marchó con su celeridad ordinaria á Andalucía, se detuvo pocos momentos en Sevilla, pasó en el mismo dia á Sanlúcar en una barca, llegó al puerto de Santa María, abasteció las ocho galeras de gente y víveres y las envió á la armada. Al mismo tiempo activaba los preparativos de construccion de otros buques en el arsenal de Sevilla, y escribió al rey de Aragon que enviase inmediatamente su escuadra á cruzar en el Estrecho.

Pero Abul Hasan tenia ya preparada en Ceuta la suya, que constaba de 270 velas entre buques de guerra y de transporte, y embarcado su ejército. Dióse á la vela una noche, pasaron los buques marroquíes no por el camino directo de Ceuta á Algeciras, donde cruzaba Jofre Tenorio, sino á una distancia mas larga al Este, y llegando á las playas de España, las costeó, entró en el golfo de Gibraltar y llegó á Algeciras sin ostáculo. Tenorio se puso en disposicion de batirse con aquella armada cuando volviese al

Africa, pues ya no podia evitar el desembarco; y así lo escribió al rey.

Produjo gran sentimiento en la córte el desembarco de los infieles: y algunos cortesanos dieron á entender que Tenorio, sobornado por el rey de Marruecos, habia dejado paso franco á su armada. Llegaron estas voces á noticia de la muger del almirante, que tuvo la imprudencia de escribírselas á su marido. Tenorio despechado de que se pusiese mancha en su honor acometió con los 6 navíos y 27 galeras que mandaba á la armada mahometana, que se hallaba defendida en el puerto de Algeciras. Tenorio iba delante en su galera: pero solo le siguieron otras tres y un navío: porque los demas capitanes, reconociendo la temeridad de acometer á una escuadra defendida por una plaza y por un grande ejército, se quedaron atrás.

Los moros, que solo vieron cinco buques delante del puerto, salieron á ellos con inumerable multitud de galeras, y se travó un furioso combate. Cuatro galeras africanas se aferraron á la de Tenorio, y la entraron despues de ostinada resistencia, que costó mucha sangre á los moros, y en que pereció casi toda la tripulacion. Tenorio, teniendo en la izquierda el estandarte y en la derecha la espada, murió peleando. El resto de la escuadra cayó en poder de los moros excepto cinco galeras que se refugiaron en Tarifa. Así Jofre Tenorio, por un pundonor mal entendido, se entregó á su cierta perdicion, y espuso su patria á una grande ruina: porque du-

rante cinco meses que no hubo armada cristiana en el Estrecho, pasaron á Algeciras todos los refuerzos, armas y víveres que Abul Hasan necesitaba para la conquista.

Alonso el Bravo, incapaz de ceder á ningun reves de la fortuna, se mostró en esta ocasion el primer hombre de su siglo. Envió á Portugal á su esposa doña María para que tratase paces con el rey don Alonso el IV: el cual, manifestando toda la generosidad de su carácter, no solo hizo la paz, sino alianza ofensiva y defensiva, envió á su almirante Pezaño al Guadalquivir con su armada; y él mismo con lucido ejército se puso en camino para Sevilla en auxilio de su yerno. Solicitóse tambien del rey de Aragon el socorro de 12 galeras que habia enviado el año anterior, y no teniendo dinero para tripularlas, se le franqueó de Castilla el necesario. En fin, se solicitó de la república de Génova una division de 15 galeras pagando el correspondiente subsidio, al mismo tiempo que en Sevilla y Cádiz se apres-taban otras 15. Estas fueron las primeras que cruzaron en el Estrecho á las órdenes de don Alonso Ortiz, prior de San Juan.

Pero ya Abul Hasan, reunido todo su ejército en Algeciras y Gibraltar, y el rey de Granada que se le habia juntado con sus tropas, tenian puesto sitio á Tarifa, plaza de la mayor importancia para los cristianos, porque era el único punto que tenian sobre el Estrecho. Defendíala Juan Alonso de Benavides, que inutilizó en algunas salidas los esfuerzos de los moros

quemándoles sus máquinas. En este sitio dispararon los sitiadores, si se ha de creer á los historiógrafos mahometanos, tiros de *truenos* con *nafta* que arrojaban balas contra la murálla. Esta es la primer noticia que hay en nuestra historia del uso de la pólvora.

El prior de San Juan se apostó enfrente de Tarifa con increible gozo de los sitiados, y gran pesar del rey de Marruecos, que habia enviado sus galeras á Túnez y á Bugía, no creyendo que el rey don Alonso pudiese en tan breve tiempo reponer sus fuerzas navales. Pero el mar continuó siendo contrario á la fortuna de Castilla. Levantóse una tempestad horrible que hizo encallar en la playa todas las galeras, excepto tres que pudieron escaparse, entre ellas la capitana. Los moros acudieron, se apoderaron de las galeras, y mataron á todos los cristianos que habia en ellas.

No quedaba, pues, otro medio de defender á Tarifa que pelear contra el inmenso ejército que la sitiaba. Los reyes de Castilla y Portugal, reunidas ya todas sus fuerzas, que serian como de 40000 infantes y 18000 caballos, se pusieron en marcha desde Sevilla por Alcalá de Guadaira, Utrera y el territorio de Jerez, y el 29 de octubre dieron vista á la plaza y á las tiendas de los sitiadores desde la Peña del Ciervo. Al punto se prepararon á dar la batalla el dia siguiente. El de Portugal, reforzado con alguna gente de Castilla, habia de acometer á los granadinos,

y Alonso el Bravo con el resto de las fuerzas á los marroquíes.

La batalla de los castellanos se dispuso así: en la vanguardia iban las mesnadas de don Juan Manuel de Lara, de los Cerdas, de los Guzmanes y otras muchas con los pendones de Sevilla, Jerez, Carmona, Écija y Jaen; en el centro la mesnada real, las de los hijos del rey, las de los arzobispos y obispos, las de los concejos de Castilla, y en la retaguardia el pendon de Córdoba con las mesnadas de Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y Asturias. Al mismo tiempo envió aquella noche á Martin Fernandez Portocarrero con mil caballos y 4000 infantes para que procurasen entrar en la plaza. Opusiéronseles dos mil caballos moros: pero el vencedor de Tudela llevaba en su compañía á Ponce de Leon y á don Enrique Enriquez, y triunfó con facilidad de aquel obstáculo antes que acudiesen mas moros. Entró en la plaza, mandó que desembarcase la gente de las galeras aragonesas que aquel dia habian llegado á vista de Tarifa, y se preparó á acometer al enemigo por la espalda cuando fuese ocasion oportuna.

Apenas amaneció el 30 de octubre cuando el ejército castellano se movió á pasar el rio Salado que cubria los cuarteles de los moros por la parte opuesta á la plaza, y que dió su nombre á la batalla, llamada de Guadacelito por los mahometanos por ser este el nombre que daban á aquel rio. La vanguardia encontró grande dificultad en pasarlo; pero Gonzalo

Ruiz de la Vega y su hermano Garcilaso de la Vega se arrojaron á él con sus mesnadas, é hicieron gran destrozo en los moros. Siguiólos don Juan Nuñez de Lara y los demas caballeros: solo se notó remision en don Juan Manuel á pesar de haber recibido del rey últimamente un gran favor, y fue el de permitir que se celebrase el matrimonio de su hija doña Constanza con el infante don Pedro de Portugal.

La vanguardia pasó el rio, y acometió á un cerrillo que dominaba los reales de Abul Hasan. Allí fue lo mas recio del combate. El rey para favorecer á los suyos atravesó el Salado con el resto de las tropas y la accion se hizo general. Hubo un momento en que don Alonso se vió casi solo por haber enviado la mayor parte de su mesnada á la altura de que querian apoderarse los cristianos. Los moros, observando esto, se amontonaron contra él en gran multitud. El rey esclamó: *has de ver quienes son mis vasallos: ellos verán quien es su rey:* é iba á arrojarse en medio de los enemigos: mas no se lo permitieron los que estaban en su guardia que contuvieron el ímpetu de los moros hasta que llegó la retaguardia.

Portocarrero, apenas observó que las banderas cristianas tremolaban en el cerro, salió con los suyos de Tarifa, dió sobre los reales mahometanos, defendidos por 3000 caballos y ocho mil infantes, destrozó esta tropa, y se hizo dueño de las tiendas. Desde este momento la batalla no fue mas que una horrorosa carnicería.

Don Alonso de Portugal despues de un reñido combate con el rey de Granada, le obligó á huir del campo de batalla. Los moros africanos se retiraron hácia Gibraltar y los granadinos hácia Málaga, llevando siempre á las espaldas las lanzas de los castellanos y portugueses. El rey de Granada se refugió á Marbella, y el de Marruecos, sin detenerse en Gibraltar, pasó aquella misma noche á Ceuta.

Tal fue la memorable jornada del Salado, que costó á los moros 200000 combatientes é inmensas riquezas que el vencedor halló en los reales, y que libertó á España del riesgo de volver á caer bajo el yugo sarraceno. Esta fue la última vez que se peleó en la península entre las dos naciones y las dos religiones por la supremacía. En lo sucesivo no hicieron los moros de España mas que defenderse y prolongar su precaria existencia á favor de las disensiones de Castilla.

Don Alonso de Portugal, por mas que le instó su yerno, rehusó tomar parte alguna del botin; diciendo que "á él y á sus caballeros les bastaba la gloria del triunfo." Dícese que don Alonso de Castilla, agradecido al cielo por tan señalada victoria, renunció desde entónces al comercio ilícito con doña Leonor de Guzman, y no la contempló sino como á madre de la numerosa posteridad que le habia dado. Pero el mal estaba ya hecho: y la suerte de la monarquía castellana en los años siguientes puede servir de ejemplo y de escarmiento á los re-

yes que se entregan á amores adúlteros.

La guerra de los genoveses y levantados de Cerdeña contra Aragon proseguia, aunque lenta y sin resultados. Los de Córcega querian entregarse al rey don Pedro y sacudir el yugo de la república de Génova: pero aquel príncipe no se creyó con fuerzas suficientes para hacer frente á un mismo tiempo á tantos enemigos.

Conquista de Alcalá la Real (1341). El rey don Alonso trató de coger el fruto de la gran victoria que habia conseguido. Puso la mira en la plaza de Alcalá la Real, que los moros de Granada habian fortificado cuidadosamente ya para defender su frontera, ya para hacer invasiones en el reino de Jaen. Conocia el rey la dificultad de la empresa: y así por tener menos enemigos que combatir, fingió que su intento era sitiar á Málaga; á cuyo fin envió á las aguas de esta ciudad algunas fuerzas navales, y mandó á las tropas de la frontera de Sevilla que hiciesen movimientos amenazando á Ronda. Llamadas hácia la parte del mar la atencion y las tropas de los moros, tuvo lugar de marchar con las suyas á Alcalá la Real, ponerla sitio, y fortificar muy bien sus cuarteles. Al mismo tiempo encargó á don Alonso Coronel que cercase á Moclin para impedir los socorros que Alcalá podia recibir desde este castillo.

Los castellanos batieron la muralla de la ciudad, y se alojaron en los arrabales. Sabiendo que los sitiados no tenian mas agua que la de una cisterna cercana á un cubo del muro, diri-

gieron contra él una batería para derribarlo y cegar el pozo con los escombros. El rey de Granada Jucef, conociendo en fin el verdadero punto de ataque de don Alonso, marchó con sus tropas en socorro de la plaza: mas no pudo acercarse porque el castellano superior en fuerzas le habia puesto una celada en Pinos, y no podia trabar batalla sin manifiesto peligro de perderse. Volvióse, pues, á Granada, y el rey de Castilla, talada la comarca de Illora, se recogió á sus cuarteles.

En este tiempo se rindió Moclin á Coronel, y la cisterna de Alcalá se cegó, aunque á costa de mucho trabajo y de alguna sangre. El rey de Granada, deseando conservar una plaza tan importante, pidió socorro al de Marruecos: el cual mandó que se le enviase de Algeciras toda la gente que allí no hiciese falta. Enviáronsele mil caballos. Con este refuerzo volvió á dar vista á Alcalá, y se apostó ventajosamente esperando ser acometido: pero Alonso el Bravo, que ya casi tenia en su poder á Alcalá, no quiso arriesgar nada, y el de Granada no atreviéndose á acometer se volvió. Los sitiados, ya sin esperanzas de socorro, sin agua y casi sin víveres, capitularon entregar la plaza salvas las personas. El rey la fortificó muy bien, conociendo su importancia, puso en ella guarnicion escogida, y en el resto de la campaña sitió y rindió á Priego, Carcabuey, Rute, Benamegí y Torre de Matrera. Así quedó bien fortificada la frontera cristiana por aquella parte, y los moros no vol-

vieron á ver el Guadalquivir, cuyas orillas habian sido en otro tiempo centro de su dominacion.

Ya en este tiempo habia llegado de Génova el almirante Gil de Bocanegra con las 15 galeras contratadas, á las cuales se reunieron otras 25 castellanas que la actividad del rey habia conseguido que se construyesen en Sevilla, y 30 navíos de las marinas de Vizcaya, Asturias y Galicia. Eran, pues, superiores en el Estrecho las fuerzas navales de los cristianos, y el rey don Alonso podia emprender el sitio de Algeciras, objeto de sus deseos, como que era esta plaza la llave de España para los africanos.

Batalla naval del Guadalmecí: sitio de Algeciras (1342). Para la importante conquista de Algeciras pidió el rey en las córtes de Burgos el subsidio de la alcabala: los procuradores de las ciudades lo negaron al principio; pero despues se convinieron en concederlo, sabiendo que los grandes y prelados, que en esta ocasion deliberaron separadamente lo habian concedido. Estas córtes fueron solo de Castilla. Pasó despues el rey á Leon, y los señores y prelados de esta provincia y de Asturias accedieron á su peticion. En fin, reunió córtes de prelados y grandes de Galicia en Zamora, y le concedieron la alcabala, como tambien las ciudades de Estremadura, que reunió en Ávila y Segovia. Tan arbitrarias como todo esto eran las formas con que se reunian entónces las córtes; sin haber mas regla que el tenor de la convocatoria.

Abul Hasan, rey de Marruecos, juntó una poderosa armada para vengar la derrota del año anterior y socorrer á Algeciras amenazada. El almirante Bocanegra inquiria con toda diligencia los preparativos del africano: y sabiendo que en el puerto de Bullones habia 12 galeras dispuestas á reunirse con el resto de la escuadra que se juntaba en Ceuta, envió contra ellas diez galeras suyas bien pertrechadas, que echaron á pique 2 de las enemigas, incendiaron 4, y se apoderaron de las otras seis.

Poco despues se reforzó la armada castellana con 10 galeras portuguesas, que tomó el rey don Alonso á su sueldo, mandadas por Cárlos Pezaño, almirante de Portugal: hallábase tambien en el Estrecho la division naval de Aragon: de modo que era muy dificil á los mahometanos atravesarlo. Sin embargo su armada navegó hácia el Este, se reunió con las galeras del rey de Granada, y costeando llegó á la entrada del rio Guadalmecí, donde Bocanegra la bloqueó, resuelto á impedirle la vuelta al África y la entrada en Algeciras.

Habia en esta plaza 13 galeras que intentaban unirse con el resto de la escuadra: pero una division cristiana les cortó el paso, tomó 2, echó á pique 4, y las otras 7 se refugiaron muy averiadas á una cala vecina. Ya en este tiempo iban llegando de todas partes numerosas tropas castellanas para el sitio de Algeciras, y los buques africanos no podian permanecer en el Guadalmecí sin riesgo de ser sorprendidos

y derrotados por el ejército de tierra.

Salió, pues, al mar con direccion á Algeciras. Bocanegra mandó acometerla al favor del viento: y sus buques lo hicieron con tanto ímpetu que destrozaron seis galeras enemigas que se fueron á pique, y tres de ellos encallaron en la playa. Travóse una sangrienta batalla entre los moros que querian apresar aquellos bageles, y los cristianos solícitos en defenderlos: dos galeras de estas encallaron tambien: pero las tripulaciones las abandonaron dándoles barreno para que no cayesen en poder del enemigo, y se pasaron otras galeras.

Viendo esto los marinos de los tres navíos se pasaron á otros buques, y pegaron fuego á los encallados, que prendido á las galeras africanas hizo en ellas terrible destrozo. Algunas de las que no participaron de este estrago se juntaron y acometieron á las capitanas de Bocanegra y Pezaño, que fueron socorridas por el resto de la armada. La batalla duró todo el dia con sumo encarnizamiento, hasta que al fin fue entrada la capitana marroquí, y derribado su estandarte con muerte del general africano. Esto decidió la victoria. La escuadra de Marruecos, perdidas 25 galeras que fueron sumergidas y algunas apresadas, entre ellas la que conducia el tesoro para pagar la tropa, se refugió destrozada á Ceuta, quedando los cristianos dueños del mar.

Al mismo tiempo don Pedro de Moncada, almirante de Aragon, que mandaba 20 galeras, encontró junto á Estepona 13 enemigas, apre-

só 4 cargadas de víveres, echó á pique dos y obligó á las demas á refugiarse á aquel puerto. En esta situacion de los negocios empezó el rey don Alonso, que habia llegado con sus tropas á la playa del mar, el cerco de Algeciras, el mas famoso de aquella época por su importancia, duracion y dificultad.

El dia 3 de agosto comenzó el sitio hácia la parte de la villa vieja. Los moros, ademas de las balas que disparaban con pólvora desde la ciudad, hicieron frecuentes salidas, en las cuales siempre fueron derrotados y obligados á volver á la plaza con pérdida. El rey ciñó con foso, trinchera y empalizada la villa vieja, y se apoderó de la torre de Cartagena, cuya guarnicion se le entregó salvas las vidas. Esta torre estaba fuera de la plaza en el camino de Gibraltar.

El rey don Alonso construyó ademas barracas contra la intemperie: pero venidas las aguas de otoño quedaron derribadas, y aun el rey tuvo que salir de la suya porque la lluvia caia sobre su cama. Fue necesario construirlas mejor y de mejor madera, que fue traida parte desde Valencia, y parte desde Vizcaya y Asturias. Pero esta incomodidad era nada en comparacion del peligro que corria la vida del rey, espuesto al puñal de los moros fanáticos, que le miraban como á destruidor de su religion. Habiéndole enviado el almirante Bocanegra dos moros que habia cogido para que adquiriese de ellos algunas noticias, uno de los dos apoderándose

con mucha presteza de la espada del que lo traía, arremetió al rey: pero los que se hallaban presentes hicieron pedazos al asesino. En otra ocasion fue preso en los reales y condenado á muerte otro moro, reconocido por delacion de un compatriota suyo, y que confesó haberse introducido en los cuarteles con el objeto de matar al rey.

El rey de Granada hizo entrada por la parte de Écija, saqueó los arrabales de esta ciudad, y la villa de Palma dando muerte á todos sus habitantes: pero las tropas de la frontera salieron contra él y le obligaron á retirarse. Don Alonso no renunció á su empresa de Algeciras por este accidente, como deseaba el granadino, y permaneció bajo las tiendas todo el invierno.

Batalla del rio Palmones (1343). El rey don Alonso extendió sus cuarteles hasta la villa nueva, cuyos defensores no tan quebrantados como lo estaban ya los de la villa vieja, hicieron una salida en gran número: pero cayeron en la celada que les tenian puesta don Enrique Enriquez y don Pedro Ponce de Leon; y se vieron obligados á retirarse con gran pérdida. En la retirada los alcanzó Juan Alonso de Alburquerque, que los persiguió hasta la muralla.

El rey de Granada se puso en campaña con sus tropas, y para llamar la atencion del ejército sitiador cercó y rindió á Benamegí, y se puso sobre Estepa, bien que sin efecto. Los alcaides de Málaga y Ronda con dos mil caballos y otros tantos infantes hicieron entrada en el territorio

de Ecija, é hicieron una grande presa de ganado. Don Fernando de Aguilar, que se hallaba casualmente en Córdoba, salió con alguna gente contra ellos, pasó de noche el rio de Yeguas, los cogió descuidados y mató á muchos: pero como el número de los cristianos era muy inferior, se repusieron los moros, y empezaron un combate muy ventajoso para ellos. El ganado que llevaban, alborotado con la gritería y deseando volverse á su querencia, rompió y desordenó el escuadron de los enemigos, que fueron vencidos con pérdida de 650 infantes y 300 ginetes prisioneros. Otro cuerpo de 600 moros, que solia salir de Gibraltar para molestar los cuarteles del sitio de Algeciras, cayó en una celada y fue derrotado.

Por el mes de marzo concluyó el rey don Alonso la circunvalacion de la plaza por la parte de tierra: y para que no le pudiese entrar socorro por la mar, ademas de la escuadra cristiana que cruzaba en el Estrecho, y que era de 60 galeras y 40 navíos, cerró el puerto de Algeciras con una estacada de vigas grandes, atadas unas con otras por medio de cadenas muy fuertes. Una tempestad que sobrevino, y que hizo algun daño en la armada, rompió la estacada: pero el rey mandó reponerla.

La fama del sitio de Algeciras voló por toda Europa, y muchos caballeros ingleses, franceses y alemanes acudieron á él á servir de aventureros: entre ellos Felipe el Noble, conde de Evreux, y rey de Navarra. Este príncipe enfermó en el

cerco, y se retiró á Jerez, donde falleció. Su muger doña Juana, reina propietaria de Navarra, continuó gobernando este reino.

Bien queria Abul Hasan pasar á la península en socorro de la plaza: pero impidiéronselo dos rebeliones que ocurrieron entonces en África: una de su hijo Abderraman, que se levantó con gran parte del reino, y muerto éste por unos asesinos que le envió su padre, otra de un moro, que tomó su nombre, y movió al rey de Marruecos una guerra larga y sangrienta: por lo cual hubo de contentarse Abul Hasan con enviar refuerzos al rey de Granada. El último llegó á Estepona, acaudillado por Alí, hijo tambien de Abul Hasan, en una escuadra de 60 galeras, que atravesó á la caida de una tempestad que habia dispersado la armada cristiana aunque despues volvió á reunirse. Jucef, rey de Granada, pasó á Gibraltar, y con su gente y la que habia venido de África juntó á principios de octubre un ejército de 40000 infantes y 12000 caballos: fuerzas mas que suficientes para hacer levantar el sitio, ó á lo menos para intentarlo.

El rey don Alonso, dejando el mando del cerco á don Juan de la Cerda con la gente necesaria, se apostó con todas las fuerzas que pudo sacar de los cuarteles junto al rio Palmones por donde debian pasar los enemigos, y dividió su ejército en tres cuerpos, uno mandado por él en persona, y otros dos por don Juan Nuñez de Lara y Juan Martinez de Leiba.

Dos veces pasaron el rey de Granada y Alí

el rio Palmones para intentar traer al enemigo á batalla: pero don Alonso no queria darla, sino recibirla en el puesto ventajoso que habia ocupado; y dos veces se retiraron perseguidos por los cristianos al repasar el rio, no queriendo esponerse á pelear con desventaja. Pero las órdenes de Abul Hasan para que Algeciras fuese socorrida eran estrechas: la guarnicion de la plaza clamaba porque se la auxiliase; si no, amenazaba que no podria defenderse mucho tiempo: y las negociaciones entabladas con don Alonso y rotas muchas veces para conseguir una tregua, eran infructuosas, porque el castellano pedia una suma exorbitante en indemnizacion de los gastos del sitio.

Viéronse, pues, los moros obligados á pelear, y pasaron el Palmones. Uno de sus cuerpos subió para pasarle mas cerca de la sierra, y lograr alguna ventaja de puesto contra los castellanos. El rey envió contra aquel cuerpo á los maestres de Calatrava y Alcántara, que se apostaron en el vado por donde querian pasar los granadinos: y mandó á don Juan Nuñez de Lara que acometiese á los africanos, que capitaneados por Alí pasaban el rio por mas abajo. Lara los acometió con tanto valor que al primer choque los desordenó y los obligó á buscar su salud al otro lado del rio: su número mismo y la prisa que se daban á repasarlo aumentó la confusion y la pérdida; los cristianos hicieron en ellos gran destrozo, hasta que habiendo llegado á la otra orilla los fugitivos, se formaron

sin riesgo, porque los castellanos tenian órden de no pasar el rio por aquella parte hasta que se dispusiese otra cosa.

Entretanto los maestres de Calatrava y Alcántara, reforzados por don Juan Alonso de Alburquerque, acometieron con denuedo á los granadinos, pasaron el vado, y los persiguieron en su propio terreno. Entonces mandó el rey al de Lara que pasase por su parte, y él mismo le siguió con el resto de las tropas. El combate fue sangriento, porque los africanos, ya formados en la otra orilla, opusieron mucha resistencia á las tropas de don Juan de Lara: pero al fin fueron derrotados con gran pérdida y abandonaron el campo de batalla granadinos y marroquíes, refugiándose á Castelar y Gibraltar. Los cristianos siguieron el alcance, y no volvieron de él hasta muy entrada la noche. El rey permaneció en el campo de batalla sin haberse desayunado hasta que volvió á los cuarteles el último peon. En esta batalla, que se dió el 12 de diciembre, perdieron los moros gran número de muertos y prisioneros, y la esperanza de conservar á Algeciras.

Durante la campaña el comendador de Segura y el obispo de Jaen hicieron dos entradas en el territorio de Granada, talando los campos, y cogiendo muchos cautivos y ganados. Los moros por su parte invadieron el territorio de Lorca, y cuando se retiraban con el botin, salió contra ellos don Sancho, hijo de don Juan Manuel, con 200 infantes y 60 caballos, los alcanzó,

les mató mucha gente, les cogió 250 prisioneros y 150 caballos y recobró la presa.

Este año ocupó con sus tropas don Pedro, rey de Aragon, las islas Baleares y las agregó definitivamente á su corona. Ya dijimos que don Jaime el Conquistador las dejó en su testamento con los estados de Mompeller y Rosellon á su hijo segundo el infante don Jaime, reconociendo sin embargo vasallage á su hermano mayor don Pedro. Este viendo que su hermano Jaime no le asistia en sus guerras cuando le llamaba, envió un ejército á las islas al mando de su hijo y sucesor el príncipe don Alonso, que las ocupó el mismo año que muerto su padre ascendió al trono con el título de Alonso III.

En la paz que celebró en 1295 Jaime II de Aragon con las córtes de Francia y Roma, renunciando á la corona de Sicilia, fue comprendido Jaime, rey de Mallorca, y se le restituyeron las Baleares bajo la condicion del vasallage á la corona de Aragon. A Jaime de Mallorca sucedieron en su pequeño reino su hijo don Sancho, y Jaime sobrino de éste, que reinaba en los tiempos de Pedro IV de Aragon.

Jaime trató muy mal á sus vasallos, y por el exceso de los tributos que les imponia, fiado en el parentesco del rey de Aragon, con cuya hermana doña Constanza estaba casado, se grangeó el ódio universal. Los mallorquines prometieron al rey de Aragon entregarse á él si enviaba un ejército á las islas. Al mismo tiempo el rey de Francia invadió el señorío de Mompeller,

que era del rey de Mallorca, y éste pidió auxilio para defenderlo al rey don Pedro su cuñado, que prefirió á una guerra con Francia, repartir los despojos de su vasallo y pariente. Despues de negociaciones pérfidas con que tuvo engañado por mucho tiempo á don Jaime, envió una escuadra á las Baleares que las ocupó fácilmente por la disposicion de los ánimos. Mompeller habia caido en poder de los franceses, y un ejército aragones ocupó á Perpiñan. El infeliz don Jaime recurrió inútilmente al sumo pontífice y á otros potentados para que mediasen en la querella: la fuerza estuvo de parte de la ambicion y de la injusticia.

En este tiempo eran ya célebres en Portugal los amores del príncipe don Pedro con doña Ines de Castro, perteneciente á la familia ilustre de este nombre en Galicia, é hija, aunque bastarda, de don Pedro Fernandez de Castro. Esta comunicacion fue adulterina: pues ya estaba casado el príncipe con doña Constanza, hija de don Juan Manuel, y tenia de ella un hijo. El rey don Alonso de Portugal, para impedir que aquel trato ilícito pasase adelante, dispuso que doña Ines fuese madrina del niño en el bautismo, creyendo refrenar la pasion de los dos amantes con la santidad del parentesco espiritual.

Conquista de Algeciras (1344). En fin los afanes del rey don Alonso de Castilla fueron coronados con el éxito mas feliz. Algeciras se hallaba en el mayor apuro: pues los castellanos cerra-

ron hasta el mas pequeño resquicio por donde pudiesen entrar víveres; y perdieron los defensores hasta el mezquino socorro de bastimentos que un moro atrevido, llamado Muza, les introducia en lanchas de cuando en cuando. Este en su última espedicion, hallando impracticable toda entrada, se volvió á Ceuta, y manifestó á Abul Hasan que debia desesperar de la salvacion de la plaza.

El rey de Marruecos, deseando por lo menos sacar el partido de ajustar treguas para tener tiempo de acabar con los facciosos de África, escribió en este sentido al rey de Granada que tambien las deseaba. Como á don Alonso eran tambien útiles para reponerse de los inmensos gastos que le habia causado la empresa de Algeciras, fue fácil entablar las negociaciones y concluir un convenio. Algeciras debia ser entregada al rey de Castilla, salvas las vidas de los habitantes que pasarian á Gibraltar. Se harian treguas por 10 años: y el de Granada pagaria vasallage y tributo al rey de Castilla. Don Alonso entró en Algeciras el 28 de marzo despues de un sitio de mas de año y medio.

En la batalla del Salado habian quedado prisioneras en los reales de Abul Hasan una hermana y tres mugeres suyas que le habian acompañado á la espedicion como á una victoria segura. Don Alonso, que habia mandado tratarlas como correspondia á su clase, hecha la tregua, las envió sin rescate y adornadas magníficamente al rey de Marruecos, que pagó es-

ta galantería con un presente riquísimo.

El rey de Aragon, resuelto á consumar el despojo del de Mallorca, sin hacer caso de las amonestaciones ni de la mediacion del sumo pontífice, sitió á Colibre, plaza del Rosellon, donde halló grande resistencia, y á costa de mucha sangre se apoderó de la ciudad. Los defensores se retiraron al castillo: mas no pudieron defenderse en él como pensaban por faltarles agua; y hubieron de entregarse de allí á pocos dias.

En vano don Jaime recurrió á la sumision y al rendimiento para desarmar la ira del rey, y conservar alguna parte de sus estados. Don Pedro, no dando oidos ni á la clemencia ni á la sangre, puso sitio á Elna. Los habitantes de esta plaza querian entregarse: pero la guarnicion no, de modo que vinieron á las manos los soldados y los vecinos. Durante la pelea, algunos ciudadanos llamaron á los aragoneses desde la muralla, los ayudaron á entrar en la plaza, donde se travó un sangriento combate que duró hasta la oscuridad. Al dia siguiente la guarnicion, muy disminuida por el combate, y que solo podia hacerse fuerte en el castillo, donde no habia agua, se vió precisada á entregarse.

No quedaba ya á don Jaime mas que el castillo de Perpiñan, y le entregó al rey creyendo con esta deferencia aplacar su ira. Don Pedro reunió el condado de Rosellon á la corona de Aragon, y volviendo á Barcelona solo ofreció á don Jaime por resarcimiento de la pérdida de

sus estados una pension de 10000 libras. Don Jaime despues de exhalar su dolor en inútiles quejas, sabiendo que el rey queria prenderle para castigarlas, buscó un asilo en los estados del conde de Fox.

Eran ya conocidas en este tiempo las islas Canarias, y frecuentadas de los navegantes españoles. Los reyes de Castilla y Portugal cedieron los derechos que afectaban tener á la conquista de aquellas islas á don Luis de la Cerda, hijo de don Alonso de la Cerda; y el papa, segun el derecho público de aquellos siglos, le dió la investidura del nuevo reino, que debia conquistar y convertir á la fe cristiana. Pero don Luis, que residia en Francia, muy estimado del rey Felipe de Valois por su esfuerzo y pericia militar, no pudo abandonar su patria adoptiva durante la guerra larga y desgraciada que sostenia contra Inglaterra, y no emprendió la espedicion de aquellas islas.

La guerra con los genoveses y sublevados de Cerdeña duraba todavía, aunque lenta y sin resultados. En 1345 confirmó el rey don Pedro de Aragon la liga con los venecianos contra los genoveses, y procuró traer á su devocion á Galcasio y á Brancaleon Oria, que eran muy poderosos en la isla, restituyéndoles los dominios y posesiones que antes tenian en ella.

Union de Zaragoza y de Valencia: combate de Játiva: batalla de Valencia (1347). La maldad cometida contra el rey de Mallorca, el poco crédito que se daba á las palabras y al ca-

rácter del rey don Pedro, y la facilidad con que violaba los fueros de los aragoneses, irritaron en gran manera á los ricoshombres de este reino. El descontento solo esperaba una ocasion favorable para convertirse en rebelion.

Esta ocasion no tardó en presentarse. El rey don Pedro no tenia sucesion varonil, y deseaba declarar por su heredera á la infanta doña Constanza, la mayor de sus hijas. Valíase del ejemplo de Castilla, Portugal y Navarra, donde estaba reconocido el derecho de las hembras, y del mismo Aragon donde la princesa Petronila fue reina propietaria. Pero en este reino la ley era diferente: porque en la sucesion á la corona no se admitian mas principios que las disposiciones testamentarias de los reyes, aprobadas por las córtes: y el de Jaime el Conquistador, que tenia este requisito, excluia las hembras de la sucesion á la corona.

El infante don Jaime, hermano de don Pedro y su heredero presuntivo, llevó muy á mal este proyecto del rey y empezó á buscar fuerzas para resistirle. Hallólas en el descontento general, y aun legales: porque desde los tiempos de Alonso III se habia reconocido por éste y por Jaime II su hermano, el derecho de confederacion, ó de *union* entre los ricoshombres y las ciudades, que consistia en levantar armas y egércitos para resistir al rey, y aun para deponerle en el caso de que no gobernase segun las leyes. La monarquía aragonesa era entonces muy semejante á lo que fue en sus últimos si-

glos la república de Polonia ; con la única diferencia de que en esta no habia mas poder en contraposicion del real que la nobleza, y en Aragon, ademas de los ricoshombres, existian los cuerpos municipales de las ciudades que gozaban de grande influencia.

Empezaron á agitarse los ánimos: y el rey, conociendo el motivo de las alteraciones, quitó á su hermano el cargo de procurador general de Valencia, y le prohibió entrar en las ciudades de Valencia, Barcelona, Lérida y Zaragoza. Esto fue añadir leña al fuego. El infante á pesar de las órdenes del rey pasó á Zaragoza, se proclamó gefe de la union aragonesa, y escribió al rey que viniese á celebrar córtes á aquella capital. Solo Huesca, Calatayud, Daroca y Teruel se conservaron fieles al rey. Las demas ciudades se juramentaron á oponerse á la infraccion de las leyes y juntaron ejército para defenderse.

El rey que se hallaba en Valencia pasó á Barcelona para atender á los movimientos que hacia don Jaime de Mallorca por recobrar el Rosellon: pero apenas llegó á Cataluña, se formó en Valencia otra union, cuyo gefe era el infante don Fernando, marques de Tortosa, y hermano por su padre de don Pedro: el cual reforzó el ejército de la union valenciana con 500 caballos que reclutó en Castilla. Los valencianos con este auxilio comenzaron á hacer guerra á las ciudades que permanecian fieles al rey, auxiliadas por 2000 infantes y alguna caballería que desde Teruel introdujo Pedro Muñoz. Játi-

va era una de estas ciudades: y junto á ella se dió un combate, en que Muñoz y los vecinos de Játiva fueron derrotados por los de la union.

Don Jaime de Mallorca, despues de un desembarco inútil en la isla, volvió al continente, penetró en el Rosellon y se apoderó del condado de Conflans. El rey marchó contra él, le arrojó de aquel territorio, le derrotó junto á Binea, y le obligó á refugiarse á Francia. Libre de este cuidado volvió á Barcelona á atender á los movimientos de los de la union, que no cesaban de instarle que viniese á Zaragoza á celebrar las córtes del reino.

El rey hubo de condescender despues de haber agotado inútilmente todos los artificios para disolver las dos uniones. Hizo antes una protesta secreta contra todo lo que le obligasen á conceder en el congreso: medio vergonzoso de que se vale la astucia, creyendo poder así quebrantar impunemente las promesas que le arranca la fuerza.

En las córtes de Zaragoza se hizo todo lo que quiso el partido dominante. Confirmáronse todos los privilegios de la union: decretóse que el rey apartase de su lado á don Bernardo de Cabrera y á otros catalanes que eran sus ministros. Esta animadversion de los aragoneses contra los señores de aquel principado fue muy útil al rey, porque Cataluña, ofendida en las personas de sus ricoshombres, le permaneció fiel, y le proporcionó tropas con que vencer á sus enemigos. En Zaragoza se hicieron del partido del

rey muchos ricoshombres de la union, entre ellos don Lope de Luna: pero determinaron tener secreto este trato: porque creyeron ser mas útiles á la causa de la córte aparentando grande interes por la union.

Las córtes concluyeron con una sedicion popular. Un dia que se hicieron al rey peticiones exageradas como es costumbre de los partidos triunfantes que nunca dicen *basta*, indignado don Pedro, dirigió la palabra á su hermano don Jaime, y le acusó de ser causa de la union, de los alborotos, y del menoscabo que sufria la autoridad real. El infante respondió con modestia: pero uno de los caballeros que le asistian salió fuera y gritó: *al arma*; *el rey quiere deshacer la union.* El pueblo entró en la catedral, donde se celebraban las córtes: el rey y los suyos sacaron las espadas: pero el tumulto se sosegó por la intervencion de la nobleza.

Don Pedro pasó á Barcelona, donde esperaba á su nueva esposa doña Leonor, infanta de Portugal, á quien pidió, habiendo muerto su primera muger doña María de Navarra. Leonor estaba prometida antes á don Fernando, marques de Tortosa: pero don Alonso de Portugal quebrantó su palabra por verla reina de Aragon: nuevo motivo de ódio y de venganza para el infante don Fernando, y aun para el rey de Castilla su tio, que permitió reclutar tropas en sus estados á favor de la union de Valencia.

El infante don Jaime pasó á Barcelona para acompañar á su hermano en el recibimiento de

la reina doña Leonor: pero falleció en pocas horas, no sin sospecha de que el veneno hubiese abreviado sus dias. Entretanto las tropas del rey marcharon á Valencia, se apostaron en Betera, é impedian la entrada de víveres en la ciudad.

El infante don Fernando salió contra el ejército real con las tropas de la union, que ascendian á 30000 hombres entre infanteria y caballería; la batalla fue reñida y duró algunas horas. Pero al fin la victoria quedó por los de la union, y los comandantes del ejército del rey, que eran el maestre de Montesa y don Pedro Egerica, abandonaron el campo de batalla. La union de Aragon nombró al vencedor caudillo suyo: y don Fernando envió á Zaragoza como lugarteniente suyo á su hermano don Juan.

Al mismo tiempo eran desgraciados los aragoneses en la guerra de Cerdeña. Los Orias auxiliados de los genoveses se apoderaron de Alguer y de otros castillos, hicieron correrías por la isla é incitaron muchos pueblos á la rebelion. El gobernador aragones Guillen de Cerbellon, habiendo recibido los refuerzos de tropas que habia pedido á Cataluña, y que le llevó su hermano Hugueto de Cerbellon, salió contra los Orias antes que les llegase un gran socorro que se les prevenia en Génova. Dióse el combate, y los aragoneses fueron derrotados con pérdida de toda su caballería y gran parte de la infantería. El gobernador don Guillen, sus hijos y su hermano quedaron en el campo de batalla.

Batallas de Epila, Mislata y Saser: ruina de la union (1348). Arimbao de Corbera, sucesor de Guillen de Cerbellon en el gobierno de Cerdeña, tuvo arbitrio de separar de la confederacion de los Orias á las familias poderosas de Arborea, Gerardo, Donarico y San Bernabé. Juntó á sus fuerzas estas tropas, marchó contra los enemigos, que orgullosos con su triunfo anterior habia puesto sitio á Saser, y los derrotó tan completamente, que no quedó á los Orias otro medio de salvacion sino salir de la isla.

Entretanto el rey don Pedro de Aragon entró en el reino de Valencia, llegó á Murviedro, que se le habia conservado fiel, y trató de hacer algunos reparos en el castillo y de aumentar sus fortificaciones. Los de la villa creyeron que esta operacion se dirigia contra ellos por consejo de Don Bernardo de Cabrera y de don Berenguel de Abella; y alborotándose tomaron las armas para matarlos. Los dos señores huyeron á Teruel, y el rey quedó solo en Murviedro en medio de aquella gente embravecida: consiguió al fin apaciguarla con su prudencia y autoridad.

Como la union de Valencia estaba amenazada, la de Aragon envió en su socorro á don Juan Gimenez de Urrea y á don Lope de Luna con el mayor número de tropas que pudiesen juntar. Luna, que estaba secretamente por el rey, con el pretesto de una disputa con Urrea, se quedó en Daroca: pero Urrea llevó á Valencia un refuerzo de 19000 infantes y 500 caballos: de modo que el ejército valenciano constaba ya de

50000 hombres de infantería y 3000 de caballería.

Parecióle al rey de Castilla peligrosa la situacion en que se hallaba el reino de Aragon, ya por el contagio del ejemplo que podia cundir á sus estados, ya porque le impediria tener socorros de don Pedro en la guerra que pensaba hacer á los moros; y así envió á Fernan Perez Portocarrero á verse con el rey de Aragon, y tratar de avenirlo con el infante don Fernando.

En efecto Portocarrero consiguió una suspension de hostilidades. Don Pedro, para ganar á su hermano, le concedió la procuracion general del reino, y le prometió nombrarle su sucesor en la corona si fallecia sin hijos varones. Pero don Fernando no se atrevia á fiarse de un rey que tantas veces habia faltado á su palabra. Entretanto se alistaban en Castilla por cuenta de don Pedro, y con permiso del rey don Alonso, 600 caballos al mando de Álvaro García de Albornoz, pariente de don Lope de Luna.

Entretanto Cabrera, Abella y Egerica no cesaban de instar al rey con sus cartas y mensageros que pasase á Teruel á ponerse al frente de las tropas que allí habian juntado. Los de Murviedro lo supieron, y temerosos del castigo que les amenazaba si don Pedro llegaba á verse libre, le llevaron con su muger á Valencia, y los pusieron en poder de la union.

La ciudad recibió á su monarca con mucho agasajo, y hubo fiestas y danzas públicas. Un criado de palacio, que no podia ajustar en su

fantasía estas demostraciones de júbilo y cariño con la inobediencia y la rebelion, se atrevió á insultar á los danzarines, llamándolos *traidores*. Al instante se amotinó el pueblo, y fue á la posada del rey á matar sus familiares. Dudoso don Pedro de lo que debia hacer, el valiente Moncada, su almirante, le aconsejó hacer frente á la tempestad. El rey siguió el dictámen, y salió á caballo con una maza en la mano gritando á los alborotados que se retirasen; y al punto se convirtieron los gritos de furor en vivas y aclamaciones. Llevaron á don Pedro á la Rambla, donde se repitieron los aplausos, y despues le acompañaron á su alojamiento, quedando la ciudad sosegada. Tanta influencia tiene en los pueblos el valor personal del príncipe.

Mas no por eso renunciaron los valencianos á los privilegios de la union: y debiendo el rey partir á Cataluña á celebrar córtes del principado, se vió obligado á confirmar aquellos privilegios, concediendo perdon general á todos los que le habian desobedecido en aquella ocasion. Apenas don Pedro se vió libre, marchó á ponerse al frente de las tropas que tenia en Aragon: pero antes de emplear la fuerza armada entabló negociaciones que los de la union aragonesa, desconfiando de él, no quisieron admitir: antes bien llamaron en su socorro al infante don Fernando y á don Juan Jimenez de Urrea para oponerse al ejército del rey.

Ya en este tiempo habia entrado en Aragon Álvaro García de Albornoz con las 600 lanzas

castellanas, y don Lope de Luna, que poco antes se habia declarado por el rey, salió á juntarse con él al frente de una parte del ejército de don Pedro. Verificóse la reunion en Epila. Don Fernando y Urrea al frente de las tropas de la union los acometieron junto á esta villa, antes que el rey, que ya estaba en marcha, llegase con el resto de sus soldados. Peleóse con suma ostinacion: pero los de la union quedaron completamente derrotados. El infante don Fernando herido cayó en poder de los castellanos, que le enviaron al rey don Alonso temiendo que el de Aragon se ensangrentase en él. Fueron hechos prisioneros don Pedro Fernandez de Hijar y don Juan Gimenez de Urrea: á quienes el rey mandó matar, ocultamente, confiscando los bienes al segundo.

La union aragonesa estaba destruida. Zaragoza recibió humilde á su monarca, y se puso en sus manos suplicándole que usase de la victoria con moderacion. El rey sació su ira mandando matar á 13 de los mas ardientes defensores de la union en la capital, y á algunos otros en varios lugares del reino. Despues celebró córtes á los aragoneses en la misma ciudad, y fueron en ellas abolidos todos los privilegios de la union y proscrito este nombre. En el mismo congreso fueron destrozados y rotos los diplomas de que constaban dichos privilegios. Cuéntase que el rey, al romper uno de ellos con su puñal, se hirió en una mano, y dijo á los circunstantes: "privilegios que tanto mal han causado á la

corona, deben ser borrados con la sangre de un rey." Estas córtes fueron célebres porque al medio anárquico y propio de los pueblos bárbaros, de tomar las armas para reprimir las demasías de la córte, se sustituyó otro mas digno de los pueblos civilizados, y fue ampliar la jurisdiccion del justicia mayor de Aragon á todos los casos de contrafuero, cuya sentencia irrevocable contuviese á los reyes en los procedimientos injustos contra los particulares, bien fuesen plebeyos, bien caballeros, bien ricoshombres. Así se sustituyó á la fuerza brutal la de la justicia y de la ley, representada por una magistratura independiente, y cuya institucion honra mucho á la nacion que la creó.

Sosegadas las cosas de Aragon pasó el rey con su ejército á Valencia, y se acuarteló en Mislata á poca distancia de la ciudad. Los de la union valenciana vinieron á dar batalla con todas sus fuerzas y quedaron vencidos. El rey entró triunfante en Valencia, abolió la union de aquel reino, derogó los privilegios que él mismo acababa de concederle, castigó á los mas culpados y perdonó á la multitud.

Sitio de Gibraltar: Carlos II el Malo, rey de Navarra (1349). Durante las conmociones de Aragon continuaba y cada vez se embravecia mas la guerra civil en el reino de Marruecos: y pareciéndole al rey de Castilla que no era bien malograr ocasion tan oportuna para recobrar la plaza de Gibraltar, cuya pérdida sentia mucho, por haber acaecido en su reinado, sin respeto á

la tregua jurada, juntó su ejército, y puso sitio á aquella fortaleza á fines de julio. Su armada ocupaba el Estrecho, é impedia todo socorro de África.

A 6 de octubre falleció doña Juana, reina de Navarra, é inmediatamente fue proclamado rey de aquel pais su hijo Cárlos, que mereció el sobrenombre de Malo por su turbulencia y sus crímenes en Francia, en cuyo reino tenia grandes estados como príncipe de la sangre real y conde de Evreux. En la historia de Francia en los reinados de Juan II y de Cárlos V el Sábio se refirieron muy á la larga las desavenencias de Cárlos de Navarra con aquellos dos monarcas, la guerra civil que promovió en París, y el poco fruto que sacó de sus maldades.

Este mismo año acabó su vida y su suerte infausta Jaime, último rey de Mallorca. Habiendo transigido sus desavenencias con el rey de Francia, y recibido de este una suma de 120000 escudos de oro en indemnizacion del condado de Mompeller, alistó con ella un cuerpo de 3000 infantes y 300 caballos, y se hizo á la vela con él para Mallorca en algunas galeras que pudo juntar. Sucedió que Arimbao de Corbera, gobernador de Cerdeña, que habia estado en Barcelona á solicitar socorros para la defensa de esta isla, salió con ellos al mar casi al mismo tiempo; y no queriendo encontrarse con don Jaime, porque ignoraba qué fuerzas tenia, hizo arribada en Mallorca.

El rey don Pedro, recibiendo aviso de la

espedicion de don Jaime, mandó á su almirante que saliese con la armada contra él: de modo que cuando don Jaime desembarcó pudo Gilaberto de Centellas, gobernador de Mallorca, oponerle fuerzas muy superiores. Travada la batalla, huyó casi toda la gente de don Jaime: él solo y algunos pocos compañeros fieles sostuvieron el combate peleando valerosamente hasta que al fin el infeliz príncipe fue derribado del caballo y muerto de una lanzada. Arimbao de Corbera pasó despues á Cerdeña, y arrojó á los genoveses y á los Orias del sitio que habian vuelto á poner á Saser.

El de Gibraltar proseguia cada vez mas estrecho, y los habitantes no tenian esperanza ninguna de salvacion: pero á principios de marzo de 1350 empezó á picar una enfermedad epidémica en el ejército sitiador de que murieron muchos. Los ricoshombres que acompañaban al rey don Alonso le suplicaron que se retirase de los cuarteles por el riesgo que corria su salud: mas el héroe no quiso abandonar á los suyos, y mas cuando se creía muy próxima la rendicion de la plaza. Poco despues fue herido de la enfermedad y falleció el 26 de marzo á los 39 años de edad y 38 de un reinado tan turbulento como glorioso. Fue sepultado en la catedral de Córdoba.

Don Alonso el XI, último de este nombre en Castilla y Leon, tuvo de su muger doña María de Portugal, al infante don Fernando, que murió niño, y á don Pedro, que le sucedió en la corona. De su manceba doña Leonor de Guz-

man tuvo los hijos siguientes : don Pedro, que murió de corta edad: don Sancho, que fue imbécil y fatuo: don Enrique y don Fadrique, gemelos; el primero quitó á su hermano Pedro el trono y la vida, y el segundo fue muerto á manos del mismo don Pedro; de él desciende la familia de los Enriquez, almirantes de Castilla; y casi toda la grandeza de España le reconoce como á tronco, por haber casado sus hijas en las familias mas ilustres: don Fernando, que segun parece falleció de corta edad: don Tello, que falleció sin sucesion legítima: don Juan á quien el rey don Pedro hizo matar: don Sancho, que tuvo una hija, la cual fue muger de Fernando I de Aragon: don Pedro, que tuvo la misma suerte que don Juan, y doña Juana, que casó en la familia de los Castros.

Don Alonso el Onceno restituyó á la corona de Castilla el esplendor que desde su bisabuelo Alonso el Sábio habian eclipsado las turbulencias de los grandes: continuó y perfeccionó el sistema de su abuela doña María de Molina de afianzar el poder real en el amor de los pueblos con la justicia y las leyes y con victorias y conquistas contra los mahometanos. Asegurado con este amor, logró triunfar de los turbulentos y poderosos grandes de Castilla, y someterlos á la autoridad real. Pero la perfidia que usó con don Juan el Tuerto, y la muerte alevosa de don Alvaro Nuñez de Osorio no hallarán disculpa en la inflexible historia.

Mas no por eso dejará de elogiar su valor in-

domable; su actividad, su pericia militar; sus recursos políticos. Él libertó con la victoria del Salado á los españoles del último gran peligro que han corrido de parte de los musulmanes: él dió con la toma de Algeciras una frontera estable y segura á las conquistas de Fernando el Santo, quitando á los moros de África la llave de España: él perfeccionó la marina española, casi destruida en la batalla del Estrecho: en fin, él hizo todo lo que don Alonso el Sábio no pudo hacer por sus inútiles pretensiones al imperio de Alemania, y consiguió en fin en las córtes de Alcalá de 1349 que las Partidas fuesen consideradas como un código de la legislacion española. Este solo hecho prueba la fuerza que habia adquirido el trono en su reinado: pues sustituyó las máximas del derecho comun á la antigua arbitrariedad.

Los grandes de su tiempo eran generalmente mal vistos, porque de las antiguas virtudes de su clase no conservaban mas que el valor. Desde los tiempos de Alonso el Sábio se les habia observado coligarse sin escrúpulo con los enemigos de Castilla y aun con los del cristianismo y esto sin mas fin que el de aumentar sus goces y su poderío haciéndose temibles á la corona. No brillaba en su conducta ninguna idea grande, generosa, española, como en los tiempos antiguos y en los posteriores á esta época. Así es que los pueblos mismos contribuyeron á auxiliar al rey para reprimir la aristocracia; y es muy probable que si Alonso el Onceno no hu-

biese hecho dar muerte al hijo del infante don Juan faltando á la palabra real: si hubiese seguido en los principios de su reinado la política vigorosa y activa, pero paciente y justa, que observó despues, la resistencia de don Juan Manuel y de don Juan Nuñez de Lara hubiera durado menos tiempo. Aquella atrocidad dió armas á sus contrarios, y por tanto fue impolítica.

Los amores con doña Leonor de Guzman pudieran disculparse por la fragilidad humana, si don Alonso no hubiese cometido el desacierto de dejar tantos estados y dignidades á la numerosa descendencia que tuvo de ella. Los hijos de la manceba pudieron disputar la autoridad al príncipe legítimo, que por otra parte los miraba con ódio y temor. Así la incontinencia de Alonso el Bravo preparó el mas funesto de los reinados de España: el único que merece en nuestra historia ser escrito por el verdugo.

Fin del tomo II de la historia de España, XIX de la moderna, XXVII de la obra.

ÍNDICE

de los capítulos comprendidos en este tomo.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

por don Alberto Lista.

Capítulo XXX.

Capítulo XXXVIII.

Capîtulo XXXIX.

rey de Navarra. Espedicion de los aragoneses en Cerdeña. Conquista de Cerdeña. Don Alonso IV, rey de Portugal: batalla del Guadalforce: batalla naval de Caller. Don Alonso IV, rey de Aragon: batalla naval de Sanlucar: sitio de Olvera. Doña Juana II, reina de Navarra. Sitio de Teba: treguas con Granada: guerra entre Aragon y Génova. Guerra con los moros: pérdida de Gibraltar. Guerra entre Navarra y Castilla: batalla de Tudela. Sitio de Lerma: guerra entre Castilla y Portugal: sitio de Badajoz: Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragon. Batalla naval de Lisboa. Combates de Ronda, Silos y Arcos: batalla del Patute. Batalla naval del Estrecho: batalla del Salado ó de Guadacelito. Conquista de Alcalá la Real. Batalla naval del Guadalmecí: sitio de Algeciras. Batalla del rio Palmones. Conquista de Algeciras. Union de Zaragoza y de Valencia: combate de Játiva: batalla de Valencia. Batallas de Epila, Mislata y Saser: ruina de la Union. Sitio de Gibraltar: Cárlos el Malo, rey de Navarra.


271
SEGUR
27
206


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm